

**LEER
NOS HACE
REBELDES**



LEER NOS HACE REBELDES

Compiladora:
Birgit
Arnhold

 FUNDACIÓN HEINRICH BÖLL

EDICIONES BÖLL

“Leer nos hace rebeldes”

Edición: Manlio Argueta y Marina Sandoval / **Diseño Gráfico:** Alexis Manuel Rodríguez, ALEMAN; Cuba / **Fotografías:** © René Böll, Archivo familia Böll páginas 15, 31 y 103. © Fundación Heinrich Böll página 79. / **Traducción:** Ricardo Bada y José María Carandel (Katharina Blum, extractos) / **Editado:** Diciembre 2002, San Salvador, El Salvador C.A. 2003 / **Impreso en:** Econoprint S.A. de C.V. / **ISBN** 99923-35-05-X

“Cartas de guerra”-3 textos, tomado de Heinrich Böll, Cartas de guerra 1939-1945

© 2001, editorial Kiepenheuer & Witsch, Colonia.

“También los niños son población civil”, “La balanza de los Baleks”, “Las ovejas negras”, “Algo pasará”, “Anécdota acerca del descenso de la moral de trabajo”, “Cortesía en el caso de inevitables violaciones de la ley”, tomado de Heinrich Böll, Cuentos.

© 1994, editorial Kiepenheuer & Witsch, Colonia.

“Profesión de Fe en la literatura de los escombros”, “En defensa de los lavaderos”, “Salir volando no lo han hecho”, “La libertad del arte”, “Disertaciones de Francfort” (1ª Disertación), “La sencillez de la gente humilde y posible grandeza”, “Recordando a Las Casa”, tomado de Heinrich Böll, Ensayos, escritos y discursos, tomos 1-3.

© 1979, 1980, editorial Kiepenheuer & Witsch, Colonia.

“¿Quién se manifiesta en Puerto Príncipe?”, “Un par de palabras acerca de un par de palabras que estamos oyendo continuamente”, tomado de Heinrich Böll. Protestas y consejos.

© 1984, editorial Kiepenheuer & Witsch, Colonia.

“Irisches Tagebuch” (Kapitel 6, 8 u. 9), tomado de Heinrich Böll, Diario irlandés.

© 1957, 1978, 1988, 1996, 2000, editorial Kiepenheuer & Witsch, Colonia.

“El pan de los años mozos” (extracto) tomado de Heinrich Böll, El pan de los años mozos.

© 1955, 1980, editorial Kiepenheuer & Witsch, Colonia.

“El honor perdido de Katharina Blum” (extracto) tomado de Heinrich Böll, “El honor perdido de Katharina Blum”.

© 1974, 2002, editorial Kiepenheuer & Witsch, Colonia.

“Para Samay”, “Pero qué va a ser este muchacho cuando sea mayor?”, Impresión autorizada por la editorial Kiepenheuer & Witsch, Colonia. “Somos culpables”, “Bienvenida Intrusión”, “Los lectores no son los ciudadanos más obedientes”, “De quien es esta tierra”, “Nosotros también fuimos Colonia”, “A Ernesto Cardenal al cumplir los 60”.

© Editorial Kiepenheuer & Witsch, Colonia.

SALUDO DE LA FAMILIA BÖLL

En la era de la internet, leer un libro podría parecerle a muchos algo anticuado y polvoriento. Pero la lectura ofrece la posibilidad de recurrir una y otra vez a un texto, plantearse nuevamente ciertos párrafos- y finalmente, un libro se puede andar llevando casi por todas partes.

Lo más importante en la vida de un escritor son sus obras, no lo que se escribe sobre él, sino lo que él mismo escribe. Y precisamente esto es lo que podemos leer aquí de Heinrich Böll.

Pero ¿ puede todavía ser actual un autor que murió ya hace más de 15 años? ¿Y qué puede motivar la publicación de la obra de un autor alemán en América Latina?

Ante todo el hecho de que mi padre era en primer lugar un artista. Por supuesto que a eso habría que agregar que también fue un ciudadano comprometido que tomaba partido. Pero desafortunadamente, en la actualidad muy a menudo sólo se ve de modo exclusivo a este Heinrich Böll público, y de medios-figura política. Eso sucede incluso en la Fundación Heinrich Böll.

Por eso son muchos los que sólo le conocen como una persona que siempre tomó partido por los no privilegiados, es decir, por la así llamada “gente pequeña”. Pero para él siempre fue importante hacer eso con sus propios medios, con la palabra escrita y hablada, por tanto como artista y no como político. Fue así que p.e. en 1967, escribió sobre su niñez: “(...) Nunca, hasta la fecha, he podido entender qué sería mejor o hubiera podido ser mejor de la gente mejor (...)”

Esta antología debe por tanto fomentar el interés de ocuparse con su obra y despertar la curiosidad por leer por cuenta propia, lo que mi padre realmente escribió, para poder librarse imparcialmente de prejuicios y opiniones simplistas sobre él.

Creo que es importante leer una vez más por sí mismo, cómo ha escrito un autor en el siglo veinte, que en muchos aspectos “estaba entre todos los fuegos”, es decir, un autor que no se deja enmarcar en ningún campo político,

sino que sólo se apoya y confía en su propio juicio y conciencia. Lo que provocó hacia él poco entendimiento tanto de izquierda como de derecha y –frecuentemente– críticas difamatorias.

Para él fue muy importante la libertad de expresión tanto en el este como el oeste, por lo que siempre abogó por los derechos de los artistas, sus derechos de autor materiales, sociales y espirituales.

RENÉ BÖLL

INTRODUCCIÓN

Tienen en sus manos la primera edición especial de las ediciones Böll de la oficina regional de nuestra fundación que lleva el nombre de uno de los más grandes escritores de Alemania.

Estando concientes de que la misma fundación ve - como bien lo dice René Böll en el saludo que escribió para esta antología: "...a menudo y de modo exclusivo a este *Heinrich Böll público y de medios-figura política*" hemos querido dar a conocer a Böll como lo que principalmente era: un artista. Nuestra idea es que las y los lectores conozcan la obra literaria y el sentir de quien se autodenominó un "*dentista político ambulante*", quien dijo lo que tenía que decir en el lugar y momento indicado –con el lenguaje del humanismo, del humor sutil y de la melancolía.

El libro relaciona cuatro elementos: la parte biográfica, su obra literaria, algunas intervenciones del ciudadano Böll y finalmente su relación con algunos aspectos de la vida pública y literaria de América Latina.

En orden cronológico encontrarán fragmentos (¿?) de la producción literaria de Böll desde las cartas que escribió en los años cuarenta a su familia, textos ligados a la experiencia vivida durante la guerra y la inmediata posguerra, extractos de novelas, narraciones y la manifestación del vínculo y percepción del escritor con Latinoamérica.

Finalmente presentamos los pronunciamientos que, tanto al interior de Alemania, como en el resto del mundo se hicieron al saber la noticia del fallecimiento del escritor.

Böll escribió que "cuando leer comienza a ser algo más que un proceso técnico o el mero estudio mecánico, se torna peligroso. Leer hace pensar, lo vuelve a uno libre y rebelde..."

Quisiera agradecer de forma especial la entusiasta y valiosa colaboración de René Böll, Birgit Arnhold, Marina Sandoval, Jochen Schubert, Marcus Schäfer, y Manlio Argueta sin cuya tenacidad este libro no hubiera sido posible.

SILKE HELFRICH

*Directora Oficina Regional de la Fundación Heinrich Böll
para Centroamérica, México y Cuba.*

HEINRICH BÖLL: ESCOMBROS, ESPEJO, HUMEDAD Y HUMOR

De las varias ciudades de Alemania que he visitado hay dos que quisiera relacionar para escribir sobre Heinrich Böll. Una es Kassel, centro industrial de armamento pesado durante la Segunda Guerra Mundial; la otra, donde el escritor nació: Colonia, o Köln, que visité más de una vez, entre otras cosas, para presentar las traducciones de dos de mis libros. Köln, es el centro urbano que me permitió comenzar a atisbar el espíritu contemporáneo de la nueva Alemania, que la guerra había partido en dos (ya antes me había acercado en otra dimensión a través de *La Montaña Mágica*, de Thomas Mann). Colonia es la localidad natal de Böll, a la orilla del Rhin, con salida al Mar del Norte, después de 1945 fue reconstruida por los mismos habitantes, sus monumentos y viviendas, ladrillo por ladrillo. Y Kassel, por su industria de guerra, fue blanco perfecto para hacerla desaparecer del mapa. Con Kassel asocio la destrucción total, la típica ciudad de los escombros a lo cual se refiere Böll en un breve ensayo pero muy revelador sobre su literatura y la literatura de posguerra de aquel país¹. Desde que conocí Kassel la relacioné con el Ave Fénix, de cuyas cenizas resurge el ave, pero también nace una flor distinta para no morir nunca.

Trato de llegar a Böll por sus ensayos y artículos; pero también por su literatura, donde se absorbe humedad y humor; y veo la obra literaria centroamericana reflejada en el espejo de Böll; por razones diversas descubro rasgos de esencia ética y estética común: la gran nación germana y nuestras germinaciones literarias centroamericanas que cargan la marca del fierro imborrable de

1-. "...para quien tenga ojos para ver, las cosas se vuelven transparentes, y debería ser posible penetrarlas con la mirada, y puede intentarse penetrarlas, ver dentro de ellas por medio del lenguaje. El ojo del escritor tiene que ser humano e insobornable: no hace falta jugar a la gallina ciega, hay lentes de color de rosa, de color azul, lentes negros, que colorean la realidad según se necesite". *Profesión de fe en la literatura de los escombros* (1952, publicada en esta antología).

países coloniales y de sus guerras con la que quisimos entrar a la modernidad, sin darnos cuenta que era pretender tocar el sol con dedos famélicos.

Con todo y que la mayor parte de las grandes ciudades de Alemania fueron reducidas a cenizas, hice de Kassel un símbolo para tratar de comprender la tragedia nacional alemana, no obstante que sólo visité una vez esa ciudad, ocasión en la que departí una jornada literaria con notables escritores de habla portuguesa como Antonio Callado, João Ubaldo Ribeiro y Pepetela, de por sí honroso. Pero en especial, me emocionó ver la ciudad nueva construida desde las ruinas dejadas por las lluvias de fuego de los bombardeos aliados.

Al perder Hitler la guerra, cenizas, muerte y destrucción fue la característica de Alemania. Guardando las proporciones,—pues Alemania ha resurgido de las ruinas— y leyendo los ensayos vitales de Heinrich Böll, se descubre el sufrimiento, y cómo de estos pueden renacer los valores para alzarse hacia la reconciliación. “Nos sentíamos culpables de haber sobrevivido”, dice Böll. En Alemania, la destrucción debemos entenderla en el sentido exacto no sólo en su infraestructura sino también en su gente. ¿Cómo debería ser entonces la literatura de posguerra, si no había llovido aguas de colores ni mariposas? La nación debía resurgir desde la eliminación casi total. Con pérdidas que no se pueden comparar con otras guerras; más terrible que los conflictos bélicos centroamericanos de finales del siglo pasado, pero que nos dejaron amontonamiento de escombros espirituales difíciles de remover.

Porque si bien nuestras ciudades no fueron borradas del mapa como en Alemania, el dolor no es por ello menos dolor, con heridas insanables, aunque no siempre sean visibles.

Por eso es importante la defensa que hace Böll cuando a los escritores de posguerra de Alemania, él es uno de ellos, para descalificarlos, se les recrimina escribir una literatura de los escombros. “Desde luego que no se nos hacía responsables de... la guerra, de que todo estuviera en ruinas,... lo que al parecer se nos tomaba mal era que lo hubiéramos visto y lo viéramos... pero como no teníamos vendados los ojos, lo seguíamos viendo: un buen ojo es una de las herramientas del escritor”².

Sigo la ruta del pensamiento de Böll, y retomo su parábola de la muchacha que sobrevivió la guerra, que puede salir al cine, que ríe y baila y se hace acompañar de amigos y amigas a extasiarse con una puesta de sol frente al mar; pero que no olvida, aunque se lo imponga el raciocinio, que bajo una montaña de sucios pedazos de piedra y cemento, está su madre sepultada; y que una vez al año se acercará a depositarle flores sobre el rimero de ripio que un día fueron edificios, en las ciudades que como Kassel se convirtieron en cementerios sin tumbas definidas.

Y eso que Henrich Böll, como casi todo joven alemán, fue soldado del ejercito desde los 21 años. Herido 4 veces, fue hecho prisionero en una batalla al final de la guerra (1945). Su sensibilidad de sabio verdadero, “un santo

2-. Idem.

de la literatura”, como le llamaron después de su muerte, contrasta su posición con la del filósofo Ernst Jünger, oficial del ejército alemán y quien desde la Francia ocupada por dicho ejército, escribe con cierto júbilo de su convivencia con escritores franceses, entre otros Cocteau y el hecho de haber conseguido un autógrafo de Proust. Por su lado, en ese mismo período, el soldado Böll escribe desde Francia: “Ay, si alguien me preguntase cómo es el infierno, yo le preguntaría a mi vez si había sido soldado... le preguntaría si alguna vez había hecho una marcha... bajo el calor de junio, llevando una máscara antigás, y entonces le diría que eso es el infierno”³. O sea que hay soldados y oficiales... Hay un ejército formado por un pueblo y hay también los que hacen posible la guerra y salen victoriosos aunque sean derrotados. Así, al recibir Böll el Premio Nobel reafirma: “El camino hasta aquí (se refiere a Estocolmo) ha sido un camino largo que, como tantos millones, al regresar de la guerra, no poseí mucho más que las manos en el bolsillo, y lo único que me distinguía de los otros era mi pasión de escribir de nuevo”⁴. En otro trabajo reitera: “Un Hitler fue horrible pero fueron peores los... que aplicaron las leyes del nazismo hasta las últimas consecuencias... muchos en las altas posiciones ni siquiera eran antisemitas. No era necesario, se limitaban a cumplir órdenes... Entre los altos generales había muy pocos nazis auténticos... y a pesar de ello colaboraron hasta el final.... lo que asusta es el comportamiento de los que cumplieron las órdenes”⁵.

Heinrich Böll nació el 21 de diciembre de 1917 en Colonia y murió el 16 de julio de 1985 en la ciudad de Langenbroich cerca de la ciudad de Düren. Fue hijo de María Böll y del escultor y carpintero Viktor Böll. Después de terminar su bachillerato (Abitur) comenzó en 1937 los estudios de “Librero”, que abandonó después de un año para dedicarse a escribir. En 1939 inicia sus estudios de Germanística y Filología, que abandonó para prestar el servicio

- 3- “En su diario, filósofo Ernst Jünger anota en París, el 17 de febrero de 1942, lo siguiente: Tarde donde Calvet, en compañía de Cocteau, Wiemer y Poupet, el que me dio un autógrafo de Proust para mi colección. A propósito, Cocteau se refirió a su relación con Proust”, (Cartas de guerra, comentarios de Fernando Emmerich, El Mercurio, 19 de enero de 2002, Chile, publicado en esta antología).
- 4- “También quisiera agradecer los muchos alientos que me han dado los amigos y críticos alemanes, y también las tentativas de desaliento, pues de todo se ofrece ya sin la guerra... Yo no soy un alemán propio ni he dejado de serlo propiamente; soy alemán; la única prueba válida que nadie me ha de extender ni prorrogar, es el idioma en el cual escribo”.(Discurso con motivo de la entrega del Premio Nobel, Suecia, Estocolmo, diciembre 10 de 1972).
- 5- “Hay que advertir que no todos funcionaron con arreglo a las órdenes recibidas y hubo muchos que advirtieron a los ciudadanos judíos. Pero ese registro burocrático, casi exacto, casi ya como una computadora, lo hicieron funcionarios alemanes, que no todos eran de la SS. Aquí sale a relucir la terrible relación de ser obedientes, una horrible tradición” (Reflexión sobre Alemania, Entrevista con José Comas, 1985, publicada en la presente antología).

militar y combatir con el ejército alemán en todos los años que duró la Segunda Guerra Mundial. En el otoño de 1940 estuvo destacado en Francia; entre 1941 y 1942, luego de padecer tifus, quedó como reservista en Alemania por corto tiempo; luego fue movilizado a la costa francesa del Canal de la Mancha, después lo habían enviado a los frentes más encarnizados como Rumania, Hungría y la Unión Soviética. A veces lo destinaban, como a vacaciones a los frentes de Bélgica y Francia, donde la guerra no era tan cruda como en el Este. Ello le evitó caer prisionero del ejército soviético, aunque si fue hecho prisionero por los norteamericanos. En 1942 contrae matrimonio y construye su casa –trabajando con sus propias manos– en las ruinas que quedaban de Colonia. Ese mismo año comenzó a escribir a tiempo completo sus vivencias de la guerra, entre otras su obra más famosa “Opiniones de un payaso” (“Ansichten eines Clowns”). En 1949 publicó su primer libro de relatos que marcó su inicio triunfal en la vida literaria: “El tren llegó puntual” (“Der Zug war pünktlich”). En 1972 recibió el Premio Nobel de Literatura; en 1974 el Premio con la Medalla “Carl-von-Ossietzky” en reconocimiento a su labor de lucha por los derechos humanos en el mundo y su postura digna en la crítica, desde un catolicismo militante, en contra de la injusticia del armamentismo y la guerra. En 1985 muere el último santo laico de la literatura de Alemania. Y si al finalizar estas líneas quisiéramos vernos en el espejo –o ejemplo– de Böll, percibiríamos nuestra imagen, no importa si empañada o borrosa por la humedad y el humor de la tragedia optimista interminable.

MANLIO ARGUETA
San Salvador,
diciembre 14 de 2002.

CRONOLOGÍA 1917-1945

1917

Heinrich Böll nace en Colonia el 21 de diciembre, en el peor año de hambruna de la Primera Guerra Mundial, sexto hijo del maestro ebanista y escultor Víctor Böll y de su mujer María. Colonia, fundación romana, es parte de Prusia desde el año 1814. En el año 1917 la ciudad cuenta con 648,800 habitantes, cuya mayor parte (78%) son católicos.

1921

Traslado de la familia desde el sur del casco antiguo colonés al distrito rural Köln-Raderberg.

1924-1928

Escuela primaria en Köln-Raderthal.

1928

Asiste al instituto público humanístico Kaiser-Wilhelm de Colonia.

1929

Durante el transcurso de la gran crisis económica mundial quiebra un pequeño banco para artesanos avalado por Víctor Böll. La casa en Radenberg ha de ser vendida. Los Böll se trasladan de nuevo al distrito sur de Colonia; en tiempos sucesivos no les va mucho mejor que a cualquiera de los tres millones de parados. El camino a la casa de empeños, el ujier delante de la puerta del piso y los embargos, forman parte de su vida cotidiana.

1933-1936

El 30 de enero Hitler se convierte en canciller del Reich. El terror nazi se extiende sobre Colonia. En la familia Böll se discute abiertamente y con frecuencia sobre los acontecimientos políticos. La madre de Heinrich comenta la

elección de Hitler. “¡Estos significa la guerra!”. En el piso de los Böll se dan lugar reuniones ilegales de jóvenes católicos. Tal como se puede comprobar en las fechas de manuscritos, narraciones breves y poemas hallados en su obra póstuma, Böll comienza a escribir en 1936.

1937

Heinrich Böll termina el bachillerato y comienza un aprendizaje en la librería Math Lemperz, que poco más tarde interrumpe.

1938

Böll se incorpora al servicio social. En verano se matricula en la Universidad de Colonia.

1939

En otoño recibe la orden de enrolamiento al servicio militar.

El 1-9 de este año, con la invasión de Polonia, Alemania, sin previa declaración, comienza la Segunda Guerra Mundial. A consecuencia, Francia e Inglaterra declaran la guerra a Alemania.

1940

El 10-5 de 1940 comienza la ofensiva alemana al oeste, vulnerando la neutralidad de Holanda, Bélgica y Luxemburgo.

1941

El 22-6 Alemania declara la Guerra a Estados Unidos.

1943

31-1 Capitulación de la 6ª Armada Alemana en Stalingrado.

1944

Desembarco de las tropas aliadas en la costa Atlántica de Normandía.

1945

Suicidio de Hitler.

8-5 final de la Guerra.

Las pérdidas humanas en la Segunda Guerra Mundial se elevan a 55 millones, de los cuales 20 millones corresponden a la Unión Soviética. En los campos de exterminio nazi fueron asesinados 6 millones de judíos.

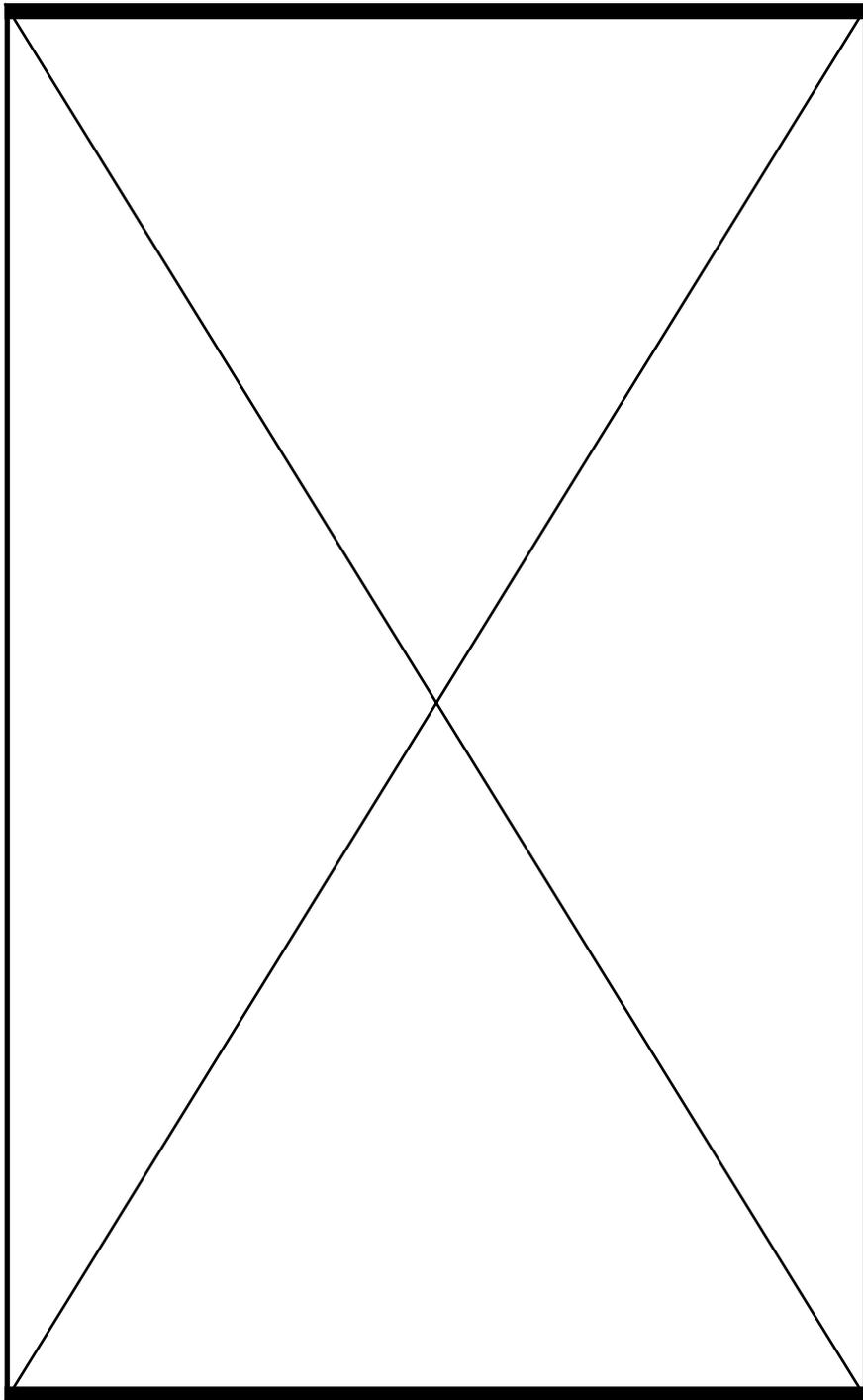
ESTANCIAS DE HEINRICH BÖLL

1939-1945

Agosto 39-mayo 40, campo de instrucción de Osnabrück; mayo 40-junio 40, Polonia; junio 40-sept. 40, Francia; sept. 40-mayo 42, Alemania; mayo 42-

octubre 43-Francia; octubre 43-febrero 44, Rusia, Crimea, Odessa; a partir de marzo 44, en territorio alemán, hasta que fue hecho prisionero.

Escribe casi a diario a su familia y a su novia Annemarie Cech, con la que contrae matrimonio en el año 1942. Durante toda la guerra, Böll, que no quiere llegar a comandante, intenta escapar del servicio militar. Primeramente redacta demandas de exención para poder estudiar, más tarde simulará enfermedades o falsificará certificados de permiso. Böll fue herido cuatro veces.



¿PERO QUÉ VA A SER DE ESTE MUCHACHO CUANDO SEA MAYOR? (1981)

CAPÍTULO III

Cuarenta y ocho años hacia atrás (de 1981 a 1993) y cuatro años hacia delante (de 1933 a 1937): en una proce-
sión como esta, a saltos, algo se perderá. El sesentón le sonrío al quinceañero,
pero no el quinceañero al sesentón, y es esta retrospectiva unilateral, no
correspondida por una mirada o por una perspectiva del quinceañero, se halla
la fuente de considerables errores.

El 30 de enero de 1933, el quinceañero se encuentra en cama afectado
por una grave gripe, víctima de una epidemia que a mi parecer ha sido dema-
siado poco tomada en cuenta en los análisis sobre la toma de poder. Después
de todo la vida pública estaba parcialmente paralizada, muchas escuelas e
instituciones cerradas, al menos local y regionalmente. Un condiscípulo me
trajo la noticia hasta mi lecho de enfermo. No teníamos radio en casa todavía
y el bricolaje con la galena empezaría algo después. La versión mini del recep-
tor popular la adquirimos más de mala gana que obligados por la necesidad,
poco antes del estallido de la guerra. Después de una mudanza en dos años,
vivíamos en la Maternusstrasse No. 32: enfrente nuestra la triste pared trase-
ra de la escuela de construcciones mecánicas, pero al menos no estábamos
lejos del Rin, y desde la ventana del balcón se podía ver la fachada con sus
tres hastiales gotizantes del almacén “Rhenus”, que muchas veces pinté a la
acuarela. Doblando la esquina estaba el parque Römer, no lejos de él el par-
que Hindenburg, donde mi madre, cuando hacía buen tiempo, se sentaba en-
tre desempleados y prejubilados.

Estaba en cama y leía probablemente a Jack London, que un amigo me
había prestado en la edición de la Büchergilde, pero también puede ser que
estuviera leyendo simultáneamente a Trakl -¡oh vosotros, cabellos erizados de
los bibliómanos, con qué gusto os los peinaría hoy!-. La gran estufa de porce-
lana en la llamada sala del balcón funcionaba rara vez, y con largas tiras de
papel yo sacaba lumbre para los (prohibidos) cigarrillos. El comentario de mi

madre al nombramiento de Hitler, “Eso es la guerra”, también puede haber sonado así: Hitler, eso significa guerra”.

La noticia del nombramiento de Hitler no cayó de sorpresa. Después de la “insultante traición” (así la llamó mi madre) de Hindenburg a Brüning, después de von Papen y Schleicher, podía esperarse cualquier cosa de Hindenburg, y aquella curiosa y hasta hoy no aclarada historia que se llamó “el escándalo de la ayuda al Este”, sobre la que informó hasta nuestro sumamente reservado Kölnische Volkszeitung, le había quitado al “honorable, anciano mariscal” el último y mínimo crédito: no político, sino justo el resto de un crédito moral que se le hubiera podido conceder a su “corrección prusiana”.

Mi madre odió a Hitler desde el principio (lamentablemente no alcanzó a conocer su final), lo llamaba Rövekopp, que en coloniense significa Rübenkopf, aludiendo a las antorchas que se hacían con remolachas toscamente cortadas para la procesión de San Martín y a las que había que hacerles chorrear “un bigote”.

Hitler era impresentable, y su testaferro de muchos años en Colonia, un cierto Dr. Robert Ley (cuesta imaginárselo: ¡un tipo como Ley gobernó después el mundo laboral!), no contribuyó mucho a que Hitler y sus nazis fueran presentables: no eran otra cosa que una “nada vociferante” sin la dimensión humana que se le hubiese podido conceder a la “chusma”. Los nazis no eran “ni siquiera chusma”. Mi madre con su tesis bélica fue vehementemente contradicha: tanto tiempo no se iba a quedar “ese” como para poder empezar una guerra. (Sí se quedó, bastante tiempo, como el mundo pudo experimentar violentamente).

No sé cuánto tiempo estuve enfermo. La epidemia de gripe le procuró una modesta coyuntura a las tiendas de productos alcohólicos, había demanda de ron: aparentemente era tan bueno para prevenir como curar. Nosotros comprábamos modestas cantidades en una tienda en la esquina de la Bonner con la Darmstädter Strasse: creo que el propietario se llamaba Volk, y su hijo, de cabellos rojo llameante, estaba en mi misma escuela. No sé si el incendio del Reichstag, cuya “puntualidad” se notó por supuesto, aconteció todavía estando yo enfermo, o ya en la escuela o cuando las vacaciones (¡en algún momento también tiene que haber sido el carnaval!). En cualquier caso, antes de las elecciones –se olvida muy fácil que alcanzaron escasamente para una coalición entre los nazis y los nacionalistas alemanes-, en abril, mayo, aparecieron las primeras camisas de las juventudes hitlerianas; en las clases de los mayores algún que otro uniforme de las SS. Tuvo lugar –no sé cuándo fue exactamente- una quema de libros, un acto no sólo desagradable, sino también lamentable; se izó la bandera nazi, pero no logro recordar que alguien pronunciara un discurso, maldiciendo autor por autor, título por título, arrojando los libros al fuego: un pequeño montón tiene que haber sido depositado allí previamente, y desde esa quema de libros sé que los libros arden mal. Alguien había olvidado rociarlos con gasolina. Por otra parte me resulta difícil imaginar que en la biblioteca de esa escuela, que aunque se llamaba Instituto Estatal

del Emperador Guillermo era extremadamente católica..., que en esa modesta biblioteca escolar, pudiera estar presente tanta literatura decadente. El medio del que provenían sus discípulos era diagonalmente pequeñoburgués, con pocos “descarríos” hacia arriba y hacia abajo: es posible que alguno que otro maestro haya sacrificado a título privado su Remarque o su Tucholsky para alimentar la hoguera. En el plan lectivo, en cualquier caso, esos autores no estaban representados, y después de las palpables, después de las visibles y audibles barbaries habidas entre el 30 de enero y el incendio del Reichstag, y recrudescidas entre el incendio del Reichstag y las elecciones de marzo, este acto de barbarie simbólica quizás no fuera tan impresionante.

Las depuraciones no simbólicas fueron visibles y audibles, fueron palpables: los socialdemócratas desaparecieron (Sollmann, Görlinger y otros), los del Centro y los comunistas ni que decir tiene, y no era ningún secreto que en las casamatas en torno al Militärring de Colonia habían sido establecidos campos de concentración por las SS. Las expresiones “prisión preventiva” y “baleado al huir” eran habituales, también afectaron a amigos nuestros que luego regresaron mudos y petrificados; conocidos de mi padre. La parálisis se extendió, cundió el miedo y las hordas nazis, brutales y sanguinarias, procuraban que el terror no fuese sólo un rumor. Las calles a derecha e izquierda de la Severinstrasse, por donde discurría mi camino a la escuela (la Alteburger, la Silvan, la propia Severin, la Perlengarben), no eran para nada un territorio “nacionalmente confiable”. Hubo días, después del incendio del Reichstag, antes de las elecciones de marzo, en que el barrio fue acordonado en parte o por completo. Las calles menos confiables quedaban a la derecha: ¿qué mujer gritaba allí en el Achtergässchen, qué hombre en la Landsbergerstrasse, quién en la Rosenstrasse?. Es que quizás aprendemos para el futuro no en la escuela sino camino a ella?.

Allí era ostensible que se golpeaba, que arrastraban a la gente de las casas.

Después del incendio del Reichstag y de las elecciones de marzo hubo más tranquilidad, pero no del todo. Después de todo, el partido comunista fue el segundo partido más votado en la tan católica Colonia durante las elecciones de noviembre 1932 (Centro 27.3%, comunistas 24.5%, nazis 20.5%, socialdemócratas 17.5%). Eran casi los porcentajes que conocemos de la Italia de hoy (Colonia fue siempre , y lo es, una ciudad progresista, a pesar de su fama de “negra” y de todo el consiguiente oscurantismo). En marzo, los nazis tenían ya el 33.3%, el Centro continuaba con un 25.6%, y los comunistas y los socialdemócratas, a pesar del terror y las depuraciones, mantenían un 18.1 y un 14.9%: el “territorio no confiable” no había sido “normalizado”, quedaba trabajo suficiente para las SS (Habría que decir mucho más sobre Colonia, pero pienso que después del jubileo de la catedral, la visita del Papa y la publicidad en torno al Museo Ludwig, Colonia tiene ya bastante: además, el Rhin sigue fluyendo).

Por aquel tiempo abandonó prematuramente su puesto el padre de una condiscípula de mi hermana mayor, un policía tranquilo y respetable, votante

del Centro, porque no podía seguir soportando la vista de las “toallas ensangrentadas” en su comisaría. Tampoco estos eran signos simbólicos: las “toallas ensangrentadas” remitían a los gritos que había oído provenientes del Achtergässchen, de la Rosenstrasse, de la Landsbergstrasse.

Mientras tanto tiene que estar cada vez más claro para el lector que por lo que se requiere a hablar de mi escuela, sólo puedo contar una historia adicional; que tiene que ver con mi vida escolar, pero no sólo con la vida que transcurría en la escuela. La escuela no fue una cosa secundaria, pero tampoco la principal durante esos cuatro años lectivos.

Una depuración de otro carácter cambió de manera considerable mi camino a la escuela: la enérgica campaña en contra de los contrabandistas de tabaco que en las esquinas o en los zaguanes de las casas pregonaban susurrando “productos holandeses”. El más barato de los cigarrillos adquiridos legalmente costaba de todos modos 2.5 centavos; criaturas debiluchas la mitad de repletas que un Juno o un Eckstein, que costaban 3.3 centavos: los productos holandeses eran rubios, compactos, y un tercio más atractivos que un Eckstein, y se conseguían al precio de 1 a 1.5 centavos. Esto era una tentación en esos tiempos en que la política de ahorro de Brüning, aquella tacañería, aún influía en nosotros, y entonces mi hermano Alois me daba a veces dinero para que yo le consiguiera ilegalmente productos holandeses. Entre la Rosenstrasse y Perlengraben, con el centro de gravedad más o menos en la Landsbergstrasse y una reducidísima cadena de postas hasta el Eulengarten, cuartel general de los contrabandistas, que estaba muy cerca de nuestra escuela (en la Heinrichstrasse), yo debía comportarme de manera, muy cuidadosa y atenta, tenía que demostrar tanto que era de confiar como que ardía en deseos de comprar. Al parecer lo conseguía, y ese temprano ejercicio, o aprendizaje (como no se aprende en la escuela, sino sólo en el camino a la escuela), esa formación o instrucción, me han sido de mucha utilidad después en muchos mercados negros de Europa. (Acercas del hecho de que el sentimiento vital de los colonenses no incluye una relación apasionada con la legalidad; sobre esto me he explayado ya alguna vez en otro lugar) Así pues acarrearba a casa los productos holandeses sanos y salvos, y me pagaban mi comisión en forma de cigarrillos que olían fragantes. De todos modos una vez vendieron mercancía averiada: el paquete con banderola holandesa contenía, en vez de 25 cigarrillos aproximadamente 25 gramos de (nada menos que) peladuras de papas..., y hasta hoy, sigue siendo para mí un misterio por qué peladuras de papa y no de aserrín o virutas de madera: estaban cuidadosamente pesadas, equilibradamente repartidas, empacadas en papel de estaño. (El desdén hacia sellos, plomos, precintos judiciales, banderolas –que también son precintos-, y que me lo ocultó mi madre, fue para mí fatal en los tiempos de posguerra, cuando “desplombaba” el contador de la luz eléctrica y lo manipulaba, por desgracia de una manera judicialmente comprobable. En cuanto a los precintos judiciales, los hacíamos desaparecer cuanto más frescos mejor). Mi hermano me exigió que en el futuro controlase la mercancía, y

todavía estaba preguntándose CÓMO habría sucedido la cosa –tenía que haber sido muy rápido- cuando le echaron el guante al grupo de contrabandistas. Tuvo lugar un auténtico asedio de las calles Im Eulengarten y Schnurgasse, me acuerdo por lo menos de un auto blindado: la policía y los aduaneros acabaron –finalmente sin balacera- con la colonia de contrabandistas. Hubo rumores que hablaban de millones y millones de cigarrillos decomisados y de numerosas detenciones.

CAPÍTULO IX

Sí, también escuela. El tiempo se puso más frío, más duro, también la economía, y vivíamos de cara a la guerra. Es mucho lo que quedó: la lealtad de los padres y de los hermanos, de los amigos: también la de aquellos que desde hacía mucho eran miembros de organizaciones nazis.

Quedó la insustituible, casi sagrada bicicleta, ese ágil vehículo de la movilidad, artefacto para la huida construido de manera sencilla, digno de muchos himnos y –como a más tardar se puso de relieve en 1945- el único medio seguro y valiosísimamente mecánico para desplazarse. ¡Qué no necesita un automóvil! Si lo observamos bien, es pesado, depende de miles de pequeñeces, eso para no hablar del combustible, de las carreteras. Dónde no se llega con una bicicleta, y no lo olvidemos: la guerra de Vietnam se ganó con bicicletas, equipaje ligero, casi ninguno, ¿y qué es lo que en caso de necesidad no se puede colgar y cargar en una bicicleta?

Quedó asimismo la enfermedad, que también siguió durante el glorioso servicio laboral y en la asimismo gloriosa Wehrmacht; pero ya en el campo de internamiento, en aquél curioso estado entre liberación y prisión al mismo tiempo, y mucho más durante la posguerra, y hasta hoy...¡ni rastro de ella! ¿Era realmente nazígena? Debe ser eso, porque yo también era alérgico a los nazis.

Todavía viviendo en la Maternusstrasse, y cruzando por el sombrío puente Sur sobre el Rhin a la altura de Poll, paseábamos a través de Poll por entre campos de cereales olorosos a verano, por caminos polvorientos teniendo siempre a la vista como referencia la torre del depósito de aguas, hasta llegar a la casamata donde mi hermano Alfred cumplía su servicio laboral “voluntario” (el cumplimiento de ese servicio laboral “voluntario” era “solo” el prerequisite para el permiso de ingreso a la Universidad). La hedionda casamata subterránea, de los años 80, o anteriores, del pasado siglo, de donde sin permiso hacíamos llamar a nuestro hermano (que todavía no tenía derecho a salir): un presidiario me parecía, deprimido. Por ser “bachi” automáticamente era “intelect”, lo insultaban como tal y le encargaban trabajos pesados.

Cerca del portalón 2 –siempre el mismo- dos putas jóvenes y ya desgastadas, criaturas que despertaban compasión, que se echaban entre los matorrales, por un módico honorario, con todo aquél que lograrse sobornar o convencer al centinela.

Esa construcción de la casamata subterránea, sombría y húmeda, Guillermina (¡Guillermo !!), su olor, la opresión, las dos putas que ni siquiera se emparejaban (eran la única oferta en muchas millas a la redonda): nada de esto era edificante. Llevábamos un par de cigarrillo, conversábamos deprimidos, sentíamos la crueldad de las visitas al cuartel o sus cercanías. (¡Ay Lilí Marlén, de sobra sabes que no estábamos debajo del faro! ¿quién se pone con una muchacha, y mucho menos con la suya, justamente debajo del farol y delante del portalón grande?: en el rincón más oscuro de la muralla estábamos, y no era nada dulce: ¡volver de tus brazos al tufo masculino!). Oprimidos regresábamos a casa, a lo largo del terraplén de la vía férrea, polvo estival en los labios, el olor de los trigales. Lo llevaba en el corazón, en el cerebro, en la consciencia: el presentimiento que no muchos años después se evidenciaría como acertado. Sabía que iría a pasar allí, que no tenía la fuerza ni el valor de escaparme de los dos uniformes que se aproximaban. Regresábamos a casa, tarde de verano, torre del depósito de aguas, terraplén de la vía férrea, campos de cereales, el Rhin. ¿Se construyeron ya ese año los cuarteles del Poll-Porz? Ese rumor suponía interrogatorios y prisión para alguien que sostuviese lo que más tarde resultó ser verdad: de allí, estando la Renania todavía desmilitarizada, se estaban construyendo cuarteles. ¿Se pusieron ya entonces los cimientos para el puente de la autopista en Rodenkirchen, esa estratégica apertura hacia el Oeste?

Una vez más y siempre lo mismo: también escuela, sí. Con los dos nazis auténticos que había entre los maestros (ambos de tipo Urdemalas o Fierabrás) no teníamos nada que ver, y es por eso que no tuve ningún problema con los maestros (más bien ellos conmigo). Cuando alguno de los alumnos intentaba compensar con su uniforme –lo que sucedía raras veces- sus lastimosos conocimientos de latín o griego, el profesor Bauer me miraba: lo tuve desde la primera a la novena clase, no había necesidad de ser explícitos entre nosotros. Era un demócrata, un humanista, para nada belicista, nos indicaba lo también parodístico-actual de la comedia griega, hablaba de vez en cuando acerca de fumar habanos y beber jerez, ignoraba las impertinencias, leía más tarde con nosotros Juvenal. Juvenal y Tácito eran sus favoritos entre los romanos.

(La última vez que vi a Bauer fue al final del otoño del 44, desde un tren hospital en marcha, él estaba sentado en una silla de ruedas en la estación de Ahrweiler o de Remagen). ¿Problemas con los maestros?. No. Hasta los que tuve con el de religión cedieron con el tiempo, y ni siquiera los tuve con el de gimnasia. Aunque yo estaba “dispensado de hacer ejercicios gimnásticos” (es decir, que era un asocial desde el punto de vista gimnástico), solía invitarme, o me lo pedía, para que participase ilegalmente contra otra escuela en algún partido de competición de nuestra variante del críquet: yo no era un mal bateador –lo cual me venía de familia: mis dos hermanos mayores eran verdaderas estrellas de ese deporte, y lo habíamos jugado mucho en los prados del parque Vorgebirg-, así es que bateaba ilegalmente en la zona del estanque de la Aachener Strasse o en el parque Blücher, contra no importa qué escuela

coloniense. Hay algo que tengo que precisar todavía: mejor que mis condiscípulos, o digamos “puro”, no me sentí nunca; sólo -¡este mínimo SÓLO!- ajeno, me resultaba ajeno todo lo que sucedía fuera de mí, ajeno y cada vez más ajeno. Sólo la bicicleta y el faltar a clase en la escuela me salvaron de ser muy casero, y a pesar de todo eso me sentaba a menudo en casa a traducir textos latinos o griegos, y sin haber cumplido los dieciocho estaba en el mejor camino para pasar de ser un automarginado a ser un tipo raro. No sólo la bicicleta me salvó de eso, también un par de muchachas. Y sin embargo mi desarrollo no fue en manera alguna tranquilizador. Mis padres, mis hermanos, los amigos se preocupaban, con razón, y cada vez era más frecuente que se hicieran la pregunta ¿PERO QUÉ VA SER ESTE MUCHACHO CUANDO SEA MAYOR?.

Mis hermanos tenían un oficio o estaban claramente camino de tenerlo: maestra de escuela, contable (empleada comercial), ebanista, estudiante de teología. ¿Teología? No era algo que no fuera razonable, y hubiese ofrecido una salida, pero al cabo de pocos minutos había aclarado y declarado que la teología no era para mí. Estudiarla sí me hubiera atraído, pero estudiar teología y convertirse en sacerdote eran entonces cosas idénticas, y eso implicaba un obstáculo que quisiera expresar tan discretamente como sea posible: las bellezas y también los atractivos, los profundos y los no tan profundos del sexo femenino, no habían escapado a mi atención; y no estaba dispuesto a renunciar a ellos. Celibato: qué susto de palabra. Ponderar desde un principio la doble moral era algo fuera de toda posible consideración, y algo así como la laicización (pero ¿para qué sacerdotes si ya se especulase con la laicización?) era en aquellos tiempos tan impensable como un viaje a la luna. No en último término (aquí, por excepción, debo citar en latín), vestigia terrebant. Los vestigios asustaban. Había casos de complicaciones y embrollos en la parentela y entre las amistades, había “tropezados”, “trompicados”, caídos, desplomados, y alguno que intentó el viaje a la luna aterrizó de barriga. Mi padre había trabajado mucho para iglesias y conventos, y sus conocimientos del ambiente, que no nos ocultó, eran más que suficientes: ellos le habían movido a prohibirnos estrictamente el ayudar a misa (hacia lo cual, por lo demás, nunca tuve la más mínima inclinación). Y existía además, y de ello se discutía con pasión porque había bastantes estudiantes de teología en el entorno..., existía además el camino de la SUBLIMACIÓN, pero eso no quería yo en modo alguno sublimarlo.

**EL
SOLDADO
HEINRICH BÖLL**

POR
FERNANDO EMMERICH

Frente a la ancha fachada color amarillo rococó de la Universidad de Bonn, por el lado que mira hacia la pequeña ciudad renana de Bad Godesberg, hay un hermoso parque. En ese lugar, un día de 1945, un soldado alemán que 27 años después sería galardonado con el Premio Nobel de Literatura, dejó de ser prisionero de guerra.

Pero que lo cuente el propio Heinrich Böll: “El 15 de septiembre de 1945 en la tarde a las 16.15, abandoné por fin las últimas alambradas a la sombra de la Universidad de Bonn, donde antes había visto días felices... y se apoderó de mí un vértigo, la conciencia de que era libre después de casi 7 años...”

Esto no quiere decir que, tras haber sido capturado por soldados norteamericanos, haya estado siete años en su campo de concentración. En realidad, había permanecido apenas unos meses, desde el término de la guerra, en mayo de 1945. A lo que se refería es que se había sentido prisionero desde que el 3 de septiembre de 1939 (dos días después de la invasión de Polonia por las tropas alemanas, lo que desencadenó la Segunda Guerra Mundial, Heinrich Böll prestó juramento como soldado de la Wehrmacht y fue destinado a la 3ª compañía del 484 Batallón de Infantería). Desde entonces había perdido su libertad personal, había dejado de ser un individuo libre para convertirse en un soldado más, casi un número, de los millones que Hitler movilizó hacia los distintos frentes que abrió durante la guerra.

La conflagración llevó a Böll por Polonia, Francia, Ucrania, Hungría, Rumania. Siempre que obtenía un permiso –y los obtenía con cierta frecuencia–, y la distancia se lo permitía, partía a su ciudad natal, Colonia, cada vez más destruida por los feroces bombardeos aéreos de los aliados, a visitar a sus padres, a sus hermanos y a su esposa. Estuvo internado varias veces, en lazaretos, enfermo o herido. No era un hombre físicamente fuerte ni muy saludable. Su ficha militar lo describe como un metro ochenta de estatura, delgado, de rostro ovalado, cabello rubio oscuro, ojos verdes; tenía una seña particular: un cicatriz en la mano derecha.

Fue herido cuatro veces. En dos ocasiones con una diferencia de apenas doce días, primero en un pie alcanzado por esquirlas de granada y luego en la cabeza. En septiembre de 1942 fue propuesto para cabo, grado al que fue ascendido exactamente un año después.

A las 19.30 horas del 9 de abril de 1945 (un mes antes de que terminara la guerra) fue hecho prisionero durante una batalla en Renania del norte. Durante los casi siete años en que Heinrich Böll vistió el uniforme de la Wehrmacht, años pasados en campamentos, en convoyes, campos de batalla, ciudades capturadas, este grafómano incontenible no dejó pasar casi ni un solo día sin escribirles a sus padres y hermanos y especialmente a sus esposa, Annemarie Cech.

Esta impresionante cantidad de cartas, en las que Böll va registrando minuciosamente sus experiencias, acaba de ser publicada en Alemania, por la editorial Kiepenheuer & Witsch. Son tantas, que llenan dos tomos, cada uno de más de 800 páginas. La última carta, fechada el 3 de abril de 1945, dice: “Ya llevo de nuevo unos ocho días en el frente; me va bien; no se duerme mucho, pero en cambio vivimos bien. La comida en la compañía no es mala, y además recibimos de vez en cuando un par de huevos, y todos los días yo obtengo un jarro lleno de leche. Hasta ahora no tenemos en toda la compañía ningún muerto o herido... Cansado estoy siempre”.

Pero sin duda había alguien más cansado que él. No creo que haya habido, durante los seis años que duró la Segunda Guerra Mundial, alguien que haya tenido más trabajo que el estafeta de la compañía donde combatía –y escribía cartas a su familia– el soldado Heinrich Böll.

JÜNGER Y BÖLL

En la guerra, Böll se dedicó al género epistolar; un colega suyo, muy distinto de él, al diario de vida. Ernst Jünger. Mayor que Böll, a pesar de su apellido, Jünger había peleado ya en la Primera Guerra Mundial, donde sufrió numerosas heridas y recibió varias condecoraciones. En la Segunda Guerra vio el conflicto desde el nivel del oficial considerado un héroe y que ya era además un prestigioso escritor. Ambos coincidieron en que les tocó vivir buena parte de la conflagración en Francia. Puede ser interesante comparar sus diferentes visiones. En su diario, Jünger anota en París, el 17 de febrero de 1942, lo siguiente: “Tarde donde Calvet, en compañía de Cocteau, Wiemer y Poupet, el que me dio un autógrafo de Proust para mi colección. A propósito, Cocteau se refirió a su relación con Proust (...)”.

Cuatro meses después, también desde Francia, Heinrich le escribe a Annemarie: “ay, si alguien me preguntara cómo es el infierno, yo le preguntaría a mi vez si había sido soldado, y si dijera que sí, le preguntaría en seguida si había sido de infantería, y, entonces, si él también hubiera dicho que sí, yo le preguntaría si alguna vez había hecho una marcha de 35 a 40 kilómetros bajo el calor de junio llevando máscara antigás, y entonces le diría que eso es el infierno”.

**CARTAS
DESDE
EL FRENTE**

HEINRICH BÖLL
A SU NOVIA, ANNEMARIE CECH

Colonia, 17 de junio de 1941

(...)

Cualquier monotonía, si no es litúrgica o sacramental, es asesina, mata la fantasía: porque se necesita tanta fuerza para defenderse de ella, a la fantasía no le queda ninguna fuerza para ejercitarse; tan sólo se puede custodiarla y esperar que no muera del todo... A veces me siento completamente desesperanzado ante esta eterna uniformidad: siempre lo mismo, siempre voy y vuelvo con el mismo tranvía, siempre tengo en este y este rincón de mi bolsa la mantequera y en este rincón la salchicha, y en el medio un libro y no se cuántos cigarrillos.

Por las mañanas, cuando me levanto, ya sé que a la diez menos cuarto estaré en un determinado lugar del Grüngürtel y seguiré haciendo lo mismo que en ese mismo lugar siempre hago: sé de cierto que pasados diez minutos de la diez estaremos marchando de vuelta a la esquina de la calle Belvedere y el callejón Herriger en Müngersdorf, sólo que en ese momento entonaremos la hermosa canción “Soy un cazador furtivo y este es mi coto de caza”, y puntualmente a la diez y cuarto, ay con toda puntualidad, el viejo ordenará en el patio de la escuela: “compañía ¡alto!” y “¡rompan filas!”. Por las tardes, cuando desde las 21.57 hasta las 22.05 estoy en la sala de espera de la plaza Schalageter, sé de cierto qué es lo que sucederá hasta el momento en que te vea a las seis o las seis y cuarto del subsiguiente día. Alrededor de las 22.30 estoy en Müngersdorf, sobre las 22.35 paso delante de la guardia, cuando me encuentro en el segundo rellano de la escalera suena el silbato del imaginaria y a las once y media en punto estoy en la cama: de las siete y media a las ocho y veinte –¡puntualmente!– me encasqueto mi máscara antigás, me abrocho el cinturón y a las ocho y media estoy abajo, en el patio de la escuela, el sargento manda formar a la compañía y dice, casi cada maña-

na: “ El tercero por la cola en la segunda fila..., Lommersburg..., no saques la barriga..., así”.

Y luego llega el viejo y dice: “Heil, reservistas”, y nosotros decimos “Heil, capitán”. .Luego: “¡Los ojos al frente, el fusil derecho, marchando sobre el terreno, una canción en formación de marcha!”. Una canción..., dice “una canción”, cuando tranquilamente podría decir “la canción”, porque la canción dice: “Pasó la oscura noche y hermosamente empieza a amanecer”. Después sigue lo del Grüngürtel en el bastión No. 5, y luego del regreso, entre diez y media y once, agarro mi fiamblera y limpio mis botas, a eso de las once como mis bocadillos y debo ese café frío y detestable, y a eso de las 11.45 suena el toque de formación.

(...)

Son las diez: cuando estoy junto a la Ópera y “dejo errar mis pensamientos”, ya sé qué guardia me toca, ya sé aproximadamente qué puesto me tocará, y como ya he “frecuentado” esas guardias innumerables veces, ya sé de cierto a qué hora de la tarde en qué lugar aquí o allá voy a estar....Desde luego que a veces me siento muy feliz, cuando puedo estar solo en algún sitio y puedo pensar lo que quiero, no sólo a veces sino la mayoría de las veces, a no ser que caiga de cansancio. Hoy va a salir todo muy bien si estoy descansado y sin dolores de cabeza en algún rincón donde haya sombra...

A veces me siento desconsolado y desesperanzado delante de esta montaña inmensa de monotonía, de eterna y terrible uniformidad. Siempre las mismas columnas con las que tienen que convivir en el acuartelamiento, siempre los mismos chismes sobre cochinas, el rancho o los permisos siempre la misma mierda...

HEINRICH BÖLL A SU ESPOSA ANNEMARIE
(DE SOLTERA CECH)

En el frente occidental,
17 de mayo de 1942

(...)

me había alegrado tanto, anoche de poder sentarme un par de horas en una tabernita tranquila y poder escribirte, pero todo pasó de otra manera. Primero empecé una carta a mi familia, después me fui a comer, y justo cuando quería marcharme otra vez para escribirte, me pasaron a buscar para una orgía del personal de servicio: todo esto son obligaciones que no se pueden soslayar sencillamente. La cosa duró hasta las dos de la madrugada, de veras una borrachera salvaje, bárbara, y el chiste es que hoy me siento cansado, este domingo por el que me había alegrado tanto. Para empezar tenía servicio otra vez el domingo hasta las tres, y luego a planchar la oreja para pasar la resaca...

Mi propia vida profesional, tú y los de la casa a los que también tanto quiero, a menudo todo se hunde por completo, del todo, entonces no soy consciente de

ello ni tampoco pienso que este es un tiempo especial. Entonces soy el cabo Böll que guía un pelotón, a regañadientes y con un cierto sadismo y el corazón lleno de un odio profundo contra la guerra, no feliz pero tampoco profundamente desgraciado, lleno de un cierto cinismo: pero guío un pelotón.

El otro a veces se despierta y entonces se asusta de éste, pero sólo al principio, luego se acostumbra a él y los dos se entienden bien por lo demás, juegan juntos, pero uno, el que no es jefe de pelotón, bah, ni siquiera soldado, ese es el que prefiero, es mi único amigo. Ese no quisiera ver nunca un fusil, y sueña, sueña indómitamente y lleno de ansias unos oscuros sueños llenos de un rechazo apasionado de todos los imperativos y todos los gritos militares y todos los aullidos; un individualista indómito y fanático, eso es él, mi amigo, que tan pocas veces puede estar despierto y que tiene una tarea grande y elevada, la de no olvidar nada de todo lo humanamente indigno que está pasando y todo lo que se hace y se dice contra Dios.

Esta noche he estado bebiendo “de servicio” hasta las dos de la madrugada. Sabes que no soy en absoluto un antialcohólico y que me gusta beber, pero semejante orgía por pura barbarie, saturada de obscenidades y vocinglería, ha sido una cochinada inolvidable. Ni un solo segundo he estado borracho de tal modo que no supiera más lo que estaba haciendo, pero sí estaba completamente a tope, y sentía arcadas y me sentía mal, y cuando esta noche regresaba tambaleante a casa llevando colgado del brazo a mi viejo amigo Sielke, que estaba totalmente fuera de combate, por la silenciosa calle del pueblo, con ese magnífico cielo claro que ya presagiaba el maravilloso día que hace hoy, iba pensando en todo lo que he dicho alguna vez en contra de la guerra y de los militares, y me he jurado no olvidarlo nunca y resguardarlo siempre, siempre en mi corazón. Sí, no olvidar nada, esa es la tarea de mi amigo, y al otro lo dejo que siga caminando a mi lado así nomás; no sé de cierto si lo odio, si lo quiero o si debo tenerle lástima: quizás a fin de cuentas lo que quiera es convertirlo.

Hoy de mañana era tan resplandecientemente hermoso cuando me desperté en mi rincón con el cráneo pesado..., mi gente ya estaba limpiando sus armas, sólo hubiera faltado que en ese momento llegase el alférez. En la llamada a formar filas del mediodía tuve que revisar los fusiles de una fila, y me dije que era domingo, así que los di todos por limpios para contrariar a nuestro sargento.

Ya casi son las 5. Acabo de oír que en el batallón se encuentran dos pesados sacos de correo para nuestra compañía, seguro que también hay algo en ellas para mí: ojalá, ojalá lo distribuyan hoy todavía. Creo que es por eso que a veces estoy tan completamente desinteresado e indiferente, porque el correo todavía no llegó. Cuando por fin encuentra su camino, entonces vuelve a haber otras alegrías diarias en vez de sólo recuerdos.

Fumar es lo único que me queda, leer no puedo, escribir menos, y beber no es lo más adecuado en mis actuales circunstancias pues desde hace unos días estoy luchando de nuevo con mi enfermedad francesa, no exactamente

disentería aunque bastante devastadora, pero con opiáceos y ayuno he conseguido controlarla un poco.

Enseguida voy a dar un paseo hasta el siguiente pueblo, he pedido ex profeso vacaciones, mejor dicho: permiso, para poder salir. Algún día le escribiré a Edi acerca de mi acuartelamiento de la Marina, es posible que él tenga algo que ver con ella y venga por esta zona, entonces podría visitarme. Por lo demás, sin embargo, no creo que nos quedemos mucho tiempo aquí, pronto, pronto vamos a tener que seguir marchando.

CARTAS
HEINRICH BÖLL
A SU MADRE

Francia, 19.7.1942

Querida madre,

Acabo de recibir tu carta hablando de vuestra mudanza a un nuevo alojamiento. Ojalá os recuperéis todos, de verdad, eso es lo más importante. No te preocupes porque no me puedes enviar nada; estoy completamente seguro de que me enviarías todo lo que tienes, lo sé, y eso ya es bastante. En realidad no necesito nada, con la comida se las puede arreglar uno, y a veces también podemos comprar algo, que siempre es muy caro, pero el dinero no importa. Sólo siento mucho, mucho, que no puedo comprarte café, esa es de verdad mi gran preocupación, que alguna vez tuviese que interrumpir tu suministro. En los próximos días quizás pueda enviaros a vosotros y para los niños un poco de chocolate.

Por lo demás me va bien. Por cierto que no nos despojamos nunca de nuestros uniformes y como promedio nos mojamos por completo una vez al día, pero nadie se enferma por eso. Es de veras misterioso con estos prusianos: de civil, y en estas circunstancias, hace tiempo que tendría un fuerte resfriado o una pulmonía, pero aquí puede soportarse todo...

Lo que no tengo son más ganas de ser soldado, eso es todo: sólo cinco meses más y hará ya cuatro años que visto uniforme, es demasiado para mi gusto. Pero me he provisto de una sorprendente cabezonería que me hace soportarlo todo, sólo a condición de recibir correo, y lo recibo todos, todos los días. Es verdad que a veces no lo reparten puntualmente, pero después tengo varias cartas de una sola vez. Tilde y Alois y Alfred me han enviando también dos paquetitos preciosos...

Ahora estuve tres días en Calais en un curso para lanzallamas, fue una buena distracción de las eternas alambradas de aquí, pero como allí no recibía correo prefería estar de vuelta en las alambradas. Y no tengas ningún miedo por lo de los lanzallamas, es una cosa completamente sin peligro y que quizás incluso me procure un puestito tranquilo.

El mar es verdaderamente algo maravilloso y consolador, algo absoluto. No soy un maldito adorador de la Naturaleza, no, pero de alguna manera,

cuando estoy insoportablemente harto de esta eterna estrechez humana en esta barranca, y de este eterno palabrerío de siempre, me consuela a veces, me consuelo un poco, cuando miro hacia el ancho, ancho mar, que sigue siendo completamente el mismo desde hace milenios. Dios vive, y él sabe lo que sucede con nosotros, y porqué: y fuimos redimidos por la cruz y tenemos una gran esperanza...

Querida madre, todos nosotros, nuestra familia completa, hemos tenido mucho que sufrir y que soportar. Todo eso es para mí inolvidable, y nunca, nunca olvido tampoco que tú has tenido que soportar la mayor parte. Somos verdaderamente una familia. Soy infinitamente feliz sabiendo que no tienes más preocupaciones a causa de Annemarie: eso no sabes como me atormentaba, porque ella es realmente la única a quien puedo querer y a quien siempre querré...

Ojalá os llegue el correo que le he enviado a todos a la dirección Margarethenkreuz.

Aquí llueve y hace frío toda la semana, casi como en noviembre, de verdad frío a pesar de ser julio, quizá podamos alguna vez pasar un par de semanas aquí en la playa en verano...

Estoy requeteharto de estar dando vueltas durante años como soldado, sin la más mínima comodidad y sin prerrogativas, pero sobre todo es jodido lo de estar siempre, siempre, en medio una masa. Muchas veces y por mucho, mucho tiempo he meditado si no debería meterme a ser oficial. Sería tan sencillo. En pocos meses podría andar por ahí como alférez, puesto que ya tengo el tiempo necesario de servicio a mis espaldas... Pero no quiero: no, no quiero volver a pensar en ello, no quiero. No podría soportar lo de sentarme a lomos de caballo, orgulloso y limpio, y ver a mis pies la masa agotada y sucia después de una larga marcha. De algún modo siento que pertenezco más, y más íntimamente, a la masa que debe sufrir: más, mil veces más que a todos esos que van a lomos de los caballos. No es que sean malos. Desde el punto de vista humano hasta prefiero a la mayoría de ellos, pero no son mejores, y por lo que a mi me toca pueden seguir siendo limpios y orgullosos. Casi creo que sería una traición a todo lo que hemos tenido que pasar y que soportar, si ahora me hiciese oficial porque esta mierda de aquí abajo no es lo bastante buena para mí...

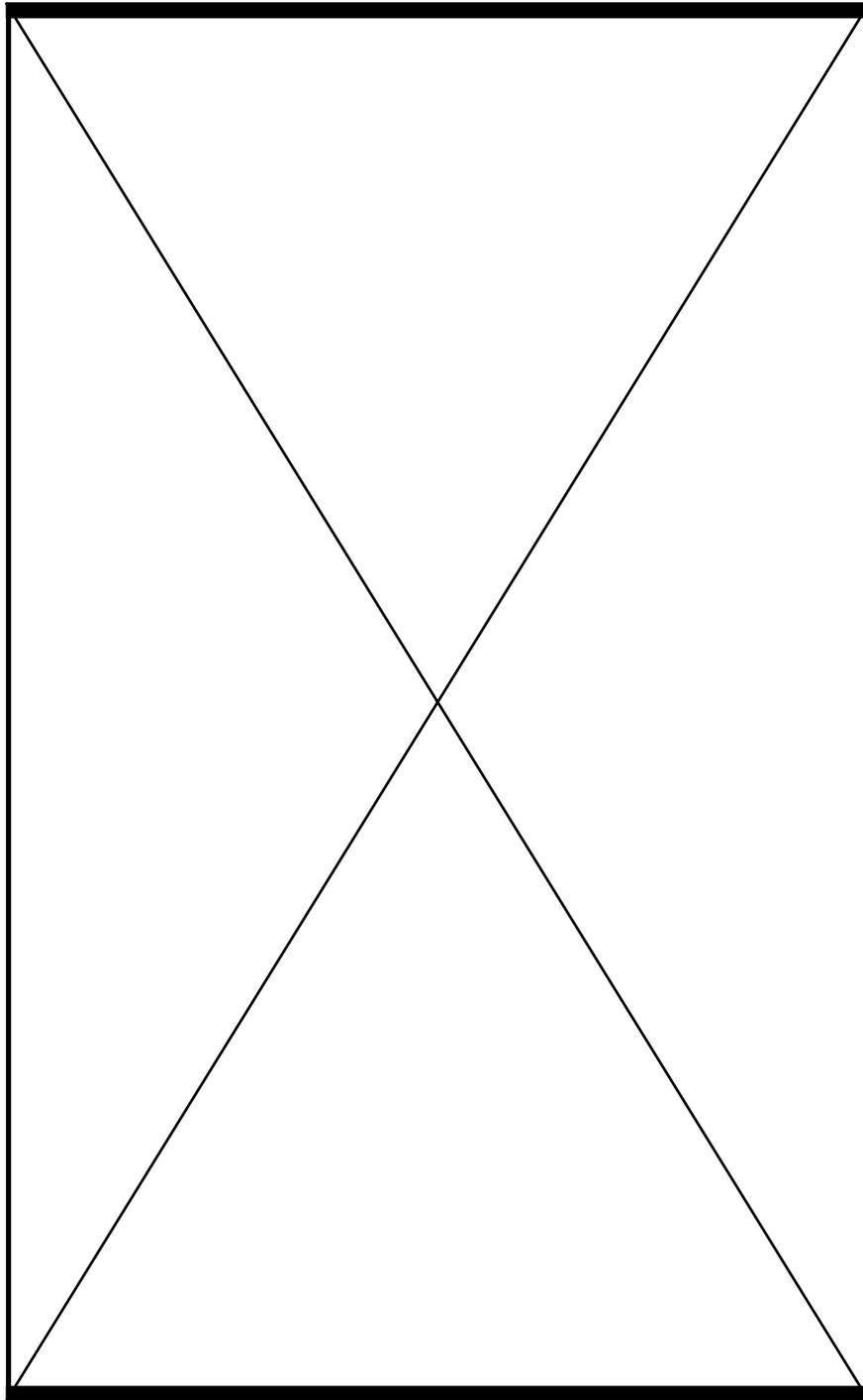
Es desde luego inquietamente atractiva la perspectiva, la posibilidad de estar por encima de esta estúpida chusma. Tener un ordenanza que arregla todas, todas las cosas que son una tortura para mí, como lavar la ropa y limpiar las botas. Y tener una cama, y descanso. Y estar delante, bien adelante, eso es lo más atractivo. No más atrás, bien atrás dentro de la masa como una parte de la mierda. Ay, son muchas las cosas buenas, casi todo: pero sería una traición, y por eso es que no quiero, sé que me vas a entender.

Por desgracia es así que los oficiales son una casta, eso es todo, y lo seguirán siendo: si en verdad sólo fuesen jefes y soldados, entonces sería distinto....

Hasta la vista, madre, espero mucho que después de la guerra todos nos juntemos en la paz, en “nuestra paz”, y por el momento te deseo una buena, buena mejoría, que tanto necesitas...

Saludos también a María, y a mi ahijado, y dile que le volveré a enviar chocolate.

Tu hijo Heinrich



CRONOLOGÍA 1946-1960

Los 262 bombardeos aéreos sobre Colonia durante la Guerra causaron un mínimo de 20,000 muertos. Colonia fue una de las ciudades más destruidas de Alemania. Casi la mitad de los 70,000 edificios con que contaba antes de la guerra fueron destruidos de un 60 a un 100% . De los 770,000 habitantes que vivían en la ciudad al estallar la guerra, a principios de abril de 1945 no quedaron más que, aproximadamente, unos 20,000. Colonia fue liberada por las fuerzas americanas el 8 de abril de 1945.

1944-1946

Heinrich Böll vive el final de la guerra en Renania, donde, como desertor, se esconde en casa de su mujer en la zona del Bergischen Land en las cercanías de Colonia, pero por miedo a ser fusilado regresa al ejército alemán a finales de febrero de 1945. Poco después es hecho preso por los americanos, siendo puesto en libertad el siguiente mes de septiembre.

Nacimiento y muerte de su hijo Christoph en el año 1945. Al regresar la familia a Colonia en el año 1946, se instala en una casa medio destruida de la calle Schiller No. 99 en Köln-Bayenthal. Heinrich Böll vuelve a matricularse en la Universidad de Colonia para poder obtener una tarjeta de racionamiento. Trabaja como auxiliar en la ebanistería familiar, con la que continúa su hermano Alois, situada en el edificio trasero de la calle Vondel No. 28. Annemarie trabaja como profesora de enseñanza secundaria en la Realschule Severinswall, y asegura así la existencia de la familia, que pronto constará de cinco miembros.

HEINRICH BÖLL COMIENZA SU LABOR COMO ESCRITOR EN NOVIEMBRE DE 1946.

Escribe novelas como “Cruz sin amor”, hasta la actualidad sin publicar, o, de su obra póstuma, “El Ángel callaba”, publicada en 1992. También numerosas narraciones breves, así como intentos de obras dramáticas, primeros ensayos

y poemas. Muchos de sus trabajos tienen como objeto las experiencias del período nazi, de la guerra y de la inmediata posguerra.

1947

Böll envía en marzo sus primeras narraciones breves a diversos periódicos y revistas. El Rheinischer Merkur publica el 3 de mayo una versión abreviada de la narración “Vor der Eskaladierwand” (Ante el muro de los combatientes), con el título “Aus der Vorzeit” (De tiempos remotos).

1948

Nacimiento de su hijo René. Primeros contactos con la editorial Friedrich Middelhaue.

1949

PRIMER CONTACTO EDITORIAL

Y PUBLICACIÓN DEL LIBRO “EL TREN LLEGÓ PUNTUAL”.

La familia es extremadamente inestable. Los honorarios de las publicaciones no son suficientes; Böll se ofrece a la radio y a diversas editoriales con la idea de conseguir un puesto fijo. En numerosas ocasiones está a punto de abandonar el oficio de escritor “*De ninguna de las maneras puedo justificar por más tiempo esta forma de vida ante mi familia*”, dice en una carta dirigida a Paul SCAF, “*y a pesar de que a veces (¡por unos segundos!) creo tener una misión que cumplir, la literatura, a fin de cuentas, no merece una sola hora de infelicidad de mi mujer o de mis hijos*”

1950

Nacimiento de su hijo Vincent. Böll trabaja para la ciudad de Colonia como auxiliar en el censo de 1950. Lo emplean para el censo de edificios y viviendas (junio 1950-abril 1951).

La editorial Friedrich Middelhaue publica el volumen de narraciones breves “Caminantes, si vas a...”

1951

Primera invitación a unas jornadas del “Grupo 47” en Bad Bürheim, dirigido por Hans Werner Richter. Böll recibe el premio del Grupo por su narración satírica “Las Ovejas Negras”.

A partir del verano de 1951: escritor independiente. La novela “¿Dónde estabas, Adán?” será su última publicación en la editorial Friedrich Middelhaue.

1952

Heinrich Böll cambia a la editorial colonesa Kippenheuer & Witsch Verlag. Después de 1952 Böll dirige cada vez más su atención hacia los problemas actuales de la R.F.A.. Escribe ensayos en los que se manifiesta acerca de la situación política de la joven república. La pretensión moral sobre la que se fundó

el origen de la R.F.A. poco a poco se arrincona a favor de planteamientos restaurativos, económicos, sociales y políticos.

1953

La novela "Y no dijo ni una palabra" se publica en la editorial Kiepenheuer & Witsch y se convierte también en el primer éxito financiero de Heinrich Böll..

1954

Se publica la novela "Casa sin amo". Traslado de la familia a una casa propia en Köln Müngersdorf, Belvederstrasse No. 35.

1955

"El pan de los años mozos" (narración).

1957

El "Diario Irlandés", del cual algunas partes se fueron imprimiendo ya desde 1954, aparece como libro.

1958

Böll es designado por primera vez como posible candidato al premio Nobel de Literatura. Se publica "Los silencios del Dr. Murke y otras sátiras".

1959

Se publica la novela "Billar a las nueve y media". En ella Böll intenta demostrar la actualidad de la República Federal como continuación y resultado de la historia de los últimos cincuenta años. Los protagonistas pertenecen a la familia de arquitectos Fährmel, cuyo destino se describe a través de tres generaciones. El autor utiliza como marca de sus personajes el simbolismo literario de los "búfalos" –brutales e intransigentes, en posesión del poder- y el de los "corderos" exentos de culpa pero no de responsabilidad.

TAMBIÉN LOS NIÑOS SON POBLACIÓN CIVIL (1948)

–No puede ser –gruñó el centinela.

–¿Por qué? –pregunté.

–Porque está prohibido.

–¿Por qué está prohibido?

–Porque está prohibido, tú, está prohibido que los pacientes salgan.

–Pero yo –dije con orgullo– soy un herido.

El centinela me contempló despreciativo:

–Seguro que es la primera vez que te hieren, si no ya sabrías que los heridos también son pacientes, y ahora vete ya.

Pero yo no podía comprenderlo:

–Entiéndeme –le dije–, sólo quiero comprarle pasteles a la niña esa...

Señalé hacia fuera, donde una pequeña y preciosa niña rusa estaba en medio de la nevada y vendía pasteles.

–¡Que te metas adentro!

La nieve caía silenciosa en los enormes charcos del oscuro patio de la escuela, la niña seguía allí, paciente, y repetía en voz baja: “Pahteleh...pahteleh...”.

–Oye tú –le dije al centinela–, se me hace la boca agua, deja pues que entre la niña.

–Está prohibido que entren civiles.

–Pero oye –le dije–, un niño no es más que un niño.

Me volvió a mirar despreciativo:

–O sea, que los niños no son población civil...

Era para desesperarse. La oscura calle vacía estaba envuelta por la nevisca y la niña seguía allí completamente sola y repitiendo: “Pahteleh...”, aunque no pasaba nadie.

Intenté salir sin más pero el centinela me agarró por la manga y se puso furioso:

–Oye tú –gritó–, lárgate o llamo al sargento.

–Eres un estúpido –le dije encolerizado.

–Sí –dijo el centinela, satisfecho–, cuando alguien sigue respetando las ordenanzas, para vosotros es un estúpido.

Me quedé todavía medio minuto en medio de la nevada y vi cómo los copos blancos se volvían lodo: todo el patio de la escuela estaba lleno de charcos, y en medio de ellos se veían pequeñas islas blancas como azúcar en polvo. De repente vi que la preciosa niña me hacía una seña con los ojos y aparentemente indiferente se iba calle abajo. La seguí por la parte interior del muro.

“Maldita sea”, pensaba, “¿seré verdaderamente un paciente?”. Y entonces vi que había un pequeño agujero en el muro, al lado del urinario, y delante del agujero estaba la niña con los pasteles. El centinela no nos podía ver aquí.

“El Führer bendiga tu respeto a las ordenanzas”, pensé.

Los pasteles tenían un aspecto magnífico: los había de castaña y de crema de mantequilla, roscas de levadura y nuégados en los que brillaba el aceite.

–Cuánto cuestan? –le pregunté a la niña.

Sonrió, me presentó la cesta y me dijo con su vocecita fina:

–Trehmarcohcinquenta cá'uno.

–¿Todos?

–Sí–

La nieve caía sobre su delicado pelo rubio y lo espolvoreaba con un fugaz polen plateado, su sonrisa era sencillamente encantadora. La oscura calle detrás suya estaba completamente vacía y el mundo parecía muerto...

Tomé una rosca de levadura y la probé. Sabía riquísima, estaba rellena de mazapán. “Ajá”, pensé, “por eso son tan caras como las demás”.

La niña sonrió:

–¿Bueno? –preguntó– ¿bueno?

Asentí. El frío no me importaba. Tenía la cabeza reciamente vendada y me parecía a Theodor Körner. Probé además un pastel de crema de mantequilla dejando que aquella materia deliciosa se derritiese despacio en mi boca. Y una vez más se me hizo agua la boca...

–Ven –le dije en voz baja–, me los quedo todos, ¿cuántos tienes?

La niña empezó a contarlos cuidadosamente con un dedo pequeño, delicado y un poquito sucio, mientras yo devoraba un nuégado. Todo estaba muy silencioso y casi me parecía como si en el aire se meciesen suavemente los copos de nieve. La niña contaba despacio, se equivocó un par de veces, y yo seguía allí de pie, completamente tranquilo, y me comí dos pasteles más. Luego alzó de repente sus ojos hacía mí, tan terriblemente verticales, que sus pupilas estaban por completo arriba y el blanco de sus ojos era azulenco como leche desnatada.

Gorjeó alguna cosa en ruso, pero me encogí de hombros sonriendo y entonces se agachó y con su dedito sucio escribió un 45 en la nieve. Añadí los cinco que ya me había comido y le dije:

–Dame también la cesta, ¿sí?

Asintió y me pasó la cesta con mucho cuidado a través del agujero; yo le pasé dos billetes de cien marcos. Dinero teníamos de sobra, por un abrigo pagaban los rusos setecientos marcos y en tres meses no habíamos visto sino lodo y sangre, un par de putas y dinero.

–Ven mañana otra vez, ¿sí? –le dije en voz baja, pero ya no me oía, se había escabullido muy ágil y cuando metí tristemente mi cabeza por el agujero ya había desaparecido y sólo ví la silenciosa calle rusa, melancólica y completamente vacía: las casa de tejados planos parecían irse cubriendo poco a poco con la nieve. Mucho tiempo estuve así, como un animal que mira con ojos tristes desde detrás de la cerca, hasta que me di cuenta de que mi cuello comenzaba a engarrotarse y metí de nuevo la cabeza en el redil.

Y recién entonces olí que en ese rincón hedía espantosamente, a urinario, y los lindísimos pastelillos estaban todos cubiertos por la nieve como una tierna capa de azúcar. Cansado, levanté la cesta y me dirigí a la casa, no sentía frío, me parecía a Theodor Körner y hubiese podido permanecer una hora más en la nieve. Me fui porque tenía que ir a alguna parte. Se tiene que ir a alguna parte, se tiene que poder. No se puede quedar uno quieto y dejarse helar. A alguna parte se tiene que poder ir, aunque esté uno herido, en una tierra extranjera, negra, muy oscura....

LA BALANZA DE LOS BALEK (1952)

En la patria chica de mi abuelo, la mayoría de los habitantes eran agramadores. Desde hacía cinco generaciones respiraban el polvo que surgía de los tallos quebrados del lino, se dejaban matar lentamente; pacientes y alegres generaciones que comían queso de cabra y patatas, y que de vez en cuando sacrificaban un conejo; por las noches, hilaban y hacían punto en sus casas, cantaban, bebían té de menta y eran dichosos. Durante el día, agramaban los tallos de lino en máquinas antediluvianas, entregados sin remedio al polvo y al calor que venía de los hornos de secado. En sus casas tenían una sola cama, parecida a un armario, que estaba destinada a los padres, y los niños dormían alrededor, sobre bancos. Por la mañana, sus habitantes olían por doquier a sopa de harina tostada; los domingos había gachas y los rostros de los niños enrojecían de alegría cuando, especialmente los días señalados, el negro café de bellota se volvía claro, cada vez más claro debido a la leche que su madre iba echando en los tazones.

Los padres salían temprano al trabajo, los niños tenían a su cargo las labores caseras: barrían la pieza, la ordenaban, lavaban la vajilla y pelaban patatas, esos valiosos y amarillos frutos de la tierra, cuyas finas pieles tenían que presentar, para disipar la sospecha de un posible derroche o falta de atención.

Cuando los niños venían de la escuela tenían que irse a los bosques y –según las estaciones– recoger setas y hierbas, aspérulas y tomillo, comino, menta y digital, y en verano, cuando habían cosechado el heno de sus pobres prados, recogían la flor del heno. Se pagaba un céntimo por kilo de flor de heno, que en las boticas de la ciudad se vendía a las señoras nerviosas a veinte céntimos. Las setas eran muy valiosas: cada kilo suponía veinte céntimos; en las tiendas de la ciudad se vendía a un marco veinte. En otoño, cuando la humedad hace surgir las setas del sueño, los niños se internaban en la verde oscuridad de los bosques, y casi todas las familias tenían un lugar

determinado donde arrancaban las setas, lugares que se transmitían oralmente de generación en generación.

Los bosques pertenecían a los Balek, así como las agramaderas de lino, y en el pueblo natal de mi abuelo los Balek tenían un castillo y la mujer del cabeza de la familia tuvo siempre, junto a la habitación donde elaboraban la leche un cuartito en el que eran pesadas y pagadas las setas, las hierbas y las flores del heno. Allí, sobre la mesa, estaba la gran balanza de los Balek, un artefacto de bronce dorado antediluviano, lleno de arabescos, ante la que permanecieron ya los abuelos de mi abuelo con las cestitas de setas y las bolsas de papel llenas de flores del heno en sus sucias manos infantiles, mirando expectantes el peso que arrojaría la balanza de la señora Balek, hasta que la pendular aguja se fijaba exactamente en la raya negra, esa fina línea de la justicia que había que volver a pintar cada año. Entonces la señora Balek tomaba el grueso libro con el lomo marrón de cuero, apuntaba el peso y entregaba el dinero, céntimos o perras gordas; en raras, muy raras ocasiones, un marco. Y cuando mi abuelo era un niño, había allí un frasco grande con caramelos ácidos de esos que costaban un marco el kilo, y si la señora Balek, que mandaba entonces en el cuartito estaba de buen humor, metía la mano en el frasco y daba un caramelo a cada uno de los niños que se ruborizaban de placer igual que cuando la madre, en señalados días de fiesta, les echaba leche en los tazones, leche que aclaraba el café, hasta que se ponía rubio como las trenzas de las muchachas.

Una de las leyes que los Balek habían impuesto al pueblo rezaba: Nadie podrá tener una balanza en casa. La ley era tan antigua que nadie se acordaba de cuándo y por qué se había dictado, y había que cumplirla, pues quien la infringía era despedido de las agramaderas de lino y no le compraban ya más setas, ni tomillo, ni flor de heno, y el poder de los Balek llegaba tan lejos que tampoco en los pueblos vecinos le darían trabajo ni le comprarían las hierbas de los bosques. Pero desde que los abuelos de mi abuelo eran niños y recogían setas, y las entregaban para que condimentasen los asados en las cocinas de la gente rica de Praga o para ser cocidas en los pasteles de carne, desde entonces nadie había pensado en infringir esa ley, pues para la harina había medidas, los huevos se podían contar, el hilado se medía por varas y, por lo demás, la antediluviana balanza de los Balek, adornada con bronce dorado, no parecía estar mal graduada, y cinco generaciones habían confiado a la pendular aguja negra lo que habían recogido en los bosques con infantil celo.

Es verdad que entre esas gentes tranquilas había algunas que despreciaban la ley, cazadores furtivos que aspiraban a embolsar en una noche más de lo que podrían ganar durante todo en un mes en la fábrica de lino, pero parece que tampoco a ninguno de ellos se le ocurrió nunca comprarse o construirse una balanza. Mi abuelo fue el primero que mostró suficiente valentía como para poner a prueba la justicia de los Balek, que vivían en el castillo, tenían dos carruajes y pagaban siempre en el seminario de Praga los estudios de teología de un muchacho del lugar; de los Balek, en cuya casa el párroco

jugaba todos los miércoles al tarot, que por Año Nuevo recibían siempre la visita del comandante de la comarca, en un carruaje con el escudo imperial y a los que en 1900 por Año Nuevo el emperador ascendió a la nobleza.

Mi abuelo era trabajador e inteligente; se internaba en los bosques más que los muchachos de la familia que le precedieron, se metía hasta la espesura en que, según la leyenda vivía Bilgan, el gigante, que vigila allí el tesoro de los Balderer. Pero Bilgan no le daba miedo a mi abuelo, siendo aún muy niño penetraba en la espesura, traía una gran cosecha de setas e incluso encontraba frutas, que la señora Balek pagaba a treinta céntimos la libra. Mi abuelo apuntaba todo lo que llevaba a los Balek en el dorso de una hoja de calendario: cada libra de setas, cada gramo de tomillo, y con su letra infantil escribía a la derecha lo que había recibido por cada cosa; desde que tenía siete años hasta los doce garrapateó allí cada céntimo y un cuarto de libra de café auténtico; para los hombres hubo también cerveza y tabaco gratis, y en el castillo se celebró una gran fiesta; la alameda que va desde el portón al castillo se llenó de carruajes.

Pero ya la víspera de la fiesta se repartió el café en el pequeño espacio en que desde hacía casi cien años estaba la balanza de los Balek, que ahora se llamaban Balek von Bilgan, porque, según la leyenda, Bilgan, el gigante, tuvo un gran castillo en el lugar donde se alza la residencia de los Balek.

Mi abuelo me ha contado muchas veces que al salir de la escuela fue allí para recoger el café destinado a cuatro familias: para los Cech, los Weidler, los Bola y para la suya propia, los Brücher. Era el día de Nochevieja por la tarde; había que adornar las viviendas, había que cocer pan y pasteles y no se quería renunciar al trabajo de cuatro muchachos y mandarlos por separado al castillo a buscar un cuarto de libra de café.

Y así fue como mi abuelo, sentando en el pequeño y estrecho banco de madera del cuartito, esperando que Gertrud, la sirvienta, le entregara los pequeños de cuarto de libra de café, cuatro en total, miró la balanza, en cuyo platillo izquierdo estaba aún la pesa de una libra; mientras la señora Balek von Bilgan estaba ocupada con los preparativos de la fiesta. Y cuando Gertrud quiso meter la mano en el frasco de los caramelos ácidos para regalar uno a mi abuelo, comprobó que estaba vacío; este frasco se llenaba una vez al año y en él cabían un kilo de los de un marco.

Gertrud rió y dijo: “Espera, voy a buscar los nuevos”, mi abuelo se quedó con los cuatro paquetes de un cuarto de libra, que habían sido empaquetados y cerrados en la fábrica, delante de la balanza vacía y en la que alguien había olvidado la pesa de una libra; y entonces tomó los cuatro paquetes de café, los colocó en el platillo vacío y al ver que la aguja negra de la justicia se quedaba a la izquierda de la marca, el platillo con la pesa de una libra bajaba y el medio kilo de café subía y permanecía bastante alto, su corazón empezó a latir con fuerza: palpitaba con más vehemencia que si hubiera estado escondido en el bosque, detrás de un matorral, esperando a Bilgan, el gigante. Buscó en su bolsillo los guijarros que llevaba siempre para cazar con la honda los

gorriones que picoteaban los coles de su madre: tres, cuatro, cinco chinas tuvo que poner junto a los cuatro paquetes de café, hasta que el platillo con la pesa de medio kilo se elevó y la aguja se puso exactamente sobre la raya negra. Mi abuelo quitó el café de la balanza, envolvió los cinco guijarros con su pañuelo y cuando Gertrud volvió con la gran bolsa de kilo llena de caramelos ácidos que debía durar de nuevo todo un año para hacer ruborizar de placer los rostros de los niños, Gertrud miró asombrada y asustada al pálido muchacho que arrojó el caramelo ácido al suelo, lo aplastó con el pie y dijo: “Quiero hablar con la señora Balek”

–Por favor, Balek von Bilgan –dijo Gertrud.

–Bien, con la señora Balek von Bilgan –pero Gertrud se echó a reír y él volvió al pueblo en la oscuridad, llevó su café a los Cech, a los Weidler, a los Bola y dijo que tenía que ver al párroco.

Pero lo que hizo fue adentrarse en la noche con sus cinco guijarros en el pañuelo. Tuvo que andar mucho rato hasta encontrar a alguien que tuviera una balanza, que pudiera tener una legalmente; en los pueblos de Blaugau y Bernau nadie tenía ninguna, eso lo sabía ya y los atravesó sin parar hasta que, tras dos horas de marcha, llegó a la pequeña villa de Dieheim, donde vivía el boticario Honig. De la casa de Honig salía el olor a tortas recién hechas. Al abrir a gélido muchacho que olía ya a ponche y con el húmedo cigarro entre sus delgados labios, Honig retuvo un momento las frías manos del chico entre las suyas y dijo:

–Qué ¿han empeorado los pulmones de tu padre?

–No, no vengo por medicinas, quería... –Mi abuelo sacó su pañuelo, se lo tendió a Honig y dijo–: Quería que me pesara esto. –Miró temeroso el rostro de Honig, pero como Honig no dijo nada, ni se puso furioso, ni tampoco hizo preguntas, mi abuelo dijo–: Eso es lo que le falta a la justicia.

Y entonces, al entrar en la caldeada habitación, mi abuelo se dio cuenta de que tenía los pies muy mojados. La nieve había penetrado en sus pobres zapatos y en el bosque las ramas habían sacudido encima de él la nieve, que ahora se derretía. Estaba cansado y hambriento, y de repente comenzó a llorar, porque se acordó de las muchas setas, hierbas y flores que habían sido pesadas en la balanza a la que para ser justa le faltaba el peso de cinco guijarros.

Y cuando Honig meneó la cabeza, tomando los cinco guijarros llamó a su mujer, a mi abuelo le vino a la cabeza la generación de sus padres, de sus abuelos, que habían tenido que pesar en la balanza sus setas y sus flores y sintió que le invadía como una gran ola de injusticia, comenzó a sollozar aún más fuerte, se sentó sin que se lo ofrecieran en una de las sillas del cuatro de los Honig, le pasó inadvertido el pastel y la taza de café caliente que la buena y gruesa señora Honig le presentaba, y no dejó de llorar hasta que el mismo Honig volvió de la tienda, hizo sonar los guijarros en su mano y dijo en voz baja a su mujer: “Cinco decagramos y medio exactos”.

Al regresar mi abuelo recorrió otras dos horas por el bosque. En casa se dejó apalea y cuando le preguntaron por el café, no dijo ni una palabra. Se

pasó el resto de la tarde haciendo cálculos en el papel en el que había anotado todas sus ventas a la señora Balek von Bilgan y al dar las doce de la noche, cuando se oyó el estruendo de los morteros procedentes del castillo y en el pueblo estallaron el griterío y el tableteo de las carracas, tras los besos y abrazos de la familia, exclamó en el silencio que siguió al Año Nuevo.

–Los Balek me deben dieciocho marcos y treinta y dos céntimos.

Pensó otra vez en los muchos niños del pueblo, pensó en su hermano Fritz, que había recogido tantas setas, en su hermana Ludmilla y en los cientos y cientos de niños que habían recogido para los Balek setas, hierbas y flores. Y esta vez no lloró, sino que contó a sus padres, a sus hermanos lo que había descubierto.

Cuando los Balek von Bilgan llegaron a la iglesia para la misa solemne de Año Nuevo con el nuevo escudo –un gigante agazapado detrás de un abeto– en azul y oro en su carruaje, vieron que la gente, con duro y pálido semblante, los miraba fijamente. Esperaban encontrar al pueblo adornado con guiraldas y una serenata matutina, con vivas y gritos de júbilo, pero el pueblo parecía muerto y en la iglesia la gente se volvió hacia ellos con pálido y hostil semblante, y cuando el párroco subió al púlpito para pronunciar la festiva homilía de esos rostros antaño tan tranquilos y pacíficos, tartamudeó fatigosamente su sermón y regresó al altar cubierto de sudor. Acabada la misa y al salir de la iglesia, los Balek von Bilgan pasaron ante una fila doble de rostros macilentos y mudos. Pero la joven señora Balek von Bilgan se detuvo delante, junto a los bancos de los niños, buscó con la mirada a mi abuelo, al pequeño y pálido Franz Brücher, y en medio de la iglesia le preguntó: “Por qué no te llevaste el café para tu madre?” Y mi abuelo se levantó y dijo: “Porque ustedes me deben lo que valen cinco kilos de café”. Y sacando los cinco guijarros de su bolsillo, se los tendió a la señora y dijo: “Esto es lo que falta, a su justicia le faltan cinco decagramos y medio por libra” Y antes de que la mujer pudiese decir nada, los hombres y mujeres de la iglesia corearon el cántico “La justicia de la tierra, oh, Señor, te ha dado la muerte...”

Mientras los Balek estaban en la iglesia Wilhelm Bola, el cazador furtivo, entró en el cuartito, robó la balanza y el grueso libro encuadernado en cuero en el que estaba apuntado cada kilo de setas, cada kilo de flores de heno, todo lo que los Balek habían comprado a los habitantes del pueblo, y los hombres del lugar se pasaron la tarde de Año Nuevo sentados en el cuarto de mis bisabuelos echando cuentas, calculando la décima parte de todas las compras. Pero cuando ya habían sumado miles y miles de táleros y todavía no habían llegado ni con mucho al final, se presentaron los gendarmes del comandante comarcal, entraron en el cuarto de mi bisabuelo disparando y blandiendo el sable y se llevaron por la fuerza la balanza y el libro. La hermana de mi abuelo, la pequeña Ludmilla, resultó muerta, y un par de hombres heridos y uno de los gendarmes fue apuñalado por Wilhelm Bola, el cazado furtivo.

No sólo hubo alzamiento en nuestra aldea, sino también en Blaugau y Bernau, y durante casi una semana se paró el trabajo en las agramaderas.

Pero llegaron muchísimos gendarmes y los hombres y las mujeres fueron amenazados con ir a la cárcel, y los Balek obligaron al párroco a presentar públicamente la balanza en la escuela y demostrar que la aguja de la justicia se movía como debe hacerlo. Y los hombres y las mujeres volvieron a las agramaderas, pero nadie fue a la escuela para ver al párroco; allí permaneció solo, desamparado y triste con sus pesas, la balanza y los paquetes de café.

Y los niños volvieron a recoger setas, recolectaron tomillo, flores de heno y digital, pero cada domingo, en cuanto los Balek entraban en la iglesia volvía sonar el coro: “La justicia de la tierra, oh, Señor, te ha dado muerte...”, hasta que el comandante comarcal hizo redoblar los tambores en todas las aldeas y prohibió entonar ese cántico.

Los padres de mi abuelo tuvieron que abandonar el pueblo y la reciente tumba de su hija. Se hicieron canasteros y no se quedaban mucho tiempo en ningún lugar, porque les dolía ver cómo en todas partes el péndulo de la justicia no oscilaba de acuerdo con la verdad. Tras su carro, que se arrastraba lentamente por el paisaje, llevaban su flaca cabra y, cuando alguien pasaba ante el carronato, podía oír adentro como cantaban: “La justicia de la tierra, oh, Señor, te ha dado muerte...” Y si alguien quería escucharlos, podía oír la historia de los Balek von Bilgan, a cuya justicia le faltaba una décima parte. Pero nadie les escuchaba.

LAS OVEJAS NEGRAS (1951)

Es evidente que he sido designado para cuidar de que la cadena de ovejas negras de mi familia no quede interrumpida en mi generación. Uno u otro tenía que ser, y he sido yo. En un principio, nadie lo habría dicho, pero el caso es que he sido yo. Las personas sensatas de nuestra familia aseguran que el tío Otto ejerció sobre mí una mala influencia. El Tío Otto fue la oveja negra de la generación pasada, y padrino mío. Alguien tenía que ser, y fue él. Naturalmente fue elegido para apadrinarme antes de que se pusieran de manifiesto sus malas indicaciones. También a mí me eligieron para apadrinar a un niño de la familia, al cual, desde que se me considera a mí la oveja negra, mantienen cuidadosamente a distancia. En realidad, deberían estarnos agradecidos, pues una familia sin ovejas negras es una familia sin carácter.

Mi amistad con el tío Otto comenzó pronto. Venía a vernos a menudo, y nos traía siempre más dulces de los que mi padre juzgaba convenientes. Hablaba y hablaba, y al final de sus parlamentos venía invariablemente un intento de sablazo.

El tío Otto tenía una gran cultura. No había materia en la que no estuviese versado: sociología, literatura, música, arquitectura. Sabía de todo. Hasta a las personas especializadas les agradaba conversar con él, y todos le encontraban inteligente, interesante y extremadamente simpático, hasta el momento en que la sorpresa del sablazo les desencantaba. Esto era lo más terrible: que no se limitaba a explotar a los miembros de la familia, sino que colocaba sus pérfidas trampas dondequiera que le parecía que podían dar resultado.

Todo el mundo era de la opinión de que el Tío Otto habría podido “convertir en dinero” –según la expresión habitual en la generación pasada– sus múltiples conocimientos. Pero no lo hacía. Prefería convertir en dinero los nervios de sus parientes.

Siempre constituyó un misterio la forma en que conseguía dar la impresión de que aquella vez no lo haría. Pero lo hacía. Invariablemente. Implacable-

mente. Creo que no podía resignarse a renunciar a ninguna oportunidad. Sus peroratas eran convincentes llenas de auténtico entusiasmo, coherentes, ingeniosas, brillantes, aniquiladoras para su antagonista, conmovedoras para sus amigos... Podía tratar de cualquier tema. Tenía amplias nociones de puericultura, aunque no tenía hijos; envolvía a las mujeres en apasionantes conversaciones sobre regímenes a observar en las diversas enfermedades infantiles: aconsejaba medicinas, anotaba recetas de ungüentos y polvos... Sabía incluso cómo tener a los bebés en brazos, y todo niño llorón se calmaba inmediatamente al pasar a su cuidado. Tenía como un don mágico. Lo mismo analizaba la Novena Sinfonía de Beethoven que redactaba textos jurídicos o citaba de memoria el número del artículo de una ley.

Pero, fuese cual fuese la conversación habida y el lugar donde se hubiese desarrollado ésta, llegaba inevitablemente el momento de la despedida, y, ya en el rellano, estando la puerta casi cerrada, mi tío asomaba su pálido rostro, en el que destacaban los vivaces ojos negros, y decía, como si tratase de algo intrascendente, ante el temor de la expectante familia, dirigiéndose a la cabeza de la misma:

–Por cierto, ¿podrías prestarme...?

Las sumas que pedía oscilaban entre uno y cincuenta marcos. Cincuenta constituían el máximo; a través de los años había quedado establecido, por una ley no escrita, que no debía pedir más. Y añadía a continuación:

–A corto plazo...

“A corto plazo” era su expresión favorita. Después entraba de nuevo a la casa, dejaba otra vez el sombrero en la percha, se quitaba la bufanda y se ponía a explicar para qué necesitaba el dinero. Siempre tenía planes, planes infalibles. Nunca necesitaba el dinero para vivir, sino para alguna inversión que habría de proporcionar una base sólida a su existencia. Fueron objeto de sus planes desde un puesto de refrescos, del cual aseguraba que le reportaría ingresos elevados y regulares, hasta la fundación de un partido político que salvaría a Europa de la decadencia.

La frase “Por cierto, ¿podrías...?” se convirtió en un conjunto maléfico para nuestra familia. Había incluso esposas, tías, abuelas y hasta sobrinas que al oír la expresión “A corto plazo” estaban a punto de desmayarse.

Una vez conseguido su propósito, el tío Otto –a quien me imagino bajando las escaleras a toda velocidad, plenamente feliz– se dirigía a la taberna más cercana con la intención de meditar sobre sus planes. Allí los consideraba detenidamente, con la ayuda de una copa de aguardiente o de tres botellas de vino, según la magnitud de la suma obtenida.

No callaré por más tiempo el hecho que el tío Otto bebía.

Bebía, si bien nadie lo vio nunca borracho. Además, era bien sabido que sentía la necesidad de beber solo. Ofrecerle alcohol con el fin de esquivar el sablazo era perfectamente inútil. Ni un barril entero de vino le habría disuadido de asomar la cabeza por la puerta en el momento de las despedidas, en el último minuto, y preguntar:

—Por cierto, ¿podría prestarme...? A corto plazo...

Pero no he mencionado aún lo peor de sus mañas: el devolver, de vez en cuando, el dinero prestado. Al parecer, mi tío ganaba a veces algún dinero; creo que en su calidad de antiguo pasante de abogado hacía algunos trabajos de asesoría. En tales ocasiones, se presentaba en casa de su acreedor, se sacaba un billete del bolsillo, lo alisaba con gesto amoroso y dolorido y exclamaba:

—¡Aquí están los cinco marcos que tan amablemente me prestaste!

Después de lo cual se apresuraba a despedirse, para regresar, lo más tarde al cabo de dos días, y pedir prestada una cantidad que sobrepasaba un poco lo que había restituido. Constituyó siempre un misterio el hecho de que alcanzase casi la edad de sesenta años sin tener, como se suele decir, oficio ni beneficio. Y no murió de ninguna enfermedad que hubiese podido contraer a causa de la bebida. Tenía una salud de hierro; su corazón funcionaba maravillosamente, y su sueño no tenía nada que envidiar al de un recién nacido que acaba de saciar su apetito y se duerme beatíficamente hasta la hora de la próxima comida. Fue un accidente el que puso fin a sus días, y lo ocurrido después de su muerte constituyó el misterio más grande de cuantos a él se refirieron.

Como he dicho, el tío Otto murió de accidente. Le atropelló un camión con tres remolques, en medio de la ciudad, y fue una suerte que le recogiese un hombre honrado, que dio parte a la policía y advirtió a la familia. En sus bolsillos se encontró un portamonedas que contenía una medalla con la imagen de la Virgen, una tarjeta postal y veinticuatro mil marcos en metálico, junto con el duplicado de un recibo que había entregado a un administrador de lotería.

No debía de hacer más de un minuto, seguramente menos, que estaba en posesión del dinero, pues el camión le atropelló a cincuenta escasos metros de la administración de lotería. Lo que vino a continuación resultó un tanto vergonzoso para la familia. La habitación que tenía alquilada el tío delataba su pobreza. Había en ella únicamente una mesa, una silla, una cama y un armario, unos cuantos libros y una voluminosa agenda, en la cual figuraba una detallada lista de todos sus acreedores, cerrada por la constancia de un sablazo efectuado la noche anterior, que le había reportado cuatro marcos. Se encontró, además, un breve testamento en el que me nombraba heredero de sus bienes.

En su calidad de albacea, mi padre se encargó de pagar las sumas que se adeudaban. Las listas de acreedores del Tío Otto llenaban, sin exageración, un cuaderno entero, y las primeras entradas se remontaban a la época en que abandonó su trabajo de pasante y comenzó a concebir otros planes, cuya meditación le había costado tanto tiempo y tanto dinero. En total, sus deudas ascendían a casi quince mil marcos, y el número de sus acreedores a más de setecientos, desde un cobrador de tranvía que le había prestado treinta céntimos para un billete, hasta mi padre, a quien debía, en total dos mil marcos, pues era a él a quien el tío Otto recurría con más confianza.

Por una curiosa coincidencia, llegué a la mayoría de edad el mismo día del entierro del tío Otto. Con ello tenía derecho de entrar en posesión de la heren-

cia. Abandoné inmediatamente los estudios que acababa de iniciar y comencé a forjar nuevos planes. A pesar de las lágrimas de mis padres, me marché de casa para trasladarme a la habitación que había ocupado el tío, en la que siempre me había sentido a gusto. Vivo aún allí, ahora que mis cabellos hace ya tiempo que han comenzado a clarear. El mobiliario de la habitación no ha aumentado ni disminuido. Hoy me doy cuenta de que me equivoqué en muchas cosas. Fue absurdo, por ejemplo, querer dedicarme a la música, pues no tengo talento alguno para composición. Hoy lo sé, pero esta evidencia me costó tres años de estudios inútiles y me valió también ganarme la fama de inútil. Además, en aquel empeño consumí toda la herencia. Pero de eso hace mucho tiempo.

No recuerdo la sucesión exacta de todos mis planes; son demasiados. Y los lapsos de tiempo que necesitaba para darme cuenta de su inviabilidad se fueron haciendo más cortos. Llegó un momento en que un plan me duraba tres días. La duración de mis planes disminuyó tan rápidamente que acabaron por convertirse en fugaces ideas que ni siquiera podría exponer a nadie porque yo mismo no las tenía claras. ¡Cuando pienso que me dediqué tres meses seguidos a la fisonomística y que después, en el curso de una sola tarde, decidí sucesivamente hacerme pintor, jardinero, mecánico y marinero, y me dormí con la seguridad de hacer nacido para maestro, y a la mañana siguiente me desperté con la firme convicción de que mi auténtica vocación era la de ser funcionario de aduanas...!

En resumen, yo no poseía la relativa constancia del tío Otto, ni tampoco su simpatía. Ni siquiera soy un buen conversador. Me quedo sentado entre la gente sin decir nada hasta conseguir que se aburran conmigo, y hago mis intentos de sacarles dinero de una forma abrupta, en medio de un silencio, que suenan como extorsiones. Sólo con los niños me desenvuelvo bien; por lo menos esta cualidad positiva he heredado del tío Otto. Los bebés inquietos se callan en cuanto los tomo en brazos, y al mirarme los que saben ya sonreír me sonríen, aunque se dice que mi cara asusta a la gente. Personas mal intencionadas me han aconsejado que, en mi calidad de primer representante masculino, funde el ramo profesional de los jardinero de infancia y ponga fin con la realización de este plan a la larga serie de planes frustrados. Pero no lo he hecho. Creo que lo malo que tenemos nosotros es la incapacidad de convertir en oro nuestras auténticas capacidades, o, como se dice ahora, de explotarnos comercialmente.

Una cosa está clara: si es cierto que soy una oveja negra –de lo cual yo mismo estoy en absoluto convencido–; soy de una clase diferente a aquella que pertenecía el tío Otto. Yo no poseo ni su locuacidad ni su encanto, y, por otro lado, a mí las deudas me intranquilizan, mientras que a él era evidente que le preocupaban poco. Rogué a mis familiares que me ayudasen, que hiciesen valer sus influencias para asegurarme, por lo menos una vez, una remuneración fija a cambio de un trabajo determinado. Y lo hicieron. Después de que hube formulado la petición, cuando les hube suplicado y apremiado de palabra

y por escrito, tomaron en serio mis buenas intenciones y me buscaron empleo, ante lo cual me quedé consternado. E hice algo que hasta entonces no había hecho ninguna oveja negra: no me eché atrás, no rechacé la oferta. Acepté la colaboración que me habían encontrado. Sacrifiqué algo que nunca debí haber sacrificado: mi libertad.

Cada noche, cuando volvía cansado a casa, pensaba con irritación que había transcurrido otro día de mi vida que no me había aportado otra cosa que cansancio, rabia y tanto dinero como me era necesario para seguir trabajando. No sé cómo pueden llamar trabajo a ese tipo de actividades: clasificar facturas por orden alfabético, perforarlas y colocarlas en un clasificador nuevo, donde aguardarán pacientemente su destino de no ser nunca pagadas; o escribir cartas de propaganda, que viajan sin resultado alguno por la comarca y constituyen sólo una carga suplementaria para el cartero; y a veces también hacer facturas que algún día serán pagadas en metálico. Tenía que hacer gestiones con viajantes que se esforzaban en vano por colocar en alguna tienda los trastos que hacía fabricar nuestro jefe. Este, un infatigable pedazo de bruto que no hace nada y nunca tiene tiempo, un charlatán que pierde una tras otra las horas de su absurda existencia, que no se atreve a recordar la magnitud de sus deudas, que va de trampa en trampa y de bluff en bluff, un malabarista que juega con globos, que comienza a inflar uno cuando el otro acaba de estallar, dejando sólo un lastimero trocito de goma que hace un momento tenía vida y turgencia.

Nuestra oficina es contigua a la fábrica, en la cual una docena de obreros fabrican ese tipo de muebles cuya única función consiste en ser motivo de molestias y enfados durante toda una vida, a no ser que el propietario se decida, a los tres días, a utilizarlos como leña: mesitas de costura, minúsculas cómodas, sillitas artísticamente pintadas que se rompían al sentarse en ellas un niño de tres años, pequeños zócalos para jarrones o macetas, y otros trastos de todo tipo, que parecían deber la existencia al arte de un carpintero cuando en realidad sólo poseían una aparente debido a la mano de un mal pintor, que les ha dado una capa de pintura que después se hace pasar por laca, engañosa apariencia destinada a justificar los precios.

Así, pasé días y días de mi vida –casi dos semanas, en total– en la oficina de aquel estúpido que no sólo se tomaba en serio a sí mismo sino que se tenía por un artista, pues en alguna ocasión –una sola vez mientras estaba yo trabajando allí– se le veía sentarse al tablero de dibujo, tomar papel y lápices y diseñar algún inestable objeto, un macetero o un mueble bar, otros tantos motivos de irritación para varias generaciones.

Mi jefe no parecía darse cuenta de la absoluta inutilidad de sus creaciones. Cuando había diseñado uno de aquellos objetos –lo cual, como ya he dicho, sucedió una sola vez estando yo allí–, tarea que solía llevarle un cuarto de hora, cogía el coche y se marchaba ocho días de vacaciones, como lo haría un artista agotado por su labor creadora. El diseño pasaba entonces a manos del maestro carpintero, que lo colocaba en su banco, lo estudiaba frunciendo

el ceño y examinaba después las existencias de madera para comenzar la producción en serie. Entonces veía y durante días, a través de las polvorientas ventanas del taller –que el jefe denominaba “fábrica”–, las nuevas creaciones: estantes o mesitas para la radio que valían apenas la cola que se gastaba en ellas.

Los únicos muebles útiles que se fabricaban allí eran los que hacían los trabajadores a escondidas del jefe, banquillos para apoyar los pies, joyeros, en los que, respectivamente, cabalgarán y guardarán sus chucherías los bisnietos de los actuales propietarios; y prácticos tendedores de ropa en los que se revolotearán las camisas de varias generaciones. Así se fabricaban allí, clandestinamente, los objetos amables y útiles.

La personalidad que me llamó realmente la atención durante aquel paréntesis de actividad laboral fue el revisor del tranvía, el hombre que sellaba cada uno de mis días con su pinza. Cogía mi abono semanal, una sencilla tarjetita de papel, la introducía en las fauces abiertas de su pinza y una tinta que fluía invisiblemente anulaba dos centímetros de su superficie, es decir, un día de mi vida, un precioso día de mi vida que sólo me había aportado cansancio, rabia y una pequeña cantidad de dinero, suficiente para seguir comiendo y seguir realizando aquella actividad absurda. Aquel hombre que cada noche declaraba nulos miles de días humanos, parecía investido de la fuerza del destino.

Aún hoy me reprocho a mí mismo el no haberme despedido de aquella empresa antes de verme, por así decirlo, obligado a ello, el no haber enviado a paseo a mi jefe antes de verme prácticamente obligado a hacerlo. Un día vino a verme a la oficina, acompañado de mi patrona, un hombre de expresión apesadumbrada que se presentó a sí mismo como administrador de lotería y que me anunció que era propietario de una cantidad de cincuenta mil marcos, caso de ser yo efectivamente el señor tal y tal y caso de encontrarme en posesión de un determinado billete. Yo era efectivamente el señor tal y tal y estaba en posesión del billete. Abandoné inmediatamente el trabajo, sin despedirme, y dejando una serie de facturas sin perforar y seleccionar. No me quedó más que volver a casa, cobrar el dinero y comunicar a la familia la nueva situación.

Todo el mundo se imaginó entonces que moriría pronto o que sería víctima de un accidente, pero, por el momento, ningún auto parece haber sido elegido por el destino para arrebatarme la vida, y mi corazón está en perfecto estado, aunque tampoco yo soy abstemio. Así pues, una vez pagadas mis deudas, he quedado en posesión de una fortuna de casi treinta mil marcos libres de impuestos, y soy el tío rico, el más solicitado de toda la familia. Ni qué decir tiene que se me permite otra vez ver a mi ahijado. Todos mis pequeños parientes en general me quieren mucho, y ahora puedo jugar con ellos, comprarles pelotas, llevarles a tomar enormes helados de nata, regalarles gigantescos racimos de globos y llenar de una alegre clientela los columpios mecánicos y los tiouvivos.

Mi hermana ha comprado a su hijo, un billete de lotería. Yo, por mi parte, me dedico a pensar largamente quién será mi sucesor en la próxima generación, cuál de estos hermosos, sanos y juguetones niños que mis hermanos y

hermanas han traído al mundo será la próxima oveja negra. Porque nosotros somos una familia con carácter, y seguiremos siéndolo. ¿Cuál de estos niños será una persona seria hasta el momento en que deje de serlo? ¿Cuál decidirá súbitamente dedicarse a otras actividades, cuál concebirá un día planes infalibles? Me gustaría saberlo para poder aconsejarle, pues, también nosotros, las ovejas negras, tenemos nuestra experiencia, también nuestra profesión tiene reglas de juego, que yo podría enseñarle a mi sucesor, ese que de momento aún es desconocido y se esconde en el rebaño como el lobo vestido con la piel de una oveja.

Pero tengo el oscuro presentimiento de que no viviré lo suficiente como para conocerle e iniciarle en los misterios de nuestra profesión. Saldrá a la luz cuando yo muera, cuando llegue el momento mismo de tomar el relevo. Entonces se presentará a sus padres con las mejillas encendidas y les hará saber que está harto. Sólo espero que para entonces quede aún algo de mi dinero, pues he modificado mi testamento y he dejado lo que reste de mi fortuna al primero que muestre las inequívocas señales de ser el llamado a sucederme.

Lo que importa es que no les deje deudas.

PROFESIÓN DE FE EN LA LITERATURA DE LOS ESCOMBROS (1952)

Los primeros ensayos literarios hechos por nuestra generación a partir de 1945 han sido calificados como literatura de los escombros, intentando de ese modo descalificarla. No nos hemos defendido contra esa denominación porque era la correcta: efectivamente, los seres humanos acerca de los cuales escribíamos, vivían entre escombros, salían de la guerra, hombres y mujeres heridos en la misma medida, los niños también. Y tenían una mirada penetrante: veían. De ningún modo vivían en una paz completa, ni su entorno ni su situación, nada de lo suyo ni nada en torno a ellos era idílico; y nosotros, como escritores nos sentíamos tan cerca que nos identificábamos con ellos. Con los estraperlistas y las víctimas del estraperlo, con los refugiados y con todos aquellos que de una y otra manera habían perdido su hogar, empezando naturalmente por la generación a la pertenecíamos y que en gran parte se hallaba en un situación extraña y memorable: regresábamos a casa. Era el regreso a casa después de una guerra, en cuyo final apenas nadie creía.

Escribíamos, pues, de la guerra, del regreso a casa, de lo que vimos en la guerra y de lo que encontramos al regreso: los escombros; y ello dio lugar a los tres tópicos que le colgaron a la literatura joven: literatura de guerra, del retorno y de los escombros. Las denominaciones como tales estaban justificadas: había habido guerra durante seis años, regresábamos de esa guerra, encontramos escombros y escribimos acerca de todo ello. Lo curioso, lo casi sospechoso, era tan sólo el tono de reproche, casi mortificante, con el que se usaban esas denominaciones: desde luego que no se nos hacía responsables de que hubiera habido guerra, de que todo estuviera en ruinas, lo único que al parecer se nos tomaba a mal era que lo hubiésemos visto y lo viéramos..., pero como no teníamos vendados los ojos, lo seguíamos viendo; un buen ojo es una de las herramientas del escritor.

Arrebatarnos a nuestros contemporáneos hacia un edén bucólico nos habría parecido excesivamente cruel, el despertar después hubiera sido terrible. ¿o es que teníamos verdaderamente que jugar todos a la gallina ciega?

Cuando estalló la Revolución Francesa, estalló para la mayor parte de la aristocracia francesa tan inesperadamente como una tormenta, la sorpresa era tan grande como el espanto, no habían presentido nada. Habían pasado casi todo un siglo en un aislamiento idílico; disfrazadas las damas de pastoras, los caballeros de pastores, se habían paseado por una sencillez rural artificial, habían cantado, jugado, habían hecho el amor como corderitos, con el gusano de la decadencia royéndolos por dentro como una enfermedad devastadora pero fingiendo por fuera una frescura y una inocencia bucólicas... y todos jugaban a la gallina ciega. Esa moda, cuya dulzona depravación nos provoca hoy náuseas, había cobrado vida y había seguido viviendo gracias a una literatura: las novelas y comedias pastoriles. Los escritores culpables de ellos estuvieron jugando como niños buenos a la gallina ciega.

Pero el pueblo francés respondió a este juego bucólico con una revolución cuyas consecuencias sentimos hoy todavía a pesar de que tuvo lugar hace más de 150 años, cuyas libertades gozamos hoy todavía sin que siempre sepamos dónde se originaron.

Pero a comienzos del siglo XIX vivía en Londres un joven cuyos años mozos no habían sido muy agradables: su padre se había arruinado, sufrió prisión por deudas, y el joven mismo tuvo que trabajar en una fábrica de betunes para el calzado antes de poder completar su descuidada formación escolar y convertirse en reportero. Pronto empezó a escribir novelas, y en esas novelas escribió acerca de lo que había visto con sus propios ojos: sus ojos habían recorrido las prisiones, las casas de los pobres, las escuelas inglesas, y lo que el joven había visto no era muy agradable, pero escribió acerca de ello y sucedió algo curioso, sus libros fueron leídos, fueron leídos por muchos, y el joven alcanzó un éxito raras veces dispensado a un escritor: se reformaron las prisiones, las casas de los pobres y las escuelas fueron sometidas a una atenta consideración...y cambiaron.

Todo hay que decirlo: el joven se llamaba Charles Dickens y tenía muy buenos ojos, los ojos de un hombre que por lo común no están completamente secos pero tampoco llenos de lágrimas sino tan sólo un tanto húmedos, y la palabra latina para designar la humedad es... humor. Charles Dickens tenía muy buenos ojos, y humor. Y sus ojos habían visto; no usaba lupa, tampoco utilizaba el truco de mirar con los prismáticos al revés para ver las cosas de una manera muy exacta, por muy lejana; tampoco llevaba vendados los ojos, y aun cuando gozaba de bastante humor como para jugar de vez en cuando a la gallina ciega con sus hijos, él no vivía jugando ese juego. Repito una vez más: un buen ojo es una de las herramientas del escritor, un ojo bastante bueno para hacerle ver cosas que aún no han hecho su aparición dentro de lo que abarca su óptica.

Imaginemos que el ojo del escritor mira dentro de una sótano: allí hay un hombre delante de una mesa, amasando pan, un hombre con el rostro manchado de harina; es el panadero. El escritor lo ve allí como lo vio Homero, como no se le escapó a los ojos de Balzac y Dickens: el hombre que hornea

nuestro pan es tan viejo como el mundo y su futuro alcanza hasta que el mundo termine. Pero ese hombre allá abajo en el sótano fuma, va al cine, su hijo ha caído en Rusia, está enterrado a 3000 Km del sótano en las afueras de un pueblo: pero la tumba está allanada, ninguna cruz la señala, los tractores sustituyen al arado que antes aró esa tierra. Todo esto es también parte del hombre pálido y muy silencioso, allá en el sótano, el que hornea nuestro pan. Ese dolor también forma parte de él, como también algunas alegrías.

Y detrás de las polvorientas ventanas de una pequeña fábrica el ojo del escritor ve una pequeña obrera que está delante de una máquina y troquela botones, botones sin los que nuestros trajes no serían trajes sino piezas de ropa colgando flojas de nuestros cuerpos, sin vestimos ni abrigarnos: esa pequeña obrera se pinta los labios al terminar la jornada, también ella va al cine, fuma, sale a pasear con un joven que repara autos o es conductor de tranvías. Y una parte de esa muchacha consiste en que su madre está enterrada en alguna parte bajo un hacinamiento de escombros: bajo una montaña de sucios pedazos de piedra mezclados con argamasa, en alguna parte allí debajo está la madre de la muchacha, y su tumba está tan señalada por una cruz como la tumba del hijo panadero. Sólo de vez en cuando —una vez al año— se acerca la joven y deposita unas flores sobre ese sucio montón de escombros bajo el cual está enterrada su madre.

Esos dos, el panadero y la muchacha, forman parte de nuestro tiempo, están enganchados en el tiempo, las fechas los envuelven como una red; desprenderlos de esa red significaría arrancarles la vida, pero el escritor necesita vida, y qué otra cosa podría mantenerlos con vida a estos dos si no es la literatura de los escombros.

El escritor-gallina ciega mira hacia dentro, se hace un mundo a su medida. En los comienzos del siglo XX, en una cárcel al sur de Alemania, estaba internado un hombre joven que escribió un libro bastante voluminoso; este hombre no era escritor, ni nunca llegó a serlo, pero escribió un libro voluminoso, que gozaba del manto protector de su ilegibilidad, pero del que se vendieron millones de ejemplares, ¡llegó a hacerle la competencia a la Biblia! Era el libro de un hombre cuyos ojos no habían visto nada y en cuyo interior no había sino odio y miseria, asco y algunas otras cosas repugnantes; escribió un libro y no tenemos más que abrir los ojos: donde quiera que miremos veremos la destrucción que hay que cargar en la cuenta de ese hombre llamado Adolf Hitler y que no tuvo ojos para ver. Sus imágenes eran tortuosas, su estilo insoportable, no había visto el mundo con el ojo de un ser humano sino a través de la distorsión que su interior se había forjado de él.

Quien tiene ojos para ver, que vea. Y en nuestra bella lengua materna el ver tiene un significado que no se agota en categorías ópticas: para quien tiene ojos para ver, las cosas se vuelven transparentes, y debería serle posible penetrarlas con la mirada, y puede intentarse penetrarlas, ver dentro de ellas por medio del lenguaje,. El ojo del escritor tiene que ser humano e insobornable: no hace falta jugar a la gallina ciega, hay lentes de color de rosa, de color

azul, negros, que colorean la realidad según se necesite. El rosa se paga bien, entretanto está entre los más preferidos, y hay muchas posibilidades para el soborno, pero también el negro es preferido de vez en cuando, y cuando se lo está prefiriendo, también se paga bien el negro. Pero nosotros queremos verlo como es, con un ojo humano que por lo común no está completamente seco ni tampoco lleno de lágrimas, sino húmedo, y quisiéramos recordar que la palabra latina para designar la humedad es humor, y todo esto sin olvidar que nuestros ojos pueden secarse o llenarse de lágrimas, porque hay cosas que no dan ningún motivo para ejercer el humor.

Nuestros ojos ven mucho a diario, ven al panadero que amasa nuestro pan, ven a la muchacha que trabaja en la fábrica...y nuestros ojos recuerdan los cementerios; y nuestros ojos ven escombros: las ciudades están destruidas, las ciudades son cementerios, y alrededor de ellas nuestros ojos ven surgir edificios que nos recuerdan los decorados teatrales, edificios en que no viven personas sino que las personas son administradas, administradas por las compañías de seguros, administradas como ciudadanos, como habitantes de una ciudad, como gente que paga con dinero o se hace prestar dinero; son innumerables los motivos por los que un ser humano puede ser administrado.

Nuestra tarea consiste en recordar que el hombre no existe sólo para ser administrado, y que la destrucción de nuestro mundo no es tan sólo extrema, ni tampoco de tan escasa dimensión que podamos presumir de remediarla en pocos años.

El nombre de Homero está libre de sospecha para todos quienes forman parte del mundo culto occidental: Homero es el ancestro de la épica europea, pero Homero nos cuenta la guerra de Troya, la destrucción de Troya y el regreso de Ulises; literatura de guerra, de escombros y de retorno. No tenemos pues ningún motivo para avergonzarnos de esta denominación.

EN DEFENSA DE LOS LAVADEROS (1959)

Tras la aparición de uno de mis libros, un crítico me dio una palmada de alabanza en el hombro, constatando que por fin había abandonado el ambiente de la gente pobre, había liberado a mis libros del olor de los lavaderos y de la crítica social. Este elogio me fue dispensado en unos tiempos en que comenzaba a darse a conocer que dos tercios de la humanidad pasaban hambre, que en Brasil morían niños que nunca habían conocido el sabor de la leche: sucedió en un mundo que hiede a explotación, en el que la pobreza no es una etapa de la lucha de clases ni una patria mítica sino tan sólo una especie de lepra de la que hay que cuidarse, y que podría reprochársele a un autor que lo eligiese como objeto de sus trabajos, sin tenerse que tomar la molestia de constatar si existía una congruencia de forma y contenido.

Personalmente el reproche me toca poco, hallo más significativa la falta de claridad espiritual que refleja semejante vocabulario, porque si un “lavadero” no es un lugar digno para la literatura, ¿cuáles son los lugares dignos para la literatura, dónde es que la literatura –como tan bella e imprecisamente suele decirse– debe asentarse? Asíéntese quien quiera asentarse, con ayuda de una Caja de Ahorros, aprovechando todas las desgravaciones fiscales.

El fantasma del que siente miedo a semejante espiritualidad tiene un feo nombre, se llama pequeño burgués. ¿Qué nos dice ese vocablo todavía en una época en que los reyes se conducen de manera más pequeñoburguesa que nuestros abuelos jamás lo hicieran; en que los mariscales se anudan sus corbatas para que les gusten al hombre de la calle; en que cualquiera, hasta el más acerbo no-conformista, espía miedosamente a su público; qué tiene el lavadero de escandaloso cuando los generales se convierten en Publicity Managers de grandes lavanderías?

Curiosamente no recuerdo haber descrito, ni siquiera haber mencionado un lavadero en alguno de mis relatos o en una de mis novelas. Casi me siento obligado a mencionar alguno en un libro próximo. Quizás escriba una novela

de lavaderos, pero la situaré en China o en el Cercano Oriente. Aunque en ese caso no podría reelaborar los detalles que conozco a través de los relatos de mi esposa. Y es que mi esposa sabe contar que en la pequeña ciudad de la que provenía su abuela –por casualidad también provenía mi abuela de esa pequeña ciudad, así es que podría describirlo todo de un modo muy penetrante–, el día de la colada era un día festivo muy especial. En los tiempos de nuestras abuelas, en esa pequeña ciudad –se llamaba Düren– el día de la colada era celebrado como fiesta. En los tiempos de los bien colmados armarios de ropa blanca de lino, se lavaba sólo una vez al mes, se lavaban verdaderas montañas, y luego se iba a las praderas del Ruhr donde se blanqueaba la ropa mientras de los carruajes se descargaban barriles de cerveza, jamones, pan, pequeñas artesas de manteca: a las muchachas que lavaban se acercaban los muchachotes de la época proclives a la inactividad, se bailaba, se bebía, se jugaba..., y al anochecer se cargaban de nuevo en los carruajes la ropa blanqueada y las cestas y los barriles vacíos, y se volvía a casa. La colada era una ocasión alegre, y siento mucho que hasta ahora se me haya escapado este episodio.

Naturalmente, también mi madre lavaba la ropa (¡qué circunstancia tan humillante!), la lavaba en el lavadero, generalmente el lunes de mañana. En todo el ancho mundo, a última hora de la tarde del lunes, ondean en los tendedores camisas y sábanas, pañuelos y lo indecible, y esa vista nunca me ha deprimido, más bien consolado, pues habla de la incansable energía de la humanidad para sacarse la mugre de encima; y las gabarras del Rhin, como las conozco desde mi infancia, remolcan siempre un tendero, río arriba, río abajo. No tengo nada contra el lavado de la ropa y nada contra los lavaderos, sólo que en la época de los lavarropas son cada vez más raros y quizás algún día los veamos expuestos en un museo de historia local: “Lavadero, pequeño-burgués, comienzos del siglo XX”.

Podría imaginarme un drama que se desarrolle en un lavadero, si es que tantos dramas se desarrollan en castillos, dramas cuyos diálogos consisten en un intercambio de banalidades que dura cuatro horas. Con el corazón aliviado definiendo los lavaderos que nunca he descrito. Cuando le llevaba a mi madre a su lavadero carbón y madera para prender fuego, e intentaba inútilmente encender la estufa –igual que innumerables veces luego, siendo un tan inútil como denostado esclavo de la Wehrmacht–, ni aprendí los peores conocimientos ni son pocas las cosas que me han contado: cuántos bueyes se sacrificaban cuando se festejaba la verbena, cómo los sábados por la tarde se llevaba el dinero de la taberna a la casa en delantales llenos, cómo cierta gente viajaba a Colonia por la mañana en el tren expreso para –así se lo llamaba– leer el diario, y cómo uno de mis mayores se entregaba a la bebida, con toda consecuencia, hasta que –¡lo vi con mis propios ojos!– entregó su última camisa para pagar un par de cañas de cerveza.

Por lo que se refiere al ambiente de la gente pobre, hace tiempo que me pregunto cuáles otros ambientes también existen: el de la gente fina, el de la

gente pequeña (siguiendo el tema “pobre pero honrado”), el de la gente grande. El de la gente grande me lo he podido ahorrar gracias a la habilidad de los anuncios modernos: los grandes del mundo usan relojes Rolex, ¿qué es lo que me queda por decir ahí? ¿La gente pequeña? Soy ciego a la grandeza como se es de daltónico, soy ciego al ambiente, y trato de ejercitarme en la falta de prejuicios, que muchas veces se confunde con la falta de juicio. La grandeza es un vocablo que no depende del orden social, de igual manera que el dolor y la alegría son independientes de lo social. También en los lavaderos se intercambian banalidades durante largas horas, y quizás haya de veras grandeza entre los grandes de este mundo: démosles una oportunidad. Las novelas de Dostoievski tienen a veces títulos condenadamente desagradables: La pobre gente, Humillados y ofendidos, y si se considera el ambiente donde se mueven un cierto Rodion Raskolnikof y hasta un príncipe de nombre Miskin, es verdaderamente escandaloso: habría que haberles regalado a todos ellos relojes Rolex para que en verdad se sintieran grandes, y habría que haberle comunicado a Dostoievski que por favor empezase por fin a moverse en los mejores círculos. Debería preguntársele a título póstumo si también en sus días pasaban hambre más de dos tercios de la humanidad.

Hubo un tiempo en el que todo lo no aristocrático tampoco era apto para la literatura: que a un mercader se lo considerase digno de la pluma de un poeta significó una revolución, lo fue. Después vinieron aquellos delincuentes que hicieron a los obreros aptos para la literatura, para el arte. Entretanto hay teorías artísticas que consideran indigno de la literatura todo lo que no sea la clase trabajadora. ¿Debería cristalizar una contrateoría en nuestra bendita sociedad? Sería interesante, instructivo y digno de un análisis pormenorizado.

ALGO PASARÁ UNA HISTORIA DE ACCIÓN (1954)

Uno de los más curiosos capítulos de mi vida fue seguramente el que viví como empleado en la fábrica de Alfred Wunsiedel. Por naturaleza, siento más afición por reflexionar y no hacer nada por trabajar, sin embargo, de vez en cuando, dificultades económicas permanentes –pues la reflexión es tan poco rentable como el ocio– me obligan a aceptar lo que llaman un puesto de trabajo.

Llegado una vez más a tal situación me confié a la oficina de colocaciones y fui enviado, junto con otros siete compañeros de infortunio, a la fábrica de Wunsiedel, donde debíamos ser sometidos a un examen de capacitación. Ya el aspecto de la fábrica me llenó de desconfianza; la fábrica estaba enteramente construida en ladrillo de vidrio, y mi aversión a los edificios claros y a las estancias claras es tan grande como la que siento al trabajo. Pero mi desconfianza aumentó cuando acto seguido nos sirvieron una especie de desayuno en una cafetería clara, de colores alegres: hermosas camareras nos trajeron huevos, café y pan tostado; en elegantes garrafas había jugo de naranja; peces de colores aplastaban su displicente cara contra las paredes de unos acuarios verde claro. Las camareras eran tan alegres que parecían que iban a explotar de alegría. Sólo un gran esfuerzo de voluntad – así me lo pareció– le impedía andar tarareando continuamente. Estaban tan repletas de canciones no cantadas como las gallinas que aún no han puesto los huevos. En seguida adiviné lo que ninguno de mis compañeros de infortunio parecía adivinar; que también este desayuno era parte del examen, de manera que comencé a masticar totalmente entregado a esta tarea, con la conciencia clara de un ser humano que está suministrando a su cuerpo materias valiosas. Hice algo que en circunstancias normales no haría por nada del mundo: tomé en ayunas un zumo de naranja, dejé el café, un huevo y casi todo el pan tostado, me levanté y empecé a pasearme ansioso por hacer algo, de un lado a otro de la cafetería.

Así pues, fui el primero en ir a la sala de exámenes, donde, sobre deliciosas mesas, estaban colocados los cuestionarios. Las paredes eran de un

tono verde que los fanáticos de la decoración hubieran calificado de “encantador”. No se veía a nadie, pero yo estaba tan seguro de que me observaban: saqué impaciente mi estilográfica del bolsillo, quité el capuchón, me senté a la mesa más próxima y agarré el cuestionario de la misma forma que los coléricos agarran la cuenta del restaurante.

Primera pregunta: ¿Le parece bien que el ser humano sólo tenga dos brazos, dos piernas, dos ojos y dos orejas?

Aquí coseché por primera vez los frutos de mi reflexión y escribí sin dudar: “Aunque tuviésemos cuatro brazos, cuatro piernas y cuatro oídos, no bastarían a mis ansias de acción. El equipamiento del ser humano es raquítico”.

Segunda pregunta: ¿Cuántos teléfonos puede atender al mismo tiempo?

También esta respuesta era tan sencilla como la solución a una ecuación de primer grado: “Cuando no hay más que siete teléfonos –escribí– me impaciente; sólo con nueve me siento por completo en pleno rendimiento”

Tercera pregunta: ¿Qué hace usted después del trabajo?

Mi respuesta: “No conozco la expresión después del trabajo. A los quince años la borré de mi vocabulario, pues en el principio existía la acción”

Me dieron el puesto. Realmente no me sentía por completo en pleno rendimiento con los nueve teléfonos. En el auricular gritaba: “¡Actúe inmediatamente!” o: “¡Haga algo! –Tiene que pasar algo– Pasará algo –Algo ha pasado– Debería pasar algo”. Sin embargo, la mayoría de las veces –por parecerme apropiado a la atmósfera– me servía del imperativo.

Las pausas para comer eran interesantes; comíamos en la cantina manjares ricos en vitaminas, rodeados de una alegría átona. La fábrica de Wunsiedel bullía de personas que se volvían locas por contar su currículum vitae, tal como lo hacen las personalidades ávidas de acción. Para ellos su currículum es más importante que su vida, sólo hay que apretar un botón y lo recitan a la perfección.

El adjunto de Wunsiedel era un hombre llamado Broschek, que, a su vez, se hizo famoso porque, siendo estudiante, alimentó a siete hijos y a una mujer parálitica con un trabajo nocturno, llevó al mismo tiempo con gran éxito cuatro representaciones comerciales y, a pesar de ello, aprobó en dos años dos licenciaturas con sobresalientes. Cuando los reporteros le preguntaron: “¿Cuándo duerme usted, Broschek?”, contestó: “Dormir es pecado”.

La secretaria de Wunsiedel alimentó a un marido parálitico y a cuatro hijos haciendo punto; al mismo tiempo se doctoró en psicología y geografía regional, crió perros pastores y con el nombre *Wamp 7* se hizo famosa como cantante de bar.

El mismo Wunsiedel era uno de esos hombres que, apenas despiertos, ya están decididos a la acción. “Tengo que entrar en acción”, piensan mientras se atan con energía el cinturón del albornoz.. “Tengo que entrar en acción”, piensan mientras se afeitan y dirigen una mirada triunfal a los pelos de la barba mezclados con jabón mientras limpian la espuma de la maquinilla. Estos restos capilares son las primeras víctimas de su voluntad de acción. Hasta las necesidades

más íntimas provocan satisfacción en esta gente: el agua corre, se consume papel. Algo ha pasado. El pan se come, el huevo es decapitado.

El señor Wunsiedel realizaba la más mínima actividad como si fuera una acción: ponerse el sombrero, abotonarse temblando de energía el abrigo, dar el beso de despedida a su mujer, todo era acción.

Cuando entraba en su despacho, gritaba a su secretaria a modo de saludo. “¡Tiene que pasar algo!” Y ella contestaba alborozada: “¡Tiene que pasar algo!”. Entonces Wunsiedel iba de sección en sección gritando alegremente: “¡Tiene que pasar algo!” Todos contestaban: “¡Tiene que pasar algo!”. Y le respondía radiante de dicha yo también: “¡Pasaré algo!”

En el transcurso de la primera semana aumenté el número de mis aparatos telefónicos a once, en la segunda, a trece. Por la mañana, en el tranvía, me divertía sobremanera inventar nuevos imperativos a acosar al verbo “pasar” con sus diferentes tiempos, con sus diferentes voces, con los subjuntivos e indicativos; pasé dos días repitiendo la misma frase porque la encontraba muy hermosa: “Tendría que haber pasado algo”; durante otros dos días ésta “Eso no debería haber pasado”.

Así fue como cuando empezaba a sentirme en pleno rendimiento pasó algo de verdad. Un martes por la mañana –todavía no había acabado de acomodarme en mi asiento– entró Wunsiedel en mi despacho y gritó: “¡Tiene que pasar algo!” Pero algo inexplicable en su rostro me impidió contestar, alegre y animoso como está prescrito: “¡Pasaré algo!” Debí dudar largo rato, pues Wunsiedel que raras veces gritaba, me berreó: “¡Responda! ¡Responda como está prescrito!” Y contesté en voz baja y de mala gana, como un niño al que se obliga a decir: soy un niño malo. Me costó un gran esfuerzo tartamudear la respuesta: “Pasaré algo”, y apenas la había pronunciado, pasó algo de verdad: Wunsiedel cayó al suelo, dio varias vueltas y se quedó tendido en la puerta abierta. Fui consciente en el acto de algo que pude comprobar al dar despacio la vuelta a mi mesa y acercarme al yacente: que estaba muerto.

Moviendo incrédulo la cabeza, pasé sobre el cuerpo de Wunsiedel, crucé lentamente el pasillo hacia la oficina de Broschek y entré en ella sin llamar. Broschek estaba sentado a su mesa, tenía un auricular en cada mano y en la boca un bolígrafo con el que tomaba notas en un block, mientras con los pies desnudos manejaba una máquina de hacer punto depositada bajo la mesa del escritorio. De esta forma contribuía a completar el vestuario de su familia.

“Ha pasado algo”, dije en voz baja. Broschek escupió el bolígrafo, depositó los auriculares en los teléfonos y apartó con desgano los dedos gordos de la máquina de hacer punto.

–¡Qué es lo que ha pasado? –preguntó.

–El señor Wunsiedel ha muerto –dije.

–No –dijo Broschek.

–Sí –dije–. ¡Venga!

–No –dijo Broschek–, es imposible –pero se calzó las pantuflas y me siguió por el pasillo.

—No —dijo cuando llegamos al cadáver de Wunsiedel— ¡No, no! —No le llevé la contraria. Con todo cuidado volví a Wunsiedel boca arriba, le cerré los ojos y lo contemplé pensativo.

Casi sentí ternura por él y, por primera vez, me di cuenta de que nunca lo había odiado. En su rostro se reflejaba lo que se ve en el semblante de los niños que se niegan obstinadamente a dejar de creer en los Reyes Magos, por convincentes que sean los argumentos de sus amiguitos.

—No —dijo Broschek—, tiene que pasar algo.

Pasó algo: Wunsiedel fue enterrado y me designaron para llevar, detrás del ataúd, una corona de rosas artificiales, pues no sólo estoy dotado de una propensión a la reflexión y al ocio, sino también de un rostro y una figura que se adaptan perfectamente a los trajes negros. Por lo visto dio gusto verme detrás del ataúd de Wunsiedel con la corona de rosas artificiales en la mano. Un elegante instituto de pompas fúnebres me hizo una oferta para trabajar como acompañante profesional de comitivas fúnebres.

—Usted es el afligido nato —dijo el director del instituto—; la ropa está incluida. ¡Su rostro...! ¡Sencillamente fantástico!

Presenté mi renuncia a Broschek, alegando que allí no me sentía en pleno rendimiento, que, a pesar de los trece teléfonos algunas de mis facultades quedaban en barbecho. Inmediatamente después de mi primer entierro profesional me di cuenta “Esto es lo tuyo, esto te viene como anillo al dedo”

Pensativo, con un sencillo ramillete en la mano, me coloqué detrás del ataúd en la capilla, mientras se interpreta el “Largo” de Händel, una composición que no se tiene en la estima que merece.

Soy parroquiano del café del cementerio, allí paso el tiempo entre actuación y actuación profesional; sin embargo, de vez en cuando, voy detrás de los ataúdes para los que no me han contratado, pago de mi bolsillo un ramillete de flores y me uno al funcionario de la beneficencia pública que marcha tras el ataúd de un cualquiera. De vez en cuando voy a ver también la tumba de Wunsiedel, pues de alguna manera le debo el haber descubierto mi verdadero oficio, un oficio en que la reflexión es requisito muy apreciado y el ocio una obligación. Tardé aún mucho tiempo en darme cuenta de que jamás me interesó el artículo que producía Wunsiedel. Seguramente era jabón.

**DEL DIARIO
IRLÁNDES
(1956-61)**

**CAPÍTULO 6
DENTISTA
POLÍTICO AMBULANTE**

–Con franqueza– me dijo Padraic después de la quinta cerveza–

¿No te parece a ti que los irlandeses están medio locos?

–No –le dije–; sólo la mitad de los irlandeses están medio locos.

–Hubieras tenido que estudiar para diplomático –dijo Padraic y pidió la sexta cerveza–; dime de una vez, con franqueza, si nos consideras un pueblo feliz.

–Me parece –dije–, que sois más felices de lo que creéis. Y si supierais los felices que sois, encontrarías algún motivo para no ser felices. Tenéis muchos motivos para no ser felices, pero amáis también la poesía de la desgracia; a tu salud.

Bebimos y hasta después de la sexta cerveza se atrevió Padraic a preguntarme lo que hacía tanto tiempo quería preguntarme.

–Dime –dijo en voz baja–, Hitler, creo, no era tan mala persona; lo que pasa, creo es que fue un poco demasiado lejos.

Mi mujer asintió, dándome ánimos:

–Anda –me dijo levemente en alemán–; no te canses, sácame la muela del todo.

–Yo no soy dentista –le respondí en voz baja–; y entretanto se me acababan ya las ganas de bajar por la noche al bar; siempre sacando muelas, siempre las mismas muelas; ando hasta la coronilla.

–Vale la pena –dijo mi mujer.

–Oyeme bien, Padraic –le dije amablemente–. Nosotros sabemos con toda exactitud lo lejos que fue Hitler, sobre los cadáveres de muchos millones de judíos, de niños...

El rostro de Padraic se contrajo dolorosamente. Había pedido la séptima cerveza y dijo con tristeza:

–¡Lástima que te hayas dejado engañar tú también por la propaganda inglesa, lástima!

No toqué la cerveza.

–Anda –dije–; déjame que te arranque la muela; quizá te haga un poco de daño, pero no queda más remedio. Después vas a ser un tipo estupendo, de verdad; deja que te corrija la dentadura, me da de todas formas la impresión de que soy un sacamuelas.

–Hitler fue...–dije, y lo dije todo; tenía ya práctica en el oficio, me había convertido en un experto dentista y cuando a uno le cae simpático el paciente, se trabaja todavía con mayor cuidado que cuando lo hace uno por pura rutina, para cumplir con su deber... Hitler fue, Hitler hizo, Hitler dijo...–el rostro de Padraic se contraía cada vez más dolorosamente. Yo había pedido whisky, brindé por él, se echó un trago, hizo unas gárgaras.

–¿Te he hecho mucho daño? –le pregunté con precaución.

–Sí –dijo–. Hace daño; pasará un par de días antes de que haya salido toda la pus.

–No te olvides de enjuagarlo, y si te duele, ven a casa; ya sabes donde vivo.

–Sé donde vives –dijo Padraic–. Y voy a ir, seguro. Seguro que va a dolerme.

–Pese a todo –dije–. Es buena cosa haberla sacado.

Padraic guardó silencio.

–¿No bebemos otra? –preguntó tristemente.

–Sí –dije– Hitler fue...

–Cállate –dijo Padraic–. Haz el favor de callarte; el nervio está al desnudo.

–Estupendo –dije–. Pronto estará muerto entonces; vamos a bebernos otra.

–¿Tú no te quedas nunca triste cuando te sacan una muela? –me preguntó Padraic, cansado.

–Al principio, sí –dije–; pero después me alegro de que no supure.

–Y yo que hago ahora –dijo Padraic–. Ya no sé por qué me gustan tanto los alemanes.

–Te tienen que gustar –dije en voz baja–, no por Hitler sino a pesar de Hitler. No hay nada más penoso que el que alguien alimente su simpatía por ti en fuentes que te resultan sospechosas; suponiendo que tu abuelo fuera un ladrón, y que tú conoces a alguien que te encuentra la mar de simpático porque tu abuelo era un ladrón, debería resultarte bien penoso; otros, en cambio, te encuentran simpático porque no eres ladrón, pero tú desearías que te encontraran simpático aunque lo fueras.

Llegó la octava cerveza; nos la mandó Henry, un inglés que pasa aquí sus vacaciones todos los años.

Se sentó con nosotros, meneó resignado la cabeza:

–No sé por qué vuelvo a Irlanda todos los años; no sé ya cuántas veces le he dicho a los irlandeses que no me han gustado nunca ni Pembroke ni Cromwell y no estoy emparentado con ellos, que no soy otra cosa que un empleado en

Londres que tiene dos semanas de vacaciones y que quiere pasarlas junto al mar, no sé por qué recorro todos los años ese largo trayecto para que me expliquen luego lo simpático que soy yo y lo horribles que resultan, en cambio, los otros ingleses: se cansa uno. Sobre Hitler...-dijo Henry.

-Por favor -dijo Padraic-, no hables de él: no puedo oír ya el nombre. Ahora, por lo menos, no; quizá más tarde.

-Está bien -me dijo Henry- Buen trabajo, parece.

-Uno es ambicioso -dijo modestamente- y ya está acostumbrado a sacarle todas la noches a cualquiera una determinada muela: sé exactamente dónde se encuentra; entretanto he ido adquiriendo ciertos conocimientos de odontología política; lo hago a fondo y sin anestesia.

-Sabe Dios -dijo Padraic-. Y a pesar de todo, ¿no somos gente encantadora?

-Lo sois -dijimos los tres como por una misma boca: mi mujer, Henry y yo-. Sois, realmente, encantadores; lo que pasa es que lo sabéis también la mar del bien.

-Vamos a bebernos otra -dijo Padraic-. ¡La del estribo!

-¡Y otra para el camino!

-Y otra para el gato -dije.

-Y otra para el perro.

Bebimos y las manecillas del reloj seguían donde estaban desde hacía tres semanas: en las diez y media. Y lo estarían todavía durante otras cuatro. A las diez y media está ordenado que cierren en verano las tabernas rurales. Los turistas, sin embargo, los forasteros, liberalizan el severo reglamento. Cuando llega el verano los taberneros van por el destornillador, recogen un par de tornillos y aseguran bien las manecillas; los hay que compran relojes de juguete con las manecillas de madera y las clavan. Así se para el tiempo y torrentes de cerveza negra fluyen durante todo el verano, día y noche, mientras los policías duermen el sueño de los justos.

8. CUANDO DIOS HIZO EL TIEMPO...

Está claro que una misa no puede comenzar hasta que aparece el párroco, pero que el cine no empiece hasta que estén completos todos los curas, los del pueblo y los veraneantes, le resulta una sorpresa al forastero acostumbrado a los usos del Continente. Le queda la esperanza de que el párroco y sus amigos terminen pronto de cenar, liquiden pronto la sobremesa; de que no profundicen demasiado en sus recuerdos: las escalas de los "te acuerdas..." es inagotable; ¡profesores de latín, profesores de matemáticas y, sobre todo, el de historia!

El cine empieza a las veintiuna horas, pero no hay nada más facultativo que semejante indicación. Incluso la más vaga de las fórmulas con las que nos citamos, el "a eso de las diez"; las "veintiuna horas" de aquí, la desnuda claridad con que aparecen en los carteles es pura estafa.

Ya es bastante raro que nadie se enfade lo más mínimo por el retraso. “Cuando Dios hizo el tiempo”, dicen los irlandeses, “hizo de sobra”. La frase es sin duda alguna tan acertada como digna de reflexión; si uno se imagina el tiempo como una materia que está a nuestra disposición para que resolvamos con ella nuestros asuntos en esta tierra, no cabe duda de que sobra, puesto que siempre “hay tiempo”. El que no tiene tiempo es un monstruo, un engendro: roba tiempo, lo malversa. (Cuánto tiempo ha habido que gastar, cuánto tiempo ha habido que robar para hacer tan proverbial la injustamente famosa puntualidad militar: ¡miles de millones de horas robadas son el precio de tan costosa puntualidad, y los modernos engendros, sobre todo, que nunca tienen tiempo! Me dan siempre la impresión de gente con demasiada poca piel...)

Queda tiempo suficiente para reflexionar puesto que hace rato ya que han dado las nueve y media; tal vez hayan llegado los párrocos al profesor de biología, una asignatura facultativa que podría alentar la esperanza.

Aquí se ha tenido incluso en cuenta a los que no aprovechan la demora para reflexionar: tocan generosamente discos y más discos, venden chocolate, helados y cigarrillos puesto que en estas tierras –así da gusto– permiten que se fume en los cines. Si prohibieran fumar en los cines se produciría probablemente un levantamiento; la pasión cinematográfica corre pareja en los irlandeses con la de fumar.

Las conchas rojizas de las paredes iluminan débilmente la sala y en la semioscuridad reina una alegría de Feria: conversaciones mantenidas por encima de cuatro filas, chistes gritados por encima de ocho; delante, en las localidades más baratas, los niños rumorean alegres, igual que en los recreos de la escuela; los espectadores se ofrecen bombones, intercambian marcas de cigarrillos, en algún lugar de la oscuridad resuena el prometedor crujido con el que se le saca el tapón a una botella de whisky; se retocan maquillajes, se esparcen perfumes; alguien empieza a cantar y al que no quiere reconocer que todos esos sonidos, movimientos, actividades humanas son motivo suficiente para requerir el tiempo transcurrido, a éste le queda tiempo para reflexionar: cuando Dios hizo el tiempo, hizo de sobra. No hay duda de que al hacer uso de él se derrocha tanto como se economiza y, paradójicamente, los que pierden el tiempo son también los que lo ahorran, ya que siempre tienen tiempo cuando se les requiere: para llevar rápidamente a alguien a la estación o al hospital; igual que los auténticos derrochadores a los que siempre se les puede pedir dinero, los derrochadores del tiempo son las Cajas de Ahorro en las que Dios esconde el tiempo, manteniéndolo en reserva por si se necesita, de repente, el tiempo que cualquiera de los que nunca tienen tiempo ha malgastado.

Sea como fuere: hemos ido al cine a ver a Anne Blyth y no a reflexionar, si bien reflexionar resulta aquí sorprendentemente fácil y reparador, en esta Feria de la despreocupación en la que los campesinos de las tierras pantanosas, los turberos y los pescadores ofrecen cigarrillos en la oscuridad a las damas de sonrisa prometedoras que viajan durante el día en sus cochazos por la comarca, aceptando a cambio chocolate; donde el coronel retirado conversa

con el cartero sobre las ventajas y los inconvenientes de los indios. Aquí se ha hecho realidad la sociedad sin clases. Lástima tan sólo que se envíe tanto aire: perfume, pintalabios, cigarrillos, el acre olor a turba de la ropa, incluso la música del tocadiscos parece oler: transpira esa música el bronco erotismo de los años treinta y la butacas, tapizadas espléndidamente en terciopelo rojo –con algo de suerte pilló uno un ejemplar con los muelles todavía intactos–, estas butacas que fueron consideradas probablemente chic en el Dublín de 1880 (seguro que vieron las óperas y las obras de Sullivan, quizá también de Yeats, Synge y O’Casey, las primeras piezas de Shaw), estas butacas huelen como huele el terciopelo viejo que se opone aún a la rudeza del aspirador, al salvajismo del cepillo; y el cine es un edificio nuevo, inacabado, sin ventilación todavía.

Pero parece que párrocos y capellanes conversadores no han llegado todavía al profesor de biología, ¿o es que están todavía en el bedel (un tema inagotable), en los primeros cigarrillos que se fumaron a escondidas? Al que el aire le parezca demasiado cargado, que salga y que apoye unos minutos en el muro del cine: un atardecer claro y suave; no se ve aún la luz del faro de Clare Island, situado a 18 kilómetros de distancia, sobre el borde de la Clew-Bai hasta los montes de Connemara y Galway, y el que mira a la derecha, hacia el oeste, llega hasta Achill-Head, los dos últimos kilómetros de Europa que quedan todavía entre él y América: salvaje como si hubiera sido creado para un aquelarre, cubierto de cieno y matorral, se alza el Croghaun, el más occidental de los montes europeos, cayendo a pico sobre el mar –700 metros– y en su falda, al otro lado, por el verde oscuro de las ciénagas, un cuadrado claro cultivado y una casa grande y gris: aquí vivió el capitán Boicot, del que el pueblo derivara el boicotear: aquí se le regaló al mundo un nuevo vocablo; algunos centenares de metros por encima de la casa, los restos de un avión estrellado: aviadores norteamericanos que creyeron tener una décima de segundo demasiado pronto, el océano libre frente a ellos, la lisa superficie que les separaba todavía de la patria: esa última roca de Europa les resultó fatal, la última punta de un continente al que Faulkner llamaba en su “leyenda”: “Ese diminuto grano de pus que lleva el nombre de Europa...”

El azul se extiende sobre el mar en distintos tonos y matices, envueltas en ese azul, islas verdes como manchones de musgo, islas negras, recortadas, islas que sobresalen del mar como raigones...

Por suerte (o por desgracia, no lo sé) terminaron los curas de una vez –tal vez lo interrumpieran– su intercambio de impresiones y recuerdos escolares, también ellos, por fin, llegan ahora a contemplar la gloria que prometen los carteles:

Anne Blyth. Se apagan las conchas rojizas, enmudecen los rumores de recreo en los asientos baratos, toda esa sociedad sin clases se hunde en una silenciosa expectativa mientras empieza, melosa, en color cinemascopé, la película. De cuando en cuando las pistolas disparan de una forma excesivamente realista y la sangre demasiado bien imitada corre por la frente del héroe, de cuando en cuando se hacen incluso visibles gotas rojo oscuro en el

cuello de la bella y alguno de los niños de tres o cuatro años empieza a gritar. ¿Tiene que ser atravesado por las balas tan dulce cuello? No hay que inquietarse, no va a ser tampoco atravesado, un pedazo de chocolate precipitadamente deslizado en la oscuridad. Al terminar la película siente uno esa impresión todavía recordada desde la niñez: la de haber comido demasiado chocolate, demasiadas golosinas. ¡Oh ese ardor de estómago, tan dolorosamente precioso, de lo prohibido y disfrutado con excesiva intensidad!

Tras tanta dulzura un animado trailer: blanco y negro, garito, rufas hembras demacradas, héroes feos y audaces, de nuevo los inevitables pistoletazos, de nuevo chocolate en la boca del niño de tres años. Un programa generosamente confeccionado: tres horas y también aquí, cuando las conchas rojizas empiezan de nuevo a iluminarse y se abren las puertas: en los rostros aquello que se ve en los rostros cada vez que termina el cine: un leve desconcierto retocado de sonrisa: se avergüenza uno un poco de tanto sentimiento que ha invertido sin quererlo. La belleza que parece sacada de una revista de modas sube a su cochazo: gigantescas luces traseras rojo sangre se alejan hacia el hotel, ardiendo como pedazos de turba, el turbero marcha cansado a su casucha; los adultos caminan silenciosos y los niños, gorjeando sonrientes, alejándose dispersos en la noche, vuelven a contarse el argumento.

Pasó medianoche, hace tiempo ya que el faro brilla desde Clare Island, las azules siluetas de los montes negrísimas ahora, luces aisladas, amarillas, lejanas, por las ciénagas donde esperan la abuela, la madre, el marido o la mujer para que les cuenten lo que van a ver uno de los próximos días, y hasta las dos, hasta las tres de la madrugada, estarán sentados todavía junto al fuego porque, cuando Dios hizo el tiempo, hizo de sobra.

Los burros chillan en la cálida noche estival, rebuznan transmitiendo su abstracto canto, ese loco ruido como de goznes mal aceitados, de bombas herrumbrosas, señales incomprensibles, grandiosas y demasiado abstractas para parecer dignas de crédito, esas señales que expresan un dolor infinito y, pese a ello, sosiego. Los ciclistas zumban como murciélagos sobre sus burros metálicos sin alumbrar, hasta que sólo el trote tranquilo y pacífico del peatón colma finalmente al noche.

9. CONSIDERACIONES SOBRE LA LLUVIA IRLANDESA

La lluvia es aquí absoluta, soberbia, aterradora. Llamar mal tiempo a esa lluvia es tan impropio como llamar mal tiempo a un sol de plomo.

A esa lluvia se la puede llamar mal tiempo, pero no lo es. Es tiempo, simplemente, y tiempo significa tormenta. La lluvia recuerda con insistencia que esa agua que cae es su elemento. Y el agua es dura. Durante la guerra fui testigo de cómo un avión en llamas aterrizaba en la costa del Atlántico; el piloto tomó tierra en la playa y huyó de las cercanías del aparato a punto de explotar. Le pregunté luego por qué no había llevado al mar el avión en llamas y me respondió:

—Porque el agua es más dura que la arena.

No me lo creí; lo comprendí después, en Irlanda: el agua es dura.

Y cuánta agua se acumula sobre cuatro mil kilómetros de Océano, agua que se alegra de alcanzar por fin seres humanos, casas, tierra firme, después de haber caído tanto tiempo sobre el agua sólo, sobre sí misma.

¿Puede divertirle a la lluvia caer siempre en el agua?

Entonces, cuando se va la luz, cuando la primera lengüeta de un charco serpentea por debajo de la puerta, silenciosa y lisa, brillando al resplandor del fuego de la chimenea; cuando los juguetes que los niños han dejado por supuesto abandonados, cuando los corchos y los pedazos de madera empiezan de repente a flotar y la lengüecilla los arrastra hacia delante, cuando los niños bajan asustados por las escaleras, se agazapan frente a la chimenea (más sorprendidos que asustados, puesto que también ellos sienten con qué ganas se reúnen viento y lluvia, notan que el clamor es de alegría), se da cuenta uno entonces de que no hubiera sido tan digno del Arca como lo fue Noé...

Necedad del que habita tierra adentro abrir la puerta para ver lo que pasa fuera. Pasa todo: tejas, canalones, ni siquiera los muros despiertan excesiva confianza (porque aquí se construye provisionalmente, pero se vive una eternidad en esos refugios provisionales a no ser que uno emigre; en nuestro país, en cambio, construimos siempre para la eternidad y no sabemos si la generación siguiente va a sacarle provecho todavía a tanta solidez).

Buena cosa es tener siempre unas velas, la Biblia y un poco de whisky en casa, como los marineros que afrontan con calma la tormenta; naipes también, tabaco, agujas de hacer punto y lana para mujeres, porque la tormenta tiene resuello para largo, la lluvia mucha agua y la noche es larga. Cuando entra entonces por la ventana la segunda lengua de lluvia y se une a la primera, cuando los juguetes se aproximan flotando a la ventana, resulta aconsejable consultar la Biblia para ver si la promesa de no enviar jamás otro diluvio se hizo de verdad. Allí está escrito y prometido: puede uno encender la nueva vela, el cigarrillo siguiente, volver a barajar, servirse un nuevo whisky, abandonarse a los tambores de la lluvia, al silbido del viento, al tableteo de las agujas que hacen punto. Está escrito y prometido.

Pasó algún tiempo antes de que oyéramos los golpes en la puerta; al principio los tomamos por el ruido de algún cerrojo suelto, luego por el rumor de la tormenta, nos dimos cuenta entonces de que eran obra humana y —lo necia que llega a ser la mentalidad continental— aventuré el pronóstico de que pudiera tratarse quizá del hombre de la luz: algo tan necio como esperar en alta mar al ejecutor judicial.

Abrí rápidamente la puerta, metí en casa a un contemporáneo calado hasta los huesos, cerré la puerta y allí quedó: con la maleta de cartón empapada, chorreando agua por mangas, zapatos y sombrero, parecía casi como si le saliera también agua por los ojos: el mismo aspecto de los nadadores que han participado vestidos del todo en un ejercicio de salvamento de naufragos; al nuestro, sin embargo, le era ajena tamaña ambición; venía solamente de la

parada del autobús, cincuenta pasos bajo esta lluvia, había tomado nuestra casa por su hotel y era de oficio escribiente en un bufete de Dublín.

–¿Circula el autobús con este tiempo?

–Sí –nos dijo–, circula y lleva apenas retraso. Pero se nada más que circula...¿y esto de aquí no es ningún hotel?

–No, pero...

Se llamaba Dermot y resultó ser, cuando estuvo seco, un buen conocedor de la Biblia, buen jugador de cartas, buen narrador de historias y buen bebedor de whisky: nos enseñó también cómo hacer hervir rápidamente el agua del té en la chimenea con ayuda de un trébede, cómo se asan costillas de cordero en ese mismo trébede, (una pieza antiquísima), cómo se tuesta el pan en largos tenedores que no sabíamos aún para qué servían... y ya de madrugada reconoció incluso que sabía un poco de alemán: había estado prisionero en Alemania y les explicó a nuestros hijos lo que no van a olvidar jamás ni deben olvidar tampoco: cómo enterró a los gitanillos muertos en la evacuación del campo de concentración de Stuthof; así de pequeños eran –lo señalaba– y cavó fosas en el suelo helado para enterrarlos.

–Por qué tuvieron que morir? –preguntó uno de los niños.

–Porque eran gitanos.

–No es motivo... no hace falta morir por eso.

–No –dijo Dermot–; no es motivo, no hace falta morir por eso.

Nos levantamos; amanecía, todo al exterior parecía tranquilo. El viento y la lluvia se habían alejado, el sol se alzaba por el horizonte y un arco iris enorme colgaba sobre el mar; tan cerca estaba que creímos entrever su sustancia; la fina piel de las pompas de jabón, la piel del arco iris.

Corchos y pedazos de madera seguían meciéndose en el charco cuando subimos a los dormitorios.

EL PAN DE LOS AÑOS MOZOS EXTRACTO DEL CAPÍTULO 1 (1955)

Cuando la patrona entró con el desayuno, yo seguía sentado al borde de la cama. Le di la carta de papá y ella la leyó, mientras yo me servía café y me preparaba un panecillo.

–Naturalmente –dijo–; irá usted –y puso la carta en la bandeja, junto al almuerzo–. Tiene que ser amable e invitar a comer a la muchacha. Piense que estas chicas jóvenes tienen casi siempre más apetito del que dicen tener.

Salió porque sonaba el teléfono, y oí que decía nuevamente:

–Sí, sí, le pasaré el encargado..., sí... –regresó y me dijo–: Ha llamado una señora de la Kurbelstrasse; estaba llorando al hablar por teléfono, porque no sabe cómo arreglárselas con la máquina. Le ruega que vaya en seguida.

–No puedo –dije–, primero tengo que atender las llamadas de ayer.

Ella se encogió de hombros y salió. Desayuné, me lavé y pensé en la hija de Muller, que no conocía. Tenía que haber venido ya a la ciudad en febrero, y yo me había reído con la carta de su padre, con su ortografía, que reconocí aún de correcciones que ponía en mis desgraciados trabajos de inglés, y con su estilo.

“Mi hija Hedwig”, escribió Muller entonces, “irá a la ciudad en febrero, para iniciar sus estudios en la Academia de Pedagogía. Le agradecería que pudiera ayudarme a encontrar para ella una habitación. Seguramente no se acordará usted de mí. Soy director de la Escuela Hoffmannvon-Fallersteben, en la que usted hizo sus estudios durante unos años”, era una forma elegante de expresar que, a los dieciséis años, después de repetir por segunda vez el cuarto curso, tuve, que dejar la escuela. “Con todo”, seguía escribiendo Muller, “tal vez se acuerde usted de mí, y espero que mi petición no le cause demasiadas molestias. La habitación de mi hija no hace falta que sea muy lujosa, pero tampoco debe ser fea; si es posible, que no esté lejos de la Academia de Pedagogía, aunque –si puede usted arreglarlo– tampoco en un barrio que tenga un carácter de suburbio; además, me permito insistir en que sea una habitación económica”.

Mientras leía esta carta, Muller se convertía para mí en una persona muy distinta a la que vivía en mi recuerdo. Lo recordaba intransigente y olvidadizo, e incluso un poco desaliñado, pero ahora surgía la imagen de un pedante y un mezquino, que no correspondía a mi recuerdo.

La misma palabra “económico” bastaba para hacérmelo todo odioso, a pesar de no recordarlo en absoluto como a alguien aborrecible y es que yo odio la palabra “económico”. También mi padre cuenta cosas de los tiempos en que una libra de mantequilla costaba un marco y una habitación amueblada y con derecho a desayuno valía diez marcos; unos tiempos en los que, con treinta centavos en el bolsillo, podía uno irse a bailar con una chica. Cuando se cuentan historias de aquellos tiempos, la palabra “económico” se pronunciaba siempre con un dedo acusador, como si el interlocutor tuviera la culpa de que ahora la mantequilla cueste cuatro veces más. Tuve que enterrarme del precio de todas las cosas –por que nunca podía pagarlo–, cuando era un aprendiz de dieciséis años que iba solo a la ciudad. El hambre me enseñaba los precios. La idea del pan fresco se me metía estúpidamente en la cabeza y, a veces, por la noche, rondaba por la ciudad durante horas y sólo pensaba en una cosa: pan. Tenía los ojos ardientes, las rodillas débiles, y sentía que había en mí algo de lobo. Pan. Deseaba el pan como el morfinómano desea la morfina. Tenía miedo de mí mismo y recordaba siempre al hombre que una vez, en la residencia de aprendices, pronunció una conferencia con proyecciones sobre una expedición al Polo Norte y nos contó que habían despedazado peces recién pescados y se los habían comido crudos. Aún ahora, cuando voy a cobrar y después cruzo la ciudad con los billetes y las monedas en el bolsillo, me viene a menudo el recuerdo del temor de lobo que me asaltaba durante aquellos días, y compro el pan tierno que veo en los escaparates de las panaderías; compro dos, que me parecen especialmente apetitosos, y luego otro en la tienda siguiente, y panecillos morenos, muy tostados. Compro muchos y luego se los dejo a la patrona en la cocina, porque yo no puedo comerme ni la cuarta parte del pan que he comprado, y me llena de temor la idea de que el pan pueda estropearse.

Los meses peores para mí fueron los que siguieron a la muerte de mi madre, no tenía ganas de continuar mis estudios de electricista, pero había intentado ya tantas cosas: había sido aprendiz de banca, de vendedor, de carpintero; siempre por dos meses justos, y también odiaba la nueva profesión. Odiaba tanto a mis maestros que a veces me sentía mareado cuando, por la noche, regresaba a la residencia de aprendices en el tranvía repleto. Pero hice todo el aprendizaje, porque me había propuesto demostrarles que podía hacerlo. Cuatro veces por semana podía ir por la noche al Hospital St. Vinzenz, donde estaba enferma una parienta lejana de mi madre. Allí me daban sopa, y a veces también pan, y en el banco que había junto a la ventanilla de la cocina, encontraba siempre a otros cuatro o cinco famélicos, a veces hombres viejos que tenían sus manos temblorosas hacia la ventanilla, cuando se abría la portezuela y se hacían visibles los brazos redondos de la hermana

Clara. Yo tenía que contenerme para no arrancarle el plato de sopa de las manos.

El reparto de sopa se efectuaba siempre tarde, cuando los enfermos llevaban mucho rato dormidos. No querían despertar sus recelos; era como si se practicara una caridad inoportuna con algo que les correspondía a ellos. En el comedor en el que estábamos agachados, había sólo dos bombillas de quince vatios, que iluminaban nuestra comida. A veces nuestros sorbos eran interrumpidos, se abría por segunda vez la ventanilla y la hermana Clara ponía en la abertura platos de *pudding*. El *pudding* era siempre rojo, de un rojo tan fuerte como los caramelos que hay en las ferias, y cuando nos lanzábamos hacia la ventanilla, la hermana Clara estaba tras ella, en la cocina, meneando la cabeza y suspirando, casi siempre con lágrimas en los ojos. Entonces decía:

–Esperad.

Volvía a la cocina y regresaba con un jarro de salsa, la salsa era de color azufre, tan amarilla como el sol en los cuadros de los pintores domingueros. Y nosotros tomábamos la sopa, comíamos el *pudding*, comíamos la salsa y esperábamos por si volvía a abrirse la ventanilla. A veces había también un pedazo de pan..., y una vez al mes la hermana Clara repartía entre nosotros su ración de cigarrillos, cada uno recibía uno o dos de esos preciosos rollitos blancos; pero casi siempre la hermana Clara abría la ventanilla sólo para decirnos que no tenía nada más.

Cada mes cambiaban los grupos que la hermana Clara alimentaba de esta forma; entonces pasábamos al otro grupo, que podía acudir cuatro veces por semana, y el cuarto día era domingo, y los domingos había a veces patatas con jugo de asado, y yo esperaba con tanta ansia el final del mes, para pasar al otro grupo, con tanta ansia como espera un prisionero el fin de su cautiverio.

¿SOMOS CULPABLES? (1959)

Cuando recordamos a las víctimas de la persecución judía penetramos en un espacio trágico. En este espacio el idioma no basta, y así, todo lo que diga está condenado al desvalimiento, a la insuficiencia: en este espacio tampoco alcanzan sentimientos como vergüenza y arrepentimiento, el duelo y el dolor no lo colman.

Queda un resto. Lo que sucedió en Auschwitz, en los otros grandes campos de exterminio, es inconcebible; ni siquiera concebible para quienes fueron testigos presenciales que escaparon al exterminio y trataron de transmitir, de aclarar el terrible misterio. Es propio además del destino de un ensayo como el mío –de cualquier ensayo de esta naturaleza– que no intente convertir a nadie. Es propio de la diabólica herencia de aquellos que desataron la desgracia, que los horrores –aun cuando están probados en todos los planos de la exactitud– se han escapado al terreno donde no se sabe sino se cree. No tiene sentido discutir acerca de los hechos con quien no cree: cifras, documentos, destinos individuales, no cuentan como pruebas. Sólo existen unos pocos antisemitas convertidos: las excepciones son una prueba del hecho de que en este terreno nose sabe sino que se cree.

Considero una pérdida de tiempo rebatir aquí todas las recriminaciones que se suelen hacer al pueblo judío como culpa colectiva. No necesita esa defensa: ningún pueblo ha puesto de manifiesto su carácter, sus costumbres, su religión, tan abiertamente como podemos leerlo a cualquier hora en los libros de la vieja Alianza. Que la nueva Alianza, a la cual pertenecemos la mayoría de nosotros, sería impensable sin la vieja, no necesita aclaración ninguna: todos los que se llaman cristianos son también judíos. Así pues los perseguidos, los asesinados, no sólo eran prójimos, de la especie humana como nosotros; en un sentido más profundo eran, para todos los cristianos, hermanos. El papa Pío XII dijo una vez: “En espíritu todos somos semitas“. Ser antisemita y anticristiano es una sinonimia. En la Alemania del año 1933 no había más antisemitas que en cualquier otro país de Europa.

En el año 1933 pusieron el poder en manos de Hitler, de alguien que rápidamente supo transformarlo en un poder total, de alguien que nunca había dejado ninguna duda acerca de lo que pensaba sobre –así la llamaba él– la solución de la cuestión judía. Los más jóvenes conocen el clima que domina en un estado totalitario sólo de oídos: el Estado de Derecho es un concepto con el cual no pueden imaginarse nada puesto que no han experimentado lo contrario en su propia carne, no lo han visto con sus propios ojos. Intenten ellos imaginarse que hoy en día, en una ciudad alemana, fuera destruido un grupo de conciudadanos elegido a voleo –los católicos, los cristianos evangélicos, los socialistas, los comunistas o aquellos a los que se tuviese por tales–; que se rompiesen las cristalerías de sus negocios, se arrojaran sus mercancías a la calle, se detuviese, se extorsionase y se apaleara a los conciudadanos de ese grupo elegido a voleo.

Dirían ellos: Ridículo, es imposible, se propagaría una ola de indignación, intervendría la policía, haríamos alguna cosa –haríamos, decimos–. Espero que haríamos alguna cosa. Vivimos en un Estado que no tolera semejantes actos de violencia. Pero los ciudadanos de esa misma ciudad toleraron hace veinte años semejante crimen, la policía no intervino. Durante los años que siguieron, los ciudadanos de esa misma ciudad, como los ciudadanos de todas las ciudades alemanas, toleraron que a sus conciudadanos judíos se les privase de condiciones para vivir, que finalmente se les deportase a los campos de exterminio. Hubo un tiempo en el que estaba penado por la ley ofrecerle a un judío un cigarrillo o un hueco en el refugio antiaéreo. Los más sencillos gestos de humanidad contaban como delitos.

Es costumbre que al peor de los criminales, al infanticida, al atracador que se ha excluido claramente de la sociedad, antes de ejecutar en él la sentencia de muerte se le ofrezca una cierta reconciliación con este mundo, se le haga más fácil despedirse de él, se le permita recibir los consuelos de su religión, pueda ver de nuevo a su mujer y a sus hijos, pueda comer y beber lo que quiera, se le devuelvan todos sus derechos antes de consumar en él lo espantoso: despojarlo de su vida. Esta gracia, que figura entre los usos legales incluso en algunos Estados gobernados poco liberalmente, no le fue otorgada a los judíos: les robaron sus propiedades, les arrebataron sus hijos, ni siquiera a los asesinados se les dejó en paz, sus desdichados cadáveres no hallaron descanso. Nunca fueron tratados los criminales como lo fueron estos inocentes. Lo que es el derecho se nos aparece claro en el manejo de la injusticia, lo que es injusto en el tratamiento dado a los inocentes.

La pregunta ¿Somos culpables? nos afecta a todos los que en aquél entonces teníamos una edad en la que se es responsable. La pregunta no se puede responder ni con un claro sí ni con un claro no. Sólo para muy pocos vale el claro sí como respuesta a esta pregunta, algunos de ellos han sido declarados culpables, lo han reconocido, otros lo han negado, pocos se han convertido. Pero la cifra de los inequívocamente culpables es tan exigua que no basta como reconciliación ante todo un pueblo de muertos. ¿Somos culpa-

bles por haber sido contemporáneos, testigos, por haber sobrevivido? No lo somos sólo en un sentido moral o jurídico, lo somos ciertamente en un sentido teológico: se es culpable cuando no se ofrece uno mismo como víctima al fatal destino. Culpables porquesobrevivimos, nos convertimos en una parte del fatal destino porque no nos eligió como víctimas. Determinar el grado de culpabilidad de cada uno; para ello no existe en este mundo ninguna otra instancia que la conciencia: fue absurdo querer medir esa culpabilidad con categorías al uso, darles un nombre nacional, como fue absurdo dispensarles a los causantes de la desgracia el honor de un proceso judicial. Destino, maldición y conciencia se sustraen al vocabulario judicial: fue necio tratar al pueblo alemán como un pueblo de antisemitas, nuestra culpa consiste en que no lo éramos y sin embargo sucedió la desgracia. Debe tenerse en cuenta que Hitler, después de que tras cinco años dominó todos los medios para influir en la opinión pública, después de cinco años de persecución y redoblar el tambor, después de que ningún diario alemán pudiera publicar, ni las emisoras de radio decirla, una palabra en defensa de los judíos, después de cinco años de total dominio de los medios que forman la opinión, incluso Hitler necesitó el desdichado acto de un Herschel Grünspon para ordenar la acción que se conoce como „noche de los cristales“. E incluso después de cinco años de total dominio sobre los medios de propaganda, y después del desdichado acto que fue tomado como motivo, la noche de los cristales no contó con la aprobación de los ciudadanos. No debe creerse que los transeúntes que vieron a la mañana siguiente los negocios destrozados de sus conciudadanos judíos, que vieron arder por la noche los templos judíos, aprobaran estos delitos. La culpa de aquellos que los hayan aprobado en su interior sin ensuciarse las manos, es menor que la nuestra, la de quienes no los aprobamos.

Todavía hoy se podría reclutar en cualquier ciudad una banda de sicarios pagados o de vándalos posesos que estarían dispuestos, contando con la protección del Estado, a cometer semejantes delitos. Uno de nuestros errores consiste en creer que las fuerzas que desencadenaron la desgracia han dejado de existir, o creer que la posibilidad de influir en la opinión pública se haya vuelto menor: las posibilidades son mayores, la influencia de las máquinas formadoras de opinión ha crecido. Alguien que las dominase por completo no necesitaría cinco años para dejar librado un determinado grupo humano a la difamación general, para luego detenerlo y asesinarlo. Las palabras anuncio, publicidad, propaganda, no son tan inocentes como se presentan: la historia de la influencia sobre el espíritu humano todavía no se ha escrito: no le daría buenas notas al espíritu del ser humano. Hoy se puede elogiar un detergente, mañana una marca de cigarrillos: con los mismos medios se podría dejar abandonado mañana al desprecio un grupo de personas, preparar su asesinato. Un mínimo desplazamiento de fuerzas en algún sitio invisible para los ciudadanos, y los medios de opinión se lanzan, graban prejuicios en el cerebro humano que se convierten en masa hereditaria para muchas generaciones.

Los más jóvenes, libres de culpa porque en aquellos años aún estaban en una edad en que todavía no eran responsables, deben conservar el recuerdo de la desgracia, saber de qué es capaz el ser humano, saber que la culpa no deja de serlo porque quede invisible la instancia que fijaría su medida. Los más jóvenes no son culpables por ser alemanes, tampoco como era culpable el niño judío que fue detenido en el parque infantil de un pueblo polaco, metido en un vagón ya repleto, deportado a Auschwitz, separado allí en la rampa de su madre, y asesinado.

He visto la rampa allí, una vía de apariencia inocente, recubierta por la maleza, en medio del campo, no lejos de una granja. He visto montañas de zapatos infantiles, salas llenas de maletas que se les quitaban a los recién llegados antes de asesinarlos, maletas en las que se podían leer los nombres de todas las ciudades alemanas: Berlín y Colonia, Francfort, Weimar, Brilon, Brühl, Essen, Siegburg: los rastros conducen a cualquier ciudad alemana. He caminado por las calles de esa ciudad de la muerte, he penetrado en barracas y cuarteles en el agobiante silencio del mayor cementerio que existe en este mundo. He hablado con hombres y mujeres que fueron testigos, para quienes su número carcelario, tatuado en el antebrazo, significa hoy un símbolo de honor. Sigue siendo para mí un misterio que ellos, que fueron testigos y sobrevivieron, son los que menos hablan de venganza y de culpa. La gente de allí, en cuya patria se encuentran los mayores cementerios en los que no se puede ver ninguna lápida, no piensan en la venganza, no predicán el odio sino la reconciliación. Hay que aceptar esa reconciliación, que no borra el pensamiento de la desgracia sino que lo mantiene despierto, de manera más perdurable que lo haría la confesión de una culpa de la que los más jóvenes están libres. Nosotros, los que no sólo entonces éramos capaces de ser responsables, también apelamos a ella, nuestra culpa consiste en que nos faltaron el valor, el corazón y la locura para oponernos al destino.

Si el grado de la culpa no se puede medir a través de instancias nacionales, jurídicas o morales, tampoco se puede medir con ellas el grado de nuestra inocencia. No somos culpables ni inocentes, ni Caín ni Abel. Sabemos que se puede ser culpable no sólo haciendo algo sino dejando de hacerlo, no contradiciendo cada vez que la palabra judío se pronuncia con algún otro sentido que el honorable, cuando no contradecimos cuando se niega la desgracia del pasado. No somos dignos de la reconciliación cuando aprobamos de esta manera los crímenes del pasado. Los más jóvenes deben contradecir: a sus padres, a sus maestros, en el tranvía y en el patio de la escuela, en el taller, en la oficina. Deben contradecir en todo lugar donde se niegue la desgracia o donde –como en el balance de una empresa industrial– se le contrapongan muertos inocentes. Para los innumerables que fueron asesinados en los campos de exterminio, los muertos de la guerra, los deportados, los desaparecidos, los niños y mujeres que murieron en los caminos. Convertir los muertos en partida de esta especie de contracontabilidad nacional es una nueva forma de inhumanidad, que da por buenos los crímenes del futuro: es indigno, nace

del mismo error que el triunfo de los vencedores, que dejaron a inocentes librados a la perdición y creyeron compensar así la desgracia. El niño pomerano que murió de frío en una carretera provincial: no es decoroso ofrecer su muerte como compensación por la muerte del muchacho judío que fue arrastrado al crematorio en Birkenau. No somos los contables de la desgracia y no tendríamos que dejar que nos hicieran serlo: nuestras cuentas no cuadrarían.

En los años después de la guerra no hemos aceptado el colectivo „culpable“ de las instancias políticas: no aceptemos tampoco su colectivo „exculpado“, sería injusto para con el adolescente judío que fue arrastrado al crematorio en Birkenau, sería injusto para con el niño pomerano que murió de frío en una carretera provincial.

Después de mi visita a Auschwitz me encontré en Cracovia con una polaca que sufrió cuatro años en Auschwitz y después diez años en prisiones comunistas. En la prisión compartió la celda con su celadora de antes, Maria Mandel, una campesina bávara que en Auschwitz atormentó durante años a las prisioneras, las condujo a la muerte. La polaca me contó que antes de que ejecutaran a Maria Mandel la abrazó y la perdonó, la perdonó también en nombre de sus compañeras.

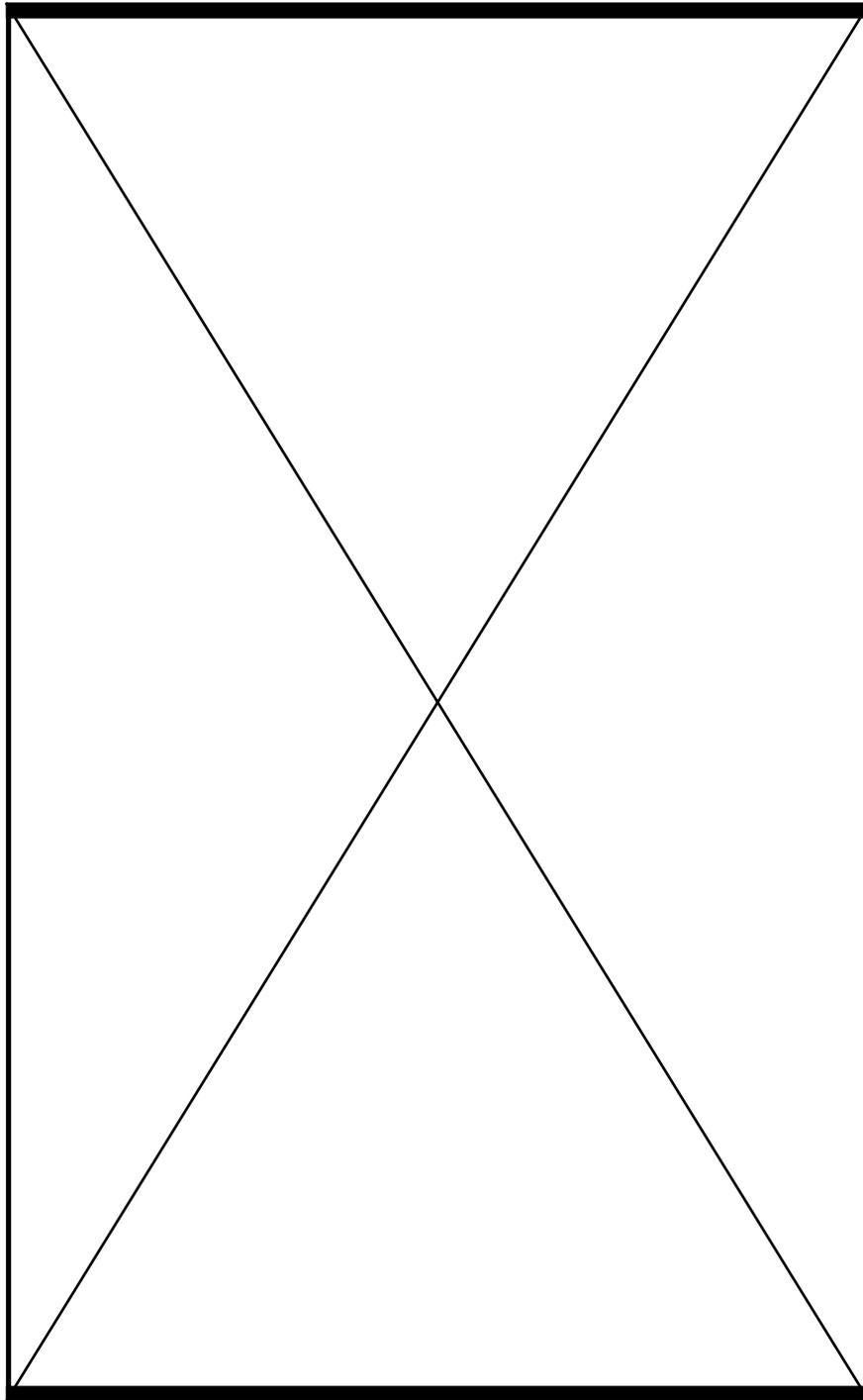
Trato de imaginarme cómo las dos mujeres rapadas se abrazaron en la puerta de la celda: una de ellas condenada a muerte a causa de sus innumerables crímenes, condenada a muerte la otra –luego fue indultada– porque sus opiniones políticas condecían tan poco con las de los vencedores como con las de los derrotados. Creo que en semejantes momentos sucede más de lo que nunca podremos comprender, más de lo que pudiera ser concebido en categorías nacionales, más de lo que el idioma puede expresar, más de lo que contabilidades históricas, alances falsificados, pueden ofrecer como consuelo. El consuelo de ese instante –las dos mujeres rapadas que se abrazan en presencia de la muerte– sólo podemos aceptarlo si no olvidamos eso que allí se perdonó: no sólo el asesinato sino lo cotidiano del infierno, los años y años de miedo, los años y años del látigo de los sicarios del verdugo, el salvar la vida de un instante al otro: perdonar lo que los testigos mudos que se quedaron en Auschwitz pregonan mejor de lo que nunca puedan hacerlo los supervivientes: montañas de zapatos infantiles, salas llenas de maletas en las que pueden leerse los nombres de todas las ciudades alemanas.

Sólo podemos aceptar ese consuelo y esa reconciliación si estamos dispuestos a enfrentarnos con la desgracia que quizás nos ofrezca el futuro. No confiemos en la paz: las máquinas forjadoras de opinión están ahí, todavía ofrecen sólo cosas inocentes, fraguan prejuicios que es verdad que se agotan en lo comercial pero ya se graban en nuestro cerebro. Se necesita una fuerza tremenda para resguardar el pensamiento y la capacidad de recordar frente al poder de estas máquinas de opinión. Podría llegar un día en que no fuera más políticamente oportuno dar a los crímenes del pasado el nombre que les corresponde: recién entonces podremos demostrar cuánto significa para nosotros la libertad. Lo que sucedió con los judíos puede repetirse con cualquier

otro grupo de personas elegido a voleo. Sabemos de lo que es capaz el ser humano, no confiemos en la paz.

Sería extraño que, después de tantos años de persecución nacionalsocialista, las semillas del troglodismo y del odio al judío hubieran desaparecido. Iniciativas positivas ya existen. Las cuestiones abiertas no se solucionan por sí solas. La generación joven tiene mucho que aprender y que hacer.

(Hendrik van Dam, 1961)



CRONOLOGÍA 1960-1970

A principios de los años sesenta Böll analiza en profundidad en sus obras el papel de la iglesia católica en Alemania, reprochándole una excesiva proximidad política al partido de la CDU de Konrad Adenauer.

1960

Discurso solemne pronunciado con ocasión del décimo aniversario de la Federación de Perseguidos por el Régimen Nazi, en Dusseldorf.

Muerte del padre en Colonia–Müngersdorf.

1961

La Editorial Deutscher Taschenbuch Verlag (dtv. = Editorial alemana del libro de bolsillo), recientemente fundada, con la participación de la editorial Kiepenheuer & Witsch, publica su primer libro de bolsillo: el “Diario Irlandés” de Böll.

Böll, invitado de honor, se aloja con su familia en la Villa Massimo en Roma.

Tras la construcción del muro de Berlín el 13 de agosto, se genera una fuerte controversia pública sobre el compromiso de los escritores como “conciencia de la nación”.

Publicación de la colección “Narraciones, teatro radiofónico, ensayos”. Realización del documental “Irlanda y sus hijos”, según guión de Böll.

El “Spiegel” dedica su titular de portada del 6 de diciembre al escritor Heinrich Böll.

Discrepancias en la acogida de su primera obra de teatro publicada, “Ein Schluck Erde” (Un trago de Tierra), en su estreno en Dusseldorf.

1962

Las dos narraciones “Als del Krieg ausbrach” (Cuando estalló la guerra”) y “Als der Krieg zu Ende war” (Cuando acabó la guerra) aparecen en edición especial.

1963

Publicación de la novela “Opiniones de un Payaso”

1964

Se publica “Alejamiento de la tropa”, narración ejemplar de la impetuosidad literaria de Böll. En ella, introduce numerosas vivencias autobiográficas.

1965

Publicación de la extensa narración “Acto de servicio” por la editorial Kiepenheuer & Witsch.

Con ocasión de la inauguración del teatro de la ciudad de Wupertal, Böll pronuncia su famoso discurso literario “La libertad del arte” –sobre la relación del artista y el arte de cara de a la sociedad y el Estado.

1966

Se publica la colección “Ensayos, críticas y discursos”.

Böll enferma gravemente de hepatitis y diabetes, teniendo que guardar cama durante meses.

1967

En el mes de mayo, marcha radial de 70,000 manifestantes a Bonn para evitar la aprobación parlamentaria de la ley de Estado de Excepción. Böll les habla en el Hofgarten.

La asociación de escritores checoslovaca invita a Heinrich Böll, Louis Aragón y Jean–Paul Sartre a visitar la República Checoslovaca. Böll acepta la invitación en el mes de agosto se convierte en testigo de la invasión de la República Checoslovaca por los otros estados miembros del bloque este. La ocupación significa el final de la “Primavera de Praga”, de un intento de democratización por parte de Alexander Dubcek. El “Spiegel” publica un reportaje de Böll sobre los acontecimientos: “El tanque apuntaba a Kafka”.

Debido a los acontecimientos en Checoslovaquia se crea un círculo ecuménico en Colonia (Dorothee Sölle, Fulbert Steffensky, Vilma Sturm, Heinrich Böll, entre otros), que mediante oraciones políticas nocturnas quiere llamar la atención sobre la opresión en el mundo. Laudatoria al premio literario de Colonia Jürgen Becker en el Gürzenich de Colonia durante la entrega del premio.

Compra de una antigua casa de campo en Langenbroich, pequeño pueblo del Eifel próximo a Duren.

1968

Böll pronuncia en el Gürzenich de Colonia su célebre discurso titulado “Fin de la modestia”, durante la junta constitutiva de la Asociación de Escritores Alemanes (Verband deutscher Schriftsteller = VS).

Böll se niega a pagar los impuestos eclesiásticos hasta que el tribunal constitucional federal no decida si la recaudación estatal del impuesto ecle-

siástico es compatible o no con la Constitución. El “caso” Defregger desata una viva polémica en el diario “Kölnische Rundschau, párroco de la Iglesia St. Christopherus de Colonia-Niehl. Matthias Defregger era en aquel momento obispo auxiliar de Munich. Salió a la luz pública que en junio de 1944, siendo oficial, ordenó la ejecución de rehenes en un pueblo de Abrucia. A los ojos de Böll y de muchos otros era un criminal de guerra, mientras que, por otra parte, el cardenal Döpfner hablaba de una “decisión” que un hombre acosado por escrúpulos de conciencia se ve apremiado a tomar.

Cambio de residencia de la familia a las proximidades de la Ebertplatz en Colonia: Hülchrather Strasse, No. 7.

Con el inicio de la coalición social-liberal entre el SPD y el F.D.P- (1969) Böll espera una política con más base moral, sobre todo en lo que concierne a la nueva Ostpolitik. Por esta razón se compromete con el SPD durante la campaña electoral de 1972.

La situación de la política interior en la República Federal se vuelve cada vez más tensa debido al nacimiento del terrorismo y las reacciones del estado: Böll y otros intelectuales se convierten para gran parte de la oposición, (CDU/CSU), y servicios de prensa afines, en los “presuntos padres del terrorismo”. Se recrudecen las “denominadas” medidas de seguridad en la República Federal de Alemania.

ANÉCDOTA ACERCA DEL DESCENSO DE LA MORAL DE TRABAJO (1963)

En un puerto de la costa occidental de Europa descansa, dormitando en su barca de pesca, un hombre pobremente vestido. Un turista bien vestido coloca una nueva película de color en su nuevo aparato fotográfico para retratar la idílica escena: cielo azul, verde mar con blancas y pacíficas crestas de olas, barca negra y gorra roja de pescador. *Clic*. Otra vez *clic* y, como no hay dos sin tres un nuevo *clic*. Este ruido frágil, casi hostil, despierta al pescador adormecido, que se levanta amodorrado y busca, perezosamente, su paquete de cigarrillos.

Pero, antes de que haya encontrado lo que busca, el diligente turista ya le ha puesto una cajetilla bajo la nariz, y si es verdad que todavía no le ha embutido el cigarrillo en la boca, sí se lo ha depositado en la mano, y un cuarto *clic*, el del encendedor pone punto final a tan apresurada cortesía. A través de este desmesurado y nunca demostrable exceso de vivas atenciones, se ha creado una extraña confusión, que el turista, conocedor de la lengua del país, intenta salvar por medio de la conversación.

–Hoy pescarán mucho.

Su interlocutor sacude la cabeza negativamente.

–Pero me han dicho que el tiempo es bueno.

El pescador, esta vez, asiente con la cabeza.

–¿No saldrá a la mar, pues?

El pescador sacude de nuevo la cabeza y aumenta el nerviosismo del turista. Con seguridad le preocupa el bienestar de aquel hombre tan pobremente vestido, al mismo tiempo que le roe el remordimiento por la oportunidad perdida.

–¡Oh! ¿Acaso no se encuentra bien?

El pescador pasa, por fin, del lenguaje de los signos a la palabra verdaderamente hablada.

–Me siento fantásticamente bien –contesta–; nunca me he encontrado mejor.

Se levanta, se despereza como si quisiera demostrar su atlética constitución.

–Me siento magníficamente.

La expresión del semblante del turista se hace cada vez más sombría y no puede reprimir la pregunta que, por decirlo así, está a punto de hacerle estallar el corazón:

–Pero ¿por qué no se hace entonces a la mar?

La contestación llega pronta y clara:

–Porque ya he salido esta mañana.

–¿Pescó mucho?

–Tanto que ni siquiera tengo que volver a salir; cuatro langostas han ido a parar a mis cestas, y casi dos docenas de caballas...

Por fin despierto, el pescador se levanta y da unas palmadas en el hombro del turista para tranquilizarle. La preocupada expresión de su rostro le parece producida por una congoja injustificada, pero que le atormenta.

–Incluso tengo lo suficiente para mañana y para pasado mañana –dice, para aligerar el alma del extraño–. ¿Fuma uno de los míos?

–Sí, gracias.

Se meten los cigarrillos en la boca, se produce un quinto *clic*, y el extranjero, moviendo la cabeza, se sienta en la orilla, junto al bote. Deja a un lado la cámara, pues necesita ahora las dos manos para poder subrayar su conversación.

–No es que yo quiera meterme en sus asuntos –le dice–, pero imagine que hubiera salido hoy en seguida, una segunda, una tercera, acaso, incluso, una cuarta vez, con lo que hubiera pescado tres, cuatro, cinco, tal vez diez docenas de caballas. ¿Imagina lo que le estoy diciendo?

El pescador asiente.

–Si usted –prosigue el turista–, no sólo hoy, sino mañana, pasado mañana; bueno cualquier día favorable, se hiciera a la mar dos, tres, cuatro veces, ¿sabe usted lo que ocurriría?

El pescador le interroga con el gesto.

–En un plazo máximo de un año podría comprarse un motor, en dos años otro bote, en tres o cuatro años quizá podría tener una gran barcaza. Con dos botes o con la barcaza pescaría usted, naturalmente, mucho más, y algún día tendría dos barcazas, y entonces... –la emoción le priva de la voz durante unos instantes– podría construir una pequeña instalación frigorífica, quizás una planta de ahumados, y, más tarde, una fábrica de conservas de pescado, mientras usted volaría en un helicóptero para descubrir los bancos de peces y daría órdenes a sus barcazas por radio.

Podría conseguir derechos de pesca sobre el salmón, abrir un restaurante mariner, exportar las langostas a París directamente, sin intermediarios, y entonces... –la emoción deja de nuevo sin palabras al extranjero.

Impresionado en lo más profundo de su corazón, sacudiendo la cabeza, temeroso de perder la ilusión, mira hacia la pacífica marea que se acerca una y otra vez, donde alegremente se desplazan los peces aún no capturados.

–Y entonces... –repite, pero de nuevo el entusiasmo le deja sin palabras.

El pescador le da unas palmadas en el hombro como si fuera un niño que se hubiera atragantado.

–Y entonces. ¿qué?

–Entonces –responde con emoción contenida el extranjero–, entonces podría sentarse tranquilamente aquí, en el puerto, dormitar al sol y contemplar este mar esplendoroso.

–¡Pero si eso es lo que ya hago ahora! –exclama el pescador–; estoy sentado tranquilamente en el puerto, dormito y lo único que me estorba es el *clic* de su cámara...

El supuestamente instruido turista se aleja pensativo, pues siempre había creído que trabajaba para que llegara un día en que no tuviera que trabajar más, y no queda en él huella alguna de compasión hacia el pescador pobremente vestido, sino, más bien, un poco de envidia.

SALIR VOLANDO NO LO HAN HECHO (1964)

¿Me preguntan por los más importantes acontecimientos, cultural y social, del año? ¿Por qué deben ir separados estos dos acontecimientos? ¿No son la cultura y la sociedad inseparables, hasta indisolubles, así como el arte y la sociedad están separados por toda la eternidad?

Para mí, el más importante acontecimiento anual, tanto cultural como social, fue la visita que le hago todos y cada uno de los años a mi amigo el búho nival en el zoo de la ciudad.

Lo que me arrastra a la que llamaremos su corte –pues no recibe siempre, y mucho menos a cualquiera-, lo que me arrastra hacia él, es que es tan hermoso, tan puro, tan silvestre y sabio. También es audaz, aun cuando por el momento no puede hacer mucho uso de su audacia: lo que le han calculado que es su mínimo existencial se lo traen hasta la reja.

¿Acerca de qué he conversado con él?

Y bueno ¿acerca de qué conversan escritores y búhos navales? Naturalmente acerca del tema jamás agotado de la forma y el contenido. Este año, nuestro tema de conversación fue Forma y Contenido de la Libertad.

Le pregunté al búho nival, si al igual que a los pelícanos y los cóndores también le habían ofrecido a él un recinto al aire libre. Me dijo que sí, que lo habían hecho, pero que lo rechazó, que prefería la jaula.

Callé desconcertado; me sentí, como tantas otras veces cuando converso con este amigo puro, hermoso, sabio, silvestre..., me sentí muy tonto.

¿Es que no has visto, me preguntó, lo que sucede con los pelícanos y los cóndores?

Claro que sí, le dije, he visto cómo abrían y batían sus magníficas alas, mostrando su esplendor mayestático.

¿Y has visto, me preguntó mi amigo, el búho nival, acaso has visto que echaran a volar?

No, dije, salir volando no lo han hecho.

¿Y por qué no, mi necio amigo?, dijo el búho nival: porque pueden batir y mover sus alas, desplegar todo su esplendor, pero no pueden echarse a volar, les han recortado las alas remeras. Es por eso que prefiero quedarme en la jaula. El recinto al aire significa nada de rejas, pero alas cortadas. La jaula significa rejas, pero alas sin cortar. Salir volando pueden hacerlo ellos tanto como yo.

LA LIBERTAD DEL ARTE (1966)

Un escenario vacío en donde aún no se ha presentado nada, ni ha sucedido nada, es un pretexto idóneo para expresar algunas ideas respecto a lo que con ese edificio ha sido creado y se creará en él: me refiero al arte. Pronuncio una vez esta gran palabra un tanto vacía, y quizá la pronuncie una vez más, y cuando hable de él sirviéndome del pronombre personal, cuando diga “El”, ustedes sabrán a que me refiero. Lo que El necesita, lo único que necesita, es material... no necesita libertad, pues es libertad. Alguien puede llegar a quitarle la libertad de exteriorizarse, pero nadie le puede dar la libertad; nadie, ningún Estado, ninguna ciudad, ninguna sociedad puede presumir de darle o de haberle dado a ese algo que El es por naturaleza: la libertad. Para él, la libertad que se le concede no existe, sólo existe libertad que EL tiene o se toma. Cuando sobrepasa algún límite –y en este caso no importa en absoluto quién lo impone–, cuando se excede, El mismo se da cuenta: disparan contra El. De todos modos, nadie puede decir de antemano hasta dónde puede o debe ir, El debe ir demasiado lejos para descubrir los límites, para ver hasta dónde llega la libertad que se le ha concedido. Por tanto, también yo tendré que excederme, casi contra mi voluntad, impulsado por El, a quien ustedes han edificado este hermoso templo.

El no sólo trae, no sólo ofrece; El es la única forma visible en que la libertad se manifiesta en esta tierra. Desde luego, no se saca la libertad del bolsillo como si fuese una moneda que se puede cambiar, que se puede dividir en libertades que a su vez hacen la libertad apta para el consumo. Pero lleva un peso: sólo tiene, es, trae y ofrece libertad cuando el material que El ordena y forma (lo que equivale a desordenarlo y deformarlo primero) es reconocido; sí ordenar y formar, desordenar y deformar... no clasificar ni entregar.

Es esto, precisamente, lo que la sociedad hace con El: clasificarlo, integrarlo en el orden de marcha de la economía libre de mercado, dividir la libertad en libertades. En lugar de sociedad podría decir Estado, si lo tuviéramos;

pero de momento no veo un Estado por ninguna parte. Como persona que tiene que ver con El, es decir, que tiene cierta inclinación al material, al orden y al desorden, contemplo esta inexistencia del Estado con una especie de excitada curiosidad. Este proceso de una total deformación del Estado, que se extiende hasta el más mínimo detalle, es desde luego un proceso excitante. Alguien que tiene que ver con El no necesita el Estado, pero sabe que casi todos los demás lo necesitan; en consecuencia, este devenir cada vez más deleznable, cada vez más deforme lo llena a uno de terror, porque teme que alguien vendrá, que se espera a alguien: alguien que establecerá el orden, un Mesías político que se cuidará mucho de dejarle a El todas las libertades.

Este Mesías también sabe que la inmensa, casi enfermiza atención que se le presta a El, tiene su origen en un desorientado anhelo de orden, orden que un Estado inexistente, en disolución, ya no puede ofrecer y que por tanto se busca en El. Allí donde podría o debería estar el Estado sólo veo pudriéndose algunos restos de poder, y estos aparentemente valiosos residuos de la putrefacción son defendidos con la furia de las ratas. Dejemos, pues, de hablar del Estado hasta que un día vuelva a aparecer. Hablemos de lo que ha ocupado su lugar, de esa masa incomprensible y desconcertada a la que todos pertenecemos, la sociedad.

Por lo demás, Samuel Beckett ha expresado todos los estadios de la disolución, de la descomposición y de la putrefacción de una manera que yo, sin duda, no podría superar. *Fin de partida* y *Días felices* serían por tanto las piezas teatrales de la actualidad. A esta ciudad llamada Wupertal también le sentaría bien una pieza titulada *El Wupper*, llena de oscuridad, de humor negro, de fatalidad, de decadencia; una obra llena de poesía, de suciedad y también de esperanza. Lo que la vida pública nos ofrece a la vista es la Nada perfecta y aseada, capaz, en su nulidad, de producir un efecto a la vez aseado y podrido, de oler a putrefacción incluso a través de la pantalla televisiva. Y cuando algo que ya no existe se fortalece por el mero hecho de no existir, es decir, tiene una existencia reforzada por su nulidad, es, a mi juicio, un juego, un proceso, un *happenig* que decididamente va demasiado lejos, y ya hace demasiado tiempo y hay disparos.

Ilimitada es la paciencia de la sociedad alemana que, por lo visto, sigue ejercitándose para vivir en esa etapa que ha sido denominada “cinco minutos después de las doce”, denominación que aún es válida. El, de quien estamos ahora hablando, no puede sustituir la libertad y el orden estatal; no puede, ni aún eligiendo como material la descomposición, detener la putrefacción. Es ésta la crisis de la literatura del cabaret, de la pintura, de la escultura.

El ya mencionado interés patológico de la sociedad por El, tiene tal vez su origen en el deseo de encontrarse a sí mismo; y de hecho se encuentra a sí misma, pues encuentra la incomprensibilidad y el desconcierto. Nosotros, que estamos aquí reunidos, deberíamos tener una clara idea de lo siguiente: Quien tiene que ver con el arte, y lo nombro una vez más, no necesita el Estado; yo no lo necesito, pero ustedes sí lo necesitan, y El no puede desempeñar para

ustedes el papel de Estado. El es libre, El ordena el material y, por último, El es una tercera cosa: inconsolable.

Aún siendo conveniente, sería ir demasiado lejos el analizar todos los errores, todos los malentendidos, todas las desgracias producidas a causa de la confusión entre las palabras “inconsolable” y “desconsolador”. El nunca es desconsolador, pero siempre sin consuelo. Es uno de los innumerables sinónimos de la poesía; libre, ordenada, sin consuelo, una trinidad enigmática e indestructible.

No es posible eliminar una y otra, como hacen el Estado, las Iglesias, la sociedad cuando quieren clasificar: orden libre, falta ordenada de consuelo, libertad sin consuelo. Y lo más terrible: tras la falta de consuelo de la poesía se oculta cierto consuelo. Siempre, y siempre en vano, El introduce su tridente en el infinito océano de la transitoriedad, para arrancarle un fragmento capaz de durar. Y ya que estamos aquí reunidos, nosotros, apátridas con ganas de divertirse, debería añadir algo más, para evitar nuevos malentendidos: el hecho de que El sea duradero no es lo importante para aquel que lo hace. Lo esencial es que en esta tierra algo puede durar, pues El pertenece a ella en cuerpo y alma; ya sea el amor, sí, el amor, el dolor, la oscuridad, la luz, casas que a los Estados e Iglesias les resultan del todo interesantes. Y vuelvo a decir, para corroborarlo: Quien tiene que ver con El no necesita El Estado, necesita cierta administración provinciana que, en última instancia, financia con el pago de los impuestos: algún farolero que le alumbré el camino cuando regresa borracho a casa, algún basurero que lo libere de basuras. Tras su permanente pasión, su permanente error, su inutilidad, su permanente cólera y su permanente placer (pues es bello ser libre, ordenado e inconsolable), se oculta la esperanza de librarse de la maldición consistente en el deber de ordenar tal vez la esperanza de ser como los otros, los otros que el jamás comprenderá, que le son y le seguirán siendo ajenos, porque ellos no saben lo que El sabe en cada instante: que nada dura cuando la muerte llega. Tras todo esto se oculta el deseo de ser como la sociedad. Es este sentirse extraño, precisamente, el que lo hace parecer modesto a quienes se dejan engañar; se trata de una peligrosa ilusión a la que la sociedad se entrega gustosa porque suele hacer estereotipos y pequeñas imágenes de todo aquello que considera opuesto a la modestia.

Para quien tiene que ver con El no existe, en absoluto, la modestia (quizá cierta humildad ante lo infinito del océano); lo que sin duda puede producir ese efecto de modestia es el desprecio, la indiferencia, la extrañeza. En el fondo, tampoco existe la vanidad, esa poco perceptible y embarazosa manifestación de una modestia que acepta a la sociedad con sus imagencitas y estereotipos. La vanidad forma parte de las libertades, del dinero suelto de los estereotipos que uno usa a veces para hacerlo sonar un poco –así como uno hace sonar las libertades–. Son todas ilusiones a las que la sociedad se entrega, una sociedad que desde luego querría hacerlo descender para hacer de El lo que ella es: sin libertad, sin orden, consolada por libertades que se

hacen sonar. Quizá dé buenos resultados por algunos momentos, quizá sea un jueguito interesante.

Un ejemplo: la literatura, siempre sometida a fuego contrario, ha tenido desde siempre grandes dificultades para romper con los tabúes; pero no lo ha hecho porque “entiende algo de amor”, sino porque lo busca, porque lo busca continuamente y en vano. Busca ese amor del que ni el Estado ni la Iglesia nunca han entendido nada. El Estado y la Iglesia sólo pueden tolerar dos posibilidades: el matrimonio y la prostitución. Fuera de estos dos cotos, el amor les es sospechoso (con justa razón, por lo demás, pues en el amor hay algo de El, de quien estamos hablando aquí: el amor es libre, ordenado e inconsolable, es por tanto, poesía. Y la poesía es dinamita para todos los órdenes del mundo). En busca de esta imposibilidad, la literatura ha conquistado algo que la sociedad con su miserable dinero suelto y sonante de las libertades, ha clasificado inmediatamente y denominado “ruptura de los tabúes sexuales”.

Pero en el instante en que la sociedad parece haber comprendido lo que jamás comprendió, en que la trinidad sólo escoge la libertad, con mucho consuelo y sin ningún orden, en este instante lo que una vez fue grandioso, lo que se inició bajo fuego contrario y bajo grandes dificultades, se convierte, en la segunda, en la tercera y la enésima mano, en una lascivia viscosa, hasta transformarse, por un proceso de forzosa inversión (pues la sociedad sólo actúa forzada), en una nueva forma de la hipocresía. Prometeo –que quiere decir: el previsor– no robó el fuego del cielo para que los salchicheros hagan su negocio. Lo robó para que la tierra se encienda; era un astuto hijo de titanes. Si la ruptura de los tabúes se ha convertido en manos de las salchicherías en algo bien, en algo de moda, en algo que la burguesía aprecia cada vez más y explota cada vez mejor, entonces la literatura debe retornar. No, no debe devolver el fuego al cielo, no debe dejar limpia la pantalla del cine, ni permitir que Estado e Iglesia se ocupen de ello, pero ella misma debe buscar y encontrar un camino, astuta como todos los previsores, debe rescatar –pasando quizá por la castidad– lo que hay de libre, ordenado, inconsolable; lo que hay de poético en el amor ante la amenaza de las libertades sonantes.

Una crítica que no comprende esto ni reconoce las astucias es tonta, cobarde y vanidosa, tres sinónimos. Por supuesto, quienes le infundieron ánimo cuando cruzó la frontera dispararán contra la literatura en su retirada; en el camino de regreso, los guardias fronterizos instalados allí por la sociedad le darán golpecitos en la espalda, esperando que ahora, una vez alcanzada la meta, se quedará tranquila. Jamás se alcanzará la meta. La literatura jamás se quedará tranquila, pues ella jamás reconocerá las libertades en función o hasta funcionalizadas; y con las libertades religiosas sucede lo mismo que con las llamadas libertades sexuales. El, que siempre tiene que cruzar fronteras, no conoce la tranquilidad ni se mantiene tranquilo. En este sentido, sólo puedo desear a la ciudad de Wuppertal que en este escenario se vaya demasiado lejos.

LECCIONES DE FRANCFORT PRIMERA LECCIÓN (1964)

En esta lección intentaré abordar una estética de lo humano en algunos libros, temas y tesis concretos –la habitación, la vecindad y la patria, el dinero y el amor, la religión y las comidas– y creo podré elaborar así, partiendo de uno o dos libros, una base de discusión que podremos revisar y ampliar en el seminario posterior. Hoy quiero solamente sentar unas premisas, algo general relativo a la situación de la literatura y a la mía personal, cosas que daré por sabidas cuando discutamos este asunto. Sobre lo personal valga lo siguiente: aunque escribo como individuo, provisto de una resma de papel, una caja de lápices afilados y una máquina de escribir, nunca me he sentido individualizado, sino ligado a algo, al tiempo y a lo contemporáneo, a lo vivido y experimentado, a lo visto y oído por una generación, aspectos autobiográficos que difícilmente son susceptibles de traducirse en palabras; ligado a una generación inquieta y apátrida que de repente se encuentra en edad senil y todavía no ha llegado, digámoslo así a la madurez, ¿Qué se puede hacer con estos abuelos? ¿Internarlos en una clínica psiquiátrica o mandarlos al crematorio? Uno ve el asesinato en los ojos del otro: mejor que hubieras muerto, o que te hubiesen matado. Hay demasiados asesinatos sueltos por estos países, muchos a quienes nadie puede imputarles un asesinato. La culpa, el arrepentimiento, la penitencia, el discernimiento no se han convertido en categorías sociales, y mucho menos políticas. Sobre este trasfondo se ha formado algo que ahora, a la distancia de veinte años, puede llamarse literatura de la posguerra. Ligado, en fin, al tiempo y a lo contemporáneo, pero sin aliados. Por supuesto, están los amigos, los lectores, pero eso no reemplaza la alianza. Para el que publica, es sólo un aliado alguien tan público como él mismo. Es una posición de vulnerabilidad, en la que se han encontrado todos los que han hablado antes que yo y los que lo harán después. Digo esto para aclarar, aunque sea de forma sumaria, la posición de cada autor. Una posición no solamente vulnerable, sino también hiriente; pero por una flecha que da en el blanco, por una piedra que roza la frente de Goliat,

le devuelven cien perdigonazos, y ya se sabe que los perdigones no marran el tiro, así se ve que ninguno de ellos tiene aliados. Como ustedes pueden ver y yo no puedo evitar, hablo de forma personal, pero no subjetiva, lo cual quiere decir que aunque ligado, no estoy subordinado. Tal vez es muy complicado lo que digo, pero no puede expresarse de otra forma. Hablo como persona ligada a algo, en esa limitación no hay modestia, sino arrogancia, pues yo no creo en lo desligado. Naturalmente existen pandillas, grupos, equipos, círculos, tertulias, pero ¿es tan difícil imaginarse que uno puede ser aliado sin representar (ni esperar) intereses?

En algunos idiomas, interés quiere decir rédito: por ahí va la cosa. Cuando la literatura se mete en sociedad, involucrándose en ella a veces sin quererlo, se convierte en objeto de intereses, aún tratándose de intereses heridos real o aparentemente. En los Títulos de mis lecciones he evitado la palabra “sociedad”. Se ha convertido en término usual –lo cual no quiere decir que sea familiar–, está de moda, está sobado antes de haberlo entendido. Por el contrario, los conceptos “social”, “humano” se evitan en nuestra sociedad, se reprimen, se ridiculizan: son términos socialmente ineptos cuando aparecen sin etiqueta, sin el amparo científico que tienen palabras como sociología y humanismo, sin el apoyo político que se prodiga a una palabra como “socialismo”. Si se buscara y encontrara una relación humana entre lo religioso y lo social fuera de la beneficencia autorizada y organizada, no me extrañaría que las Iglesias se aliaran como una sociedad atea para eliminar a una persona o grupo que, de pura confianza en Dios, no se atuviese a la sociedad, sino a lo humano. Tal vez exagero, pero la limitación de mi fantasía sitúa mi exageración en el campo de lo posible. Intentos de ese tipo ha habido muchos; algunos han sobrevivido porque obtuvieron la autorización, porque cumplían el requisito de estar organizados. Es cosa típica que en nuestro país, el clásico país de los clubs, no se funden clubs, sino casi exclusivamente sociedades, obligadas por motivos jurídicos a llevar la vergonzosa apostilla de “sociedad registrada” y a desarrollar un ritual superfluo. Esa propensión a la creación de sociedades se esconde también tras los numerosos congresos, encuentros, discusiones, a nivel público y privado, en los que se contrata a un orador que le dé brillantez a los actos. No es mi intención ridiculizar esa propensión; respeto las expectativas que se manifiestan en tales reuniones. Lo sorprendente es que esas sociedades –ya se trate de aprendices que han acabado o de participantes en un cursillo para oficiales de juzgado de primera instancia–, no se orienten a la adulación, al consuelo, al apoyo mutuos: más bien prefieren lo atrevido, lo audaz, algo fuerte, crítica social, crítica de la Época; casi me atrevería a decir, ya se trate de industriales aplomados o de clérigos, que esperan que se repartan palos, y desde que me he dado cuenta de eso, no estoy dispuesto a meterme ahí a dar palos, aunque solamente sean simbólicos.

Los actos organizados por esas sociedades tienen además la particularidad de que lo propiamente social se da fuera de programa, mientras se come

o se bebe una copa por la tarde ahí es donde se llega a extremos de confianza sorprendentes, se hacen confesiones como si fuera algo normal, y cuando se logra que la comunicación verbal se despoje de la vanidad protocolaria, se suelta algún que otro “no quise decir eso”. Ahí se hace sociedad, se muestra que una es la lengua oficial y otra la hablada en la familiaridad del club, que cada dos frases hay que intercalar el consabido “¿cómo dice usted?”, y uno se pierde en una selva de definiciones archirrebuscadas, y se manifiesta la oscuridad en que ha penetrado nuestra lengua alemana en el transcurso de la historia. Ahí se nota la vulnerabilidad educativa en toda su dimensión. Repito que no es mi intención ridiculizar esa propensión a formar sociedades, y mucho menos difamarla. El léxico común llega apenas para una hora, y ni siquiera abarca lo cotidiano, por ejemplo para una conversación sobre la escuela; a lo largo de una hora se cotorrea hasta la saciedad.

Tampoco hay un ritual de cortesía que tenga vigencia después de una hora. Lengua, idioma, tenemos bastante, pero ¿cuándo pasa esa lengua a ser humana, social, solidaria, manteniendo al mismo tiempo una discreta estética? Un autor que es capaz de publicar tres páginas válidas, tiene que dar por sentada al menos una modesta sensibilidad estética, tómenos la más modesta de todas: la capacidad de referirse a una novela o a un artículo de prensa barato con criterios distintos.

Parto del principio de que la lengua, el amor, la unión hacen hombres a los hombres, que esos elementos establecen la relación del hombre consigo mismo, con los otros, con Dios: monólogo, diálogo, oración. No es mi tarea investigar cómo podría representarse una estética de lo humano en la lengua hablada –en el léxico del político, del vendedor, del maestro, del matrimonio, del profesor, del jefe y de sus correspondientes interlocutores. Se trata por lo general de un vocabulario del poder y de la confirmación, el vocabulario del tener razón, que no se forma en el interlocutor, sino previamente en su representación de él, o que ha sido adquirido por aprendizaje. A más poder, menos elocuente es el léxico, más rico en palabras y pobre en contenido; yo me niego a calificarlo de lenguaje de frases, ya que la frase lleva siempre una belleza estilizada, ejemplar, a veces amanerada, un instrumento de cortesía verbal; la frase presupone convenciones, es casi como una figura de baile: nuestro idioma no ha aprendido aún esa cortesía, tan apta para expresar aprecio y desprecio. Un buen tema para la investigación filosófica y sociológica. Puede ser que las traducciones introduzcan en nuestra lengua ciertas maneras, o incluso un cierto manierismo. Es de provincianos ver en la avalancha actual de traducciones un peligro para la lengua alemana: toda traducción, incluso la de una novela policíaca, es un enriquecimiento de la propia lengua, despabila campos semánticos que estaban dormidos, o que ni siquiera existían. Traduciendo un cuento sobre un zapatero remendón de Nueva York, mi mujer me hizo observar cómo se nos han escapado palabras que hace sólo treinta años eran usuales, cuando siendo niños llevábamos los zapatos al zapatero.

Con el acelerado crecimiento de la mecanización están desapareciendo gremios enteros y con ellos el vocabulario correspondiente, los nombres de sus herramientas, sus ropas de trabajo, sus canciones. Comparar y coleccionar. Trabajo abundante para germanistas. La política se hace con palabras: miren ustedes las palabras, coleccionenlas. Se hace demasiado análisis de contenidos, de esos trataré más tarde. El contenido de la prosa es su condición previa, algo dado por añadidura; y a caballo regalado, no se le mira el diente. Coleccionar palabras, estudiar y analizar la sintaxis, marcar ritmos; así podría saberse qué ritmo, qué sintaxis, qué léxico tienen lo humano y lo social en nuestro país. Una palabra como Sozialpkt podría ser tema de una disertación filológica. No tenemos tantas palabras como para andar regalándolas y perdiéndolas. Un estado que tuviese, lo voy a decir así, cultura, se apresuraría a salvar lo salvable. Irlanda, país poco acaudalado, tiene desde hace decenios comisiones gubernamentales para ese fin, que ejecutan un trabajo comparable al de los hermanos Grimm. Pero claro, Irlanda es un país de poetas, su primer presidente fue un lingüista, Douglas Hyde, que además era protestante en un país de católicos.

La aversión de los alemanes a lo provinciano, a lo cotidiano (ahí está lo humano y lo social), es precisamente una muestra de provincianismo. Las provincias se convierten en sedes de la literatura universal cuando dan lugar a una lengua, cuando les crece una lengua: cito solamente a Dublín y Praga. Nosotros perdemos demasiadas palabras, las tiramos, eso es para nosotros el gran mundo, el gran mundo es la gran sociedad, y a la gran sociedad le falta grandeza, los políticos están mudos, o no expresan nada. Se está produciendo una liquidación total: la lingüística, apoyada y financiada por el estado. Podría vender barato su artículo, podría coleccionar, ordenar palabras, ideas acaso trasnochadas o superfluas, no sé lo que está pasando aquí, o lo que ha pasado. El vocabulario del gran mundo es tan vano como el de la política: ordenados en un rango estético de la lengua hablada, un zapatero y una vendedora de la plaza serían los reyes, en comparación con la palabrería vana del gran mundo. Se ha dicho de mí, con cierta condescendencia, que soy un autor de la gente humilde: por embarazoso que parezca, esa limitación la siento como una adulación. ¿Será que hasta ahora solamente he encontrado la grandeza en la gente humilde?

No es coincidencia que no haya un libro infantil, un libro juvenil, una novela policíaca en este país, cuya criminalidad no es en modo alguno menor que en los países de cuyas lenguas traducimos las novelas policíacas. A este país le falta la confianza en una lengua, en un terreno concreto, no hay confianza en la sociedad, ni en el mundo, ni en el entorno. Para mí no es coincidencia, ni motivo de queja, sino más bien una buena señal, el que los escritores rara vez se presten a servir de adorno a una sociedad a la que no pertenecen. En una sociedad que determina el rango en función del consumo, o que es forzada a ello, en una sociedad que no tiene estilo alguno, que ni siquiera es manierista, el escritor no tiene lugar. El hecho de que uno publique, no quiere decir que sea un personaje público.

Espero no tener que definir aquí el concepto de personaje público. Los alemanes, sin distinción social alguna, encuentran la sociedad, no la confianza, cuando lo que esperaban es la pertinencia, por eso no es casualidad, hablaré de ello más tarde, que busquen en otro sitio lo humano y lo social, que admiren la vida de otros países.

A la literatura contemporánea le incumbe una responsabilidad que no es capaz de asumir. Política vana, sociedad vana, un cierto desvalimiento de las iglesias, que buscan la realidad social e insisten, cada vez con más reservas, en el compromiso de su moral, que buscan una coartada científica, que se manifiestan sin expresar nada, que a veces emplean vocablos de denuncia, como la sociedad, la política, todo ello, como he dicho, confiere a la literatura una responsabilidad que la carga de problemas eróticos, sexuales, religiosos y sociales cuyo tratamiento no puede acometer. Allí donde la política fracasa o sufre una derrota –me acuerdo del intento histérico de presionar a los escritores para que mostraran su oposición al muro de Berlín–, se le pide la palabra, la palabra comprometida, precisamente a los autores. Se espera de ellos que adopten una postura, formulada de la manera más simple, que los políticos puedan utilizar para denunciarse mutuamente. No es coincidencia, no es solamente maldad o cinismo, el intento de hacer que los autores se pronuncien sobre temas políticos, sociales o religiosos. Es un honor, un alto honor al mismo tiempo una frescura, exigir una palabra directa y comprometida en esta jungla de definiciones. No se pregunta a la ciencia, ni a los políticos, ni a las iglesias –los escritores deben manifestar lo que al parecer los otros no quieren manifestar: que lo perdido perdido está, quizá solamente para exigir una recompensa por encontrarlo de nuevo. Deberían llamar las cosas por su nombre. Los políticos escurren el bulto, los eclesiásticos se muestran prudentes en público –lo imprudente, la palabra verdadera, se espera de los escritores, pero cuando la pronuncian, la máquina de la demagogía se dispara como una sirena de alarma. Peligro a la vista: se ha pronunciado una palabra que se eleva por encima de la vanidad trillada de la habitual declaración pública.

La confirmación más o menos consciente de esta situación me sirve para explicarme la proclamación de esa literatura que expresa lo vano con la belleza ejemplar, que despoja a los hombres de la humanidad, de lo ligado, de lo social, que los coloca vanamente en un ambiente vano, que mantiene el idioma en su propio cuerpo, que no permite que nada suene, que nada salga al exterior, solamente al ritmo de la propia vibración. Pero ni siquiera los grandes heraldos de la soledad del poeta –George, Benn Jünger– han podido liberarse de la sociedad y del público, y no es ironía, sino tragedia, el que a Musil le haya pasado lo mismo. La palabra escrita, impresa, es desde el momento que se escribe, en que se imprime, un hecho social –lo que quiera o no un público, una sociedad, una crisis del mundo. El cultivo solemne del arte, al estilo de los grandes heraldos de la soledad, sigue siendo embarazoso, aunque sólo sea de refilón. Cuando, estilizada de esa manera,

la artesanía alcanza su consagración, triunfan las artes decorativas, surge algo fatalmente diletante, y cuando la sociedad es rechazada con vocablos elitistas, ésta es más penetrante que nunca: crea intimidación, algo privado, en corro, también en el mecenazgo que se forma en torno a esos círculos.

El círculo y el redondel tienen en común lo cerrado. El objeto de culto penetra en las zonas que menos toleran el culto. Así de excelentes son las artes aplicadas, el gusto, el buen gusto, el sibarita, etc.: vocabulario de los iniciados, que toman sus palabras de lo culinario, esos iniciados acaban convirtiendo en mediocre –y después en moda– lo que podría ser grande. Y aunque creo que la literatura no sólo necesita lectores, sino también intérpretes, y que presupone sociedad y pertenencia a algo, no creo sin embargo que la literatura exija iniciados. Ni siquiera Kafka, el más grande, presupone el ser iniciado, por mucho que se intente encerrarlo en redondeles y círculos. Se consagra una iglesia, pero ese acto de consagración no es cerrado sino abierto, abierto a todos. El escritor es admitido en un círculo, y se le arroja a él: entran aquí los conceptos de sacrilegio y sacrílego. Yo hice leer libros de Kafka y Faulkner a mis niños y a la muchacha de servicio, no por la arrogante pretensión de que el arte pertenece al pueblo, sino por respeto hacia Faulkner y Kafka, no creo que ellos escribieran para iniciados. El concepto “difíciles de entender” es relativo, los cuentos de Grimm también son malos de entender, el escritor no margina a lector alguno, y eso no lo hace por modestia, sino por soberbia. La modestia está en el círculo.

Traigo a colación estas observaciones para explicarme hacia dónde, a qué sociedad va a parar lo escrito, en tanto tiene un contenido social. Con qué poderes tiene que vérselas un autor que no lleva colgado el escudo protector de “sólo para iniciados”, un autor que, impotente, pronuncia palabras, se sale del círculo. El asunto me sienta a veces como las legañas en los ojos. La modesta pretensión de que un fragmento de prosa narrativa exige otros instrumentos de interpretación que el editorial de un periódico de masas, me parece demasiada inmodesta. Si saco a relucir algunas experiencias que he acumulado como objeto que soy de la crítica, serán solamente las que puedan ostentar una validez general y se independizan del objeto. Cito un ejemplo conocido.

En un radioteatro en una novela, un deshollinador se cae del tejado, porque la composición y la dramaturgia de la obra, es decir, por motivos estéticos, indican que el tiznado operario tiene que caer. Pero entonces llegan las quejas del gremio de deshollinadores: un deshollinador nunca cae del tejado. Las protestas, disgustos e irritaciones no van mucho más lejos, no merece la pena ocuparse del asunto, y no es cosa del autor facilitar al gremio de deshollinadores una visión general de la estética occidental, desde Aristóteles hasta Brecht. Faltan las premisas mínimas, incluso donde por un motivo cualquiera, uno tiene que triunfar sobre el desafortunado deshollinador. Un autor no pue-

de proporcionar esas premisas: los deshollinadores le son mortalmente indiferentes. No es que clasifique a la gente de deshollinadores, marxistas, católicos, subsecretarios, etc., aún tratándose de un subsecretario católico-marxista que por diversión hubiera hecho el examen de oficial deshollinador, todo lo que un autor sea, fuera de ser autor, lo es *además*, y su pertenencia es nula si no está al menos multiplicada por siete, puede buscar incluso el término medio, los que están fuera –el deshollinador, los marxistas, los católicos, los subsecretarios, etc.– interpretan el término medio como el centro de un círculo, un círculo que por redondo es inservible desde el punto de vista estético, hay también un centro en un polígono de tres, nueve o cincuenta y siete lados. Puede haber mil motivos para hacer que el deshollinador se caiga, tal vez sabe el autor que hay una linda bola de cristal en el canalón esperando desde hace veinte años compañía humana, precisamente la bola de cristal que el deshollinador acaba de descubrir mientras se agarra desesperadamente al canalón, al tiempo que los bomberos se apresuran a rescatarlo. O a lo mejor lo que quiere el autor es que el deshollinador, en plena caída, se agarre de pies y manos al dintel de una ventana, tras la que se encuentra una joven que se consume de amor por él, también puede ser que el autor necesite el ruido que hacen las botas al deslizarse por las tejas, precisamente ese ruido. O acaso su pretensión sea hacer columpiarse al deshollinador en el canalón desprendido, necesita, digámoslo así, a un hombre suspendido, para colgarle los más profundos monólogos líricos. Motivos todos muy respetables, que pueden ser tan inocuos como fríos, tan abstractos como humanos, tan insensatos como humanos. Dicho brevemente: los partidos, las comunidades de intereses, las iglesias, descubren su compromiso casi siempre en el rincón falso: no se interesan por bolas de cristal, ni por jóvenes consumidas de amor, ni por la posibilidad de que el accidentado pueda ser un Casanova o Don Juan disfrazado, de donde podrían extraerse dos nuevos y diferentes aspectos estéticos, eso no les interesa.

Les ocurre como a las compañías aéreas: no les gusta que se caigan los aviones, y si a un escritor se le ocurre estrellar uno en una novela, enseguida suponen que está pagado por la compañía de ferrocarriles, o que se ha dejado sobornar por los fabricantes de bicicletas. Mucho más no se puede decir de estas irritaciones, morbosidades, protestas. Por supuesto, el autor tiene sus intenciones: tal vez quiere, al hacer balancearse el canalón, que la bola de cristal salga disparada quinientos metros y vaya a caer al casco de un gendarme: a lo mejor le interesan las propiedades físicas, quiere saber si una bola de cristal así lanzada pueda atravesar el cartón, el cristal, incluso el hierro. Para él es un tema de balística lo que para otros es extorsión comercial, politiquería. Quede ahí la cosa. Ahora voy a intentar ofrecer una óptica para una estética de lo social o de lo religioso, de lo erótico, ya que puede ocurrir que el autor no combine bien la balística con la estética, y la bola de cristal vaya a parar donde no debe, a

un ojo, o que el deshollinador ponga el pie demasiado pronto en el dintel de la ventana, mientras la joven, todavía en *negligé*, comprueba ante el espejo la tersura del cutis, el brillo de sus ojos.

A medida que pasan los años, veo confirmada la sospecha de lo que hasta ahora, de puro apresurado, había pasado por alto: la sospecha de que el lector, e incluyo ahí también al crítico, al que me imagino como un lector que sabe clasificarse y articularse, no puede *dejar* nada, intenta saber qué pudo *querer decir* el autor, y de esa forma surge la consabida jungla de definiciones, oscurecida aún más por morbosidades, irritaciones, protestas y toda suerte de necedades. Por lo que parece, es demasiado presuponer lo mínimo: reconocer la óptica elegida en cada caso, aceptarla dentro de esos compromisos, dicho brevemente: incluso una novela relativamente realista tiene sus retorcidos demonios, que convierten en cómico involuntario a más de un crítico y lector cuando éste no reconoce la comicidad, voluntaria y profesional, de la óptica aplicada: si en un radioteatro un deshollinador se cae del tejado y una oyente pueril y misericordiosa tiene la ocurrencia de llamar a una ambulancia y mandarla –¿a dónde?– a la emisora, su comportamiento es estéticamente más correcto que el del patrón del gremio, que inmediatamente coge el teléfono y llama al director de la radio para expresar su protesta. Repito que todo esto me sienta como legañas en los ojos: ¿es imposible presuponer que algo puede ser alegre y grave al mismo tiempo, para emplear términos musicales? ¿que la jovialidad no es bobería hiriente, que el humor y la sátira son categorías distintas, que la sátira nunca es escarnio? No es tarea del autor sentar premisas, es cosa de quienes se ocupan de lo escrito en su misma lengua, ya sea enseñando, aprendiendo, interpretando, criticando. En suma: ocuparse de la palabra escrita, sentando premisas.

Theodor W. Adorno dijo en esta ciudad una gran sentencia: después de Auschwitz, no se puede escribir una sola poesía. Yo modulo la sentencia: después de Auschwitz, no se puede respirar, comer, amar, leer: quien ha dado el primer aliento, quien ha encendido solamente un cigarrillo, se ha decidido a sobrevivir, a leer, a escribir, comer, amar. Un superviviente, y como tal les hablo a ustedes, que suponía más campo conocido, más campo lingüístico, del que obviamente existía, Como uno que lee y escribe, que está casado, que fuma cigarrillos, uno que, habiendo prolongado su permanencia, no sabe lo que permanecerá. Vive con la bomba en el bolsillo, como ustedes, al lado de los fósforos y los cigarrillos, vive con ella, con la bomba, el tiempo ha cobrado otra dimensión, que casi anula la duración. Todo se hará serio y grácil, nada quedará, nada echará raíces, y mucho menos podrá ser convertido en monumento con plomo en los pies, la patria perdida, las relaciones perdidas, sin terreno conocido.

En una de las próximas lecciones hablaré más de este asunto, lo humano, lo social, lo ligado, no es posible sin patria, así lo creo; patria, un nombre que

encierra vecindad, confianza, sin la que el primer peldaño de la sociedad, la familia, se convierte en una fortaleza hostil y envenenada, en círculo, en redondel que excluye, que rechaza lo no consagrado. El círculo, el redondel, las sociedades privadas, las federaciones secretas, son manifestaciones de una sociedad totalitaria; me recuerdan fatalmente a los años que siguieron a 1933, también entonces había círculos, grupos privados, secretos... casi siempre de diletante seguridad. Enseguida se entremetieron los soplones, quién podía tener experiencia en el trato y en la coexistencia con soplones y agentes del servicio secreto...: detenciones, interrogatorios, era suficiente haber jugado, sin estar organizado, un partido de fútbol con un par de jóvenes. A veces la cosa quedaba en una advertencia, otras veces era peor, la dictadura tenía sus veleidades. Hoy en día, el poder cerrado de la conciencia, los círculos secretos, que no se camuflan como institutos, universidades, editoriales, grupos, emisoras, sino que se forman en torno a éstos, ¿son unidades aisladas, tácticas, sin estrategia, o tienen lugar a escondidas? Y entonces la literatura, abierta, se debate en el tumulto entre las unidades tácticas. En su apertura se convierte en objeto de expectativa, de una atención desmesurada: no puede sustituir a la religión y a la sociedad. Se llegará a perversos cambios y desplazamientos del frente, porque no tiene sentido trabar amistad ni reconocer la enemistad por encima de un abismo de malentendidos. No se trata, y cada vez se tratará menos, de sorprender a un autor que ha elegido un tema religioso —una cosa de la fe, no del saber— en un fallo cualquiera (no digo *pro domo*, mejor *pro ecclesia*, y no espero que me condecoren por ello). Quiero decir: hay una idea curiosa del realismo, como si fuera una palabra tan llana y usual como una moneda de 10 centavos, en este país, en el que cualquier niño experimenta, a más tardar el primer día de escuela, que no hay un ámbito familiar de la lengua, que ni siquiera la palabra Dios puede tomarla como es: la política se hace con palabras, la ciencia se expresa en palabras, la religión se predica con palabras, ninguna de las cuales puede tomarse tan a la ligera como una moneda que entra por la ranura. Expuesta a ser herida, en peligro de que la machaquen, redonda y de vocablo fácil: la palabra escrita, impresa en masa para las masas; en los últimos diez años se vendieron en este país millones de libros de bolsillo. Casi toda la literatura contemporánea se ha hecho popular de esta forma, o lo será en pocos años, incluida la literatura para iniciados. Un libro en el bolsillo de cualquiera, casi regalado, por el que se paga un salario de miseria: por una receta del seguro se pagan cincuenta centavos ocho veces más de lo que recibe un escritor por cada libro que vende.

Una literatura de masas necesita un medio de comunicación de masas, en el que se articulan premisas estéticas; también las universidades son instituciones de masas, y esa masa crecerá todavía. Como autor no temo la publicación masiva, no temo la interpretación ilustrada de detractores ni partidarios, lo que temo es el derecho de interpretación, sin premisas, de un texto que sí las tiene.

La parte del mundo que llaman del Este ha conservado en sus lectores una notable sensibilidad, pese a los intentos torpes y con frecuencia violentamente impuestos de acuñar una estética de lo humano y lo social en monedas de 10 céntimos. Una sensibilidad que permite reconocer lo espiritual, lo religioso en lo social. En nuestro meridiano, que llamamos occidental, se practica y propaga una negación suicida de lo humano y lo social.

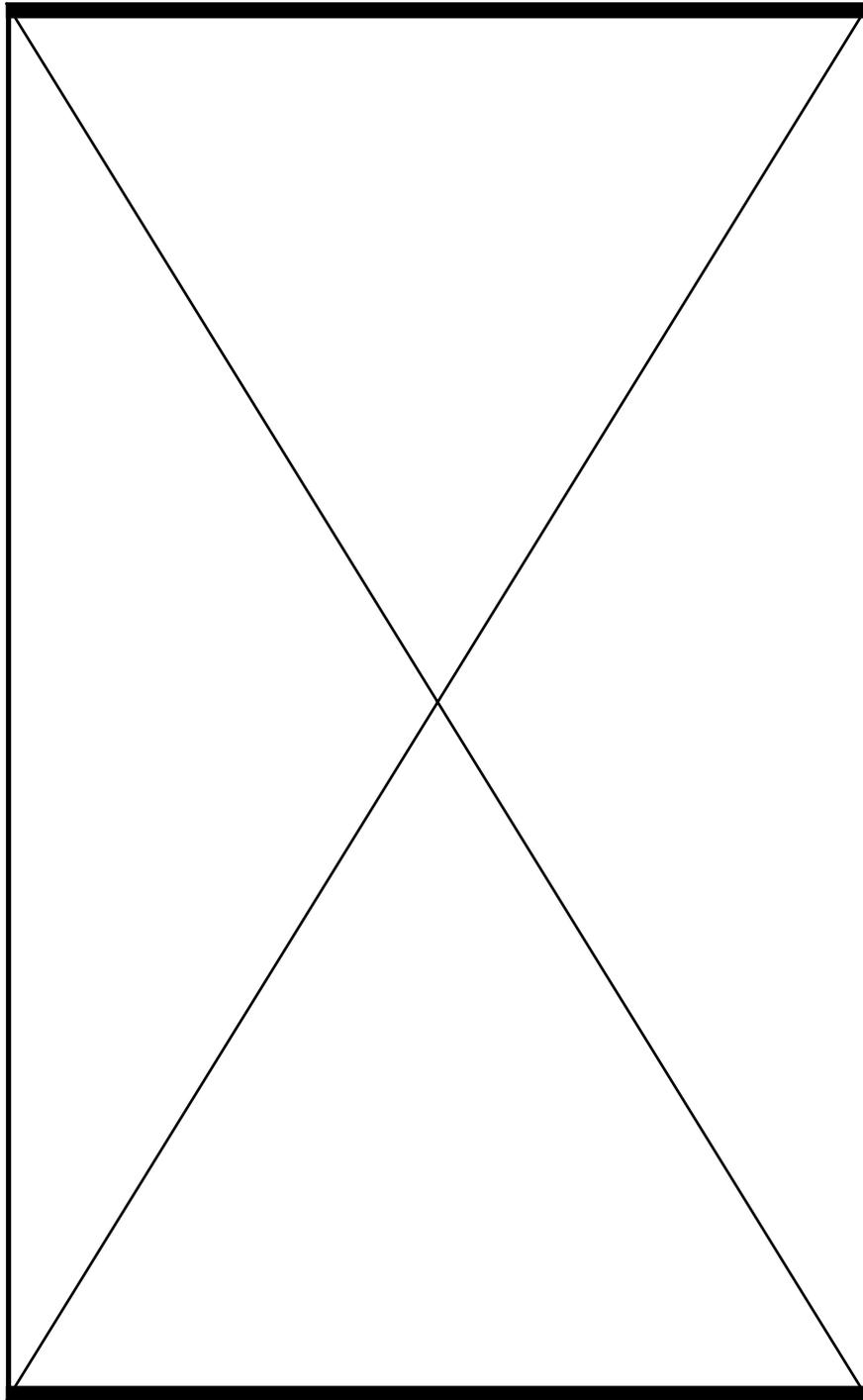
La gran inteligencia técnica que se ha introducido ahí, o que tendrá que hacerlo (para calcular el desgaste de objetos de uso que parecían imperecederos, de forma que la sociedad de consumo no se vea comprometida), aún no se sabe si lo ha hecho para desgastar también a los hombres, en una especie de Auschwitz gigantesco, sobre cuyo portalón podría colgar el letrero "El consumo los hace libres".

Nunca me ha convencido la idea de que tenga que hacer reservas de formación intelectual de clase, en esferas sociales que según sus ambiciones o sus valoraciones marginen tales reservas: por ejemplo dentro de una comunidad religiosa, que tiene un lenguaje para iniciados y otro para no iniciados. Tampoco me ha convencido nunca –yo lo he experimentado de forma más amarga, sin haber visto la necesidad de ello– la idea de que la formación no crea sociedad, sino que la hiere, allí donde la educación se proclama para todos. Tal vez a lo largo de nuestra discusión sepamos por qué esa educación se da solamente a unos pocos. Hubo y hay todavía padres que se niegan a enviar a sus hijos a una escuela superior, aunque estén calificados para entrar en ella; se niegan no porque teman sacrificios económicos y privaciones, sino porque temen el doloroso distanciamiento que podría darse cuando su hijo alcanza el grado académico. En esa actitud se observa una experiencia amarga, y también la arrogancia de las clases formadas. Cito solamente este ejemplo, que no excluye otros muchos.

Lo alemanes son un pueblo educativamente herido, y esa vulnerabilidad crea condiciones favorables para la demagogía, crea clases educativas, reservas, irritaciones. Solamente hay que ver los ritos educativos de los destacados nacionalsocialistas, gente fracasada, herida; y cuando uno trata de informarse cómo esos fracasados y heridos lograron el poder sobre la universidad alemana, entonces surge una imagen incómoda. Los profesores, que para los alemanes eran la más pura encarnación de la educación, no estaban indefensos ante esa toma de poder, simplemente no hicieron uso del suyo, cedieron el paso a la violencia. No necesito citar las excepciones, la regla era ya bastante bochornosa. Faltó grandeza. El combate a base de vocablos demagógicos que hoy día se libra contra los intelectuales tiene su origen en la misma vulnerabilidad educativa. Y si esa vulnerabilidad se combina con una gran inteligencia que no ha encontrado su objeto, su formación, entonces surge una prepotencia demagógica y mortalmente peligrosa. En cualquier caso, una nueva subida al poder no dañaría las universidades. Tienen el privilegio de una libertad medieval, en el sentido estricto de la palabra, son inmunes, y además no constituyen peligro alguno para el estado.

Allí donde la ciencia aparece como tal, con pompa que le es inherente, se hace inatacable, y como más allá de las ciencias naturales, la medicina y las ciencias sociales, está aliada no solamente con la industria, sino que también forma a veces parte de ésta, no se expone a peligro alguno. Cómo la ciencia superará su crisis propia y permanente (una crisis atribuida a ella), es algo que me preocupa, si bien no es mi problema. La novedad en el proceso de Auschwitz que tuvo lugar en esta ciudad fue que algunos acusados no esgrimían la obediencia como justificación, sino a los científicos, a los académicos segundones, y es significativo el deseo de uno de los acusados de ponerse una bata blanca para situarse en los nimbos de la ciencia. Si yo abundara en el concepto de la estética de lo humano, no deberían faltar la inyección letal ni la bata blanca, cuyo efecto publicitario en el anuncio de cosméticos y medicamentos es indiscutible. En esos detalles se aprecia que la educación en su grado máximo, la ciencia, se ha convertido en un poder. Se le debe obediencia, subordinación; y si la ciencia en su corporación, la universidad, posee su propia legislación, su propia jurisdicción, apoyada en numerosos códigos de honor escritos o tácticos, no hay peligro que pueda venirle de afuera. En un pueblo que está herido en su formación, esa posición equivale a una entronización. Con ello la ciencia se cierra en el papel de la reacción, y dado que la obediencia, la subordinación, son hasta ahora la única realidad social reconocible para los alemanes en el transcurso de la historia, esa ciencia potencia al poder.

Es en este momento y no antes cuando Galileo ha ganado también en Alemania, está en el poder, está dispuesto a mostrar lo que puede hacer con él. Ciertamente, las iglesias se encuentran todavía en posiciones de poder, en gremios, tienen influencia, aportan alguna que otra novedad: combates comparables a los que libraban en la jungla los soldados japoneses, dos y tres años después de la capitulación de su país. La lucha está decidida; pero vendrán todavía perversas confusiones y desplazamientos del frente. La religión como tal, en todas sus manifestaciones sociales, no está al ataque, sino solamente a la defensiva. Todavía está implicada; tal vez será pronto perseguida, o relegada a la situación en que se encuentra en los países del Este europeo, implicada y perseguida al mismo tiempo. Entonces tendrá que verse si los ateos permanecen fieles y se atreven a conservar la confianza en aquellos que no lo son, pero que han luchado por su libertad. En la situación a la que acabo de aludir, cada escritor, a caballo entre la vulnerabilidad educativa y la ciencia, es portador de una tremenda responsabilidad, cuyo efecto social no puede por sí mismo justificarla ni fortalecerla. Es él, sin embargo, quien necesita fortalecerse. Ha recibido una formación sin tener que rendir cuentas del camino que recorrió para ello; tiene que estar formado, aunque no se le haya quitado el pelo de la dehesa, aunque venga de los barrios pobres o de la jungla. Poder expresarse en un mundo casi inexpresivo: ese hecho lo ensalza, sin cuestionarse la categoría de la formación: poderse hacer una imagen, ésa es la más alta categoría de la formación. Pero como escritor no tiene lo que tiene la ciencia: no tiene aparato, ni tropas de apoyo, no puede controlar las premisas, ni crearlas.



CRONOLOGÍA 1970-1976

1970

En el primer congreso de escritores de la VS en Stuttgart, Böll habla en presencia del canciller de la República Federal, Willy Brandt, sobre “La Unión de los Solitarios”. Böll es elegido presidente del Club-PEN de la República Federal Alemana para el período entre 1970 y 1972.

1971

Se publica “Retrato de grupo de Señora”. Böll es elegido presidente del Club-PEN Internacional durante el 38º congreso en Dublín. Es el primer Alemán en este cargo.

1972

Premio Nobel de Literatura. Heinrich Böll se compromete con la “Wählerinitiative” (Iniciativa de electores) socialdemócrata, la cual sostiene la campaña electoral con el lema “Bürger für Brandt” (ciudadanos por Brandt)

1973

Se publica la nueva colección de ensayos de Böll, “Neue politische und literarische Schriften (nuevos escritos políticos y literarios)”. “Retrato de grupo con señora” es elegido libro del mes en los Estados Unidos.

1974

Se publica la narración “El honor perdido de Katharina Blum o: cómo la violencia puedes desarrollarse y adonde puede llevar”. Joseph Beuys se convierte en rector fundador de la “Freie Internationale Hochschule für Kreativität und interdisziplinäre Forschung. Heinrich Böll fue uno de los promotores.

1975

Se publica la sátira sobre los servicios secretos del estado alemán, “Informes sobre el estado ideológico de la nación”, así como “Tres días de marzo”,

primera conversación en profundidad con Christian Linder. Se llevan a la pantalla “Opiniones de un payaso”, de Vojtech Jasny, y “El honor perdido de Katharina Blum”, de Volker Schlöndorff, con Angela Winkler en el papel principal.

1976

Böll realiza pocas obras literarias durante esta época y se concentra sobre todo en su trabajo de publicista. Conjuntamente con Günter Grass y Carola Stern publica la revista L'76 en la que los autores exponen su concepto de un socialismo democrático y liberal. En enero Heinrich Böll y su mujer abandonan la iglesia católica.

DISCURSO CON MOTIVO DE LA ENTREGA DEL PREMIO NOBEL

Estocolmo

10 diciembre de 1972

Señor ministro presidente, querida se-

ñora Palma, damas y caballeros: Con motivo de una visita a la República Federal Alemana, Su Majestad el Rey de Suecia detuvo su experta mirada en los estratos acumulados a despecho de veleidades, de los cuales procedemos y sobre los cuales vivimos. Esta tierra no es virginal ni, en modo alguno, inocente, y jamás ha llegado a lograr la paz. Este codiciado país a orillas del Rin, habitado por hombres ambiciosos, ha tenido numerosos soberanos y por ello ha visto muchas guerras. Guerras coloniales, nacionales, regionales, locales, confesionales y mundiales. Ha visto matanzas organizadas, persecuciones y ese incesante ir y venir, tanto de los que marchaban, expulsados, a otras tierras, como de los que volvían arrojados de cualquier país. Y que allí se hablara alemán era algo demasiado evidente para tener que demostrarlo dentro o fuera. Esto, lo hicieron otros a quienes no satisfacía la “d” suave sino que exigían una “t” fuerte: *Teutsche*¹.

A lo largo del camino que uno va recorriendo desde los estratos de la pretérita caducidad hasta el fugaz presente, no hay más que violencia, desnutrición, dolor y errores. Pero ni los escombros ni las ruinas, ni los movimientos de Este a Oeste, y al contrario, lograron lo que después de tanta historia, de demasiada historia, se podría haber esperado: la tranquilidad; probablemente porque nunca se nos dio la oportunidad; para unos éramos demasiado occidentales, para otros no bastante occidentales; para unos demasiado profanos, para otros no bastante profanos. Todavía reina la desconfianza entre los alemanes que desean justificarse como si la combinación Alemania y Occidente fuera tan sólo un engaño de la nación que mientras tanto ha dejado ya de

1-. Usado por los racistas nazis en vez de la palabra Deutsche (alemanes) subrayando de esta manera su procedencia teutónica,

ser sagrada². Y sin embargo, se debería dar por seguro que si este país jamás debía haber tenido arrebato alguno, estaba situado allá por donde fluye el Rin. El camino hacia la República Federal fue muy largo. También yo escuché en el colegio cuando era chico el proverbio deportivo: la guerra es el padre de todas las cosas; al mismo tiempo oía decir en el colegio y en la iglesia que los pacíficos, los mansos y los humildes poseerían la Tierra de promisión. Hasta el final de sus días, no se libera uno de la mortal contradicción que promete a unos el cielo y la tierra y a otros solamente el cielo, y esto en un país en que también la Iglesia pretendía, lograba y ejercía el dominio hasta nuestros días. El camino hasta aquí ha sido un camino largo para mí, que, como tantos millones, al regresar de la guerra, no poseía mucho más que las manos en el bolsillo, y lo único que me distinguía de los otros era mi pasión por querer escribir, escribir de nuevo. Esto me ha traído hasta aquí. Permítanme que no acabe de creer del todo el hecho de que me encuentre aquí, al mirar hacia atrás y ver el joven que después de una larga persecución y un largo camino volvió a una patria perseguida; que escapó, no solamente a la muerte, sino también al ansia de morir: fui liberado y superviviente; la paz –yo nací en 1917– era solamente para mí una palabra, ni objeto de evocación ni un talante; República no era una palabra extraña, sino solamente un recuerdo desvanecido. Yo aquí debería dar las gracias a muchos autores extranjeros que se convirtieron en libertadores, liberando lo extraño que por su esencia quedaba relegado a la singularidad de su encierro. El resto fue la conquista del lenguaje en esta vuelta al material, a este puñado de polvo que aparecía estar delante de la puerta y que, sin embargo, tan difícil fue de captar y de comprender. También quisiera agradecer los muchos alientos que me han dado los amigos y críticos alemanes, y también las tentativas de desaliento, pues de todo se ofrece sin la guerra, pero nada, así lo creo yo, sin oposición.

Estos veintisiete años han sido un largo camino, no solamente para el autor, sino también para el ciudadano, a través de un espeso bosque de “índices”³ que procedían de la maldita dimensión de lo propio, dentro de la cual las guerras perdidas se convierten en guerras propiamente ganadas. Muchos de estos índices eran severamente agresivos y tenían su punto de mira en y dentro de sí mismos.

Recuerdo con temor a mis predecesores alemanes que, dentro de esta maldita dimensión de lo propio, ya no debían ser alemanes. Nelly Sachs, salvada por Selma Lagerlof, sólo a duras penas librada de la muerte; Thomas Mann perseguido y desterrado. Hermann Hesse ausente de la dimensión de lo propio, que, cuando aquí fue honrado, hacía tiempo que ya no era súbdito alemán. Cinco años antes de mi nacimiento, hace sesenta años, estuvo aquí el último Premio Nobel alemán de Literatura que murió en Alemania, Gerhart Hauptmann. Él vivió los últimos años de su vida en una variante de Alemania

2-. Se refiere al “Sacro Imperio Romano de la nación alemana”, bajo Carlomagno.

3-. En el sentido de índice levantado en señal de amonestación.

a la cual, a despecho de algunas incomprensiones, no pertenecía. Yo no soy un alemán propio ni he dejado de serlo propiamente; soy alemán; la única prueba válida que nadie me ha de extender ni prorrogar, es el idioma en el cual escribo. Como tal, como alemán, me alegro de este gran honor. Doy las gracias a la Academia sueca y al país sueco por esta distinción, que seguramente no sólo vale para mí, sino también para el idioma en el cual me expreso y para el país del que soy ciudadano.

BIENVENIDA, INTROMISIÓN (1973)

Ese alentador proceso llamado “distensión mundial” no parece servir de mucho a aquellos que más lo han reivindicado en los diversos sistemas políticos, con el continuo riesgo de ser denunciados o detenidos: los escritores, los universitarios e intelectuales, sea cual fuere su procedencia.

Dicen que la Unión Soviética intenta acercarse a España y que Grecia pronto reconocerá a la RDA. ¿Significará eso que Papadopoulos intercederá a favor de Wolf Biermann o que Honecker lo hará a favor de los escritores griegos detenidos y censurados?. ¿Hará el generalísimo Franco algo por Aleksandr Solzhenitsin y por Vladimir Bukovsky? ¿Hará el señor Brezhnev algo por los editores y escritores Castellet, Cirici, Cucurull, Fauli, Manet y Triadu, condenados a pagar una multa de 10.000 marcos y a la pérdida del pasaporte por haber cometido el increíble crimen de participar de jurado de los tradicionales *jocs florals*? El presidente Nixon, ¿pondrá la mano en el fuego por el novelista indonesio Toer y por los cerca de 100.000 prisioneros políticos de Indonesia? ¿Mencionará, al menos, el gobierno alemán a los autores checos sometidos al terror y a la asfixia intelectual, cuando comiencen las negociaciones para llegar a un pacto con el gobierno de Praga?

Me temo que la respuesta a estas preguntas es negativa, pues todos estos autores, catedráticos e intelectuales, a quienes dentro de sus respectivos sistemas se puede calificar de “intelectuales progresistas”, por mucho que se los llame “rojos” en España o “cómplices del imperialismo” en Checoslovaquia, sólo sirvieron de precursores y portavoces de un dogmatismo menos anquilosado y aunque, como suelen decir, políticamente no tuvieron “relevancia” alguna. Sabemos, desde luego, que sin ellos y sin las casi innumerables generaciones de precursores nada, absolutamente nada se hubiera puesto en movimiento en esta tierra; sin embargo, se los deja consumirse... pese a la “distensión mundial”. Lo más importante: las relaciones comerciales mejoran y las inversiones lucrativas se hacen posibles; y si algo falla,

siempre se puede echar mano de estas fuerzas y rellenar con ellas las reservas de chivos expiatorios.

En Croacia se condenó, entre otros, a Vlado Gotovac y a Zlato Tomičić. Habría que escribir varios libros para presentar, aunque sólo sea a grandes rasgos, la situación de Turquía: de hecho, las documentaciones sobre las torturas y la persecución política en Turquía e Indonesia pueden llenar ya varios libros, como sucede con los documentos sobre Grecia, que se publican periódicamente y que nos proporcionan un libro al año.

Amnistía Internacional, el PEN internacional y la Asociación de Writers and Scholars reciben, no ya una vez al mes, sino una vez a la semana, información sobre escritores e intelectuales detenidos, censurados y acusados, cada una de las cuales merecería una protesta aparte.

Sólo cabe preguntarse si tienen estas apelaciones y resoluciones que exigen unas libertades consideradas como convencionales y garantizadas por las constituciones de la mayoría de los países. ¿Tienen sentido estas apelaciones y resoluciones en su soledad, si los políticos no colaboran con estas tres organizaciones y con los numerosos grupos y círculos que se ocupan de las personas perseguidas y reprimidas en esta tierra?

De todos modos, estos grupos y organizaciones representan esa extraña y difícilmente definible instancia que se suele llamar conciencia. Existe el peligro de que ésta se convierta en una flor marchita en el ojal de las diversas ideologías, si los políticos no llegan a comprender que sólo ellos pueden convertir la presión moral en una presión política y si no abandonan al fin ese concepto hipócrita de la intromisión en los asuntos internos de otros países.

¿Quién se interesa en las mesas de las conferencias donde se negocian las ayudas militares y económicas, por el poeta paraguayo Rubén Barreiro Seguíer, por los dos escritores uruguayos –el novelista y ensayista Jorge Musto y Carlos Núñez–, por los cientos de jóvenes y mujeres turcos, convertidos en inválidos a causa de las torturas en un país donde los ingresos anuales de una persona no superan los 600 marcos y donde se pagan entre 2.000 y 3.000 marcos por espiar a un sospechoso?

La perversidad de la situación intelectual se demuestra en el hecho de que precisamente las fuerzas más favorecidas económicamente por sus relaciones comerciales con los países socialistas y con los países menos desarrollados de la OTAN y de la SEATO siempre denuncian en sus órganos las fuerzas partidarias de la distensión y la apertura.

Sería por supuesto emocional, cosa que hoy en día parece un crimen, tomarle la palabra a la libertad de Occidente, supuestamente defendida en Grecia. Nosotros, autores no tan jóvenes, autores no muy favorecidos por la historia, mantenemos en alto algo así como una bandera, todavía sin nerviosismos, pero con dificultades; todavía convencidos, pero, eso sí, desesperados ante las inamovibles circunstancias. Pronto, sin embargo, llegará el momento en que nos reconoceremos como idiotas útiles, no en términos leninistas, sino como idiotas útiles a esa parte del mundo de la que somos ciudadanos.

Las habladurías sobre la libertad indivisible se convierten en una farsa si se mantiene la hipocresía de la no intromisión y si los industriales siguen contemplando las cosas basándose en sus beneficios. Alguien, al menos, nos ha fortalecido; alguien, al que luego apoyaron otros, tuvo al fin el valor de romper con energía y claridad el principio de la no intromisión: el primer ministro Olof Palme, cuando las fuerzas aéreas norteamericanas intentaron “llevar” a Vietnam del Norte hacia la paz bombardeándolo con una brutalidad inusitada. El valor de Olof Palme contagió a otros, y los autores e intelectuales se sentirían alentados si este contagio se propagará y si nosotros recibiéramos el apoyo de los políticos en nuestras proclamas por una libertad indivisible.

Nosotros los autores somos unos entrometidos natos, nos entrometemos en la legislación y la política cultural de la Unión Soviética, de Checoslovaquia, España, Indonesia, Brasil y Portugal, y también nos entrometemos en la inquietante evolución de Yugoslavia donde una vez más se buscan los chivos expiatorios y se sepulta una esperanza. También nos entrometemos en la República Popular China, en Cuba y en México. Parece idealismo, pero no lo es. La intromisión es la única posibilidad de mantenerse realistas.

Nuestros amigos checos, que no ceden ni un solo centímetro, no son idealistas: son realistas, pues saben a ciencia cierta que el terreno espiritual se ocupa con más rapidez y de forma más definitiva que el geográfico.

Esto es válido para Checoslovaquia, pero también para Yugoslavia, Turquía, Grecia, Brasil y España: Algún estudiante desconocido o una mujer joven, torturados en Turquía por los esbirros de la junta, son víctimas de una política del lucro y de los intereses. Nunca fluye la sangre en la pizarra que marca las cotizaciones de la Bolsa.

Ya lo sé: los señores políticos son realistas en el otro sentido de la palabra y todo esto les parecerá ridículo. Para ellos, somos en el fondo esos idiotas útiles que agitan algunas banderitas. Pues que se rían.

No sólo escribo este lamento para los ojos y oídos occidentales, sino también para los del este; para los responsables políticos de allí y para las víctimas de medidas irresponsables: para Vladimir Bukovsky, Aleksandr Solzhenitsin y para otros, para muchos escritores incluidos en las listas de Amnistía Internacional, del PEN internacional y del INDEX de Writers and Scholars. Ellos deben saber en qué hipocresía vivimos nosotros aquí. Deben saber que somos entrometidos natos, al igual que ellos allí.

Si describiera algunas prácticas de violación realizadas por la policía turca con las amigas, mujeres y hermanas de los opositores detenidos, se me podría mal interpretar hasta llegar a pensar que estoy contribuyendo, de manera más o menos oportunista, a la pornografía. Por supuesto, no hay que entrometarse, no hay que entrometerse en absoluto.

Aún existe, empero, una reserva de idiotas útiles. Mantienen en alto la bandera de la libertad, de la dignidad humana y de la democracia, de esa libertad que se defiende por medio de la OTAN y la SEATO en Grecia, Turquía, España, Indonesia y en las Filipinas.

No obstante, casi olvido uno de los principales valores defendidos también en todos esos lugares: la herencia cristiana y la cultura occidental. ¡Casi lo he olvidado! ¡Es increíble!

Pido intromisión en los asuntos de la República Federal de Alemania y quiero aprovechar la oportunidad para llamar la atención sobre el *PEN EMERGENCY FOUND for Writers* y sus familias. Está administrado por el centro PEN de Holanda y tiene una cuenta bancaria en el banco AMRO de La Haya.

**KATHARINA BLUM
(EXTRACTOS)
(1974)**

Cuando finalmente, alrededor de las 10.15, condujeron a Katharina Blum desde su piso a la comisaría, con objeto de proceder al interrogatorio, en el último momento renunciaron a ponerle las esposas. Beizmenne quiso insistir para que se las colocaran, pero, después de un breve diálogo con la funcionaria Pletzer y su asistente Moeding, se dejó convencer. Debido al carnaval, que comenzaba aquel día, numerosos vecinos de la casa no habían acudido al trabajo y aún no habían salido para presenciar las cabalgatas y fiestas que, a semejanza de las saturnales, se celebran todos los años. De modo que, aproximadamente, tres docenas de habitantes del edificio de apartamentos de diez pisos, se congregaban en el vestíbulo, vistiendo abrigos, batas y albornoces.

El fotógrafo de prensa Schönner se encontraba a pocos pasos del ascensor cuando salía de éste Katherina Blum, entre Beizmenne y Moeding, y escoltada por funcionarios armados. La fotografiaron varias veces por todos los lados, y al final la retrataron despeinada y con una expresión poco amable. Ella intentó repetidas veces esconder la cara, que reflejaba vergüenza y confusión, y así se hizo un lío con el bolso, el neceser y una bolsa de plástico en la que llevaba los libros y los utensilios para escribir.

15

Media hora después de que le dieran a conocer cuáles eran sus derechos y le permitieran arreglarse un poco, empezó el interrogatorio en presencia de Beizmenne, Moeding, la señora Pletzer y los fiscales doctores Korten y Hach. El atestado decía: “Mi nombre es “Katherina Blum de Brettloh. Nací el 2 de marzo de 1947 en Gemmelsbroich, en la provincia de Kuir. Mi padre era el minero Peter Blum. Murió a la edad de treinta y siete años, cuando yo tenía seis, de una lesión pulmonar contraída en la guerra. Finalizada ésta, mi padre volvió a trabajar en una mina de pizarra, y es probable que padeciera,

además, de silicosis. Después de su muerte, mi madre tuvo dificultades con la viudedad, pues la caja de previsión y la cooperativa de mineros no llegaron a un acuerdo.

Ya muy joven tuve que hacer el trabajo de la casa porque mi padre estaba a menudo enfermo, y por eso ganaba menos. Mi madre era asistente en varios domicilios. En la escuela no tuve dificultades, a pesar de que no sólo trabajaba en mi casa, sino también en las de unos vecinos y de otros habitantes del pueblo. Les ayudaba en las faenas de hornear, guisar y hacer conservas, así como en la matanza. Además, efectuaba otras labores domésticas y ayudaba en la cosecha. Gracias a mi madrina, la señora Else Woltersheim, de Kuir, después de acabar mis estudios, en el año 1961, logré una colocación como sirvienta en la carnicería Gerbers de aquella ciudad. En ocasiones, ayudaba a despachar a los clientes. Desde 1962 hasta 1965, estudié (gracias al apoyo económico de mi madrina, la citada señora Woltersheim) en la escuela de economía doméstica de Kuir, donde ella trabajaba de instructora. Aprobé los estudios con sobresaliente. Entre 1966 y 1967 estuve empleada en el parvulario de la empresa Koeschler, en el pueblo vecino de Oftersbroich. A continuación, entré a servir en casa del médico doctor Kluthen, también en Oftersbroich. Allí sólo permanecí un año porque el doctor me molestaba cada vez con más frecuencia, y eso no gustaba a su esposa. Tampoco a mí me agradaba; lo encontraba repugnante. En 1968, permanecí en paro durante unas semanas, y me dediqué a ayudar a mi madre. Solía asistir a las reuniones y tertulias del cuerpo de tamborileros de Gemmelsbroich, y así conocí, a través de mi hermano mayor Kurt Blum, al obrero textil Wilhem Brettloh, con el cual me casé al cabo de pocos meses. Vivimos en Gemmelsbroich, donde oficiaba de camarera los fines de semana, cuando acudían muchos excursionistas. Transcurrido medio año, comencé a sentir una invencible aversión hacia mi marido. No quiero entrar en detalle sobre este punto. Le abandoné y me fui a vivir a la ciudad. Nos divorciamos. Yo me declaré culpable de abandono voluntario, y volví a utilizar mi apellido de soltera. Al principio, me alojé en la casa de la señora Woltersheim, hasta que, al cabo de unas semanas, encontré una colocación como ama de llaves del agente financiero doctor Fehnern, en cuyo domicilio me instalé.

El doctor Fehnern me dio la oportunidad de asistir a unos cursos nocturnos y de presentarme a los exámenes oficiales de economía doméstica. Era muy gentil y generoso, y yo me quedé en su casa después de haber aprobado. A finales del año 1969 detuvieron al doctor Fehnern en relación con grandes fraudes tributarios en empresas importantes para las cuales había trabajado. Antes de que se lo llevaran, me entregó un sobre con el sueldo de tres meses, y me rogó que siguiera ocupándome de sus cosas, ya que él regresaría pronto. Me quedé todavía un mes, durante el cual atendí a los empleados que trabajaban en su despacho, me encargué de la limpieza de la casa y del jardín, y también del lavado de la ropa. Regularmente, yo llevaba

una muda limpia a mi jefe a la prisión preventiva, y así mismo comida, en especial un *paté* que había aprendido a hacer en casa del carnicero Gerbers. Más tarde, clausuraron el despacho y confiscaron la casa, y yo tuve que dejar mi habitación. Por lo que parece, al doctor Fehnern consiguieron probarle delitos de fraude y falsificación, y le internaron en la cárcel, donde seguí visitándole. También le quise devolver los dos sueldos que le debía, pero no los quiso aceptar bajo ningún concepto.

Encontré muy pronto un empleo en casa del doctor Blorna. A él y a su esposa los conocí a través del señor Fehnern.

”Los Blorna viven en un *bungalow*, en una zona residencial al sur de la ciudad. A pesar de que me ofrecieron alojarme con ellos, no acepté, porque deseaba ser al fin independiente y ejercer mi profesión con más libertad. El matrimonio Blorna se mostraba muy amable conmigo. La señora, que dirigía un gran despacho de arquitectos, me facilitó un piso de compra en la ciudad satélite situada al sur de nuestra población, que se anunciaba con el lema “Viva elegantemente junto al río”. El doctor Blorna conocía este proyecto como abogado de la empresa constructora, y su esposa, por su trabajo como arquitecto. Con el doctor Blorna calculé la financiación, los intereses y la amortización de un apartamento de dos habitaciones, cocina y baño, en el octavo piso. Como, mientras tanto, había logrado ahorrar unos 7.000 marcos, y el matrimonio Blorna me avalaba un crédito de 30.000 más, pude ocupar mi vivienda a principios de 1979. Mis gastos mínimos mensuales ascendían, al principio, a unos 1.100 marcos, pero como el matrimonio Blorna no contaba mi comida, sino que incluso la señora me daba cada día algo para mi cena, conseguí ahorrar bastante y amortizar mi crédito antes de lo que al principio había calculado.

Desde hace cuatro años administro la casa de los señores Blorna por iniciativa propia. Empiezo a las siete de la mañana y termino por la tarde, alrededor de la cuatro y media, una vez concluidos los trabajos domésticos: limpieza, compra y preparativos para la cena. También repaso toda la ropa. Entre las cuatro y media y cinco y media me ocupo de mi piso, y luego suelo dedicar hora y media o dos horas a la vivienda del matrimonio de rentistas Hiepertz. Unos y otros señores me pagan el trabajo de los sábados y domingos aparte. En mi tiempo libre, colaboro de forma ocasional en la empresa Kloft, o ayudo en recepciones, fiestas, bodas, reuniones de sociedad y bailes, generalmente por propia cuenta y riesgo, pero a veces, también por encargo de la empresa Kloft. Me ocupo del cálculo y la organización y, a veces, actúo de cocinera o camarera. Mis ingresos brutos ascienden a 1.800–2.300 marcos mensuales como promedio. A efectos de Hacienda, consta que ejerzo una profesión liberal. Yo misma pago mis impuestos y seguros. Todas estas cuestiones..., como declaración de impuestos, etc., me las resuelven en la oficina de Blorna gratuitamente. Desde la primavera de 1972 poseo un Volkswagen, modelo 1968, que compré al cocinero de la Kloft, Werner Klormer, a buen precio. Acabó por resultarme demasiado difícil des-

plazarme a mis diferentes ocupaciones utilizando los transportes públicos. El coche me permite trabajar también en recepciones y fiestas que se celebran fuera de la ciudad ”

16

Esta parte del interrogatorio se desarrolló desde las 10.45 hasta las 12.30 y, tras una pausa de una hora, de 13.30 a 17.45. En el descanso del mediodía, la Blum se negó a aceptar el café y los bocadillos de la administración de policía, pese a la insistencia de Moeding y de la señora Pletzer que, evidentemente, le había tomado afecto. Según los comentarios de Hach, estaba claro que a Katharina Blum le resultaba imposible separar lo oficial de lo privado, y comprender la necesidad del interrogatorio. Beizmenne saboreaba sus bocadillos y el café y, con el cuello abierto y la corbata aflojada, no sólo parecía sino que se tornaba realmente paternal. Pero la Blum exigió que la acompañaran a su celda. Los dos funcionarios que tenían orden de vigilarla se esforzaron – esto se puede comprobar – en ofrecerle de nuevo café y bocadillos. Sin embargo, ella negaba obstinadamente con la cabeza, sentábase en su catre, fumaba un cigarrillo y expresaba, torciendo la nariz, su repugnancia ante el WC de su celda, que estaba salpicado de restos de vómitos. Más tarde, permitió a la señora Pletzer que le tomara el pulso, después que ésta y los dos funcionarios jóvenes insistieron. El ritmo de los latidos resultó normal. Entonces, aceptó un trozo de pastel y una taza de té, pero insistió en pagar de su bolsillo, pese a que uno de los funcionarios jóvenes que por la mañana había vigilado la puerta de su cuarto de baño, estaba dispuesto a “invitarla”. El juicio de los dos funcionarios de policía y de la señora Pletzer sobre Katharina Blum a raíz de este episodio fue el siguiente: no tiene sentido del humor.

Moeding, el ayudante de Beizmenne, que condujo a Katharina a su casa, explicó más tarde que el estado de la joven le inquietaba mucho y que temía que fuera capaz de atentar contra su propia vida, pues se hallaba totalmente deshecha. Le sorprendió que, en semejante estado, hubiese sido capaz de ejercitar su sentido del humor. Mientras recorrían la ciudad, Moeding gastó una broma a Katharina preguntándole si le parecía una buena idea ir a tomar una copa y a bailar a alguna parte. Ella afirmó con la cabeza y opinó que no sería mala idea y que tal vez resultaría divertido. Más tarde, delante de su casa, cuando le había ofrecido acompañarla hasta la puerta de su piso, ella le respondió irónicamente:

–No, será mejor que no; ya tengo bastantes visitas de caballeros, como usted sabe. De todos modos, muchas gracias.

Moeding empleó media noche en convencer a Beizmenne de que se debía detener a Katharina Blum para su protección, y cuando Beizmenne le preguntó si estaba enamorado contestó que no; simplemente, le era simpática, tenían la misma edad y él no aceptaba la teoría de Beizmenne de una gran conjuración en la cual estuviera complicada Katharina.

Lo que no explicó, pero, a pesar de todo, llegó a conocimiento de Blorna a través de la señora Woltersheim, eran los dos consejos que el policía dio a Katharina, a la que acompañó a través del vestíbulo hasta el ascensor; unos consejos bastante delicados, que le hubieran podido costar un disgusto y que, además, representaban un grave peligro para él y sus colegas. Le dijo a Katharina, en efecto, cuando se encontraban delante del ascensor:

–No toque el teléfono y mañana no abra el periódico (no aclaró si se refería al PERIÓDICO o a los periódicos en general).

CRONOLOGÍA 1977-1985

1977

Publicación de la colección de ensayos “Einmischung erwünscht. Schriften und Reden zur SEIT” (La Intromisión nos vendría muy a propósito). En mayo se estrena la película “Retrato de grupo con señora”, en la que Romy Schneider interpreta el papel de Leni Gruyten.

1978

Heinrich Böll escribe una escena para el film de episodios “Deutschland im Herbs” (Alemania en Otoño), escenificada por Volker Schlöndorff, en la que, de forma satírica, se representa el comportamiento de los medios.

1979

Publicación de la novela “Fürsorgliche Belagerung” (Asedio preventivo). Böll, con motivo de la inauguración de la Biblioteca Central el 21-9-79, confía sus archivos a la ciudad de Colonia. La editorial Lamuv, dirigida por René Böll, publica “Du fährst zu oft nach Heidelberg und andere Erzählungen” (Tu viajas demasiado a Heidelberg y otras narraciones”). Böll rechaza la concesión de la Cruz Federal del Mérito por el presidente federal Scheel, así como Günter Grass y Siegfried Lenz. Böll hace un viaje a Ecuador en diciembre. Una grave enfermedad vascular en la pierna derecha le obliga a una operación de urgencia en Quito.

1980

A su regreso a Alemania, Böll es operado de nuevo. El canciller federal Helmut Schmidt lo visita.

1981

La editorial Lamuv publica el primer texto autobiográfico de gran envergadura, “¿Was soll aus den Jungen bloss werden? Oder: Irgendwas mit Büchern” (“¿Qué

va a ser del chico? O: algo con libros.” El 10 de octubre, durante la primera gran manifestación de paz en Bonn, Böll, junto con Erhard Eppler, Heinrich Albertz y Petra Kelly, habla delante de aproximadamente 300,000 personas.

1982

“Vermintes Gelände” (Terreno minado), discursos y escritos ensayísticos 1977-1981 publicados por la editorial Kiepenheuer & Witsch; publicación del texto temprano de posguerra “Das Vermächtnis” (El Legado) por la editorial Lamuv. Durante el congreso internacional de escritores “Interlit 82”, Böll pronuncia un discurso sobre el tema “Die Feindbilder der Völker” (Los prejuicios de los pueblos). La familia deja el piso de la Hülchrather Strasse para trasladarse a Merten, pueblo en las cercanías de Colonia. Muerte de su hijo Raimund.

1983

La editorial Lamuv publica un tomo de narraciones breves y relatos, escritos entre los años 1946-1951, hasta entonces inéditos, con el título “Die Verwundung” (La herida). Su delicada salud no impide a Böll participar en el bloqueo de un cuartel americano.

1984

Kiepenheuer & Witsch edita “Ein – und Zusprüche” (Objeciones y adhesions) – colección de discursos y ensayos de los años 1981-1983- Böll publica en la Editorial Lamuv un libro sobre la vida del, entonces, portavoz del gobierno de Alemania Federal, Peter Boenisch, titulado “Bild, Bonn, Boenisch”. La ciudad de Colonia compra las obras inéditas de Heinrich Böll.

1985

La novela “Mujeres ante un paisaje fluvial” aparece poco después de la muerte de Böll.

A principios de Julio, Böll es hospitalizado de nuevo y operado. El 15 de julio es dado de alta para prepararse en vistas a una nueva operación. Muere la mañana del 16 de julio en su casa de campo de Langenbroich, pueblo del Eifel.

Heinrich Böll es enterrado el día 19 de julio en Bornheim-Merte, en las cercanías de Colonia con gran participación por parte de la población, compañeros y políticos –entre ellos el presidente de la República Federal, Richard von Weizsäcker.

La ciudad de Colonia celebra el 27 de septiembre un acto solemne en honor de Heinrich Böll, da su nombre a la plaza situada delante del recientemente construido museo Ludwig, y a su premio literario el nombre de su hijo predilecto.

LEER NOS HACE REBELDES (PRÓLOGO A MI LIBRO DE LECTURAS) (1978)

De continuo, hoy como ayer, el éxito de los libros y de los autores se mide por las cifras de sus ediciones; poco, casi nada es lo que sabemos acerca de aquello que el libro o el autor causa o encausa en el lector. Quién quedó alguna vez transportado por un libro, y adónde, es algo que nadie sabe de cierto. Quizás alguien debiera intentar establecer más exactamente la influencia de sus lecturas en las personas que han “hecho Historia”, y tratar de medir las repercusiones de dichas lecturas sobre aquellos que padecieron esa Historia. ¿Qué leía, por ejemplo, Guillermo II, qué leía oficialmente y qué leía en secreto, qué influjo ejercieron sus lecturas en su política?. Cuáles fueron las consecuencias de dicha política para sus súbditos, de alguna manera lo sabemos. Una historia del influjo de la lectura sobre “los de arriba” complementada con una historia del influjo de esas lecturas sobre “los de abajo”. Y al revés: ¿qué han leído “los de abajo”, y qué repercusiones políticas han tenido sus lecturas sobre “los temas de arriba”?

Porque, en último término, nunca les ha ido bien a los gobernantes que no sólo les enseñaron “mores” a sus súbditos sino que también los hicieron aprender a leer. Los clubes políticos secretos en Renania, los clubes jacobinos, surgieron al calor de las “Sociedades de Lecturas” (llamadas abreviadamente “las lecturas”) y con la fundación de bibliotecas públicas.

Los súbditos o ciudadanos lectores no son precisamente gente a la que pueda enseñar “mores” de la manera más fácil. Leer corrompe las costumbres, y ni siquiera estaba permitida la libre lectura de la Biblia, sólo con comentarios aprobados por la jerarquía eclesiástica, y a ser posible bajo vigilancia de esa misma jerarquía. El libro de los libros contaba como peligroso, y sigue siéndolo.

Cuando leer comienza a ser algo más que un proceso técnico o el mero estudio mecánico, se torna peligroso. Leer hace pensar, lo vuelve a uno libre y rebelde si uno se echa a la espalda los clichés de lo edificante. Esto lo saben muy bien los censores en los países con una censura severa, esto lo sabían aún nuestros padres y abuelos (al menos los míos, para quienes la lectura de

novelas se acercaba bastante al pecado). Los políticos en los países sin censura, intuyen el peligro, pero el caso es que la palabra libertad no se les cae de los labios, y entonces sucede que hay algunos que hacen uso de esa libertad: escritores, lectores, escritores lectores y lectores escritores, y existe ese instante, hasta ahora apenas investigado, en que uno o una, más allá del proceso técnico que es la lectura, o el mero estudio mecánico, empieza realmente a leer.

Si yo aquí, al presentar una oferta de lecturas, ejercito una especie de censura debido al hecho de tener necesariamente que elegir, no siento por ello ningún escrúpulo. Toda la literatura mundial, toda la literatura contemporánea está editada en libros de bolsillo, al alcance de cualquiera, a precios esqueléticos casi para cualquiera, y se dispone además, aunque todavía no bastantes, de bibliotecas públicas. Por otra parte, yo también me dejo recomendar libros por los amigos, los colegas, los parientes, hasta por los críticos, y ni siquiera las lecturas escolares obligatorias me han apartado de cualquier autor del que yo de todos modos no me hubiese apartado cuando años después, sin estar obligado a ello, lo volví a leer. Libros y autores también tienen “su tiempo”, un tiempo perecedero, en la vida del lector, y algunos que uno antes “devoraba” ahora no consigue tragarlos. Ni de Kleist ni de Gotthelf, ni de Sófocles o Hebel consiguió apartarme su estudio tantas veces laborioso, en ocasiones aburrido, durante años escolares. Ni se debiera achacar a ningún autor el (potencial) aburrimiento de un maestro, ni a ningún maestro el (potencial) aburrimiento de un autor. Me pregunto hoy todavía cómo no llegué a perder las ganas de leer la Biblia a pesar de aquellas ediciones no sólo estériles sino más bien esterilizadas, con esas ilustraciones que ponían los pelos de punta: cómo no perdí las ganas de leerla ni siquiera por culpa de las interpretaciones que nos daban ya mascadas. Tiene que ser cosa de la palabra, de la verbalidad, de la poesía, que supera todos los obstáculos y transmite una realidad, sí, una realidad que resiste todos los intentos de domarla.

Nunca he tenido en claro qué es lo que autoriza a aquellos que distinguen tan exactamente entre la literatura de entretenimiento y la “verdadera”. Si en vez de “entretenido” se dijese aburrido, quizás nos acercaríamos más a la subjetividad del concepto entretenimiento. A mí me gusta entretenerme, me dejo entretener con mucho gusto, y haciendo excepción de las horas, días, a veces semanas en que se está completamente harto de la escuela, ni siquiera me he aburrido durante las rígidas clases de griego, a pesar de que las espaldas de mis condiscípulos –desprendiendo un aburrimiento que se podía mascar– amenazaban con paralizarme; y muchas veces pienso en mi maestro de latín y griego, a quien tanto debo, y me pregunto cuán terrible tiene que haber sido para él estar mirando durante decenios esas nuca abatidas por el aburrimiento y el hastío, y cuyos propietarios adquirirían de modo tan fatigoso el status que confiere simbólicamente la formación humanística escolar.

¿Por qué, cielo santo, por qué debían aprender ese griego que les aburría tanto que el aburrimiento se podía cortar con un cuchillo? ¿por qué? Para que años después, si llegasen a ser médicos, supieran que oftalmólogo significa

oculista, y alguna que otra vez, tomando una cerveza, recitar los versos iniciales de la Odisea (¿o sería la *Ilíada*?). ¿No hubiera bastado para eso un léxico de extranjerismos?. Nunca he llegado a comprender el sentido de esta dificultosa versión de la formación humanística.

Alguna obra teológica importante, que probablemente hubiera debido leer, no llegué a leerla hasta al final porque ni me entretenía, ni ella se entretenía conmigo, y entonces hasta podía echarle mano a una novela policial que estuviese a mi alcance. Además me inspiran mucha curiosidad los detalles ambientales, y una novela policial más o menos conseguida ofrece mucho en ese sentido. Tampoco tengo nada en contra de libros de los que aprendo algo, que me enseñan, como puede ser el libro *Roots (Raíces)* de Alex Haley, un libro que apenas contiene momentos felices de expresión o poesía, un libro que a trechos pesa, a no ser que uno se interese apasionadamente por las riñas de gallos (¡lo que no es mi caso!). es un libro compuesto más bien como tratado, una forma literaria legítima. Pero hallo mucho más interesante el libro *El coronel no tiene quien le escriba*, de Gabriel García Márquez, en el que es muy poco lo que “pasa”: no pude dejarlo de la mano hasta que hube leído la última línea, y en ese momento, aún cuando sabía o creía comprender que el libro concluye donde tiene que concluir, yo hubiese querido seguir leyendo algunos cientos de páginas más sobre ese coronel, su gallo (¡también aquí hay una riña de gallos!), su mujer, la carta que no llega, entierros, ese vacío que corta el aliento, esa grandiosa tristeza, atemporalmente colgada en el Tiempo. Como se ve, prefiero Gabriel García Márquez a Alex Hale, pero leo los dos, y a los dos con interés, y no sabría decir si es el autor lector o sólo el lector quien prefiere *El coronel a Raíces*.

Numerosos, probablemente innumerables malentendidos descansan sobre la vaguedad o la falta de claridad de los conceptos interés y entretenimiento, descansan sobre la incapacidad para leer de aquellos que sólo saben leer desde un punto de vista técnico, que –como políticos– se expresan responsablemente de primera mano y con el énfasis de la convicción acerca de lo escrito, si bien se hallan en la irresponsable situación de haber sido informados tan sólo de tercera o cuarta mano. Siguen queriendo enseñar tan sólo “mores”, carecen de costumbres de lectura, y creen poder hacer frente con decretos a la radicalidad de la palabra escrita, una radicalidad que nada más descubren (o se hacen descubrir por otros) en la superficie, justo cuando el viento riza las olas, siendo así que todo lo escrito tiene su propio y hondo mar de fondo, un movimiento eterno que será invisible para quien llegó a lector.

No quiero ofrecer aquí una explicación para cada uno de los textos (*los que forman “Mi libro de lecturas”, N. del T.*), pienso que los autores y los textos hablan por sí mismos, e incluso espero que se produzca una especie de conexión “sotoescrita”, que, si se las aclarase, perdería su posible interés. Le debo una explicación a los autores y autoras que no he seleccionado, pero no a aquellos que conozco, que he leído, sino a aquellos cuyos libros y manuscritos no he leído. Leer significa seleccionar, y toda selección es injusta, más

que injusta, es cruel, si, a cada tanto tiempo despejo estantes, gavetas, mi mesa escritorio, y los limpio de libros y manuscritos que no he leído porque la verdad es que mi capacidad de lectura es limitada. ¿Qué es lo que me he perdido, qué es lo que se pierde, de lo impreso y lo no impreso? No sólo me faltan los desconocidos, me faltan continentes enteros y muchos países: Australia y Guatemala, África, Suecia, Asia, La Unión Soviética y Costa Rica. Recientemente llegó a mis manos la edición de bolsillo de una novela de un autor africano, y en una de las guardas del volumen encontré anunciados más de cinco docenas de autoras y autores africanos, y eso tan sólo era un libro de una editorial. También le debo una explicación a los clásicos: algunos que en un principio me parecían indispensables –por ejemplo Kafka y Brecht, Kleist, Hebel, Goethe– los he sacado de la selección porque puedo suponer que se los encuentra en muchos libros de lecturas y antologías. Con América Latina he intentado hacer lo que podría intentarse con cualquier continente: relación de la colonización, análisis de las consecuencias hasta el momento presente, y algunos ejemplos de su literatura actual. Falta por completo lo que se podría llamar literatura alemana de posguerra; por lo que se refiere a este bloque, me hubiera resultado muy difícil la selección. Lo mismo vale para la poesía, todo un mundo literario con muchos continentes. Como ensayo de una introducción a la literatura he escogido lo que de un modo nada convencional, nada académico, escribié Chesterton acerca de Dickens: fragmentos de un extenso libro. Según me parece, el ejemplo Dickens valdrá para aclarar conceptos, revisar prejuicios, aprender algo sobre interés, entretenimiento, popularidad, pesimismo y optimismo.

Para desintoxicar los conceptos “éxito” y radicalidad de su pura consideración comercial, he seleccionado fragmentos del libro *Resistencia hoy*, de Werner von Trott zu Solz. Aún antes de publicarse en 1958, este libro me había llamado la atención –a través de un avance aparecido en los Frankfurter Hefte– hacia un “mar de fondo” entonces todavía latente, ya perceptible pero no reconocido, un profundo movimiento interior, y hoy veinte años después de su aparición, cuando reflexiono sobre la evolución espiritual y política de la República Federal, lo encuentro profético. Un libro ignorado, sólo tomado en cuenta por unos pocos, alemán sin dimensión nacionalista, y justamente por ello muy alemán. Familia, sociedad, Iglesia, la instaurada esquizofrenia de nuestra manera de vivir, el miedo de los alemanes ante su historia, a causa de historia, la falta de resistencia con la que se dejan llevar al Este o al Occidente, la ausencia de amistad en la que vivimos; el interés del libro va por lo hondo, su radicalidad es aún más honda, más honda de lo que pueden suponer los políticos que no saben leer y sólo reconocen el radicalismo en la superficie.

Si esta selección no aburre, si vuelve lectores a los que aprendieron a leer y tienen la experiencia de la lectura, si los precave de los peligros de la legastenia formal y de contenido que se esconde en las tradicionales muestras de la interpretación, entonces podrá transmitir un atisbo de lo que he denominado mar de fondo: un profundo movimiento interior que recién se siente cuando

uno se abandona a él. Agradecámoselo a aquellos que erigieron escuelas e hicieron obligatoria la lectura. No siempre sabían lo que estaban poniendo en marcha.

**Nota necesaria
del traductor:**

Este "libro de lecturas" seleccionadas por Böll apareció en septiembre de 1978, siendo el segundo de una colección inaugurada meses antes por el similar de Huber Fichte. La iniciativa fue de la Editorial Fischer, y el experimento no duró mucho, por desgracia. Porque, hilando fino el pensamiento de Böll, tan importante como saber qué leía Guillermo II, o más importante, era saber lo que nos recomendarían que leyésemos Böll, Grass, Frisch, Andersch... y (por supuesto) Rulfo, Cortázar, Gonzalo Rojas, Mutis, etc. Algunos de estos textos elegidos por Böll, dada su concreta especificidad alemana, difícilmente le dirían nada –como referencia, que conste– a unos lectores de lengua materna española. Otros están mencionados expresis verbis en el propio texto de Böll: el de Chesterton sobre Dickens, el de Werner von Trott zu Solz, El coronel no tiene quien le escriba. Considero interesante para el lector (en el sentido que Böll confiere al término), y hechas ya las salvedades que anteceden, reseñar las lecturas seleccionadas por el Premio Nobel 1972. Son las siguientes: Stansilas Joyce acerca de su hermano James, Bozena Nencova acerca de su abuela, Halldor Laxness (El paraíso reencontrado), György Konrad (El triunfador de la ciudad), León Bloy (La sangre de los pobres), Virginia Woolf (Mrs. Dalloway), una recopilación de testimonios directos de la conquista del Perú, Eduardo Galeano (Las venas abiertas de América Latina) y el libro de Domitila, la minera boliviana, amén de Sobre héroes y tumbas, de Ernesto Sábato. Y luego: Primero los idiotas (Bernard Malamud), las Bienaventuranzas y diversas parábolas de Nuevo Testamento, dos cartas de Van Gog (23.11.1881 y fines de junio 1888) un testimonio directo de la época de la Reforma, dos cartas de Santa Teresa (4.12.1577, desde Avila a Felipe II; 8.5.1578, también desde Avila, al padre Jerónimo Gracián), y por último, junto a las de Santa Teresa, las palabras con las que Rosa Luxemburgo se enfrentó el 20.2.1914, en Francfort del Memo, al tribunal monigote que la quería condenar por sus actividades antimilitaristas. Hay tanta hermosura, ¡hay tanto Böll!, en esas palabras, que se me permitiría terminar esta necesaria nota con la traducción de su final. Dice Rosa Luxemburgo: "El fiscal ha dicho textualmente, lo he anotado , que solicita mi inmediata detención porque ´sería incomprendible que la acusada no huyera ´. Esto quiere decir, con otras palabras: Si yo, el fiscal, tuviera que cumplir la condena de un año de cárcel, huiría. Señor fiscal: le creo. Usted huiría. Un socialdemócrata no huye: responde de sus actos y se ríe de vuestras sentencias. Y ahora, condénenme ustedes".

LA “SENCILLEZ” DE LA GENTE “HUMILDE” Y SU POSIBLE GRANDEZA

SOBRE EL LIBRO DE MOEMA VIEZZER
SI SE ME PERMITE HABLAR.
TESTIMONIO DE DOMITILA,
MUJER DE LA ZONA MINERA BOLIVIANA
(1978)

Si, hablamos del testimonio de Domitila, entrecomillo “sencillez” y “humilde”. Lo hago porque, a mi juicio, no existe la gente sencilla; yo, al menos, nunca en mi vida me he tropezado con un hombre sencillo. El adjetivo “humilde”, por otra parte, también se emplea de la misma manera que “sencillo”; define, con frívola condescendencia, una característica de clase y se asocia con la pobreza, la incultura, la debilidad y la impotencia; la gente “humilde y “sencilla” suelen ser los oprimidos o los súbditos mudos.

Se trata de un funesto error; la gente sencilla, precisamente, que también se encuentra a veces entre los altos directivos, es por lo general más sensible y vulnerable que los cultos capaces de articularse con presteza y de convertir su lengua en una navaja. A los escritores se les suele atribuir una mayor sensibilidad que a los hombres “comunes y corrientes”. Lo niego: la sensibilidad de una vendedora o de un empleado de banco debería tener el mismo valor que la de un escritor, el cual tiene, en todo caso, la suerte de poder expresarla.

El *Testimonio de Domitila* no es un texto escrito, sino hablado. Me parece positivo que se haya mantenido la fluidez conversacional y no se hayan eliminado las formulas coloquiales. De este modo, se ha podido conservar la voz – una voz clara, inteligente y sensible hasta en los detalles más delicados. Asombra la complejidad vital de esta “sencilla” mujer de un minero boliviano. En primer lugar, en el plano más duro, el económico, donde se trata de la mera supervivencia: la leche, el maíz, el pan y la vivienda. Comprende el contexto político de las intolerables condiciones y circunstancias; de allí se deriva su

análisis político y se produce –gracias a Dios todavía se puede usar esa palabra- un proceso de concienciación. Esta, a su vez, genera actividad y, luego, acción: se fundan los comités de amas de casa. Hay discusiones y conversaciones, y los sindicatos entran en escena. Debe leerse con atención la parte dedicada a las torturas y malos tratos que la policía y el ejército aplican a Domitila; a los sucesos ocurridos más tarde, cuando la policía ocupa la población; cómo destruyen la única voz de los obreros: su emisora de radio. Más adelante, tras las inconcebibles torturas en la cárcel, intentarán sobornarla..., ella se negará. Quizá recordarán ustedes que en 1977 el cardenal y el arzobispo de La Paz concedió asilo en la catedral a un grupo de mujeres en huelga de hambre; que apoyó sus reivindicaciones, y que el gobierno de Banzer se vio obligado a ceder: Domitila lideraba ese grupo de mujeres.

Resulta más que sorprendente cómo esta mujer “sencilla” reconoce las causas e interrelaciones, cómo analiza los procesos y convierte sus conocimientos en acciones concretas y, cuando lo considera necesario, hasta violentas: dura y tenaz, a menudo a costa de su familia, y no siempre de acuerdo con su marido, a quien el trabajo en la mina ha cansado y ablandado. No extraña, pues, que le ofrezcan una vida más agradable en la capital, vida que ella rechaza para romper el vil círculo vicioso de los privilegios, la corrupción y el soborno.

Los conocimientos sociales y sociopolíticos de Domitila superan con creces sus vivencias y experiencias directas en la población minera. Su contribución al tema de la emancipación de la mujer refleja un alto grado de conciencia. En el *Congreso feminista internacional*, celebrado en México en 1976, declara que para ella no tienen interés alguno los temas allí tratados: el lesbianismo, la frustración de las amas de casa en el parque de máquinas doméstico o el trauma de las cacerolas. A ella (es una interpretación, ella lo expresa de otra manera) le gustaría estar junto a una cacerola, si tuviera una y si, además, la cacerola tuviera algo dentro. Ella ha visto cómo las condiciones destrozan y hasta pueden llegar a aniquilar a sus maridos. Los mineros; como les destruyen las emisoras de radio, el único instrumento de expresión y comunicación. Ella apela a los soldados en tanto son proletarios e hijos del pueblo y reconoce que las emisoras de la Iglesia, fundadas con el fin de ofrecer propaganda anticomunista y, por tanto, sin quererlo, para justificar el capitalismo y la dictadura, han modificado su tono y han cambiado de oyentes. Ojalá esta evolución continúe, ojalá alguien pueda explicar a esta gente que hay algo en lo cual se puede confiar: si no en el socialismo, una vez que la nacionalización impulsada por una dictadura acrecentó la miseria. ¿En qué puede confiar sino, suponiendo que todavía tengan fuerzas para la esperanza después de vivir durante casi cinco siglos bajo una extraña versión del “cristianismo” que les prometió el cielo y les robó la tierra? Quienes poseían la tierra y sus tesoros siempre les prometían el cielo.

No es de extrañar, pues, que los explotados comiencen a desconfiar de las falsas monedas metafísicas. Préstese particular atención al capítulo sobre las nefastas consecuencias de la televisión, en especial la norteamerica-

na, que genera en niños y adultos unos sueños consumistas imposibles de satisfacer.

El *Testimonio de Domitila* complementa y confirma los datos que, a su manera, nos ofrecen los análisis altamente intelectuales de la situación latinoamericana (por ejemplo, Eduardo Galeano: *Las venas abiertas de América Latina*) y las descripciones literarias (García Márquez, Alejo Carpentier, Vargas Llosa y otros) : la explotación (sin comillas) continua, incluso después de las nacionalizaciones, y no sólo por medio de las potencias neocolonialistas... Continúa también con el consentimiento de los círculos y poderes autóctonos que a veces comienzan con proclamas progresistas y acaban con una política reaccionaria o son derribados si siguen creyendo, ingenuamente, en el progreso social.

La voz de esta mujer “sencilla” y “humilde” demuestra grandeza, más grande que los desagradables y “grandes” dictadores que, con tal de oponerse al socialismo, reciben dinero y armas, armas y dinero, y además una formación especializada para sus esbirros en la zona del canal de Panamá.

CORTESÍA EN EL CASO DE INEVITABLES VIOLACIONES DE LA LEY (1977)

Pareciera ocioso alabar las formas sobrentendidas de la cortesía:

cómo es que naturalmente debe mantenerse abierta la puerta para un niño; que a un niño, cuando se está de compras, no hay que empujarlo hacia atrás sino dejarle que pase adelante; que a un escolar cansado, que viaja estresado de regreso a casa, hay que dejarle disfrutar su asiento en el tranvía, el autobús o el tren, sin molestarlo en su bien ganado descanso, ni verbalmente ni tan siquiera focalizándolo con una mirada pedagógico-moral; así como también doy por sobrentendido que no se hace pasar hambre al hijo, ni al gato, el perro o el pájaro, y en caso necesario se está dispuesto al hurto famélico, y naturalmente tampoco se debe dejar pasar hambre o sed a la esposa o la novia; y a ninguno de todos ellos se los debe golpear, ni siquiera si ellos mismos lo piden, porque la cortesía de las manos es una de las cortesías importantes; tampoco debe ofrecérsele al honorable visitante la primera, tampoco la segunda, y si es posible tampoco la tercera sino la cuarta taza de té, de acuerdo con el proverbio chino de que la cortesía está cerca del fondo de la tetera; entre las cortesías sobrentendidas se cuenta también que en el trato con personas de ambos sexos y que se sienten subordinadas –puesto que EN SÍ el concepto de subordinación es naturalmente inadmisible–, debe hablarse un par de decibelios más bajo, más discretamente que en el trato con aquellos que se tienen por superiores; naturalmente, también el concepto de superioridad es en EN SÍ improcedente, ya que no te pueden poner a alguien por encima como por ejemplo te ponen un sombrero, y se debe hablar con estos superiores no de un modo fuerte y grosero, sino un par de decibelios más alto y menos cortésmente: semejante proceder podría cambiar un poco las estructuras.

Tampoco se debería decirle sencillamente en su propia cara, a alguien poco simpático, que no nos resulta simpático, por ejemplo así: „¡Tu hocico no me gusta!“. Ese desagrado se puede expresar también de un modo cortés, aproximadamente de la siguiente forma y por escrito, porque la expresión oral

siempre incluye el peligro de la grosería: „Debido a incomprensibles y no analizables, no quiero decir que debido a cósmicas constelaciones, pues no quisiera hacer sólo responsables a las estrellas y a sus ascendentes; debido, pues, a circunstancias que ni son sólo culpables ni son sólo cosa del destino, los que llamaremos lazos de simpatía entre nosotros se han lamentablemente –y le ruego interpretar este >lamentablemente< como una expresión tanto de mi pena como de mi respeto abstracto por su personalidad–, los lazos de simpatía entre nosotros se han evidenciado como no activables. Aun cuando usted es >en sí< una persona y una presencia por demás agradable, estimo conveniente, incluso indicado, limitar el número de nuestros encuentros a un mínimo, ese mínimo que por motivos profesionales nos obliga a darnos de vez en cuando un apretón de manos y tratar de detalles que son imprescindibles para la cada vez más importante producción (aquí puede colocarse el nombre del respectivo producto: novelas, tuercas, arenques en gelatina). Por encima de este mínimo indispensable debemos ahorrarnos mutuamente el sonido de nuestras voces, la contemplación de la piel y el cabello, la percepción de los olores que despedimos. Le comunico esto, no sin tristeza, en la esperanza de que esas incomprensibles constelaciones y combinaciones cambien, y se activen los lazos de simpatía entre nosotros, de tal modo que una situación general de simpatía ya cambiada nos pudiera probablemente poner en condiciones de extender los necesarios contactos profesionales al terreno privado.

Reciba usted la seguridad de mi consideración más distinguida“.

Semejantes formas de cortesía me resultan tan evidentes que no quisiera tratar de ellas sino tan sólo señalarlas.

Tan difícil como necesario, sin embargo, me parece llamar la atención acerca de la cortesía en situaciones no convencionales, incluso ilegales. Debe remarcarse que las acciones de las que quiero ocuparme, son EN SÍ no sólo no convencionales o deshonestas, sino decididamente delictivas. Tomemos por ejemplo un delito EN SÍ tan criminal y descortés como puede serlo el robo o el atraco de un banco, y pensemos en aquella dama hasta el día de la fecha tan respetuosa de la ley, tan decente y honorable, y que a la luz del día –para decirlo de manera exacta, a eso de las 15.29– alivió de unos 7000 marcos a una caja de ahorros en un suburbio de una ciudad alemana. ¡Es que hay que imaginárselo: una dama de 61 años, de la especie que se dice que son frágiles, y que al mirarla hacen pensar en solitarios o en el bridge, viuda de un alférez, penetra en la filial de una caja de ahorros con el propósito de adquirir posesión ilegal de dinero! Si esta dama se ha hecho famosa como „la atracadora cortés“, e incluso en las actas de la policía aparece calificada como tal, es porque con el adjetivo cortés se está definiendo su especial peligrosidad.

Esta señora hizo instintivamente lo que el cortés atracador de bancos debe hacer: no pensar ni en armas ni en violencia ni en gritos, ni siquiera llegar a considerar tales toscos métodos. Es no sólo descortés sino también peligroso moverse apuntando con pistolas o con ametralladoras, y gritando „¡Acá la plata, o trueno!“ , y naturalmente no acude una dama como la nuestra al banco más

cercano llevada por una avidez abstracta de dinero, tampoco porque de repente perdiese el equilibrio, sino porque recuperó el equilibrio en una complicada situación. ¡Pensó muy bien lo que hacía y tenía sus motivos!

El dilema que obliga a esa dama a llevar a cabo su, por decir lo poco, acción no convencional, debe ser reseñado brevemente: Ella tiene un hijo que anduvo en malos pasos, ya ha cumplido varias cortas condenas a prisión, pero que ahora, una vez más salido de la cárcel, encontró una novia que influye en él estabilizándolo, y debe tener una oportunidad como representante de productos farmacéuticos. Su madre ha gastado una pequeña fortuna en llamadas telefónicas y estampillas, ha contactado con todas sus relaciones –entre ellas con dos generales todavía en activo– para que obtenga esa oportunidad. Y entonces llega inesperadamente y en el último momento una exigencia de la firma: ¡5000 marcos de fianza! La madre –esa dama que se ha hecho famosa como la atracadora cortés– le ha conseguido un pequeño apartamento, le profesa cariño a su novia, todo funciona de la mejor manera, y de pronto lo imprevisto: ¡5000 marcos de fianza! Hay que figurárselo mentalmente: La dama ya ha sobregirado su cuenta bancaria considerablemente, su jubilación se ha constreñido a un mínimo existencial, la mayor parte de la misma se queda en la caja del banco, le ha pedido préstamos a todos quienes podía pedirselo, amigas de sus partidas de bridge, viejos camaradas de su esposo, entre ellos dos coroneles y un general, gente toda muy cabal: ha borrado el desayuno de su dieta, y ahora se encuentra en su apartamento y lo único que se le ocurre es una frase: „¿De dónde tomarlo sin robarlo?“, y ese eslogan tan popular se convierte en una relativa fatalidad para la caja de ahorros.

Debe añadirse que la dama no sólo es frágil, sino también orgullosa. Una y otra vez ha tenido que humillarse, que dejarse aleccionar, que dejarse dar un par de miles de consejos bienintencionados, se ha tragado burlonas observaciones acerca de su hijo, ha vendido la mayor parte de sus muebles, se ha desprendido de su pastor escocés que tanto quería y ello le ha valido pelearse con su mejor amiga, quien llegó a decirle literalmente „Un perro a cambio de un perro, eso no es negocio“; ha visitado a su hijo en diversas cárceles, ha pagado abogados, ha tenido gastos de viaje. El único lujo que aún posee es el teléfono, para que su hijo pueda llamarla en cualquier momento, y ella a él cuando él lo tiene. Existen incluso instantes en los que ella no sólo cree comprenderlo, sino que hasta lo comprende. Las experiencias sociales de los últimos cuatro años la han acorralado interiormente hacia el margen de la asocialidad, pero todavía no por fuera: es una dama atildada, que parece más joven de lo que es, y entonces, después de haber sido alarmada telefónicamente por su hijo, se acordó del fatal eslogan: „¿De dónde tomarlo sin robarlo?“, y la moraleja del eslogan pulsa en ella una cuerda que los multiplicadores de eslogans no habían previsto. Robar, piensa, esa es la solución, cuando alrededor de las 14.30 se acuerda de la pequeña y bien cuidada filial de una caja de ahorros al lado de un parque, en un barrio vecino.

Antes de abandonar la casa le da alpiste a sus pinzones enanos, unos pájaros diminutos del tamaño de mediopulgar, que todavía se puede permitir. La palabra robar, tan inusual para ella, se le va volviendo más y más familiar mientras se acerca al parque del barrio vecino, donde llega aproximadamente a las 15.05. Robar, piensa: ¿dónde se roba el pan? En la panadería. ¿Dónde se roban salchichas? En la carnicería. ¿Dónde se roba dinero? En la caja de un negocio o en un banco. La caja de un negocio queda descartada de inmediato, es para ella demasiado personal, ella no quiere robar directamente a nadie; además, ¿en qué caja va a encontrar 5000 marcos? Robar la caja de un negocio se le antoja demasiado impertinente, casi llamativo. Remordimientos de conciencia hace tiempo que ya no tiene, está concentrada en reflexiones tácticas y estratégicas. Desde un seto contempla la pequeña y bien cuidada caja de ahorros al otro lado, de la cual sabe que cierra a las 15.30. El vestíbulo está vacío, y se le ocurren un montón de cosas curiosas: naturalmente ha visto de vez en cuando la televisión, también va al cine alguna vez, y piensa, no en armas, ni siquiera de juguete, sino en la media con la que se cubren el rostro: siempre le provocó un escalofrío porque ello hería su sentimiento estético, el ver cómo se desfiguraba la faz humana; y además considera indigno de ella despojarse en este seto de una de sus medias: por otra parte eso les permitiría reconocerla a unos eventuales perseguidores.

¡En esta reflexión se aúnan de una manera única –como el atento lector enseguida habrá notado– estética, moral y táctica! En su bolsa guarda unas gafas de sol gigantescas –un regalo de su hijo, que pensaba que le sentarían bien–. Se pone las gafas, se despeina su pelo por lo general tan cuidado, atraviesa la calle, penetra en la caja de ahorros: en la ventanilla de la derecha una joven ocupada con resguardos bancarios y que le sonrío amistosamente, algo inquieta porque sólo faltan pocos minutos para la hora del cierre: la ventanilla del centro está cerrada: en la de la izquierda un hombre joven de unos 34 años, haciendo el arqueo de la caja. Levanta la vista, sonrío cortésmente y dice lo habitual: „¿En qué puedo servirle, señora?“. En ese instante ella mete la mano en su bolso, saca de ella su puño cerrado, se acerca más a la ventanilla y susurra: „Una situación extraordinaria me obliga a este por desgracia inevitable atraco. En mi mano derecha tengo una cápsula de Nitrit que puede causar grandes daños. Siento enormemente tener que amenazarle, pero necesito enseguida 5000 marcos. Démelos. Si no...“

Lo trágico de la situación se potencia en este caso por el hecho de que también el empleado bancario –como la mayoría de sus colegas– es una persona cortés, a quien ese „Si no...“ no le provoca ningún susto, y que comprende enseguida el apuro de la dama. Los atracadores profesionales, además, no exigen una determinada cifra sino todo. Detiene su arqueo –justo acaba de llegar a los billetes de 500 marcos!– y susurra: „Me va a colocar en una situación insostenible si no emplea usted más violencia. Nadie me va a creer lo de la cápsula explosiva si usted no amenaza, si no grita, si no hace

una escena convincente. Después de todo también hay reglas para los atracos a los bancos. Está usted haciéndolo muy mal“.

En ese momento la joven abandona su ventanilla, cierra el banco por dentro pero deja la llave en la cerradura. La vieja dama, no menos decidida sino más decidida que nunca, descubre su oportunidad. “Esta cápsula“ susurra amenazadora. „Nitrit“, dice el empleado, „no es explosiva sino sólo venenosa. Probablemente usted quiere decir nitroglicerina“. „No sólomente lo quiero decir, es que la tengo“. Como se ve, el empleado –y asimismo el dinero– están perdidos. En vez de apretar sencillamente el timbre de alarma se mete en una discusión, además le han brotado entretanto gotas de sudor en la frente y sobre el labio superior, y está haciendo cábalas acerca de para qué podría la dama necesitar el dinero: ¿bebe? ¿se droga? ¿tiene deudas de juego? ¿un amante renuente? Piensa demasiado, no hace uso de su derecho, y en ese que podemos llamar fuertemente meditativo intermezzo, la vieja dama mete la mano por la ventanilla, lo bastante lista como para hacerlo con la mano izquierda, agarra todos los billetes de 500 marcos que puede agarrar, corre hacia la puerta, la abre, atraviesa la calle, desaparece en el parque, y recién cuando ya está fuera del alcance de la vista es cuando el empleado activa la alarma.

Es bastante seguro que este empleado se hubiera opuesto mucho más enérgicamente a un atracador descortés, le hubiera golpeado el puño, conectado la alarma. Naturalmente este asunto tuvo varias consecuencias. Señalemos aquí las principales: la dama nunca fue detenida y el cajero nunca fue despedido, sólo trasladado a un lugar en el que no tenía contacto directo ni con el público ni con el dinero. Cuando la dama constató que había agarrado 7000 en vez de 5000 marcos, transfirió 1900 de vuelta, y fue lo bastante astuta para no hacerlo telegráficamente, lo que hubiera podido conducir a su identificación: se permitió tomar un taxi hasta la estación y tomó el primer tren para viajar donde su hijo, y eso costó unos 90 marcos, los restantes diez los invirtió en café y coñac que tomó en el coche comedor del tren, y creía habérselos ganado. Al entregarle el dinero a su hijo le tapó la boca con su mano y le dijo: „No me preguntes nunca, de dónde lo saqué“. Después llamó por teléfono a su vecina y le rogó que le diese alpiste a los pinzones enanos. Es casi superfluo decir que con su hijo todo acabó bien: naturalmente leyó en el diario acerca del curioso robo de la „atracadora cortés“ y este acto de solidaridad materna por medio de una acción delictiva, ejerció un efecto moral estabilizador sobre él, más que algunos miles de buenos consejos, más también que su estabilizadora novia: se convirtió en un sólido representante de productos farmacéuticos, con oportunidades de ascenso, pero no podía renunciar a decirle a su madre en diversas ocasiones: „¡Lo que tú no hayas hecho por mí!...“. Qué fue, nunca se dijo. Después de largas consultas consigo misma, la dama redujo la cuota de reintegro a la caja de ahorros a un marco por mes, fundamentando así esta cuota reducida: „Los bancos pueden esperar“.

Al cajero le enviaba de vez en cuando flores, un libro o entradas para el teatro, y le legó el único mueble de valor que le quedaba: una botica casera de

madera tallada en estilo neogótico. Según se ve, la cortesía vale la pena, para empleados bancarios y para atracadores de bancos, y cuando los atracadores excluyan por completo de sus pensamientos las armas o las cápsulas explosivas, las palabras groseras, el comportamiento grosero, quizás algún día no se hable más de atracos a los bancos sino de empréstitos forzosos, donde sólo se podrá hablar de un duelo pacífico entre dos distintas maneras de articularse la cortesía.

Ahora debe añadirse que un atraco –si transcurre sin violencia y sin daños corporales– es un delito bastante popular: cualquier atraco exitoso donde nadie sale herido, despierta sentimientos de felicidad, y también envidia, en todos aquellos que en cualquier momento llevarían a cabo un atraco exitoso y sin violencia, si tuvieran el valor para hacerlo. Mucho más difícil es la mera mención de la cortesía en el caso de otro delito igualmente penado, como la desertión. Extrañamente se considera cobardes a los desertores, un juicio que no puede sostenerse después de un examen más atento. El desertor en tiempos de guerra se arriesga a que lo fusilen, el amigo o el enemigo, porque nunca puede saber a qué manos se entrega, aunque sí cree saber de qué manos se aleja. Sea como fuere que se deseen aplicar las respectivas escalas nacionales –y curiosamente en ello coinciden todas las naciones– el desertor en tiempos de guerra arriesga algo, y se debiera respetar el riesgo que corre. Pero aquí debemos hablar del desertor cortés en tiempos de paz, de aquél joven desconocido que abandona el servicio militar sin hacer uso de sus derechos, por ejemplo el derecho a la insubordinación; que toma las de Villadiego, desaparece, a ser posible en el extranjero, porque sencillamente no tiene más ganas y está harto de la principal carga en la vida del soldado –el aburrimiento–, porque ni la más o menos impuesta camaradería ni el sedicente servicio lo atraen, porque el dinero, la comida, la libreta de conducir, las oportunidades de formación, las ofertas de ascenso, lo dejan indiferente; un buen joven alemán que –digámoslo así– ha leído su Eichendorff en la escuela y lo encontró „fenomenal“; un joven simpático que no terminó sus estudios porque la escuela le resultaba demasiado aburrida; que se hizo ebanista, una cosa que le gustaba; que poco antes de rendir su examen profesional fue llamado a filas, completamente desinteresado por los tanques y las armas de cualquier tipo, tampoco interesado por la política, sino (no exclusiva pero sí muy poderosamente) por la fabricación de muebles, como la ha observado durante sus distintas estadías en Italia en los talleres de Roma y Florencia, quizás también en Siena.

Problemas morales –que de vez en cuando se falsifiquen muebles a conciencia– no le interesan, él quiere, quería irse allí, y en vez de eso se encuentra de improviso en un cuartel de infantería en, digamos, Neu-Offenbach. Naturalmente que a este joven se le podrían hacer un montón de serios reproches: que carece de conciencia ciudadana, que no hubiera debido desaparecer camino de –digamos– Bolonia después sino antes del llamamiento a filas, se le puede reprochar que no tiene conciencia del deber...aun cuando eso no es

cierto, pues el maestro con quien estaba aprendiendo el oficio, y que entretanto ha sido víctima de cambios económicos estructurales, le extendió un magnífico certificado. Sus padres, sus maestros, incluso su amigo, han tratado desde siempre de hacerle entender que se debe pensar de un modo realista, pero este simpático joven piensa como realista, piensa en madera apilada, cola y tornillos, bancos de carpintero y patas de silla torneadas; piensa también naturalmente en muchachas y vino y cosas por el estilo.

Sólo que la Bundeswehr no sólo no le gusta sino que no le dice nada, no le da nada. Semejantes casos existen. No sirve de nada lamentarlo, aun cuando es lamentable EN SÍ. El joven es así, y hay que concederle que se ha comportado de manera relativamente limpia, cumplió fielmente el así llamado período de instrucción: no es porque comprendiera que debía hacerlo, despertó su curiosidad aunque no así su entendimiento. Pero ahora está hasta las narices y no se dirige a cualquiera de las oficinas de asesoramiento –eclesiástica, estatal, independiente–, no, sencillamente desaparece, pero como es un hombre cortés, no desaparece a cencerros tapados, le escribe una carta al jefe de su compañía, bien que desde una distancia segura y usando para despistar unas estampillas suizas. “Mi estimado capitán, no se moleste por el hecho de que no le haya sabido encontrar atractivo al oficio de usted, que todavía tendría que estar desempeñando ahora durante un año más: asimismo le ruego que no tome mi desertión como algo personal y mucho menos como una ofensa. Ocurre sencillamente que no soy soldado y no lo seré nunca, y nada más lejos de mi ánimo que hacerle un reproche por no ser usted ebanista y porque probablemente no sabe lo que es un bastidor ni mucho menos cómo se lo construye. Naturalmente –y le ruego que lo considere siempre así– sé que existen leyes que pueden obligar a un hombre a ser soldado durante quince meses, pero no las hay que obliguen a nadie a saber lo que es un bastidor, y por eso sé también que mi comparación soldado/ebanista anda renga. Dejémosla renquear, y si existe esa ley que me obliga a aburrirme terriblemente durante un año más, por este medio le comunico que violo esa ley. Lo que me duele es el hecho de que usted era un superior tan agradable, simpático y comprensivo, que naturalmente yo preferiría inferirle a un oficial avinagrado y canalla la pena que posiblemente le estoy infiriendo. Usted, a mí que tan poco entiendo de las absurdas ordenanzas, me ha protegido un par de veces del castigo; ante alguna necedad mía que irritaba a mi suboficial y hasta a mis camaradas, usted ha sonreído tan comprensivo, tan comprensivo, que supuse que usted era un desertor clandestino, y esto no debe tomarlo como un insulto sino como un elogio. Quiero ser breve: como superior era usted mucho mejor que mi maestro ebanista, pero lo que usted –o mejor dicho, el ejército– me ofrecía era sencillamente insoportable, con lo que no me refiero ni a la comida ni a la soldada, sino sencillamente a esa terrible actividad que se llama «matar el tiempo». No quiero matar más mi tiempo, quiero despertarlo a la vida, nada más y tampoco nada menos. Lo único razonable, lo único que me gustó, fue nuestro servicio durante la catástrofe de las inundaciones en

Oberduffendorf: me hizo bien remar con el bote neumático de casa en casa y llevarles a los siniestrados de Oberduffendorf sopa caliente, café, pan y el diario: algunos rostros resplandecían de gratitud. Pero por favor, mi capitán, ¿no sería macabro, e incluso perverso, esperar a la siguiente catástrofe para encontrarle un sentido al servicio militar? En la esperanza de que comprenda algunas de mis ideas, y no desprecie mis motivos, me despido de usted con un cortés saludo“.

**LOS LECTORES
NO SON LOS CIUDADANOS
MÁS OBEDIENTES**

PALABRAS EN LA INAUGURACIÓN
DE LA BIBLIOTECA CENTRAL
DE COLONIA
(1979)

Señor presidente del Land Renania del Norte-Westfalia, señor alcalde mayor, querido señor Nestler, señor Tümmers, querida Jutta Bohnke:

Bibliotecas siempre las ha habido desde que los seres humanos supieron escribir o expresar sus pensamientos, posiblemente en piedra. Eran en su mayoría lugares de información para gente privilegiada, como esa biblioteca del Senado que acaba de mencionar el Sr. presidente Rau. Bibliotecas de príncipes, de conventos, científicas..., nada de eso es nuevo; la biblioteca pública, la biblioteca popular como esta que hoy se inaugura aquí, corregida y aumentada, es muy joven. Muy joven, sorprendentemente joven si se piensa desde cuándo escribe y publica la humanidad. Las primeras bibliotecas de esta clase surgieron alrededor de mediados del siglo pasado. Surgieron a partir de meditaciones de chiflados, de lunáticos. Son el resultado de las ideas revolucionarias de los literatos de café, teóricos cualesquiera, hoy se diría intelectuales de izquierda que luego se aliaron con una burguesía ilustrada y liberal en temas como círculos de instrucción, sociedades de lectura, llegando finalmente a la biblioteca pública, un laborioso camino por cierto, que está bastante estrechamente vinculado con la evolución del movimiento obrero alemán. No queremos olvidarlo cuando inauguramos hoy aquí una biblioteca grande, magnífica y reluciente. Los políticos dependen de números, cifras, estadísticas. Sólo quisiera llamar la atención sobre el hecho de que un lector es posiblemente más importante que toda una larga lista de nombres. Y quisiera llamar la atención acerca de que las bibliotecas son santuarios, espacios de libertad, y que a nadie, excepto al bibliotecario que tiene que prestar el libro, le debe interesar quién lee qué en ellas. Y es así que espero que en esta biblioteca, sin ser observado por otros, alguien pueda leer también –ojalá– a

Rosa Luxemburgo, sin que ello quede registrado en otro lugar que la propia biblioteca.

He oído, Sr. Tümmers, que existen cacharros con los que se puede controlar si alguien ha robado un libro, ¿verdad? Quizás procure usted estimular a un físico, a un técnico, para que invente un aparato con el que se pueda comprobar si alguien controla a un lector.

Alguien que quiera saber quién ha leído qué. Podría ser posible. Los políticos diligentes, enérgicos, activos –le ruego que no se sienta ofendido, Sr. Rau–, sonrían la mayoría de las veces con algún desprecio ante lo que ellos llaman sabiduría libresca: usted, con absoluta certeza, no. Olvidan que cuando suben a un avión, enérgicos y ávidos de gloria, en ese hecho se esconde cualquier cantidad de sabiduría libresca. Incluso en un auto, o en el más insignificante de los discursos que pronuncian, se esconde mucha sabiduría libresca. Si pienso en un lector, me acuerdo de un cierto Vladimir Ilich Ulianof, que también se llamaba Lenin, el cual leía e investigaba a diario, con regularidad, en la biblioteca municipal de Zúrich, como Solzhenitsin ha descrito persuasivamente. Las personas que lo hayan observado allí lo han tomado probablemente por un ruso loco, bastante cómico. Lo que es posible que hasta de alguna manera sí lo fuese. Y pienso en otro muy intensivo lector de bibliotecas, un alemán singular, ciertamente tomado por muy cómico, que se llamaba Carlos Marx y estudiaba en la biblioteca nacional en Londres. Y cuando pienso en los dos, me acuerdo de otro que se llamó Adolf Hitler, del que no puedo imaginarme que haya pasado una sola hora investigando intensivamente en una biblioteca. Se sabe algo acerca de sus lecturas. Tres, cuatro, cinco, seis libros, y una historia ilustrada del Imperio Alemán, según creo. Y cuando contraste entre sí esa calidad de la lectura, me queda claro que el socialismo, a pesar de todos los horrores cometidos en su nombre, a pesar de todos los desarrollos defectuosos que ha adoptado, todavía hoy, todavía luego y probablemente para siempre, tendrá mucho más poder de atracción que las sanguinarias vulgaridades del nazismo, al que me niego a llamar fascismo porque ello sería una minimización.

Tampoco es casualidad que allí donde el socialismo se adopta voluntariamente o es implantado por la fuerza, en primer lugar se combate al analfabetismo, esto es: se crean lectores. Las cosas no les salen bien nunca a quienes convierten en lectores a los lectores. Los lectores no son los ciudadanos más obedientes: los escritores desde luego que no. Y sin embargo es lo primero que hacen esas personas. Para la indígena de Colombia o de Bolivia no se necesita ninguna censura porque no sabe leer. Para el ciudadano lector que se vuelve rebelde, menos obediente (no puedo llegar hasta el final de este problema aquí, solamente lo señalo), la lectura es lo primero que se aprende en un Estado semejante. Pueblos sedientos de lectura, a pesar de todo, se forman allí. En cuanto que autor quisiera señalar que un libro, en una biblioteca, experimenta una nueva publicación. Se lo sustrae del mercado, adquiriéndolo la mano pública para ponerlo a disposición del público. También,

y por encima de todo, se lo libera del mercado: ya el Sr. Rau ha hecho alusión a las turbulencias que ahí dominan. Alguno de ellos terminará cubierto de polvo, pero un libro polvoriento sigue siendo un libro, se le puede sacudir el polvo y un día llegará esta u otra persona que lo leerá.

A los políticos y a los responsables que dependen de estadísticas y de cuotas de audiencia no puedo consolarlos con esto, pero haré una comparación con los visitantes de un museo. En los museos se exponen objetos mucho más costosos que en una biblioteca. Pero tiene que haber algún visitante de museo para quien la institución del mismo sea más importante que para los restantes miles o millones que lo visitan. Por favor no olviden a ese visitante a quien no conocemos, a quien nadie conoce. Nadie sabe a cuánto mueve la lectura, sencillamente no lo sabemos. Y si les he puesto los ejemplos de Lenin y de Marx, esos dos afanosos usuarios de biblioteca, no se trató de una amenaza sino de un consuelo.

Aprovecho la oportunidad para dar las gracias a la ciudad de Colonia, sobre todo en la persona de su anterior delegado de cultura, el Sr. Hackenberg, y también al gobierno del Land, aquí presente en la persona de su presidente, el Sr. Rau, que entonces era ministro de Ciencias; gracias por su decidido apoyo a una iniciativa ciudadana fundada por algunos colonienses —el principal impulsor fue Karl Keller, también aquí presente—: me refiero a la ya mencionada Germania Judaica, biblioteca de la historia del judaísmo alemán. Hace veinte años no se la llamaría aún „una iniciativa ciudadana“, pero lo era. Y esa biblioteca se incorporará con fecha de hoy a la biblioteca municipal. También se podría decir que será anexionada por ella, lo que no suena tan amistoso, y yo mismo uso esa palabra con un cierto pesar.

Como cofundador y durante muchos años presidente de la asociación que fue necesaria para ello, quiero también dar las gracias a la burocracia. Ya sé que no es popular, porque se ha puesto de moda hablar mal de la burocracia y los burócratas, también esta es una problemática que no puedo tratar aquí exhaustivamente. Naturalmente que hay cosas que se pueden decir en contra, pero también algunas a favor, porque prefiero ver respetados mis posibles derechos y pretensiones dentro de una burocracia, a estar dependiendo del favor de un señor o de un déspota. Hasta un cierto grado, el progreso y la burocracia están relacionados, hay que establecer las fronteras, y justamente la burocracia, personificada en los señores Hackenberg y Rau, salvó la iniciativa Germania Judaica. Un instrumento muy importante a través del cual se hubiera ya podido saber todo sobre el holocausto antes de que el sensacionalismo del cine lo haya hecho realmente actual. De manera muy especial quiero agradecer en esta oportunidad a la sra. Dr. Jutta Bohnke-Kollwitz, y a sus colaboradores, que a lo largo de veinte años de duro trabajo, y pese a sospechosos obstáculos (obstáculos que tienen que ver con la esquizofrenia que la opinión pública padece en este tema, el de la historia de nuestros conciudadanos judíos), han conseguido mantener esta biblioteca, salvarla por medio de tratativas, también de peleas, haberla convertido realmente en un instrumento

útil, que hoy será anexionado por la biblioteca municipal y en la que con su cuantioso material estará a disposición de cualquier ciudadano que se quiera informar: escolares, estudiantes, periodistas.

Mucha ayuda no es la que hemos recibido de los medios en el establecimiento de esta biblioteca: un notable desinterés. Por ello mi agradecimiento a los burócratas que verdaderamente nos han ayudado y que han salvado este instrumento. Asimismo me alegro mucho de que mi archivo esté también incorporado a ella, no sé de qué servirá o para qué puede servir, sólo espero que los materiales, los materiales de trabajo de un autor ya no tan joven, quizás induzcan a la ciudad de Colonia –hay señales de que así puede ser– a preocuparse más intensamente por los autores más jóvenes.

Para concluir quisiera todavía decirles, Sr. Tümmers, querida Jutta Bohnke, que cuando he subrayado aquí lo de uno, dos, o incluso tres o cuatro lectores, eso no significa que no les desee que sean muchos. Les deseo más que muchos, y espero que entre esos más que muchos se encuentre uno u otro que justifique toda una biblioteca. Muchas gracias.

¿DE QUIÉN ES ESTA TIERRA?

ACERCA DEL LIBRO
¿ES DIOS NORTEAMERICANO?
DE SOREN HVALKOF Y PETER AABY
(1981)

No quisiera dejar ninguna duda sobre lo siguiente: estoy a favor de que se predique la Buena Nueva, la Salvación, la Encarnación de Dios. La complicada y compleja cuestión de a quién y por quién debe ser predicada, comienza entretanto a darle quebraderos de cabeza hasta a los misioneros clásicos. ¿Era España cristiana cuando se lanzó a cristianizar a todo un Continente? Quinientos años más tarde se sabe y se ve lo que resultó de ello: la abúlica sumisión, la apatía de unos maltratados analfabetos que lentamente comienzan a despertar y a organizarse. Además de la palabra que predicaban ¿qué llevan los misioneros *consigo*, qué es lo que *son en sí*? No, no se trata ni de maldad ni de malevolencia ni de un puro afán de sojuzgamiento, pero sí en la mayoría de los casos, de muy pocas dudas acerca de la sociedad de la cual proceden, que llevan consigo y a la cuál representan: una Alemania castrensemente sumisa en el siglo XIX, una Inglaterra pagada de sí misma, una Francia libre y por encima de toda sospecha, y naturalmente la convicción de que habían arrendado y poseían el auténtico cristianismo.

En esta colección de estudios, doce etnólogos y antropólogos se ocupan del trabajo y la trascendencia de una doble institución reclutada entre la silenciosa mayoría y con una base fundamentalista: el Summer Institut of Linguistics (ILV) los Wycliff Bible Translator (WBT), que apenas si aparecen juntos en público y sin embargo forman un conjunto. A nivel doméstico, principalmente en los EE:UU, pero también en Inglaterra, Canadá y Alemania Federal, los WBT recaudan dinero para la labor misionera; y en el extranjero, el ILV trabaja en apariencia de un modo científico, lingüístico. A través de un extenso trabajo de campo, y analizando los resultados de ese trabajo, los doce autores han analizado a su vez los métodos y los resultados del trabajo de ILV/Wbt, haciéndolo

de un modo crítico, lo que siempre sigue significando verificadorio. Y la verificación no es positiva. En ninguno de los estudios. En ninguno de los estudios se imputa al ILV ni a sus colaboradores que den lugar, queriendo y sabiendo, a una destrucción: nada, pues, de mala intención, prácticamente nada más que buena voluntad. La lingüística consigue la admisión en Estados que son antirreligiosos y anticlericales, como lo fue México. Además, los miembros del ILV fueron y son bienvenidos, científicamente porque registran los idiomas de las tribus, políticamente porque predicán la obediencia a cualquier precio, pragmáticamente porque –munidos al parecer de inmensos recursos económicos– contribuyen a mejorar, e incluso crear, la infraestructura: líneas aéreas, pistas de aterrizaje, estaciones de radio, clínicas. Estos son los obsequios visibles. Los invisibles no son menos eficaces: la inconvencible idea de que su “way of life” es el único correcto, unos EE.UU. clase media del Medio Oeste malignamente reducidos a “Bigudíes y budín envasado”.

Lo que pasa es que los EE.UU. consisten en algo más que papilotes y budín envasado, y muchos norteamericanos se estremecen pensando en esos EE.UU. clase media del Medio Oeste, a los que nadie quisiera negarles el derecho de seguir su “way of life”, el cuál incluso puede tener una cierta amenidad. La cuestión es si ése podría ser el camino correcto para las tribus indígenas: reducir la Buena Nueva a la propagación de la propiedad privada y el individualismo, a la aptitud y el éxito en un sentido occidental, valores todos ellos que son extraños a la cultura indígena, como lo demuestran todos los estudios recopilados aquí, con distintas tribus en distintos países (Brasil, Colombia, Bolivia, Ecuador y México).

La pregunta esencial de la Humanidad, una pregunta que podría formularse en todos los continentes (¿De quién es esta Tierra?), ni siquiera puede ser entonces formulada. La Tierra pertenece a aquél que le echa la zarpa, al pionero, y eso significa, en estas décadas de nuestro siglo, bajo el signo de la dependencia y la codicia de materias primas, a las compañías petroleras y de cualquier índole. Se ha descrito ya bastantes veces cuán rico es este continente Latinoamérica en petróleo, gas natural, maderas preciosas, carbón, pieles, hierbas medicinales, piedras semipreciosas, metales (véase Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*), y no obstante, en ese rico continente vive un 90% de la población lindando con el mínimo existencial, y muchos por debajo él. En la mayoría de los casos escribe Luis A. Pereira F., polemizado violentamente con el ILV, “los mismos misioneros son ingenuos, y en su consecuencia son instrumentos dóciles: incapaces de darse cuenta de los fundamentos ideológicos y de los intereses políticos del sistema que los manipula”.

Estos misioneros parten para registrar aquellos países, sus idiomas, su geografía, sus costumbres... y ocasionalmente también su geología. Es desde luego curioso, como lo demuestra el cuadro sinóptico de la pág. 103, que en casi todos los lugares donde se asoma el ILV, se descubran riquezas a flor de tierra o bajo el suelo. Sólo en escasas oportunidades muestran los puños políticos: “Si llegan los enviados de Torres (el presidente Boliviano que fue

derrocado después por Banzer), tenéis que matarlos porque son malos espíritus”. Todo lo que, aunque sea sólo mínimamente, esté fuera del sistema económico y mental norteamericano, es naturalmente “comunista” y “El Comunista Torres (hace) jabón con las mujeres estériles y manda quemar a los viejos y viejas”. Para qué puede servir el en principio meritorio e inocente *registro* de un país, se evidencia en la declaración de un ex coronel del ejército boliviano (Pereira, pág. 237): “Tomamos contacto con los misioneros del ILV, quienes pusieron a nuestra disposición mapas del terreno en que operaba la guerrilla (de Teoponte). Quedamos sorprendidos ante la exactitud de sus mapas. Además de eso nos suministraron datos sobre la composición étnica de la población y el emplazamiento de los terrenos fértiles. Además nos podían decir con gran exactitud cuáles eran los grupos de la población que apoyaban a la guerrilla”. Semejante cooperación directa con el ejército y las autoridades es rara, pero significativa, puesto que condice con la concepción de los misioneros del ILV, según la cuál toda rebelión, todo deseo de cambio de las desoladoras circunstancias es cosa del diablo, quiere decir del comunismo. Cita de un folleto propagandístico de ILV: “Obedece a tus superiores legales, pues Dios les ha transmitido el poder de ordenar. No hay ningún gobierno en el mundo que no haya llegado al poder sin el permiso de Dios” (Epístola a los Romanos, 13.1). ¿Valdrá esto también para los Estados socialistas? Porque entonces sería hora de que el ILV comenzara su tarea en Polonia, para provecho del gobierno y en contra de Solidaridad.

La conversión en consignas de citas aisladas de la Biblia, el Corán y Marx se cuenta entre los rasgos esenciales de los fundamentalistas en el Este, Occidente, Oriente Medio y el Medio Oeste. Lo cierto es que el propio ILV *cambia* de forma considerable las sociedades indígenas, naturalmente para bien, esto es, encaminándolas a la economía de mercado. Como se desprende de todos los informes empíricos y los análisis de este libro, en ninguna sociedad indígena existía el derecho a la propiedad privada. “Las diferencias en la producción entre las distintas familias se compensan mediante mecanismos de redistribución tales como fiestas y regalos” (Hvalkof/Aaby, pag.385). Esto es algo que suena a algo así como “Estado del bienestar”. Pero justamente eso, regalos, es cosa que no debe darse. Claro está que los primeros contactos se establecen por medio de regalos que se dejan a la vista o se entregan pero muy poco tiempo después se hace ver claramente a los indígenas que también los regalos son *mercancías* y que las mercancías no son *regalos*: hay que comprarlas, hay que trabajar para poderlas comprar, y esto significa, si no se está instruido para desempeñarse como maestro, trabajo del más bajo nivel. Por su puesto que se pueden quedar con el radiocasete regalado, que sólo sirve para reproducir (himnos norteamericanos traducidos), no para grabar, los aparatos están modificados así porque el “comunismo” podría llegar a través del éter.

No todos los estudios de este volumen arrojan exclusivamente resultados negativos (véase los de Richard Chase Smith y otros), y de ninguna manera se

condenan o denuncian las misiones tradicionales: se reconoce lo logrado en la práctica por el ILV y las viejas misiones. Pero la desconfianza y el escepticismo son obligados cuando el fundador del ILV, Townsend, dice: “ El señor me ha platicado acerca de Colombia. Quiero estar pronto para cuando se me ofrezca allá la oportunidad más favorable” (David Stoll, pag. 142). Si alguien tiene contacto directo con Dios, como Moisés, ahí se acaban todos los argumentos.

Lo que resulta de todos los estudios (trabajos de campo y análisis) lo formula William T. Vickers en la pág. 132: “La cuestión fundamental es la de la propiedad del suelo y el subsuelo. Como en la mayoría de las sociedades de cazadores recolectores y agricultores, en la cultura tradicional de los Siona–Sekuya (Ecuador) falta el concepto de la propiedad individual de la tierra: estas gentes cazaban y establecían sus plantaciones donde querían. La idea de la tierra es libre cambia hoy rápida y drásticamente”. El misionero jesuita don Tomás Dalduin constató: “Los misioneros descubren hoy durante su labor los valores evangélicos de la cultura indígena (Robert A. Hahn, pag. 221). Con lo que habría que preguntarse qué es, pues, lo evangélico, qué es lo cristiano: la reducción de la Buena Nueva a una crasa concepción de propiedad privada e individualismo, o las tradiciones indígenas; y si no debería todo misionero comenzar por abandonar, o la menos poner en duda, aquello que –además de la palabra– lleva consigo y lo que es en sí.

Y si se puede poner en duda la repercusión espiritual, social y política del ILV, ¿qué es lo que sucede con lo que se llama “cualificación científica”? Respecto a ella hay a partir de la pág. 311 una investigación demoledora del trabajo del ILV en el Perú, hecha por André–Marcel d’Ans, quien constata que, después de 19 años, el 75% de las publicaciones anunciadas en una bibliografía seguían inéditas. D’Ans calcula el tiempo promedio empleado para los pocos trabajos lingüísticos publicados en unos 14 años, así como 63 para un trabajo etnográfico, y verifica que, seis años más tarde (con lo que se completa un total de 25 años), el 86% de los trabajos lingüísticos y el 98.5% de los trabajos etnográficos anunciados han desaparecido por completo de la bibliografía.

Quizá fuera oportuno que los misioneros empezaran por tratar de misionar el país del que proceden, traducir la Biblia al idioma de los “salvajes” de Berlín, Zurcú, Nueva York, el idioma de los “ciudadinindios”, y marcharse luego a descubrir entre los indígenas los “valores evangélicos”, y encontrarse con que no se tiene porqué ser comunista –sea ello entretanto lo que sea– sólo porque no se muestra el anticomunismo como único valor sobre el pecho. ¿En qué consiste el cristianismo “real” después de dos mil años, cuando se mide en función de sus promesas al socialismo “real” después de algo más de 60 años?. También continúa estando sin definir qué es “lo norteamericano”, y ciertamente no lo está por el trabajo del ILV, y ciertamente no son los EE.UU. sólo fundamentalistas. El problema es un problema de los Estados y los gobiernos latinoamericanos, en cuyos países los indígenas constituyen si no la mayoría sí una considerable minoría, que lentamente, aún en sus comienzos, procuran su liberación en esas tierras que son ricas en tesoros naturales, pero

cuya población está amenazada de convertirse en desechos: sería eufemístico decir que “se está proletarizando”.

La pregunta polémico-retórica que es el título del libro, la de si Dios es norteamericano, se responde por sí sola. No. Tampoco es ruso, como parecen creer muchos fundamentalistas rusos, así como tampoco la Virgen María es polaca. Cuesta trabajo imaginarse a Dios como propagandista de la economía de mercado. Tampoco es un indígena. No puedo compartir el entusiasmo que muestra Richard Chase Smith en su estudio sobre los dioses de los indígenas. Seguro que Dios no es nunca ni el uno ni el otro, sino un tercero, sin esas características nacionales como las que todo misionero lleva consigo y tiene *per se*.

**MANUSCRITO DE LAS PALABRAS
PRONUNCIADAS DURANTE
LA MANIFESTACION PACIFISTA
DEL 10 DE OCTUBRE DE 1981 EN BONN**

Si el canciller federal Schmidt dice –y estoy dispuesto a creerlo- que él y el Sr. Genscher han forzado la disposición a negociar del gobierno de los EE:UU., entonces quizás el movimiento pacifista, en especial la Dieta Evangélica de Hamburgo, las otras muchas iniciativas, quizás han jugado un papel en ese apremio, y pudiera ser que esta manifestación y las muchas que le seguirán, jueguen un papel, un papel político. En ese sentido esta manifestación no está en modo alguno dirigida contra el gobierno federal. Todavía no están estacionados aquí ninguno de los nuevos misiles, todavía no se ha aceptado ninguna bomba de neutrones. La influencia política de esta manifestación –y eso es lo que queremos- también depende de su desarrollo, y desde ya le pido a todos quienes carguen una piedra o algo peor en sus bolsillos o en sus mochilas, que se deshagan de ello, y lo dejen a merced del servicio municipal de limpieza de Bonn, que de todos modos bastante trabajo tiene ya con nosotros.

Una condición más: No queremos engañarnos creyendo que somos los únicos en favor de la paz, también la quieren los políticos ante quienes demostramos aquí –demostrar significa hacer ver, también mostrar, como la hostia en la custodia-: ellos quieren la paz. Así pues no nos manifestamos en contra de una guerra planeada sino contra la preparación estratégica para una posible guerra, y si la expresión “opción cero” viene de tan alto, entonces claro está que tenemos derecho a manifestarnos en favor de esa opción cero.

El gobierno estadounidense está en su derecho, posiblemente incluso en la obligación, de defender enérgicamente –en ocasiones de un modo brutal- sus intereses. La cuestión es si esos intereses coinciden con los de Europa y en especial con los de Alemania, y digo Alemania y no República Federal y RDA. Cuestionamos la coincidencia de intereses en el caso del rearme planeado. Esto se llama conflicto de intereses, nada más, un fenómeno completamente normal en la política internacional; sólo queremos saber de nuestro gobierno dónde comienza ese conflicto, por dónde pasa la frontera entre sus posibilidades de decisión y las posibles decisiones del gobierno estadounidense: nada

más. La situación geográfica de Europa –basta con echar una mirada al mapa– pone en claro que tenemos motivos para estar preocupados: en el caso de una posible guerra pudiera ser que no nos unificáramos en el campo de batalla –y la anticuada expresión “campo de batalla” podría ser literal de una terrible manera– sino como campo de batalla.

No queremos olvidar las víctimas que ha sufrido los Estados Unidos en las guerras que han tenido lugar desde 1945; a despecho de si damos por buenos o no los fines de dichas guerras, hay algo que nos diferencia de los ciudadanos del continente norteamericano: Europa ha vivido, ha sufrido, ha experimentado la guerra en sus tierras, sí, sus tierras, entre Moscú y Cardiff, entre Catania y Narvik, era una guerra convencional, y creo que eso nos ha bastado a todos, no importa de que lado estuviésemos ni cuáles errores cometimos. ¡55 millones de muertos en una guerra convencional!, y olvidemos lo de la “defensa de la patria”, sea lo que sea lo que se entienda por ello: la cifra de los civiles muertos fue casi igual a la de los soldados, en esa guerra convencional.

Por lo que se refiere al ridículo reproche del antiamericanismo, también en los Estados Unidos se encuentra a debate la política armamentista del gobierno Reagan. En el Congreso y en el Senado y en los comités domina por el momento la confusión, para no decir la perplejidad, un ir y venir de cifras, discusión en cuanto a los sistemas de armamento y su sentido, y también algo de miedo y de preocupación a causa de las sumas gigantescas, astronómicas, cuyos ceros casi ya no se pueden contar. También a debate, pues, en los Estados Unidos, la política económica, que se encuentra conectada con la del rearme, y es completamente seguro que cualquier ciudadano estadounidense nos reconocerá el mismo derecho que a los ciudadanos de los Estados de Utah y Nevada, quienes se han defendido con éxito contra una paranoica conversión en bunkers de sus territorios (un plan del gobierno Carter).

La política estadounidense de rearme no está a debate de momento por la oposición en el parlamento federal alemán. Se puede discutir acerca de muchas cosas, pero ese afán ciego, casi pudiera decirse maníaco, con el que se echa mano a cualquier arma, a cualquier sistema que aparece en el mercado, es algo enfermizo, un caso para los psicoanalistas, y no se levanta ni una sola voz en esa gran Unión Cristianodemócrata, no se mueve ni una alita: eso es altamente intranquilizador, es alarmante. En los partidos de la coalición gubernamental por lo menos se agitan las alas, pero en la Unión nada, nada, nada, ni una voz, y por lo que está pensado para nuestro país no se trata de elegir entre hamburguesa o pollo. Si la población de la República Federal estuviese informada acerca de la contaminación armamentista que ya existe, acerca de la peste armamentista que nos aguarda, ello podría reducir de manera considerable los éxitos electorales de ese partido no directamente belicómano pero sí armigerómano. Alegrémonos pues de que la Unión Cristianodemócrata no se siente ni en el congreso ni en el senado de los Estados Unidos, ni tampoco algunos redactores políticos de algunos de nuestros dia-

rios, que quisieran ser más estadounidenses que los estadounidenses: unos sabihondos sabelotodo que resultan a veces más penosos que ellos. A la vista de esa obsequiosidad y ese vasallismo de la Unión, bien que se avergüenza uno de ser alemán. Por dicha se sientan allí estadounidenses cuyo Estado debe su creación a una revolución, a un levantamiento, y esos estadounidenses nos entenderán mejor que estos ciclistas alemanes que probablemente sean bienvenidos como apoyo político en este momento, pero en el fondo, como sucede a menudo con los alumnos modelos, serán despreciados. Estados Unidos es un país de diversidades, de Estados Unidos hemos aprendido que las grandes manifestaciones pueden tener éxito en la democracia: no nos comportamos como antiamericanos, ni tampoco lo somos.

Nuestro gobierno federal puede hacerlo de otro modo, puede tener un electorado paralizado, apático, que olvidó el pasado, que no piensa en el futuro, sólo de un desayuno al siguiente, mirando llegar la peste armamentista sin voluntad, obediente, sometido; puede tener un electorado cómodo, y yo creo que un incómodo sería preferible. Todos los partidos deberían tener en claro que lo que aquí se manifiesta y seguirá manifestándose en otras partes no es un grupo de moralistas ilusos, y deberían saber que nuestras ideas y nuestros actos no vamos a hacerlas depender del elogio o el reproche de la prensa y de otros órganos en los países socialistas. A mí me deja tan indiferente el elogio de esos órganos como el reproche que a menudo he recibido: independicemos de tan indignos reflejos. Naturalmente me parecería bien, me parecería espléndido que la Unión Soviética retirase sus misiles: son amenazadores, es algo de lo que no dudamos, y sería bueno que ese argumento –los misiles- desapareciera antes de que comenzaran las tratativas. Del overkill siguen disponiendo ambas partes también sin los misiles –aquí y allá-, y eso se lo digo de manera muy consciente a los comunistas que también se manifiestan aquí.

Para terminar, repito: No queremos engañarnos creyendo que somos los únicos en favor de la paz. Y una palabra más cerca de las piedras o algo peor que eventualmente haya ahí en los bolsillos o en las mochilas: dejen que esta manifestación pacifista termine pacíficamente. El ministro del Interior del Land Renania del Norte-Westfalia ha equipado a los policías -contra quienes no nos manifestamos- de una manera no marcial; están aquí también para protegernos, no son nuestros antagonistas, mucho menos nuestros enemigos. Y una última palabra a los agentes provocadores que eventualmente también se hallen presentes aquí: Los políticos nos han exhortado a que nos preocupemos por el pacífico desarrollo de este mitin. Es algo exageradamente ingenuo. Carecemos de servicios secretos, carecemos de poder ejecutivo, así es que sólo podemos rogar ingenuamente: déjenos en paz, y es lo que yo hago aquí. Si tuviésemos la posibilidad de pagarles a ustedes el salario que dejen de ganar, lo haríamos.

¿QUIÉN SE MANIFIESTA EN PUERTO PRÍNCIPE (1982)

Los señores (y a los mejor señoras) que el 10.10.81 alquilaron en Bonn un aeroplano e hicieron remolcar por el cielo gris una pancarta que decía “¿Quién se manifiesta en Moscú?”, no lograron provocarme, más bien hacerme meditar. Me imaginé la Plaza Roja de Moscú, que tanto se presta para una manifestación pero sólo sirve para pomposos desfiles: pensé en el matrimonio Litvinov, que se manifestó allí junto con otras personas en contra de la invasión de Praga en 1968 y se ganó con ello algunos años de internamiento y de destierro en Siberia.

A los remolcadores de pancartas se les hubiera podido replicar fácilmente con una pregunta como ésta: ¿Quién se manifiesta en La Paz? Ellos a su vez hubieron podido replicar: ¿Quién se manifiesta en Praga? Siguiente réplica: ¿Quién se manifiesta en Puerto Príncipe, en Haití? Etcétera: Teherán, Ankara, Bucarest, Pretoria, Santiago de Chile, La Habana. Canto y cotracanto, una letanía de reflejos y contrareflejos, las cabezas de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, como se ve en los partidos de tenis, y quizás le diese a uno tortícolis del lado izquierdo cuando alguien gritase ¿Quién se manifiesta en Guatemala? O del derecho, justo cuando el otro grita: ¿Quién se manifiesta en Addis Abeba? Cuando traté de recorrer las capitales de este mundo siguiendo la letanía de los ¿Quién se manifiesta en ...?, también me acordé de Montecarlo, esa pseudo-Manhattan pegada a la Costa Azul: ¿quién se manifiesta allí exceptuando visones y nutrias? ¿Quizás habría que enviar allá con sus mujeres e hijos a unas cuantas docenas de mineros bolivianos, la plusvalía de cuyo fatigoso trabajo posiblemente se juega ahí a la ruleta?

No estaba mal planteada la pregunta que fue remodelada por el cielo en Bonn, sobre las cabezas de los manifestantes: sería un buen comienzo para letanía. Esa pregunta inicial podrían contestarla un par de luchadores por los derechos humanos en la Unión Soviética, un par de exiliados que quizás agradezcan su vida a la política de distensión, un par de emigrantes que deben su libertad a los valedores de esa política, y que allí polemizan contra ella.

¿Quién fue quien se manifestó en Moscú, aunque no fuese con pancartas en la Plaza Roja? ¿quién en Varsovia, cuando hizo la tan denostada y tan famosa genuflexión, y quién denostó o comentó burlonamente esa genuflexión? ¿hay quizás todavía un par de coetáneos que recuerden lo que pasó hace diez años y que se acuerden de la campaña electoral de 1972? ¿quién se lamenta de que la conciencia histórica se pierde y no se acuerda más de los espumaderos de rabia (los suyos) a propósito de la *ostpolitik*, los tratados con el Este y el amistoso eslogan “Willy Brandt al paredón”?

Deberían desenterrarse las actas de los debates del Bundestag acerca de los Tratados con el Este, traducirlos al polaco y repartirlos en toda Polonia, para que toda Polonia se acuerde todavía de quién fue quien HIZO ALGO A FAVOR DE POLONIA, más que cualquier político, no sólo de posguerra sino de toda la Historia alemana. ¿Willy Brandt al paredón?

Me parece que también es bastante escasa la memoria del catolicismo alemán a nivel corporativo. Alguna vez hubo en “Bensberger Kreis”, que ya bastante temprano expresó su opinión sobre la *ostpolitik* y que no recibió los más amistosos comentarios: ¿y quién ha tratado de bloquear hasta el último instante las *ostpolitik* del Vaticano?. Tan inefablemente entrañables y cordiales no fueron siempre las relaciones entre el episcopado alemán y el polaco. ¿Se recolectan así los frutos que no se han sembrado, y se denuncian a quienes los sembraron? Los polacos seguramente aún saben quién fue quien a ellos, de fronteras permanentemente modificadas, les garantizó por lo menos el status quo de las fronteras actuales.

¿Sabrán también los polacos qué conmovedor es que la juventud católica alemana (pero ¿quién será esa juventud católica alemana?) se manifieste a favor de sindicatos libres, animada por sus líderes (eclesiásticos), cuya enemistad a los sindicatos es notoria? Es posible que los polacos hagan la vista gorda con todos los que hacen algo a favor suyo, es posible, y posiblemente los jóvenes no sepan de qué segundas intenciones son vehículos ellos y Polonia; también es posible que en medio de la desesperación no se atiende demasiado a las segundas intenciones y tan sólo se vea lo que se les antepone, y ciertamente no todas las intenciones son segundas: sentimientos mezclados, intenciones mezcladas, motivos mezclados... y son esas mezclas inverosímiles las que, a la larga, no ayudarán a los polacos; alguna de ellas les hará bien a la larga, si el gobierno de la República Federal de Alemania se las diera de listo con ellos, animado por los Gobiernos de Europa oriental, que tan penosamente lo alaban.

Por los gobiernos de Occidente, que lo critican de manera y por motivos tan lamentables. Los alemanes fueron durante siglos los clásicos belicistas. ¿es que tienen que ser ahora los reprobables pacifistas? ¿o es que deben ser por lo menos armamentistas? Curiosas volteretas las que contemplamos cuando se intenta hacer que las manifestaciones pacifistas lo sean en contra de la declaración del estado de guerra. Es notorio que la capacidad de disuasión de Occidente, que no es poca, no ha impedido la declaración del estado del gue-

rra: un rearme mayor, los misiles y la bomba de neutrones, ¿hubieran impedido tales medidas? Porque al parecer nadie sueña en emplearlos; ¿o sí? La evolución que tiene lugar en Polonia no es una muestra de buena voluntad ni mucho menos un regalo para el movimiento pacifista. ¿no será quizá un don para los armamentistas? Paz en Polonia, por Polonia, para Polonia..., a nada de ello conduce el camino emprendido. Normalización, una palabra que sueña tan apacible, es un sinónimo de cementerio, lo que no es sinónimo de la paz de los cementerios: ¿cómo va a ser o a seguir siendo comunista un país sin comunistas?

La Unión Soviética tiene una posibilidad de permitir un cambio no sólo en la política, en la Historia mundial; si los Estados Unidos permiten un cambio comparable en su esfera de influencia es algo que no interesa a los polacos, pero tendría que interesarles la fiabilidad de EE.UU. que se encuentran en juego en Centro y Sudamérica. ¿Se puede ser y hacer cualquier cosa sólo si no se es comunista o “comunista”? ¿se puede ser dictador, asesino, torturador, gánster, se puede ser de todo a condición de no ser aquello o de que no se le considere como tal? Esta es una alternativa enfermiza que no ayuda a Polonia. ¿Es que se puede ser Baby Doc sólo porque no se es comunista?

¿Cuántas bienaventuranzas le ha traído a Haití la economía libre? ¿Puede plantearse esta pregunta, y puede plantearse esta otra pregunta?: ¿Quién se manifiesta en Puerto Príncipe? Yo soy cobarde para hacerlo, pero ¿podrían quizás arriesgarse a hacerlo un par de diputados norteamericanos? También soy demasiado cobarde para esconder una pancarta bajo mi camisa, viajar a Praga y desplegarla allí: ¡Libertad para Václav Have! El valor tiene mucho que ver con los nervios, y yo no tengo ni el valor ni los nervios. Quizás el Sr. Hengsbach, obispo de Essen, tenga el valor y los nervios para esconder un pancarta bajo su sotana, volar a La Paz y desplegar allí un oculto regalo: *¡Sindicatos libres en Bolivia!*

Podría ayudar a los polacos, porque la fiabilidad de sus amigos hace más fiable su ayuda y su apoyo. Pero fácilmente se olvida lo que reciben como herencia económica los rebeldes y revolucionarios, p.ej. en Nicaragua: se olvida también, cuando se sacan a relucir las cifras de las víctimas, ponerlas en proporción con las respectivas poblaciones: en ese caso, las 50.000 víctimas de Somoza serían cinco millones en la Unión Soviética, más de 600.000 en Polonia. No, puesto que no es el número de víctimas lo que cuenta, sino tan sólo el *credo* de los que matan, el gobierno de El Salvador “no es peor” que el actual gobierno de Polonia, “o sólo tan malo como él”, según la opinión de Henry Kissinger. Malo es el enfermizo anticomunismo de los Estados Unidos, que siempre produce nuevos “comunistas”.

No hablemos del Sr. Pinochet. Seguro que tiembla por los sindicatos libres en Polonia, probablemente reza por ellos, mientras que con su mera asistencia a la catedral de Santiago convierte las misas en algo penoso. Quizás no está lejano el día en el que podamos admirar al sucesor de Breznev en un solemne servicio religioso ortodoxo. No lo creo imposible. Lo único que le falta al imperialismo ruso es el retorno a la Iglesia ortodoxa. Nada encubre

mejor la corrupción que la oración en público. Recién entonces, cuando se pueda ver arrepentidos a los señores del Kremlin delante del inconostasio, sería perfecta la distensión, las dos superpotencias serían cristianas, y con ellas sus bombas atómicas, a no ser que los fundamentalistas del Este mantuvieran sus bombas atómicas contra los heréticos fundamentalistas de Occidente.

Los polacos deben saber que en Centro y Sudamérica los sacerdotes y las monjas no sólo son chicaneados sino también asesinados; y que según un obispo brasileño, severamente conservador y empresariófilo, un tercio del episcopado de su país es “comunista”, lo que significa entre setenta y ochenta obispos. Ellos son los que, arriesgando sus vidas, están al lado de los campesinos privados de sus derechos y amenazados de desalojo y expropiación, los que no están a favor del derecho a la huelga, los que hacen aquello por lo que lucha Solidaridad, los que son cada vez más molestos para los consorcios de los EE.UU., los que siempre preguntan de nuevo que de quién es esta tierra.

¡Oh Baby Doc, tú, piadoso protector de la libre empresa! ¿rezas tú también con fervor tus oraciones por Polonia?

“NOSOTROS TAMBIÉN FUIMOS COLONIA”

ENTREVISTA LLEVADA A CABO
PARA EL SERVICIO LATINOAMERICANO
DE LA RADIO DEUTSCHE WELLE.
EN BORNHEIMMERTEN EL DÍA 16.11.1982

R.B.– *Hace poco, en su última estancia en Alemania, Jorge Luis Borges repetiría una vez más, para quien quisiera escucharlo, que los latinoamericanos, en el fondo, sólo son europeos de Ultramar. ¿Qué piensa usted al respecto, cómo cree que ello –si es que fuera verdad– ha influido sobre la literatura de América Latina?*

H.B.– Yo creo que en ella existen elementos europeos, digamos que impuestos por la colonización, por la evangelización. Impuestos, en el sentido de inserción forzosa, en la literatura de América Latina, de la que muy poco se sabe antes de la Conquista. Son muy escasas las fuentes. Pero pienso que se ha desarrollado algo muy, muy propio, muy genuino, que no es europeo ni tampoco tiene que ver con problemas europeos. Esa es mi impresión, que en ella se mezclan bastantes elementos, pero que la dominante es específicamente latinoamericana. Pienso que nosotros, los europeos, también somos hijos de una colonización. Nosotros, los alemanes, lo somos de todos modos, y los de esta zona de la Renania de una manera muy especial. Somos en realidad el producto final de la colonización romana, que fue dolorosa pero que hizo que seamos lo que somos hoy. En realidad somos colonizados, y el nombre de la ciudad en que nos encontramos ahora es algo que lo dice expresamente: Colonia, fuimos una colonia. En ello no veo nada denigrante, y después de cuatro, cinco siglos de colonización de América Latina, no es la influencia europea (inequívocamente perceptible en el aspecto espiritual y en la actitud vital del latinoamericano)..., no es ese elemento algo perjudicial para lo específicamente latinoamericano de la literatura del Continente. Sucedieron cosas que fueron terribles, dolorosas: la Conquista y, vinculada a ella, la cruel evangelización. Y sin embargo también vino forzosamente de Europa lo que con

seguridad era digno de ser asimilado, integrado. También la literatura africana –ya sea escrita por blancos o por negros–, si analiza su desarrollo, es un producto de la colonización. Ya desde el aspecto idiomático. Pero la literatura en lengua francesa o inglesa, en África, es –a pesar de todo– literatura africana. Y en la mera asimilación del idioma español, o del portugués, se incorpora ya el espíritu europeo hasta donde fuese aceptable para América Latina. Lo que era digno de ser “transportado” desde Europa a los otros Continentes es algo que naturalmente tuvo como vehículo el idioma.

–Pero no sólo lo que era digno de ser –para emplear su propia expresión– “transportado”, también otros elementos muy negativos, por ejemplo el militarismo, por ejemplo el machismo, tan españoles, y ahora tan latinoamericanos.

–Sí, ya dije que no sólo veo cosas buenas en ello, ¿comprende?. La ridiculez, la absoluta ridiculez de la compostura militar es (diría yo) una España simiesca, ¿me entiende?, “simiesca” ¡cuando veo como transcurren los desfiles, y esos uniformes!, como una función de marionetas...: eso también es europeo. Pero con el idioma europeo, con el español, también llegó al otro lado el espíritu español en lo que no era negativo. Del mismo modo que nuestro idioma esta lleno de palabras latinas, del mismo modo asimilamos también algunas cosas absurdas de los romanos, por ejemplo la destrucción del derecho germánico, que comparado con el derecho romano era mucho mas democrático. Todas esas cosas las hemos incorporado a través de la colonización.

–En el volumen Mi Libro de lecturas, usted dedica íntegramente el cuarto apartado a testimonios de la conquista del Perú, y al testimonio de Domilila, la minera boliviana, así como a tres autores contemporáneos de la América Latina: Eduardo Galeano, Ernesto Sábato y Gabriel García Márquez. Vamos a concentrarnos en este último nombre siquiera sea porque a usted le precede diez años en el Premio Nobel, porque la editorial alemana de GGM es también la suya, y tercero porque si usted lo incluye en su libro de lecturas predilectas debe haber una razón de peso para ello. ¿Cuál es la opinión que le merece la obra de García Márquez?

–La considero un fenómeno excepcional. Excepcional por cuanto en ella coinciden plenamente lo que nosotros llamamos compromiso y lo que nosotros llamamos poesía. Esa diferenciación tan específicamente burguesa entre literatura comprometida y literatura dizque pura, diferenciación que a mí me parece esquizofrénica, es algo que no existe para nada en la obra de García Márquez. Esto es lo que la hace excepcional, y para mí también es excepcional en el seno de la literatura latinoamericana. En los casos de Sábato, de Vargas Llosa, a quienes tanto estimo como autores, se puede percibir aun esa separación, típicamente europea separación, entre literatura pura y literatura comprometida. En García Márquez está completamente eliminada, ambos elementos conforman una unidad, y en ese sentido configuran un mentís total a la separación de la literatura en literatura de uno y otro tipo. Esto me parece

excepcional en él, porque él es total en ambas direcciones: poesía y compromiso. Una figura sorprendente en la Literatura....

–Usted, como autor, como creador, como escritor, ¿de qué manera percibe cómo es que García Márquez expresa ese compromiso, en qué lo percibe usted dentro de su obra?

–En su obra yo veo la expresión de un Continente sufriente y doliente, enredado en absurdos. Esto no es compromiso en un sentido político superficial, sino realmente la voz de un Continente que sufre, que ha sufrido, que es alegre, que es absurdo, todo lo cual yo lo pongo en relación con la historia misma del Continente, historia que depende de la Conquista, de la evangelización, de la que yo calificaría como terrible forma de transmisión del Cristianismo, forma que fue desafortunada, que no se logró. Quizás recién ahora (si considero algún que otro desarrollo de la Iglesia Latinoamericana actual) se produzca la evangelización, porque la Iglesia se da cuenta finalmente de que los poderosos y los ricos de esta tierra no necesitan ningún apoyo, ellos mismos son su propio apoyo. Y los cinco siglos de opresión, de dolor, de amargura ya –¿Cómo diría yo?– de astucia para mantenerse al margen de esa opresión, son lo que encuentro expresado en la obra de García Márquez. Es un producto de América Latina, no puede expresarla de otro modo, habría que hablar mucho de la historia y de todo lo que se ha hablado del tema, y él, García Márquez, lo expresa de un modo que no podría ser más poético, y a pesar de todo (compromiso es una palabra muy tonta en este contexto) yo diría que él es la voz de un Continente, que lo expresa. También, me parece a mi, en *El otoño del patriarca*.

–El otoño del patriarca es posiblemente la obra de García Márquez que menos gusta a los lectores del mundo de habla española, y yo casi me atrevería a decir que es una obra de esas que gana mucho en una traducción.

–Yo sólo puedo leerla en alemán, y puedo imaginarme que lo que irrita en el original es un cierto énfasis, tanto positivo como negativo. Pero, para mi, *El coronel no tiene quien le escriba* es una obra maestra perfecta..., pero eso tiene que ver con la extensión, esto es algo que puedo decirle como autor. Cuanto más extenso se vuelva usted, posiblemente podrá expresar más, podrá abarcar más –digámoslo así– de la historia de los antecedentes: pero una narración escueta tiene más posibilidades de convertirse en una obra maestra. Por ejemplo, *El viejo y el mar*, de Hemingway, es literariamente superior, muy superior, a *Por quien doblan las campanas*. Léalas de nuevo y encontrará en ésta algunos pasajes pesados. Creo, creo que tiene que ver con la extensión.

–Y yo creo que no hace falta ir tan lejos, a los Estados Unidos, podemos quedarnos en Colonia...

–¿Sí?

–Sí, El honor perdido de Katharina Blum también es una obra maestra.

–No lo creo.

—Bueno, eso no pasa de ser nada más que la opinión de usted. (Risas)

—En una novela como *El otoño del patriarca* hacen su aparición, necesariamente, un sinnúmero de figuras, el grupo se amplía y se amplía, llega uno, llega otro más, y ello da lugar a una pérdida de concisión. Supongo que en la Pintura y en la Música se podría argüir lo mismo. Habría que hablar largamente de ello, aquí solo lo dejo apuntado. Pero *El coronel no tiene quien le escriba* es naturalmente algo increíble. Es también mi libro predilecto. Y también lo último, *Crónica de una muerte anunciada*. Pero *El Coronel...* es todavía mejor.

—¿Qué lenguaje le resulta más atractivo: el conciso, lapidario, de *El coronel...*, o el barroco de *El otoño del patriarca*?

—Prefiero el de *El coronel...* Ahora he leído además un relato breve de García Márquez, *El rastro de tu sangre en la nieve*, magistral. Y de nuevo el problema de la extensión. En una prosa tan breve usted no puede ponerse barroco, porque barroco es casi idéntico a profusión de palabras. Sí, la diferencia de lenguaje la he advertido, y sin embargo gocé mucho con *El otoño del patriarca*.

—¿Y *Cien años de Soledad*? ¿no es una obra maestra?

—También.

—Pero es bastante extensa.

—*Cien años de soledad* es una obra maestra a pesar de su extensión.

—A propósito de obras maestras extensas ¿ha leído *Grande Sertão: Verdades, de Guimarães Rosa*?

—Rosa apareció en alemán en mi editorial, y era bastante de vanguardia por lo que se refiere a la literatura latinoamericana. Pero hay otras obras maestras largas, pienso en Arguedas, en *Los ríos profundos*. Como usted ve, un determinado aspecto, una determinada atmósfera, una determinada problemática me vuelven a interesar siempre, por lo hermosamente que están presentados, y además con compromiso, pero, a pesar de eso, poéticamente. ¿Comprende? Y también Asturias, Miguel Ángel Asturias, que tanto trabajó sobre los elementos míticos, ¿no le parece a usted?, y de una determinada manera pone aún más de relieve el corpus de América Latina: lo mítico y la mezcla de lo mítico con problemas modernos, también los de naturaleza social. Asturias me parece un autor muy destacable..., es una palabra tonta, esta de “destacable”. Puede que tenga que ver con la diferencia geográfica que existe en América Latina. América Central tiene otra problemática, es otra atmósfera que el resto del organismo latinoamericano. Me refiero a México, Guatemala, Nicaragua..., y ello porque quedan en medio de los dos grandes bloques. Lo pienso en este momento, y pienso que de ahí viene la peculiaridad de Asturias, que la explica.

—¿Por qué le parece que es tan difícil encontrar un sentimiento religioso en los autores latinoamericanos; por qué, cuando se enfrentan a la problemática religiosa, lo hacen casi siempre desde un planteamiento satírico?

—Creo que, teniendo en cuenta la historia de América Latina, es algo inevitable. Quienquiera que se considere vinculado al Continente, formando parte de él, no puede aceptar el papel desempeñado por la Iglesia hasta hace, digamos, unos diez años. Pero como ya le dije, tengo la impresión de que lo religioso, quizás incluso lo católico, regresará purificado a nosotros algún día, desde América Latina, ese continente cruelmente evangelizado. Es un doloroso proceso el que ha sufrido ese continente, pero mi impresión es esa. Lo que leo, lo que oigo, lo que veo de los pocos sacerdotes y obispos verdaderamente comprometidos de América Latina, me da la impresión de que el Cristianismo tal vez comience algún día. También aquí.

—Y una última pregunta: Hemos hablado, usted habló, del influjo de Europa en la literatura latinoamericana. ¿cree usted posible que se produzca el caso contrario, que alguna vez pueda haber una influencia de la literatura latinoamericana en la europea?

—Sí, cuando se la conozca de veras acá, podría llegar a tener más influencia de la que ejerció sobre nosotros, después de 1945, la literatura norteamericana. Naturalmente que estuvimos influidos por Hemingway, Faulkner y todos los grandes, Dos Passos también; fue una suerte para nosotros, una especie de liberación de una literatura alemana cuyo carácter era bastante penoso. Muy penosa esa literatura. Y si la literatura latinoamericana es tomada en serio como merece, creo que puede llegar a tener esa eficacia liberadora.

**UN PAR DE PALABRAS
ACERCA DE UN PAR DE PALABRAS
QUE ESTAMOS OYENDO
CONTINUAMENTE**

PRÓLOGO AL LIBRO
LUCHAR POR LA ESPERANZA,
DE PETRA K. KELLY
(1983)

En primer lugar: *Cambios de sistema.*

Cada nueva ley es un cambio de sistema. Así pues, quienes se sientan en los Parlamentos, los legisladores, son los cambiasistemas. La ley federal de promoción universitaria fue un cambio de sistema: su enmienda, que se acerca mucho a ser su derogación, es un cambio de sistema. El Sr. Mitterrand es un cambiasistema, el Sr. González lo será algún día, la Sra. Thatcher es una cambiasistema con una considerable eficacia, casi como un martillo pilón. En Checoslovaquia se intentó, y fue ahogado, un cambio de sistema.

El destino del ensayo polaco no me parece decidido todavía. El Sr. Reagan está empeñado en cambiar considerablemente el sistema norteamericano. Sólo en Moscú no se mueve nada, mientras que en Pekín tiene lugar un cambio de sistema casi cada año. No nos importe entonces que nos endosen ese par de palabras, o incluso que nos lo cuelguen del cuello como piedra de molino. No le temamos, ni temamos tampoco a la palabra calle. Pues alguna que otra cosa, al correr de la historia de todos los Parlamentos, ha llegado allí desde la calle, se volvió ley y cambió el sistema. Los bastante a menudo plúmbeos rituales, entre los que puede encontrarse el l'art de alguna polémica, sólo pueden ponerse en movimiento a partir de la calle. Deberían leerse una y otra vez las actas de la sesión del Parlamento Federal del día 9.10.81, los espeluznantes disparates que se permitieron en ella *todos los partidos...*, y atender luego a la repercusión que tuvieron las manifestaciones en Bonn, Ámsterdam, Madrid, Londres y Nueva York... hasta las propias oficinas del episcopado católico estadounidense. Eso no fue obra de la ponderación de los editoriales de prensa. Lo extraparlamentario es parte del sistema parlamentario, aunque sólo sea como despertador. Grandes cambios, todavía no recono-

cibles ni analizables exactamente, dentro de ese vasto campo que me permito denominar sistema de trabajo o mundo de trabajo. Si el Sr. Blum opina que quien coquetea o le hace la corte a los verdes es un traidor a los trabajadores, bien pudiera ser que se equivocase de medio a medio: bien podría ser que resultase peligroso alimentar falsas esperanzas de los desocupados en relación con los puestos de trabajo tradicionales; más peligroso que constatar, como lo hacen los verdes, que el trabajo escaseará y seguirá siendo escaso. Se podría arriesgar esta formulación: hay poco trabajo, pero mucho que hacer.

Los conceptos trabajo, trabajador, puesto de trabajo, cambian visiblemente su carácter tradicional, y el nuevo proletariado se encuentra hoy en la Universidades y las escuelas superiores. Y quien se arriesga a meditar sobre ello no es para nada un cambiasistema, es tan sólo alguien que intenta conocer los cambios que tienen lugar dentro del sistema. Quien difama en bloque al movimiento alternativo, o le echa en cara a un alternativo el que posiblemente cobre la ayuda social (remárguese el posiblemente), también tendría que revelar cuántas subvenciones ha cobrado y cobran la industria y otros grupos socialmente establecidos, y luego calcular los puestos de trabajo que se han conservado de ese modo a corto plazo. Y cuando la siderurgia y la industria automovilística (que se nos dice que son industrias “llave”) flaquean, bien puede uno permitirse pensar si la cerradura todavía funciona, si la llave sigue encajando. Así que nada de reirse o poner en ridículo demasiado pronto las ideas alternativas. Con la exhortación populachera a poner manos a la obra no se ayuda a nadie que quisiera hacerlo pero no tiene obra a la que poner mano. Pudiera ser que valiese la pena subvencionar algún que otro puesto de trabajo alternativo. Se necesita valor para pensar semejantes cosas, ahí tiene lugar una revolución, casi una explosión en el interior del sistema, y habría que meditar si no debería encontrarse la salida hacia la renovación espiritual, hacia la reorientación, antes de haber tenido que reconocer aquellas. ¿Qué cambiasistemas son los que están actuando en Detroit, la ciudad del automóvil?: allí reinan por lo visto condiciones espantosas cuya descripción no he leído en *Pravda* ni en su hermano pequeño, *UZ*, sino en el *Neue Zürcher Zeitung* del 18.12.1982, esto es, en el diario menos sospechoso de izquierdismo en nuestro bendito continente. ¿Son cambiasistemas los que están actuando allí, o es el sistema el que cambia? Puesto que, como todo el mundo sabe, los Estados Unidos son un hormiguero de comunistas –quienes ya lograron introducirse hasta en los más altos puestos de la jerarquía católica–, tienen que haber sido auténticas hordas de agitadores comunistas las que han estado actuando allí, sugiriéndoles a los honestos norteamericanos: No compréis más autos, para que el sistema se derrumbe. Y esa mala gente, que a ningún precio quiere comprar un auto nuevo, tal vez compraría mejor –si tuviese el dinero para hacerlo– pan y papas, y hasta tendría la desvergüenza de comprar mantequilla para untar el pan o carne para acompañar las papas. Y si leo, de nuevo en el *Neue Zürcher Zeitung*, esta vez el del 15.12.1892, un juicio demolidor acerca de las inversiones y las nuevas inversiones en la siderurgia del

Sarre, me permito dudas sobre la capacidad curativa del mercado libre forzoso, y me pregunto quién engaña a los trabajadores por lo que respecta a su futuro. En Argentina, Bolivia, México, Brasil, Chile, Perú, unos Estados de los que diariamente se nos anuncia la bancarrota total, y en los que la tasa de desempleo llega a ser del 50%, no son rojos ni verdes los que gobiernan.

Tan sólo una par de palabras acerca del más demente de todos los sistemas: el sistema armamentista, cuyo absurdo se pone en evidencia cada día. No queremos ser tan utópicos, tan idealistas, tan ajenos a la realidad como los políticos que constantemente hablan de desarme y que incluso declaran un éxito del *desarme* cuando dejan de *rearmar* en un minúsculo porcentaje. Únicamente hablamos de un *stop*, de una *freeze*, y recibimos un enorme aliento desde los Estados Unidos. Primero detener, congelar, y luego ya veremos si hay de veras *des*, sí, desarme. Ninguno de los partidos representados en nuestro Parlamento, ninguno, se atreverá a aclarar pública e inequívocamente que, aunque desde luego en todo el mundo los dogmas se tambalean, si es que no han cascado, tan sólo el doble acuerdo de la OTAN (el cuál ni siquiera es un dogma, nada más que sencillamente un *acuerdo*) tiene que plantarse más firme y más sólido que la piedra de San Pedro.

Habría mucho que decir acerca de otro sistema, me refiero al sistema monetario y bancario, de ese tejemaneje de miles de millones que por lo visto no entienden ni siquiera los dizque indicados. Absurdo sobre absurdo. ¿Cuántos absurdos puede almacenar todavía nuestra mente consciente antes que todos perdamos los nervios? Cuánto enfermo genera este mundo en todos sus sistemas. Cuánta inteligencia técnica y cuánto genio físico se invierten, y a fin de cuentas se despilfarran, en nuevos sistemas de armamentos que luego sólo existen como una especie de juguetes superiores y muy caros. Emplearlos significa muerte y destrucción; no empleados, apuntan pasmados al cielo con una casi metafísica estupidez, o vegetan enclaustrados. Y si alguien nos dice que hay que ver todo esto sin emocionalismos, entonces vemos una vez más los ojos relucientes de sentido de los militares y los ministeriócratas cuando se les hace una demostración de sus nuevas, más nuevas, novísimas maquinarias..., para despertar su avidez, pues tratándose de armas de todas las categorías se necesita un poco de esa vulgar materia que llaman dinero. ¿No se dan cuenta los políticos de que nos hacen aguantar demasiados absurdos cuando pasan revista a las tropas en aeropuertos y sedes de Gobierno, con los ojos resplandecientes de gozo, al aire los cabellos, mientras flamean las banderas y suena la música?: un caso normal de estúpido tamborileo emocional. ¡Qué grandiosa maniobra de diversión convenida internacionalmente! Y no hablemos de los miles de besos y besitos preceptivos en los aeropuertos de los países socialistas, esos repugnantes aspavientos “fraternales”. Absurdo por todas partes: en el sistema de trabajo, en el sistema monetario y bancario, cuyos ceros, apenas si ya susceptibles de ser contados, amenazan con convertirse en pompas de jabón. Y el absurdo del sistema de los medios de masas o de información. El absurdo del sistema de

los medios de masas e información. El gran autor, verdaderamente gran autor Gabriel García Márquez, de cuya calidad literaria si acaso un imbécil podría dudar, no habló de literatura de Estocolmo; habló de 20 millones de niños que padecen hambre en Latinoamérica, pero es muy poco lo que he leído al respecto –sólo alusiones– en los diarios. El absurdo criminal, sí, criminal, de nuestro sistema alimenticio: considerando los excedentes de producción de alimentos, lo espantoso de estar haciendo cola ante las puertas de la muerte por inanición. Todo parece conjurarse para arrastrarnos a la locura, el letargo, el embrutecimiento. Todo se arregla con risas de conejos satisfechos en ese blablablá de las conferencias, en la futilidad de las cumbres, la futilidad de la una y la otra vez repetida palabra solidaridad. En el mercado libre no veo ninguna tienda en la que se ofrezca solidaridad. Y hay todavía más palabras sobre las que podría perder un par de palabras. Quizás *cambio de sistema* puedan representarlas a todas ellas. A la ingobernabilidad, a la carga del pasado, y por cierto que ahora resulta que la modificación del derecho de inquilinato también es parte de ese fardo heredado, como si toda ley promulgada no fuese fruto del gobierno que la promulgó; esto vale también para el más desdichado y al mismo tiempo casi más trascendente desahogo de la coalición socioliberal, que ni siquiera fue una ley sino un decreto: el acuerdo sobre el extremismo o decreto de los radicales, un deplorable cambio de sistema que ni siquiera consistía en una ley, tan sólo era leña para un ambiente acalorado.

Una palabra que de vez en cuando aparece, una palabra del vocabulario estratégico pasado de moda, una palabra que describe certera nuestra situación, la de Alemania: glacis o explanada, campo de tiro tanto para la una como para la otra superpotencia; una situación especial que exigiría una política de seguridad peculiar, que le confiere asimismo –en ambos Estados alemanes– un carácter peculiar al movimiento pacifista: esto tendría que ser el tema de la política alemana exterior y de seguridad, y no la penosa obsequiosidad con ambas partes. Como consecuencia del peligro que corre por su situación como potencial tierra o campo de nadie, de tiro y de batalla, Alemania ya está casi unificada: unificada, no reunificada. La seguridad alemana no es idéntica con la de los EE.UU., no es idéntica con la de la URSS. Eso tendría que ser puesto en claro, como tiene que ponerse en claro que los acuerdos de las alianzas militares no son dogmas. Tenemos que redescubrir algo desde hace mucho sepultado, desde hace más de ciento treinta años, desde 1848; algo que desde 1870 se convirtió en un nacionalismo agresivo, viscoso y horripilante: hablo de nuestro patriotismo. La República Federal es *nuestro* país, no hay ningún otro para nosotros, un sorprendente país con una estabilidad todavía considerable, un país –además– en el que a pesar de que crece la tasa de desempleo crece el número de los objetores de conciencia: éste es, política e históricamente, un fenómeno lisonjero...para un Estado Alemán.

Todavía un par de palabras acerca de algunas palabras y valores que nos ensalzan: p. ej., la familia alemana. El corte del subsidio universitario, la nueva legislación de inquilinato, la TV por cable junto con la nueva videocultura,

estabilizarán de modo definitivo a la familia alemana, será una auténtica fiesta familiar, una fiesta asimismo para la publicidad, por fin se le comprará a mamá el abrigo que no necesita, y también la artesa mecánica que tampoco le servirá de nada porque hacer pan es una ocupación casi alternativa; y cuando por fin se satisfaga y la *jet-set* acuda volando a su matrimonio por amor, y se celebre la ceremonia *kitsch* de la entrega de los premios Bambi, entonces ya no necesitaremos más de ningún cambio de sistema. Entonces gobernará la mono-opinión o la opinión mono, el Gran hermano que nos arrojará migajas en la jaula del entretenimiento.

No quisiera dejar de llamar la atención acerca de un folleto. Puede obtenerse al precio de tres marcos, franqueo incluido (y hasta más barato si se encarga un lote), solicitándolo al secretariado alemán de Pax Christi, en Frankfurt, en la Windmühlenstrasse 2. No por completo, pero sí hasta cierto punto, puedo garantizar que *no* fue redactado por comunistas. El folleto contiene el segundo borrador de la carta pastoral sobre la guerra y la paz de la conferencia de los obispos católicos de EE.UU.

Todavía no hemos comprendido a cabalidad el cambio que ha tenido lugar en los EE.UU., sobre todo en el catolicismo norteamericano, si es que recordamos la época de Spellman. Sería pues oportuno, mirar a Norteamérica no sólo con temor, también con esperanza; allí donde seguridad y armas no son idénticos, y donde todavía no se ha caído, como aquí, en el *provincismo* de confundir la moral con la sentimentalidad.

REFLEXIÓN SOBRE ALEMANIA

ENTREVISTA CON JOSÉ COMAS
(1985)

A sus 67 años, Heinrich Böll, el único premio Nobel de Literatura alemán de la posguerra –Herman Hesse y Nelly Sachs lo recibieron cuando ya no tenían la nacionalidad alemana–, parece agotado físicamente y consumido por algo que lleva dentro y no quiere expresar. Para el otoño se anunciaba la aparición de una nueva novela que lleva el título de *Mujeres ante un paisaje fluvial* y transcurre en Bonn. “Todo en esa novela es ficción, menos el lugar donde transcurre, y el lugar es inocente y no puede, por tanto, sentirse afectado”.

Da la impresión de que se le hubiese venido encima el peso de la historia reciente alemana, desde la reconstrucción del país al final de la guerra hasta las manifestaciones pacifistas en las calles y ante las bases militares norteamericanas, para impedir, en vano, el estacionamiento de los cohetes atómicos de la OTAN. No ha habido un tema en los últimos años que haya dejado de lado, sin pronunciamientos y tomar partido, hasta atraer sobre sí las iras e incluso el odio de la derecha reaccionaria de la República Federal de Alemania. *La caza de brujas* para expulsar a los *extremistas* de la Administración pública, sus palabras de comprensión para la Ulrike Meinhof, que había cambiado la máquina de escribir por la metralleta, la solidaridad con los intelectuales perseguidos en la Europa del socialismo real, de la *primavera de Praga* a los soviéticos expatriados. Levantó la voz contra corriente en pleno otoño alemán, cuando la histeria de la caza del terrorismo llegó a roer hasta las esencias democráticas de la República. A pesar de su salud quebrantada, estuvo junto a los que hicieron una sentada ante la base norteamericana de Mutlangen, para protestar contra los Pershing 2.

En su casa del Eifel, perdida en un pueblecito que ni siquiera aparece en los mapas, Böll se refugia en compañía de su mujer, Annemarie, que trae el termo de café y se retira adentro, mientras el escritor empieza a hablar y fumar, lo que probablemente no le sienta bien. Mientras miles de ciudadanos de la

RFA se lanzan de vacaciones a las autopistas, en un perfecto maridaje entre el asfalto y el metal, Böll desgrana sus reflexiones en este año de los aniversarios alemanes, del final de la guerra y la liberación, de la visita de Ronald Reagan al cementerio de Bitburg y la discusión interminable sobre el pasado alemán. Para Böll, el discurso del presidente de la RFA, Richard von Weizsäcker, en un acto solemne en el Parlamento Federal (Bundestag) en Bonn, con ocasión del 8 de mayo (día del final de la II Guerra Mundial), “quitó de en medio mucho Kitsch. Toda la visita de Reagan fue Kitsch, cursilería política. Y, además penosa. Pero a mí me pareció también hipócrita toda la excitación en torno a las tumbas de los SS en Bitburg, cuando pienso en el caso Barbie y en los otros nazis que consiguieron escabullirse gracias a los servicios secretos norteamericanos y huir a Sudamérica para representar allí un papel malvado. No vamos a discutir sobre las SS, que era un signo representativo del terror, del aniquilamiento, del asesinato y del horror. Pero de una lápida no puede leerse la culpabilidad de cada uno y no todo el que llevó ese signo fue realmente un ser que esparció horror y terror. Por consiguiente, yo no puedo juzgar sobre alguien que está enterrado, si yo no conozco su vida”.

Cuenta Böll una historia que escuchó recientemente y le impresionó. Un sacerdote católico, internado en el campo de concentración de Dachau. Tuvo que vestir el uniforme de la SS al final de la guerra. Le sacaron de Dachau, le metieron en el uniforme SS y le enviaron al frente soviético, donde cayó prisionero. Lo peor, según Böll, de todo lo ocurrido durante la visita a Bitburg fue el encuentro de veteranos de la SS en Nesselwang, un pueblo de los Alpes de Baviera, donde se reunieron unos centenares de ex SS.

La repercusión de Bitburg sobre la conciencia nacional de la RFA ha sido sorprendente para Böll, “con seguridad la visita de Reagan a Bitburg fue algo muy popular, pero, y esto es lo sorprendente, no aportó ni un voto a los democristianos (CDU). El deseo del canciller Kohl y de Reagan era representar la hermandad alemana y de la OTAN. Al mismo tiempo tuvimos elecciones en Renania-Westfalia. Precisamente en las regiones vecinas a Bitburg, como aquí en el Eifel, la CDU perdió hasta un 15% de votos. Esta discrepancia es extraña. La gente, los votantes, no son tan tontos como se piensa. Esto me parece un resultado muy interesante. Todo este teatro de la *cumbre* económica de los países industrializados, que es una auténtica estupidez, no aportó ni un solo voto. Si yo estuviese parado no depositaría ni un céntimo de esperanza en la *cumbre* económica. Todo esto, asombrosamente, dañó a la CDU. Esto me hace reflexionar sobre la sensibilidad y la inteligencia del electorado”.

Entre la generación intermedia de Alemania Occidental, los que crecieron y vivieron su desarrollo intelectual y social con la nueva República –la RFA–, hay muchos que rechazan la identidad alemana. Se escucha con frecuencia la frase “yo no me siento alemán”, “quisiera tener otra nacionalidad” o “vivir en otro país”. Böll piensa que “no se puede vivir en otro país. Esto es una ilusión, un lujo que pueden permitirse algunos que tienen algunos millones en la cuenta corriente y que les da igual vivir en Suiza, en Italia, en España o en América.

Sólo se conoce a la gente cuando se trabaja allí. Hay muchos alemanes que van con agrado a España, pero pienso que tendrían que trabajar allí, para ganar dinero, creo que el sueño de lo extranjero desaparecería pronto. En el fondo todos los pueblos son exóticos. Nosotros también somos exóticos. Ese sueño de colgar lo alemán lo cumplen algunos jóvenes que se van por el mundo, acampan acá y allá y se liberan, pero no lo pueden realizar toda una vida. Ser alemán nunca fue fácil. Ser español probablemente tampoco”.

El novelista considera que “cada país tiene sus propias cargas históricas. Nosotros tenemos una especial, y yo creo que el fascismo español, con todos sus horrores, no puede compararse con el nuestro. No, no puede compararse. Compréndalo, fue cruel, fue horrible. En España, los seres humanos huyeron, fueron asesinados, emigraron, etcétera. Yo no quiero trivializar todo esto, pero los horrores del genocidio planeado existieron quizás hace 400 años, durante la época colonial española, pero no durante el régimen fascista. Yo no sé cómo fue el terror durante el fascismo en España y si afectó hasta el último rincón y con todas las consecuencias. Pero algunos vivieron allí en la clandestinidad, incluso comunistas y anarquistas. Algo parecido ocurrió con el fascismo italiano, que también es diferente del español. A mí siempre me asombró que Franco no entrase oficialmente a la guerra mundial. Fue astuto y yo creo que eso fue bueno para España. Ahora hay que hablar horas de todo esto, pero yo creo que hay que comprender que uno ya no se avergüence de ser alemán. Yo comprendo esto en la nueva generación y precisamente entre aquellos que conocen exactamente la historia que tenemos detrás”.

Las palabras de Böll, su reflexión sobre el carácter especialmente cruel del fascismo alemán –“llamémosle nazismo”, dice el escritor–, plantea la cuestión de si se trata de un fenómeno “específicamente alemán”.

“Por lo visto, y sin duda, en la exacta planificación y realización del genocidio, no sólo contra los judíos, se planeó también aniquilar más o menos a pueblos eslavos. En Polonia, de los cinco millones de muertos, un 90% fueron personas civiles y no sólo judíos. Sobre lo que hubiera ocurrido con la Unión Soviética, si Hitler hubiese vencido, yo discuto a veces con emigrantes soviéticos. Bueno, no discutimos, sino que yo les digo: imagináros que hubiese ganado, entonces ningún judío soviético tendría que preocuparse más por conseguir un visado de salida. Sabemos que existe esa tendencia antisemita en la historia rusa y soviética. Es cruel, pero no es un aniquilamiento”.

A la observación de que en la actual RFA existe una especie de “lógica de Auschwitz”, consistente en la aplicación consecuente de las órdenes, aunque sean absurdas, Böll asiente. “ Sí. Tenemos que tener en cuenta que el registro de los judíos y el censo de todas sus propiedades, hasta el último termo de café, no lo realizaron las SS, sino los funcionarios. Funcionarios alemanes obedientes y cumplidores de su deber. Hay que advertir que no todos funcionaron con arreglo a las órdenes recibidas y hubo muchos que advirtieron a los ciudadanos judíos. Pero ese registro burocrático exacto, casi ya como una computadora, lo hicieron funcionarios alema-

nes, que no todos eran de las SS. Aquí sale a relucir la terrible relación de ser obedientes, una horrible tradición”.

La componente demoníaca del nazismo no habría tenido posibilidades de fructificar sin la complicidad de gentes normales que apoyaron al Führer. Un Hitler fue horrible pero probablemente fueron peores los Filbinger, los que aplicaron las leyes del nazismo hasta las últimas consecuencias. Filbinger, juez de la marina hitleriana, intervino en la condena a muerte de un desertor cuando sólo faltaban semanas para el final de la guerra. El joven marinero fue condenado a muerte y Filbinger levantó acta de la ejecución. Tras la guerra Filbinger fue más de 10 años presidente del Gobierno democristiano de Baden-Wurtemberg. Cuando se descubrió su pasado de juez en la marina hitleriana, Filbinger primero aseguró que no recordaba su participación en el caso del soldado ejecutado y luego afirmó “que lo que entonces era legal no puede ser ahora ilegal”. La sugerencia de que los “Filbinger fueron peores que los Hitler” provoca una larga reflexión de Böll: Filbinger no era nazi. Muchos en altas posiciones durante la época nazi no eran nazis, y yo temo incluso que una gran parte de la gente de la SS, encargados de llevar los campos de concentración, ni siquiera eran antisemitas. No era necesario, se limitaban a cumplir órdenes. Tiene usted razón, yo estoy muy lejos de demonizar a Hitler. Él era un demonio, pero ¿quién le apoyó? ¿Quién hizo posible que aquella locura, que estaba fijada por escrito, fuese puesta en práctica? Si se estudia el papel representado por el generalato alemán, es para volverse uno loco. Se hace una guerra para ganarla, cuando se empieza. Las primeras victorias en Francia y la conquista de Noruega, Bélgica y Yugoslavia le llevaron a un estado de embriaguez. Hay teorías que dicen que la guerra contra la Unión Soviética ya estaba pérdida en realidad en 1941, cuando el Ejército alemán fracasó a las puertas de Moscú. Esto lo tengo muy claro: llevaron hasta el final una guerra, por lo menos desde 1943, tenía que estar claro que estaba perdida. Entre los altos generales habían muy pocos nazis auténticos, quizá tres o cuatro y alguno más, y, a pesar de ello, colaboraron hasta el final. Tiene usted razón, lo que asusta es el comportamiento de los que cumplieron las órdenes”.

Cuando en la RFA se inició la *caza de brujas*, la persecución de aquellos *extremistas* –de izquierda naturalmente–, que eran sospechosos de infidelidad a la Constitución, Böll escribió que las reservas *republicanas* de España, recién salida de la dictadura franquista, eran superiores a las de la RFA. Böll utiliza la palabra republicana no como designación de una forma de régimen político –en oposición a monarquía–, sino en el sentido de los *derechos civiles*, tal como se definieron en la Revolución Francesa.

Hoy día Böll está convencido del enorme potencial *republicano*, en el sentido democrático, existente en España, como lo demuestra “lo rápidamente que habéis tenido un Gobierno socialista. Si es socialista de verdad. Pero, de todas formas, que un hombre como González, que era abogado en tiempos de Franco...Yo he leído todo sobre él y mi mujer le admiraba mucho y le admira todavía hoy. Es algo asombroso que un hombre joven, que siempre ha defendido los ideales democráticos, un hombre de la resistencia, haya llegado a los

pocos años de la muerte de Franco a presidente de Gobierno. Nosotros no tuvimos a nadie de la resistencia, al contrario de Italia, donde el presidente Pertini fue un hombre de la Resistencia, que estuvo en la cárcel bajo los alemanes. Esta es la diferencia entre España, Italia y la República Federal de Alemania”.

Böll admite que la llegada al poder de Willy Brandt, en 1969, significó en la RFA la entrada de un hombre de la oposición al nazismo, y espera que hoy día se dé un nuevo cambio, “yo, personalmente, ni sufro bajo un régimen ni tengo ventajas, que rechazaría, bajo otro, pero para la democratización y difusión de los ideales republicanos sería bueno otro canciller federal, aunque sea de la CDU”.

El actual jefe de Gobierno de la RFA, el democristiano Helmut Kohl, no cuenta con el beneplácito de Böll. “yo no creo que el señor Kohl no sea demócrata. El nunca se manifestó, como antes en los años setenta fue habitual, de forma antiintelectual. No conozco ni una sola línea de él en este sentido. El peligro es el de un cierto populismo, pero él no es antidemocrático ni fascista. Esto sería sencillamente absurdo”.

El *fenómeno Kohl* tiene para Böll sus raíces en la repentina riqueza adquirida por los alemanes de la RFA, “esto siempre fue un país pobre. Esta zona donde estamos ahora, el Eifel, el Hunsrück, el Westerwald, hasta avanzados los años treinta eran, por llamarlo de alguna forma, países subdesarrollados. En los centros industriales del Rhur, Berlín, Leipzig, había un cierto bienestar y una mentalidad abierta. Pero la seguridad y la repentina riqueza de los alemanes, nos hemos vuelto un país realmente rico, ha trastornado completamente a la gente. Les ha hecho drogados de la seguridad, no sólo en el sentido militar, sino que quieren conservar todo y tener cada vez más. Esto no puede seguir así. En este sentido, Kohl es quizá representativo de ese sector, quizás un sector muy amplio, de los alemanes que dicen ‘bueno, chicos, que más queréis, hemos conseguido algo y queremos conservarlo’, etcétera. Es una tendencia populista, pero yo creo que su popularidad cae. No sé por qué. Es curioso que ahora, de repente, después de la elección en Rania-Wesfalia, empiece a hablarse de los parados. Es un poco tarde”.

Cree Böll que un Gobierno socialdemócrata ahora en la RFA actuaría de un forma más decidida que durante la coalición social-liberal. “El error de los social-liberales fue que desde un principio, en 1969, se echaron atrás ante el griterío, el griterío demagógico de los periódicos, en el Parlamento, de la CDU y CSU, y no mantuvieron lo que debían. Hay que tener en cuenta que bajo Brandt se aprobó el *decreto de los radicales* (base legal que desencadenó la persecución de los extremistas en los servicios públicos) y ese decreto aprovechó a los otros, al SPD le perjudicó. A mí siempre me pareció como un retroceso ante las fuerzas demagógicas, frente a las que había que enfrentarse con una defensa de las ideas, de los derechos y las fuerzas republicanas.

Hubo muy poco de todo esto y yo espero que un Gobierno socialdemócrata en esta ocasión tendría más valor”.

Alemania esta hoy dividida en dos Estados, la República Federal de Alemania y la República Democrática Alemana. En Berlín se palpa cruelmente esa

división. Un occidental va a Berlín Este, pasa la tarde con unos amigos y, antes de las doce de la noche, con un billete de *metro* por dos marcos (112 pesetas), regresa a Berlín Oeste con la posibilidad de desplazarse libremente a cualquier lugar. Esta idea resulta cruel para Böll: “Ésa es una de la razones por las que apenas viajo a la RDA y Berlín del Este, porque me parece horrible que yo pueda entrar y salir tan fácilmente, mientras ellos se quedan allí”.

La idea de una Alemania neutralizada y unida le parece inconcebible: “Una Alemania reunificada es demasiado grande y una enorme potencia económica y militar. Imagínese las dos economías más fuertes de los dos bloques unidas, los dos Ejércitos unidos...Eso no lo quiere nadie, ni el en el Este ni en el Oeste”. Para Böll esta idea no significa que haya que caer en la resignación y entregarse, “hay que ablandar. Yo creo que si la RDA y la Unión Soviética dejasen salir a mayor número de personas, por ejemplo, diesen a autores la posibilidad de vivir aquí entre nosotros medio año y conocer nuestro sistema verdaderamente por dentro, muchos regresarían. Con la encerrona se crea un sueño de lo occidental. Una representación imaginaria, por medio de la televisión y los medios de comunicación, que apenas se cumple cuando vienen aquí. Es una cosa triste, pero no resulta tan bonito para la mayoría de los que vienen aquí del otro lado. La Unión Soviética debería permitir salir a sus escritores y decirles: ‘Quédate medio año’, para luego dejarles volver, si quieren”.

En opiniones de un payaso, Hans Schnier fue un día a la RDA y le recibieron en Erfurt “con bastante pompa en la estación”. Cuando el payaso quiso hacer unos números adecuados a la realidad de aquel país, los funcionarios, indignados, le rechazaron “porque no podían tolerar ningún tipo de propaganda contra la clase trabajadora”. El payaso llega a la conclusión de que “fue horrible”. Tan sólo estuvimos seis o siete horas en Erfurt y ya nos habíamos enemistado con todos: con los teólogos y con los funcionarios”.

Böll también ha irritado a lo largo de su vida a teólogos y funcionarios. Él se autodefine como “anarquista, no en el sentido tradicional del anarquismo europeo, sino en el de que no reconozco ninguna clase de poder sobre mí. Yo soy fiel a la constitución y pago mis impuestos, pero no reconozco ningún tipo de poder sobre mí, ningún poder terrenal, ni del presidente federal ni del canciller, ni del presidente de Gobierno del Estado federado, aunque sea socialdemócrata. No me dejo amarrar a ningún tipo de poder. Hay muchos alemanes que piensan así. En este sentido, hay un fuerte componente anarquista en Baviera, entre los agricultores bávaros”.

A la pregunta de si el presidente de Gobierno de Baviera, el democristiano Franz Josef Strauß, podría ser un ejemplo de esa componente anarquista bávara, Böll respondió: “Hasta cierto grado, sí. Sin duda no es un fascista. Esto sería una idea estúpida. Yo le considero anticlerical y antifeudal. Ésta es mi opinión sobre él, y aquí ya hay una porción de anarquismo. Nosotros hemos tenido muchas dominaciones. Hasta tiempos recientes, en Renania la Iglesia nos dominaba, hasta la Revolución Francesa, en las ideas y en lo económico. La Iglesia era muy rica y por eso se encuentran agricultores que aquí y allá

piensan como yo, en ese sentido anarquistas. Ninguna dominación. Gobierno sí, pero poder no. Ésta es la cuestión que plantea para mí el escándalo Flick: ¿quién nos domina y quién nos gobierna?. Hay una diferencia. Yo puedo estar contra el Gobierno, como combinación de partidos políticos, pero siempre a favor de la Constitución. Una persona que insiste en aferrarse a lo que la Constitución afirma verbalmente se convierte, en casi todos los países, en un anarquista. La Constitución de la Unión Soviética es fantástica, incluso la de RDA, y probablemente la suya, en España. Basta con aferrarse a los principios de la Constitución para lograr con gran rapidez el tufo de anarquista”.

Hace años Böll anunció públicamente su salida de la Iglesia y su negativa a pagar el impuesto eclesiástico. El escritor explica su ruptura “por la relación entre el Estado y la Iglesia. Si la Iglesia estuviese completamente separada del Estado, lo que no ocurre por el mero hecho del sistema de recaudación de impuestos, se necesitaría salir de la Iglesia. Por eso me defino todavía como católico”.

Böll se considera creyente, “no en el sentido del papa. A mí me parece el dogma de la infabilidad un error histórico, que debería rectificarse muy pronto. Es el auténtico obstáculo para la reunificación de la Iglesia. En tanto en cuanto no creo en ese dogma, no soy católico, pero me gustaría saber cuántos católicos creen de verdad en ello, porque probablemente muchos no serían católicos”.

La casa de Böll en el pueblo perdido de Eifel es una construcción sencilla, sin nada que llame la atención por su valor artístico. No hay a la vista muebles antiguos ni recuerdos y parece limitado a un simple lugar de reposo en medio del campo. La nostalgia del pasado, el recuerdo y la mirada hacia los años cincuenta, que a veces se palpa hoy día en la RFA, no le parece a Böll el resultado de algo artificial y construido. “Esa nostalgia de lo antiguo, ya sea los años veinte, treinta o cincuenta, es una falta de confianza en el presente, hay muebles modernos muy bonitos en el presente, porqué voy a tener que comprarlos viejos. Nosotros hemos salvado un par de muebles viejos de la propiedad de mi mujer, algún armario y algunas sillas, que necesitamos y son prácticas. Todos esos aspavientos sobre las antigüedades me parece muy extraño y preocupante. ¿Por qué?”.

A la observación de que podría responder a un miedo al futuro, Böll apostilla. “También una falta de confianza en el presente y en lo que hoy se produce”.

En los días de las grandes movilizaciones pacifistas en la RFA se acusó a los dirigentes del movimiento de operar con el miedo de la población. Böll dice que “nunca lo experimenté como un movimiento basado en el miedo. Yo creo que son más bien los políticos los que tienen miedo por toda la locura armamentista. Ellos tienen más miedo del que confiesan o pueden confesar. Precisamente esta semana he leído un estudio de un prestigioso físico nuclear sobre el programa del espacio y dice simplemente que es un absurdo. No sólo física y técnicamente. Yo creo que más de un general y más de un alto oficial de la OTAN tienen quizá más miedo que el movimiento pacifista, que no era un

movimiento del miedo, sino alegre y risueño. Pero la idea que está detrás es que Centroeuropa se convertirá probablemente en el potencial centro de batalla si se produce una guerra. Si estalla la guerra en Europa se producirá en el espacio comprendido entre Bruselas y Varsovia. ¿En dónde, si no?”.

Böll cree que el movimiento pacifista consiguió incluso reducir el miedo de la gente, “porque se dieron cuenta que se puede hacer algo contra el armamento. La idea se ha hecho ahora mucho más popular que al principio. Esto no se expresa en grandes manifestaciones. Ese período ha pasado. Ahora no se consigue que venga medio millón a Bonn, pero ¿para qué?. Esas grandes reuniones fueron el motor y la idea del movimiento pacifista, que ha calado mucho más intensamente en la conciencia de la gente de lo que piensa el Gobierno. El bacilo está dentro y es un bacilo de la conciencia de que ese exceso de armamento no nos ayuda. Esta idea se encuentra hoy día entre gente muy conservadora”.

El escritor hace una pausa y, tras un silencio, pregunta: “Qué va a pasar con España? ¿Seguirá en la OTAN?”

**A ERNESTO CARDENAL
AL CUMPLIR LOS 60
(1985)**

En *un* cuarto de trabajo
Ernesto
tengo fotos
de la mujer de mi vida
de hijos nueras
nietos
amigos muertos
y una foto de la mesa de trabajo
de Otto Hahn
modesta la mesa
casi pobre
en la que sucedió algo tan formidable
se ve la mesa
como si un colegial
hubiese hecho un par de experimentos
y sin embargo
sobre esa pobre mesa
se liberaron energías *inconcebibles*

En el *otro* cuarto de trabajo
(si, tengo dos, Ernesto)
tengo también a la familia
y los amigos
y una foto tuya
donde se te ve arrodillado
sonriente
ante el índice amenazador de Karol Woytila
¡maldito socialista
que te sigues llamando

sacerdote y católico,
qué malo que sós!
Yo no sé
si podrán seguir sonriendo
bajo el puño amenazador de Reagan
Yo no sé
si podrán
sostenerse
los centavos de vuestra pobreza
la descomunal *energía* de la miseria
contra la estupidez de la riqueza
de los millones de dólares
Qué fácil podría Woytila
convertir el índice amenazador
en mano que bendice
duplicar los millones ambrosianos
energías del Vaticano
(derrochadas en el banco Ambrosiano)
para Managua

Brindo porque sigan siendo
lo que yo les deseo
socialistas sonrientes
y no obstante -¡oh milagro!-
católicos
quizás hasta cristianos

A
SAMAY
(1985)

De muy lejos venimos
Pasñachallay
y hemos de ir muy lejos
no tengas miedo
todos están contigo
los que precedieron
tu madre tu padre
y todos los que les precedieron
desde mucho, mucho antes
no tengas miedo
de muy lejos venimos
y hemos de ir muy lejos
pasñachallay

ECOS 1985

ECO ENTRE LOS POLÍTICOS

En su telegrama de pésame a la viuda Annemarie Böll, el presidente Federal Richard von Weizsäcker escribió: “Con Heinrich Böll se nos ha ido una de las grandes figuras de la literatura alemana. Él salió en defensa de la libertad del espíritu, dondequiera que estuviera en peligro. Él fue incómodo y polémico, escandalizó y suscitó respeto. Añoraremos su voz valerosa, comprometida, vigilante y perpetuamente exhortadora”

“La muerte de Heinrich Böll me entristece”, declaró al respecto Willy Brandt, presidente del partido socialdemócrata (SPD).” Tanto en sus libros como en su vida era Heinrich Böll la voz de la honradez: insobornable, inflexible, y si fuera necesario: incisiva y estridente. El tema de su creación literaria y de su compromiso político fue la dignidad humana.

Por su parte, *el presidente del partido liberal (FDP), Martín Bangemann* manifestó: “En sus obras se revela una entrega al hombre que pasará a la historia de la literatura como un cristiano moderno”.

Para parte de los verdes, el portavoz de su grupo parlamentario, *Christian Schmidt*, subrayó: “Heinrich Böll fue para todos nosotros un modelo, que irradiaba esperanza, y un escritor significativo.”

ECOS DE LA PRENSA ALEMANA FRANKFURTER ALLGEMEINE ZEITUNG

“Él representó la literatura alemana contemporánea y una nueva Alemania a la vez. Él se pronunció inagotablemente contra la guerra, la opresión y la tiranía, y fue escuchado en el mundo entero. De manera que fue un escritor alemán, e infinitamente más que un escritor”.

metall: “El país, el mundo no ha perdido simplemente un gran escritor, la muerte inesperada de Heinrich Böll ha puesto fin a toda una época. El aturcido

duelo que desde el día de su muerte, el 16 de julio, se ha desatado no sólo en Alemania, está motivado por el sentimiento de que se ha abierto un vacío que nunca se volverá a llenar. Una verdadera pérdida, directamente perceptible”.

ECOS DEL EXTRANJERO

Dinamarca: El periódico danés Politiken dijo de Böll que era “el buen hombre de Colonia”, la persona que “había liberado al alma alemana de Bismarck y de Hitler”.

Francia: El periódico “*Le Matin*” escribe: “Fue justo que después de Thomas Mann fuera Böll el primer alemán al que se concediera el Premio Nobel. Entre ambos, entre 1929 y 1972, se halla el nacional-socialismo, la guerra, el holocausto. Alemania y Europa volvieron a encontrarse”.

El Diario “*Liberación*” incluye en sus páginas las declaraciones de Daniel Cohn-Bendit (“Böll representa una gran conciencia moral”), y del director cinematográfico Volker Schlöndorff (“Yo creo que él fue alguien que supo ser señor, tanto de su vida como de su literatura. Esto es extraordinario”). “*Le Quotidien*”, por su parte, apuntó: “Un hombre brillante que siempre estuvo dispuesto a luchar por el débil. Quizá, el último santo de la literatura”.

Gran Bretaña: Para “*The Guardian*”, Heinrich Böll era “la conciencia literaria de una Alemania renacida”. Heinrich Böll contribuyó tanto como Willy Brandt a recordar a sus compatriotas lo que significa ser “alemán y demócrata”. En “*The Times*” se subrayan las estrechas relaciones de Böll con Irlanda. Señala, entre otras cosas, que Böll se hizo un nombre como traductor de Brendan Behan y que describió “con inteligencia” la situación en Irlanda del Norte.

Italia: Bajo el epígrafe “La conciencia melancólica de Alemania”, el diario izquierdista romano “*Reporter*” se expresa así: “Con Heinrich Böll pierde la “otra Alemania” a su educador, a un maestro nada aburrido, a un educador moral que amaba la ironía bonachona.”

Países Bajos: “Un hombre que mediante su integridad configuró la ‘otra Alemania’, escribió el “*Algemeen Dagblad*”. El cristiano liberal “*Trouw*” opinaba a su vez: “Ningún escritor alemán era en la Unión Soviética tan popular como él. Sólo gente necia e infame podía por ello tildarle de admirador del régimen soviético. Su compromiso a favor de muchos disidentes rusos demuestra exactamente lo contrario”.

Suecia: El diario sueco “*Dagens Nyheter*” por su parte se preguntaba: “¿Le recordará la posteridad como autor de una literatura estéticamente refinada, o bien como ejemplo moral?”

Suiza: El “*Neue Zürcher Zeitung*”. “Heinrich Böll era y es una instancia. Muchos jóvenes alemanes ven él algo así como al padre, que, a diferencia de muchísimos otros padres, no silenció lo ocurrido y lo que todavía sigue sucediendo. Fue convicción suya desde un principio, como lo expuso textualmente en sus clases de poética en Frankfurt, que la moral y la estética son congruen-

tes. Por consiguiente, se inmiscuía siempre allí donde creía haber descubierto injusticias, persecución, opresión e inhumanidad.”

España: Ya a las pocas horas de difundirse la noticia de la muerte, los telediarios de la tarde de la televisión abrieron su emisión informando sobre el fallecimiento de Böll. En el número del miércoles del rotativo madrileño “El País”, José Comas relató su último encuentro con Heinrich Böll y su sensación de haber fatigado en demasía al escritor.

Unión Soviética: El órgano central del partido comunista soviético “*Prawda*” publicó el miércoles un breve despacho de la agencia oficial de noticias soviéticas TASS acerca de la muerte de Heinrich Böll, uno de los escritores de la República Federal de Alemania más populares en la URSS. TASS subrayó que Böll había sido “participante activo en el movimiento germano-occidental de partidarios de la Paz”. Sus mejores obras “en el campo de la literatura” están –se dice allí– empapadas de “odio al fascismo, a la soldadesca alemana, y la falsa moral de la burguesía acomodada”. Los libros de Böll no sólo fueron traducidos al ruso, sino también a otras lenguas de los pueblos de la URSS.

LAS ASOCIACIONES DE ESCRITORES Y LOS ESCRITORES

La asociación Alemana de Escritores (VS), encuadrada en el sindicato de artes gráficas, manifestó en su evaluación de Heinrich Böll, escritor y Premio Nobel de Literatura, fallecido el 16 de julio en Colonia, que era un gran escritor y colega, pero también una instancia moral.

El Presidente del Club-PEN, Martín Gregor declaró por su parte: “Con Heinrich Böll no sólo perdemos a un escritor y moralista que contribuyó después de la guerra a proporcionarle a la literatura alemana nuevo prestigio, sino también a un incansable defensor de los derechos humanos, al cual el PEN-Internacional, en nombre de numerosos escritores perseguidos y encarcelados, estará siempre agradecido”.

La poetisa Sarah Kirsch, dijo sobre la noticia de la muerte de Heinrich Böll lo siguiente: “Estoy consternada. Lo siento de todo corazón”. La escritora opinó que la obra literaria, política y humanitaria de Böll hubiera bastado para “ocupar tres vidas enteras”, agregando que él no fue únicamente “el escritor” “sino también una instancia a la que acudir”. Dijo que cuando a ella le había atormentado o interesado un problema, le escribía con frecuencia. Böll me contestó siempre con mucha franqueza, sinceridad y compromiso, dijo la escritora lírica. Para *Walter Höllerer*, que conocía a Böll desde los tiempos del “Grupo 47”, la importancia de Böll radica principalmente en haber sido el primer escritor de la postguerra con el cual los alemanes restablecieron el “contacto con la literatura mundial”. Su capacidad para expresar también de manera sencilla los asuntos complicados, le mereció una gran resonancia intercontinental. Axel Eggebrech, a su vez, subrayó: “Heinrich Böll logró conferirle real-

mente peso moral y político a la palabra del escritor, palabra a la que en Alemania no se le concedía un crédito excesivo”.

El escritor mexicano *Octavio Paz* calificó de “pérdida muy grande” la muerte de Heinrich Böll. Paz no conoció personalmente a Böll, pero lamentó su fallecimiento, diciendo de él que era un “hombre que todavía tenía mucho que decir”. Como escritor fue un gran narrador, pero fue además una instancia moral, social y política, agregó.

REACCIÓN PÓSTUMA

Desde la muerte de Heinrich Böll hasta el momento, diecisiete escuelas llevan su nombre. En noviembre de 1987, y por iniciativa de los amigos de Heinrich Böll, se crea en Colonia una fundación con su nombre. En verano de 1989, la comisión presupuestaria del Bundestag reconoce la Fundación Heinrich Böll como fundación afín a los VERDES. En la fundación trabajan varios comités asesores de diversas competencias. El comité “Heinrich Böll–Leben & Werk” (“Heinrich Böll–Vida y Obra”) da su apoyo a los proyectos que tienen la finalidad de actualizar la obra de Heinrich Böll y mantener despierta su memoria.

En diciembre de 1992, y con motivo del 75 aniversario del Premio Nobel, la fundación organizó en Colonia una *semana–internacional–Heinrich Böll*, evento seguido con gran atención por parte de los medios de comunicación.

Con motivo de este acontecimiento, la editorial Kiepenheuer & publicó de su obra póstuma la novela temprana “Der Engel schwieg” (El Ángel cayó); en otoño de 1995 sale la compilación de narraciones “Der blasse Hund” (El perro pálido), otra obra inédita.

Desde 1986, el Archivo Heinrich Böll de la ciudad de Colonia, conjuntamente con el Ministerio de Educación y Ciencia de Renania–Westfalia, ha organizado numerosas exposiciones sobre la vida y obra del autor colonés –desde 1988 en colaboración permanente con la Fundación Böll: 1986 Moscú; 1987 Szeged y Colonia; 1989 Leipzig; 1992 Colonia; 1994 Bratislava.

En 1989, por iniciativa de colegas y políticos, se fundó una asociación con el nombre de “Heinrich Böll–Haus –Langenbroich” (Casa Heinrich Böll–Langenbroich). Los presidentes son: Annemarie Böll, el político Josef Vosen, del partido social–demócrata (SPD), miembro del Bundestag, y el escritor Dieter Kühn. Esta asociación administra la casa en la Böll vivió hasta su muerte. Después de algunas reformas efectuadas, viven y trabajan en ella artistas de todas las artes, en gran parte gentes obligadas a abandonar su país por razones políticas –como artistas de la ex–Yugoslavia– y que, por un período transitorio, encuentran allí refugio y posibilidades para poder desarrollar su trabajo.

Al aumentar cada día el interés general por la vida y obra de Heinrich Böll, el Archivo y la Fundación decidieron realizar una exposición de carteles.

ÍNDICE GENERAL

SALUDO	
DE LA FAMILIA BÖLL	5
INTRODUCCIÓN	7
HEINRICH BÖLL: ESCOMBROS, ESPEJO, HUMEDAD Y HUMOR	8
CRONOLOGÍA	
1917-1945	12
¿PERO QUÉ VA A SER DE ESTE MUCHACHO CUANDO SEA MAYOR? (1981)	16
EL SOLDADO	
HEINRICH BÖLL,	23
CARTAS	
DESDE EL FRENTE	25
CRONOLOGÍA	
1946-1960	32
TAMBIÉN LOS NIÑOS	
SON POBLACIÓN CIVIL (1948)	35
LA BALANZA	
DE LOS BALEK (1952)	38
LAS OVEJAS	
NEGRAS (1951)	44
PROFESIÓN DE FE EN LA LITERATURA	
DE LOS ESCOMBROS (1952)	51
EN DEFENSA	
DE LOS LAVADEROS (1959)	55
ALGO PASARÁ	
UNA HISTORIA DE ACCIÓN (1954)	58
DEL DIARIO	
IRLÁNDES (1956-61)	62

<i>EL PAN DE LOS AÑOS MOZOS</i>	
EXTRACTO DEL CAPÍTULO 1 (1955)	70
¿SOMOS	
CULPABLES? (1959)	73
CRONOLOGÍA	
1960-1970	80
ANÉCDOTA ACERCA DEL DESCENSO	
DE LA MORAL DE TRABAJO (1963)	83
SALIR VOLANDO	
NO LO HAN HECHO (1964)	86
LA LIBERTAD	
DEL ARTE (1966)	88
LECCIONES DE FRANCFORT	
PRIMERA LECCIÓN (1964)	92
CRONOLOGÍA	
1970-1976	104
DISCURSO CON MOTIVO	
DE LA ENTREGA DEL PREMIO NOBEL	106
BIENVENIDA,	
INTROMISIÓN (1973)	109
KATHARINA BLUM	
(EXTRACTOS) (1974)	113
CRONOLOGÍA	
1977-1985	118
LEER NOS HACE REBELDES	
(PRÓLOGO A MI LIBRO DE LECTURAS) (1978)	120
LA "SENCILLEZ" DE LA GENTE "HUMILDE"	
Y SU POSIBLE GRANDEZA	125
CORTESÍA EN EL CASO	
DE INEVITABLES VIOLACIONES DE LA LEY (1977)	128
LOS LECTORES	
NO SON LOS CIUDADANOS MÁS OBEDIENTES	136
¿DE QUIÉN	
ES ESTA TIERRA?	140
MANUSCRITO DE LAS PALABRAS PRONUNCIADAS	
DURANTE LA MANIFESTACION PACIFISTA	
DEL 10 DE OCTUBRE DE 1981 EN BONN	145
¿QUIÉN SE MANIFIESTA	
EN PUERTO PRÍNCIPE (1982)	148
"NOSOTROS TAMBIÉN	
FUIMOS COLONIA"	152
UN PAR DE PALABRAS	
ACERCA DE UN PAR DE PALABRAS	
QUE ESTAMOS OYENDO CONTINUAMENTE	157

REFLEXIÓN	
SOBREALEMANIA	162
A ERNESTO CARDENAL	
AL CUMPLIR LOS 60 (1985)	170
A SAMAY	
(1985)	172
ECOS	
1985	173